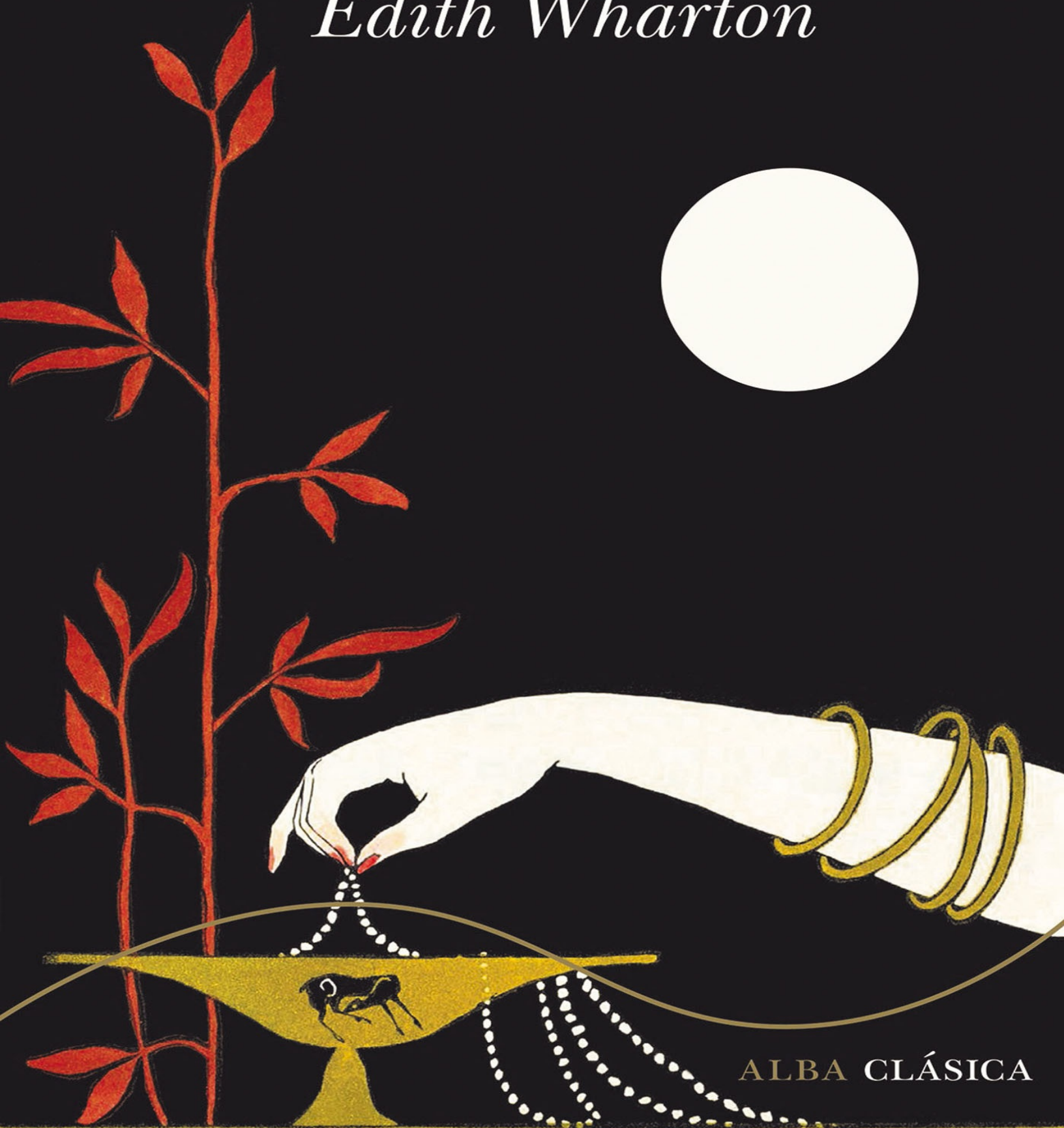


Los reflejos de la luna

Edith Wharton



ALBA CLÁSICA

LOS REFLEJOS DE LA LUNA



EDITH WHARTON

Traducción
Miguel Temprano García

ALBA

ALBAClásica

Título original: *The Glimpses of the Moon*

© de la traducción: Miguel Temprano García

© de esta edición: **Alba Editorial, s.l.u.**
Baixada de Sant Miquel, 1 08002 Barcelona
www. albaeditorial.es

Diseño: Pepe Moll de Alba

Primera edición: marzo de 2019
Conversión a formato digital: Alba Editorial

ISBN: 978-84-9065-672-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos.

NOTA AL TEXTO

Los reflejos de la luna se publicó por primera vez en 1922 (D. Appleton & Co., Nueva York), con el título de *The Glimpses of the Moon*. En posteriores ediciones se le quitó el artículo y sería *Glimpses of the Moon*.

PRIMERA PARTE

I

Se alzaba para ellos —su luna de miel— sobre las aguas de un lago tan famoso como escenario de pasiones románticas que se sentían bastante orgullosos de haberse atrevido a escogerlo como decorado de la suya.

—Hacía falta no tener el menor sentido del humor o un talento como el nuestro para arriesgarse a hacer este experimento —opinó Susy Lansing, mientras se asomaban a la inevitable balaustrada de mármol y veían a su orbe tutelar desenrollar una alfombra mágica sobre las aguas que tenían a sus pies.

—Sí... o el préstamo de la villa de Strefford —la corrigió su marido, mirando entre las ramas hacia una mancha pálida a la que el claro de luna empezaba a dar la forma de la fachada de una casa blanca.

—¡Oh, vamos! Teníamos cinco para elegir. Al menos si cuentas el piso de Chicago.

—Así que teníamos... ¡eres maravillosa! —Puso una mano en la suya y el roce renovó la sensación de maravilloso regocijo que la consideración detenida de su aventura despertaba siempre en ella...

Fue típico de ella que se limitara a añadir, en tono firme y risueño:

—O, sin contar el piso, pues detesto fanfarronear, piensa en las demás: la casa de Violet Melrose en Versalles, la villa de tu tía en Montecarlo... ¡y un coto de caza!

Era consciente de haber añadido el coto con voz un tanto dubitativa, pero aun así lo dijo con una especie de énfasis exagerado, como para asegurarse de que él no la acusara de pasarlo por alto.

—Pobre Fred —dijo él.

Y ella suspiró con despreocupación:

—¡Ah, bueno...!

La mano de él seguía sobre la de ella, y por un largo rato, mientras los dos guardaban silencio en los envolventes encantos de la noche, solo notó la cálida corriente que fluía de una palma a la otra, igual que el claro de luna trazaba a sus pies una mágica línea de una orilla a otra.

Nick Lansing habló por fin:

—Versalles en mayo habría sido imposible: nos habríamos encontrado con todos nuestros amigos de París en menos de veinticuatro horas. Y Montecarlo estaba descartado porque es exactamente el sitio donde todo el mundo esperaría que fuésemos. Así que, con todo mi respeto, no hizo falta un gran esfuerzo mental para decidirse por Como.

Su mujer se revolvió al instante contra este menosprecio de su capacidad.

—¡Hicieron falta muchas discusiones para convencerte de que podíamos enfrentarnos al ridículo de Como!

—Bueno, yo habría preferido algo más discreto; al menos lo pensé hasta que llegamos aquí. Ahora veo que este sitio es estúpido a no ser que uno sea totalmente feliz, en cuyo caso es... tan bueno como cualquier otro.

Ella soltó un suspiro dichoso.

—Y debo decir que Streffy ha hecho las cosas muy bien. Incluso los cigarros... ¿quién crees que le habrá dado esos cigarros? —Luego añadió pensativa—: Los echarás de menos cuando tengamos que marcharnos.

—¡Oh!, no hablemos esta noche de cuando tengamos que irnos. ¿No estamos fuera del tiempo y el espacio...? Huele ese perfume de una guinea la botella: ¿qué es? ¿Stephanotis?

—Sí... supongo. O gardenias... ¡Oh, luciérnagas! Mira... ahí, contra ese resplandor del claro de luna en el agua. Manzanas plateadas en una red dorada...

Los dos se inclinaron hacia delante, una misma carne desde el hombro hasta la punta de los dedos, con la mirada fija en el brillo atrapado por las olas.

—En este momento —observó Lansing—, podría soportar hasta un rruiseñor...

Un leve gorjeo estremeció las magnolias que tenían detrás, y un largo y líquido susurro le respondió desde el bosquecillo de laurel de más arriba.

—La temporada está demasiado avanzada para ellos: terminan justo cuando nosotros empezamos —se rió Susy—. Espero que, cuando llegue el momento, nos despidamos el uno del otro con la misma dulzura.

Su marido pensó en responder: «No se están despidiendo, solo atienden a sus obligaciones familiares». Pero, como eso no entraba dentro de sus planes, ni en los de Susy, se limitó a hacerse eco de su risa y la apretó contra él con más fuerza.

La noche primaveral los arrastró en su abrazo cada vez más estrecho. Las olas del lago eran cada vez más amplias y se disolvieron en una suavidad sedosa, la luna sobre las montañas pasó de dorada a amarilla en un cielo espolvoreado de estrellas a punto de desaparecer. Al otro lado del lago las luces de un pueblecito se fueron apagando una tras otra y la orilla lejana se convirtió en una negrura flotante. La brisa, que se levantaba y luego cesaba, acarició sus rostros con los olores del jardín; una vez arrastró sobre el agua una gran polilla blanca como un pétalo de magnolia que flotara en el aire. Los rruiseñores callaron y el gorgoteo de la fuente de detrás de la casa se volvió de pronto más insistente.

Cuando Susy habló lo hizo con una voz lánguida de visiones.

—He estado pensando —dijo— que tendríamos que hacer que durase al menos un año más.

Su marido recibió el comentario sin el menor indicio de sorpresa u oposición; su respuesta demostró que no solo la entendía, sino que había hecho para sus adentros la misma asociación de ideas.

—Y todo eso —dijo después de una pausa— ¿sin contar con las perlas de tu abuela?

—Sí... sin las perlas.

Se quedó pensando un rato y luego respondió con un tierno susurro:

—Ya me dirás cómo.

—Pues sentémonos. No, prefiero los cojines. —Nick se tendió en un largo sofá de mimbre y ella se acurrucó sobre un montón de cojines y apoyó la cabeza en la rodilla de él. En lo alto,

cuando abrió los párpados, vio fragmentos de cielo bañados por el claro de luna e incrustados como plata en un patrón negro y nítido de ramas de plátano de sombra. A su alrededor todo respiraba paz, belleza y estabilidad, y su dicha era tan aguda que casi era un alivio recordar el tormentoso trasfondo de facturas y préstamos contra el que se había alzado tan frágil estructura. «Los que tienen dinero en el banco no pueden ser tan felices», pensó Susy, dejando que la luz de la luna se filtrara a través de sus indolentes pestañas.

Los que tenían dinero en el banco siempre habían sido la pesadilla de Susy Branch; y seguirían siendo, y de manera aún más peligrosa, la de Susy Lansing. Los detestaba, los detestaba doblemente, por ser los enemigos naturales de la humanidad y a quienes siempre había que recurrir. La mayor parte de su vida la había pasado entre ellos, sabía casi todo lo que había que saber de ellos, y los juzgaba con la desdeñosa lucidez de casi veinte años de dependencia. Pero en el momento actual su animosidad había disminuido no solo por el efecto moderador del amor, sino por el hecho de que les había sacado más —sí, muchísimo más— de lo que ella y Nick, en sus horas de planificación más descabellada, habían osado esperar jamás.

—¡A fin de cuentas, se lo debemos! —reflexionó.

Su marido, perdido en la soñolienta beatitud de la hora, no repitió su pregunta; pero ella siguió dándole vueltas a lo que se le había ocurrido. Un año... ¡sí, ahora estaba segura de que, administrándolo bien, podrían hacer que durase un año! Se refería a su matrimonio, a estar juntos, y lejos de molestias y preocupaciones, en una camaradería de la que los dos hacía mucho que habían adivinado los placeres, pero de la que ella al menos nunca había imaginado la armonía.

Fue en uno de sus primeros encuentros —en una de las cenas heterogéneas que Fred Gillow y su mujer querían considerar «literarias»— cuando el joven que se sentó a su lado, y de quien se rumoreaba vagamente que había «escrito», le pareció la clase de lujo que la heredera Susy Branch podía haberse regalado para coronar su locura. A Susy Branch, la pobretona, le gustaba imaginar cómo este doble imaginario utilizaría sus millones: uno de los principales reproches contra sus amigos ricos era que utilizaban los suyos con muy poca imaginación.

«¡Preferiría tener un marido como ese que un yate de vapor!», pensó al final de su conversación con el joven que había escrito, y de quien enseguida le quedó claro que nada que hubiese salido de su pluma, o que pudiera salir de ella en el futuro, le pondría en la situación de ofrecer a su mujer nada más costoso que un bote de remos.

«¡Su mujer! ¡Como si pudiera tener una! Él tampoco es de los que se casan por un yate.» A pesar de su pasado, Susy había conservado suficiente independencia interior para detectar los indicios latentes de ella en los demás, y también para adscribirse impulsivamente a los hombres que despertaban su interés. Sentía un desprecio natural por las personas que se vanagloriaban de las cosas que debían soportar por fuerza. Ella pensaba casarse algún día, porque una no podía pasarse la vida dependiendo de los ricos; pero esperaría hasta encontrar a alguien que combinara un máximo de riqueza con al menos un mínimo de afabilidad.

Enseguida comprendió que el joven Lansing era exactamente el caso contrario: no podía ser más pobre y era tan afable como fuese posible imaginar. Así que decidió verlo siempre que se lo permitiera su vida apresurada y complicada; y esto, gracias a una serie de hábiles ajustes, resultó ser un buen arreglo. Se vieron con frecuencia lo que quedaba de ese invierno; tanto que la señora de Fred Gillow un día le dio a entender brusca y secamente que se estaba «poniendo en ridículo».

—¡Ah...! —dijo Susy con un largo suspiro, mirando a su amiga y mentora directamente a los ojos pintados.

—Sí —lloriqueó sonoramente Ursula Gillow—, antes de que te entrometieras yo le gustaba mucho a Nick... y, por supuesto, no quiero reprochártelo... pero cuando pienso que...

Susy no respondió. ¿Cómo iba a responder, si se paraba a pensarlo? El vestido que llevaba se lo había regalado Ursula; el coche de Ursula la había llevado a la fiesta de la que estaban volviendo. Contaba con pasar el siguiente mes de agosto con los Gillow en Newport... y la única alternativa era ir a California con los Bockheimer, con quienes hasta el momento se había negado incluso a cenar.

—Por supuesto, lo que imaginas es totalmente absurdo, Ursula; en cuanto a lo de entrometerme... —Susy dudó, y luego murmuró—: Pero, si te va a hacer más feliz, lo arreglaré para verle menos a menudo...

Saboreó las profundidades más bajas del servilismo al devolver el beso lloroso de Ursula.

Susy Branch tenía un respeto masculino por la palabra dada; y al día siguiente se puso su sombrero más favorecedor y fue a ver al joven señor Lansing a su alojamiento. Estaba decidida a respetar la promesa que le había hecho a Ursula; pero quería estar guapa al hacerlo.

Sabía a qué hora era probable encontrar al joven, pues estaba haciendo un aburrido trabajo para una popular enciclopedia (de la V a la X), y le había dicho qué horas dedicaba a ese odioso trabajo. «¡Ojala fuese una novela!», pensó mientras subía las lóbregas escaleras; pero enseguida reflexionó que, si fuese una de las que a ella le gustaría leer, lo más probable era que no ganase con ella mucho más que con su enciclopedia. La señorita Branch tenía sus mínimos en literatura...

El apartamento al que la hizo pasar el señor Lansing estaba mucho más limpio, pero no era mucho menos lóbrego que la escalera. Susy, sabiendo que era aficionado a la arqueología oriental, lo había imaginado en una habitación austera adornada con un único e impecable bronce chino, o con algún precioso ejemplo de cerámica asiática. Pero estos rasgos redentores brillaban por su ausencia, y no había hecho ningún intento por disimular la decorosa indigencia del dormitorio-sala de estar.

Lansing recibió a su visitante con evidentes manifestaciones de agrado, y con aparente indiferencia por lo que pudiera pensar de su mobiliario. Pareció ser consciente solo de su suerte de verla un día en que no habían quedado. Esto hizo que Susy lamentara aún más tener que cumplir su promesa, y que se alegrara aún más de haberse puesto su sombrero más bonito; y por un momento o dos lo miró en silencio por debajo de su ala protectora.

A pesar de la calidez de su afecto mutuo, Lansing nunca se le había declarado; pero esto no sirvió para disuadir a su visitante, que tenía por costumbre decir con claridad lo que quería, siempre que no hubiera razones, mundanas o pecuniarias, para ocultarlo. Así que, al cabo de un momento, le contó a qué había ido; era un fastidio, claro, pero seguro que él lo entendería. Ursula Gillow estaba celosa y tendrían que dejar de verse.

La carcajada que soltó el joven fue música para los oídos de ella; pues, al fin y al cabo, había temido que ser devoto de Ursula figurase tanto en su jornada de trabajo como elaborar la enciclopedia.

—Pero ¡palabra que es un error descabellado! Y, para empezar, ni siquiera creo que ella haya querido... —protestó; pero Susy, que había recobrado el sentido común al mismo tiempo que la confianza, interrumpió su negativa.

—Puedes estar seguro de que en ocasiones así Ursula sabe ser clara. Y da igual lo que tú creas. Lo importante es lo que crea ella.

—¡Oh, vamos! Yo también tengo voz en esto, ¿no?

Susy miró atentamente la habitación. No había nada en ella, absolutamente nada, que indicara que alguna vez hubiese tenido un dólar de sobra... o aceptado un regalo.

—En lo que a mí concierne no —dijo por fin.

—¿Qué quieres decir? Si soy libre como el aire...

—Yo no lo soy.

Se quedó pensativo.

—¡Oh!, en ese caso, por supuesto... Aunque, en ese caso, resulta un poco raro —añadió con sequedad— que la queja proceda de la señora Gillow.

—Y no de mi millonario pretendiente, ¡oh!, no tengo ninguno; en eso soy tan libre como tú.

—¿Entonces...? ¿No basta con que sigamos siendo libres?

Susy frunció preocupada las cejas. Iba a ser bastante más difícil de lo que había pensado.

—He dicho que era libre en eso. No voy a casarme... y supongo que tú tampoco.

—¡Dios, no! —exclamó con fervor.

—Pero eso no equivale siempre a una libertad total...

Estaba justo a su lado, con el codo apoyado en el espantoso arco de mármol negro que enmarcaba su chimenea sin fuego. Al alzar la vista, ella vio cómo se endurecían sus facciones, y notó cómo se ruborizaban las suyas.

—¿Era eso lo que has venido a decirme? —preguntó.

—¡Oh!, no lo entiendes, y no comprendo por qué, puesto que hace mucho que nos codeamos con el mismo tipo de gente. —Se incorporó de pronto y le puso la mano en el brazo—. ¡Ojalá me ayudasas...!

Él se quedó inmóvil y dejó la mano intocada.

—¿A decirme que la pobre Ursula era un pretexto, pero que hay alguien que, por uno u otro motivo, tiene derecho a objetar que me veas demasiado a menudo?

Ella se rió con impaciencia.

—Hablas como el protagonista de las novelas que leía mi institutriz. En primer lugar, jamás reconocería ese derecho, como tú lo llamas, ¡jamás!

—Entonces, ¿cuál reconocería? —preguntó él con el ceño más relajado.

—Pues supongo que el mismo que reconoces tú a tu editor. —Esto produjo en él una risa hueca—. Llamémoslo un derecho comercial —prosiguió—. Ursula hace mucho por mí: vivo medio año de ella. Este vestido que llevo ahora me lo regaló ella. Esta noche voy a ir a cenar en su coche. El verano que viene lo pasaré con ella en Newport... De lo contrario, tendré que ir a California con los Bockheimer... así que adiós.

Rompiendo de pronto a llorar, salió por la puerta y bajó los tres empinados tramos de escaleras antes de que él pudiera detenerla, aunque, al pensarlo después, no recordó si lo había intentado. Solo recordó haber pasado mucho rato en la esquina de la Quinta Avenida, bajo el fuerte fulgor invernal, esperando hasta que una interrupción en el torrente de automóviles cargados de mujeres elegantes la dejó pasar, diciéndose: «Al fin y al cabo, podría habérselo prometido a Ursula... y haber seguido viéndole»...

En cambio, cuando Lansing le escribió al día siguiente rogándole que le dejara hablar con ella, Susy le respondió con un rechazo amistoso pero firme; y se las arregló para que poco después la invitaran a pasar una semana esquiendo en Canadá y luego seis semanas en Florida en una casa flotante...

Al llegar a este punto en su memoria, el recuerdo de Florida evocó una visión de aguas iluminadas por la luna, fragancia de magnolia y aires balsámicos, que, mezclada con la dulzura circundante, echó un soñoliento hechizo sobre sus párpados. Sí, había sido un mal momento, pero ya había pasado; y estaba aquí, a salvo y feliz, y con Nick; y la rodilla en la que estaba apoyada era la suya, y tenían un año por delante... todo un año... «Sin contar con las perlas», murmuró, cerrando los ojos...

II

Lansing lanzó al lago la colilla del caro cigarro de Strefford y se inclinó hacia su mujer. ¡Pobrecilla! Se había quedado dormida... Se echó hacia atrás y volvió a mirar el cielo inundado de plata. ¡Qué extraño —qué extraño e inexpresable— era pensar que esa luz la arrojaba su luna de miel! Un año antes, si alguien le hubiera predicho que se arriesgaría a embarcarse en semejante aventura, habría respondido que lo encerrarán al notar los primeros síntomas...

Íntimamente seguía convencido de que era una aventura descabellada. Estaba muy bien que Susy le recordara veinte veces al día que lo habían conseguido... y que no tenían por qué preocuparse. Incluso a la luz de la perspicaz inteligencia de ella, y de su propia dicha actual, sabía que el futuro no resistiría la prueba de un análisis sensato. Y allí sentado a la luz del claro de luna, con la cabeza de ella en su rodilla, intentó recordar los pasos sucesivos que los habían llevado a la orilla del lago de Streffy.

Por parte de Lansing, sin duda, se remontaban a cuando salió de Harvard con la resolución de no perderse nada. Ahí estaba el perenne Árbol de la Vida, con los cuatro ríos que fluían al pie; y en cada uno de los cuatro pensaba botar su pequeño esquife. En dos de ellos no había llegado muy lejos, en el tercero estuvo a punto de encallar en el fango; pero el cuarto le había llevado hasta el corazón mismo del asombro. Era el torrente de su viva imaginación, de su inagotable interés por toda forma de belleza, rareza y locura. En este torrente, sentado en la pequeña y robusta nave de su pobreza, su insignificancia y su independencia, había hecho algunos viajes notables... Y así, cuando Susy Branch, a quien había frecuentado una temporada neoyorquina por ser la chica más guapa y divertida disponible, le sorprendió con la revelación contradictoria de su sentido moderno de lo conveniente y de sus valores anticuados sobre la buena fe, había sentido un deseo irresistible de posponer otra travesía hacia lo desconocido.

La esencia de la aventura era que, después de la breve visita de Susy a sus alojamientos, él tendría que haber cumplido su promesa y no haber intentado volver a verla. Aunque la franqueza de ella no hubiese estimulado su emulación, la comprensión de las dificultades de la joven debería haber despertado su piedad. Sabía lo frágil que es el hilo del que pende la popularidad de los pobres, y lo tristemente a merced de los caprichos y estados de ánimo de otras personas que estaba una chica como Susy. Parte de su dificultad, y de la de Susy, era que, para conseguir lo que querían, a menudo tenían que hacer cosas que les disgustaban. Pero cumplir su promesa resultó ser más molesto de lo que había imaginado. Susy Branch se había convertido en una costumbre encantadora en una vida en la que la mayoría de las cosas eran aburridas, y su desaparición le hizo comprender de pronto que sus propios recursos se estaban volviendo cada vez más limitados. Muchas cosas que antes le habían divertido mucho ahora le divertían menos o nada: gran parte de

su mundo de maravillas se había reducido a un espectáculo de feria de pueblo. Y las cosas que conservaban la capacidad de estimularle —los viajes a sitios lejanos, el disfrute del arte, el contacto con escenarios nuevos y sociedades extrañas— se estaban volviendo cada vez menos accesibles. Lansing nunca había tenido más que un sueldo mísero; había gastado demasiado de él en su primera inversión en la vida, y lo mejor que podía esperar era una mediana edad de trabajos rutinarios y mal pagados, mitigada por unas vacaciones breves y frugales. Sabía que era más inteligente que la media, pero hacía mucho que había llegado a la conclusión de que su talento no era provechoso. Del delgado volumen de sonetos que le había publicado un amigo editor, solo se habían vendido setenta ejemplares; y, aunque su artículo sobre «La influencia china en el arte griego» había creado una conmoción pasajera, todo se había quedado en una polémica por correspondencia y en varias invitaciones a cenar y no en beneficios más sustanciosos. No tenía, en suma, ninguna posibilidad de ganar dinero y este futuro tan limitado le hacía conceder un valor cada vez mayor a la amistad que Susy Branch le había dado. Aparte del placer de verla y escucharla —de disfrutar de lo que otros apreciaban de manera menos discriminada pero igual de generosa en ella—, tenía la sensación de que entre los dos había una especie de masonería de ironía y tolerancia precoz. Los dos, en su primera juventud, habían tomado la medida del mundo en el que vivían: sabían justo lo que les convenía y por qué, y la comunidad de estas razones prestaba a su intimidad un toque último y exquisito. Y ahora, por culpa del capricho celoso de una mujer estúpida e insatisfecha, a quien no se sentía más inclinado a culpar que cualquier otro joven que haya pagado buenas cenas solo con buenos modales, se había quedado sin el único completo sentimiento de compañerismo que había conocido...

Sus pensamientos fueron más allá. Recordó la larga y aburrida primavera en Nueva York después de su ruptura con Susy, el fatigoso trabajo en sus últimos artículos, sus lánguidas especulaciones sobre cuál sería el modo más barato y menos aburrido de pasar el verano; y luego la suerte sorprendente de ir, a regañadientes y en el último minuto, a pasar el domingo con el pobre Nat Fulmer, en el rincón más remoto de New Hampshire, y de encontrar allí a Susy, ¡a Susy, de quién él jamás habría sospechado siquiera que conociera a nadie del grupo de los Fulmer!

Ella se había portado con mucha corrección —y él también—, pero quedó claro que los dos se alegraban mucho de verse. Y, además, fue desasosegante coincidir con ella en una casa como la de los Fulmer, lejos del ambiente lujoso al que ambos estaban acostumbrados, en la casita de campo abarrotada donde su anfitrión tenía su estudio en la veranda, su anfitriona tocaba el violín en el comedor, cinco niños ubicuos pululaban, gritaban, tocaban la trompeta, metían renacuajos en la jarra del agua y la comida —además de ser proporcionalmente mala— se servía con dos horas de retraso porque la cocinera italiana estaba posando para Fulmer.

Lo primero que pensó Lansing fue que encontrarse con Susy en semejantes circunstancias habría sido la forma más rápida de curarlos a ambos de sus arrepentimientos. El caso de los Fulmer era un ejemplo terrible de lo que les ocurría a los jóvenes que perdían la cabeza; el pobre Nat, cuyos cuadros no compraba nadie, se había echado a perder y Grace, a los veintinueve años, no volvería a ser más que la mujer de quien la gente decía: «Recuerdo cuando era encantadora».

Y lo peor era que Nat nunca había sido tan buena compañía ni Grace había estado tan despreocupada y llena de música, y que, a pesar de su desorden y su desaliño, de la mala comida y de las absurdas incomodidades, era más divertido estar con ellos que en la fiesta más opulenta en la que Susy y Lansing hubiesen pasado jamás el rato bostezando.

Casi fue un alivio para el joven cuando, la segunda tarde, la señorita Branch lo llevó al

estrecho pasillo y le dijo:

—La verdad es que ya no soporto más la combinación del violín de Grace y la bocina del pequeño Nat. Escabullámonos hasta que termine el dueto.

—Me gustaría saber cómo lo soportan ellos —se hizo eco él tímidamente, mientras la seguía por el sendero boscoso de detrás de la casa.

—Tal vez valiera la pena averiguarlo —replicó ella con una sonrisa pensativa.

Pero él continuó escéptico.

—¡Oh, les doy un año o dos más antes de que fracasen...! Sus cuadros no se venderán. Jamás los colocará en una exposición.

—Supongo que no. Y ella no tendrá tiempo de hacer nada que valga la pena con su música.

Habían llegado a un montículo cubierto de pinos por encima de la cornisa donde se alzaba la casa. A su alrededor se extendía un paisaje vacío de infinitas colinas boscosas sin rasgos.

—¡Imagina pasar aquí todo el año! —gimió Lansing.

—Lo sé. Pero imagina viajar por el mundo en compañía de ciertas personas.

—Oh, Dios, sí. Por ejemplo, mi viaje a la India con los Mortimer Hicks. Pero era mi única oportunidad y ¿qué diablos va a hacer uno si no?

—¡Ojalá lo supiera! —suspiró ella, pensando en los Bockheimer; y él se volvió y la miró.

—¿Qué es lo que querrías saber?

—La respuesta a tu pregunta. ¿Qué hacer... una vez vistas las dos caras del problema? ¿O incluso todas sus caras?

Se habían sentado en una roca imponente al pie de los pinos, pero Lansing no podía ver la vista a sus pies por el movimiento de las pestañas en la mejilla de Susy.

—¿Quieres decir que tal vez Nat y Grace estén haciendo lo mejor?

—¿Cómo quieres que lo sepa, si acabo de decirte que veo todos los lados? Por supuesto —añadió Susy a toda prisa—, yo no podría vivir como ellos ni una semana. Pero es maravilloso lo poco que les ha afectado a ellos.

—Desde luego Nat nunca ha estado más chispeante. Y ella aún lo está más. —Luego reflexionó—. Creo que somos una buena influencia para ellos.

—Sí... o ellos para nosotros. Vete a saber.

Después, creía recordar que habían pasado un buen rato en silencio, y que lo siguiente que dijo él fue un arrebató infantil contra la tiranía del existente orden de las cosas, bruscamente seguido de la apasionada pregunta de si, puesto que ni él ni ella podían alterarlo, y puesto que los dos tenían la costumbre de ver las cosas tal como eran, no sería una estupidez no aprovechar su oportunidad de ser felices de la única manera en que podían serlo. No recordaba que Susy hubiera dado una respuesta clara a tal propuesta, pero después de otro rato en el que el mundo pareció enmarcado en un beso repentino, la oyó murmurar para sus adentros en tono pensativo:

—No creo que nadie lo haya intentado antes, pero podríamos...

Y, en ese mismo momento y lugar, le había expuesto el experimento que se habían arriesgado a poner en práctica desde entonces.

Empezó diciéndole que no quería ninguna felicidad subrepticia; y expuso sus razones con la lúcida imparcialidad de costumbre. En primer lugar, algún día tendría que casarse, y cuando lo hiciera quería que fuese con honradez; y, en segundo, en lo tocante al amor, nunca se entregaría a nadie a quien no quisiera de verdad, y si alguna vez tenía esa suerte no quería despojarla de la

mitad de su brillo por la necesidad de andarse con trucos, mentirijillas y confabulaciones.

—He visto demasiadas cosas así. La mitad de las mujeres que conozco que han tenido amantes los han tenido por la diversión de tener que mentir y ocultarse; pero la otra mitad han sido desgraciadas. Y yo sería desgraciada.

Fue entonces cuando le expuso su plan. ¿Por qué no iban a casarse; a ser uno del otro de manera abierta y honorable, aunque fuese por poco tiempo, y con el claro entendimiento de que, en cuanto cualquiera de los dos tuviera ocasión de encontrar un partido mejor, quedaría inmediatamente liberado? La ley de su país facilitaba estos intercambios, y la sociedad empezaba a verlos con tanta indulgencia como la propia ley. A medida que hablaba, Susy se fue animando y empezó a desarrollar sus infinitas posibilidades.

—En realidad estaríamos ayudándonos más que entorpeciéndonos —explicó con ardor—. Los dos conocemos muy bien el percal; lo que no viese uno, y hablo de las oportunidades, podría verlo el otro. Y, además, al casarnos seríamos una novedad. Los dos somos bastante populares, ¿por qué no admitirlo!, y para los que dan cenas es una suerte contar con una pareja en la que ninguno de los dos es un pesado. Sí, creo que tendríamos el doble de éxito que ahora; al menos —añadió con una sonrisa—, si es que queda tanto margen para mejorar. No sé qué opinas tú; la popularidad de un hombre es mucho menos precaria que la de una chica, pero sé que la mía mejoraría mucho si reapareciera como una mujer casada. —Dejó de mirarle para contemplar el largo valle que tenían a sus pies, y añadió en voz más baja—: Y me gustaría, aunque sea por un tiempo, sentir que tengo algo mío en la vida: algo que no me haya prestado nadie, como un vestido bonito, un coche o un abrigo para ir a la ópera.

La proposición, al principio, le había parecido a Lansing tan descabellada como encantadora: le había asustado de verdad. Pero los argumentos de Susy eran irrefutables y su ingenio inagotable. ¿Alguna vez se le había ocurrido pensarlo a él?, le preguntó. No. Bueno, pues a ella sí; y ¿le importaría no interrumpirla? En primer lugar, estarían todos los regalos de boda. ¿Joyas, un coche y una vajilla de plata? ¡Nada de eso! Susy comprendió que él nunca se había parado a pensarlo bien. Cheques, cariño, solo cheques. Ella se comprometió a encargarse de eso por su lado: estaba segura de poder reunir unos cincuenta, y suponía que él podría rascar unos pocos más. ¡Bueno, todo eso sería solo dinero de bolsillo! Tendrían casas de sobra donde vivir, ya lo vería. A la gente le gustaba prestar la casa a una pareja de recién casados. Le divertía pasarse a verlos: así se sentía alegre y romántica. Lo único que tendrían que hacer ellos era aceptar las casas por turnos: ¿pasar un año de luna de miel! ¿De qué tenía miedo? ¿No creía que serían lo bastante felices? Y ¿por qué no intentarlo al menos, comprometerse y ver qué pasaba? Incluso si estaba equivocada, y su plan fracasaba, ¿no sería agradable imaginar, uno o dos meses, que iban a ser felices?

—Yo lo he imaginado sola a menudo —concluyó—, pero imaginarlo contigo sería muy diferente...

Así fue como empezó: y a este lago de ensueño era adonde les había llevado. Por improbable y absurdo que pareciese, todas las previsiones de Susy se habían hecho realidad. Si quedaban algunos eslabones de la cadena en los que Lansing no había podido meter mano, determinados acuerdos y estratagemas que todavía había que elucidar, se sentía lánguidamente dispuesto a ponerles solución con ayuda de ella algún día; y, entretanto, todo lo que le hubiese costado el pasado y cualquier castigo que pudiera imponerle el futuro valían la pena con tal de estar aquí en

mitad de aquel silencio y de aquella dulzura, con la cabeza durmiente de Susy sobre su rodilla, aferrado a su felicidad igual que el mundo se aferraba silencioso al claro de luna.

Se inclinó y la besó.

—Despierta —susurró—, es hora de irse a la cama.

III

Faltaban unas pocas horas para que acabara su mes en Como. Hasta el último momento habían tenido la esperanza de conseguir una prórroga; pero el complaciente Streffy no había podido poner la villa a su disposición por más tiempo, pues había tenido la suerte de alquilarla a muy buen precio a unos tipos espantosos que habían insistido en tomar posesión en la fecha acordada.

Lansing había dejado a Susy al amanecer y había ido al lago a darse un último baño; y, al nadar de vuelta a la orilla bajo la luz cristalina, miró el jardín rebosante de flores, la casa baja y alargada con el bosque de cipreses al fondo y la ventana del cuarto donde dormía aún su mujer. El mes había sido exquisito, y su felicidad tan rara, tan fantástica y completa como la escena que tenía ante sus ojos. Hundió la barbilla en las ondas iluminadas por el sol y suspiró de puro placer...

Era un incordio tener que dejar el escenario de un bienestar tan completo, pero la siguiente etapa de su avance prometía ser no menos encantadora. Susy era una hechicera: todo lo que predecía se hacía realidad. Les llovían las casas; en todas partes creía ver espíritus benéficos volando hacia ellos, cargados con todo tipo de obsequios, desde un *piano nobile*^[1] en Venecia, hasta una cabaña en las Adirondacks. De momento se habían decidido por lo primero. Otras consideraciones aparte, preferían no tener que pagar el pasaje al otro lado del Atlántico; así que irían al palacio de Nelson Vanderlyn y su mujer en Giudecca. Habían acordado que, por razones prácticas, lo más conveniente sería volver a Nueva York el invierno siguiente. Así serían más visibles, y eso probablemente conduciría a nuevas oportunidades; de hecho, Susy había pensado ya en el cómodo piso de una prima suya muy viajera a quien (si se lo proponían con tacto y prometían no abusar de la cocinera) estaba segura de convencer para que se lo prestara. Entretanto, la necesidad de hacer planes seguía siendo remota; y, si había un arte que el joven Lansing hubiese perfeccionado en sus veintiocho años de existencia, era el de vivir el presente con despreocupación...

Si en los últimos tiempos había procurado mirar el futuro con más insistencia que de costumbre, era solo por Susy. Cuando se casaron se propuso ser tan filosófico con ella como consigo mismo; y sabía que a ella le habría importunado más que ninguna otra cosa que su relación hubiese sido para él motivo de preocupaciones. No obstante, desde que estaban juntos, Susy le había dejado entrever fragmentos de su pasado que le habían inspirado el deseo de proteger y defender su futuro. Era intolerable que un espíritu tan fino como el de Susy se viese entorpecido o empujado por los compromisos de los que estaban hechas sus vidas. A él le importaba un comino: había elaborado un código improvisado para guiarse, una breve lista de «es posible» y «no es posible» que simplificaba inmensamente su camino. Había cosas que uno hacía

por ciertas ventajas evidentes que no podían conseguirse de otro modo y había otras que no haría a ningún precio. Pero empezó a darse cuenta de que para una mujer podía ser diferente. Las tentaciones podían ser mayores, el coste considerablemente más elevado, la línea divisoria entre los «es posible» y los «no es posible» más fluctuante y dibujada con menos claridad. A Susy, arrojada al mundo a los diecisiete años, esa línea se la había trazado un padre derrochador que la animó a cruzarla en cualquier circunstancia, y solo un desprecio innato por la mayoría de los objetos de la locura humana parecía haber posibilitado su supervivencia. «Se perdió por una tontería» fue su breve comentario por la muerte prematura de su progenitor: como si aceptara de antemano la necesidad de perderse por algo, pero estuviese decidida a distinguir con firmeza entre lo que valía la pena y lo que no.

Al principio, esta filosofía había cautivado a Lansing, pero ahora empezó a despertar en él vagos temores. La fina armadura de su meticulosidad la había protegido de los riesgos a los que había estado expuesta hasta entonces; pero ¿y si otros, más sutiles, encontraban una grieta en ella? ¿Había, entre sus delicadas discriminaciones, algún equivalente a sus propias reglas? No podría ser su gusto por lo mejor y más raro el instrumento mismo de su perdición; y, si se cruzaba en su camino algo que no fuese una «tontería», ¿dudaría un segundo en perderse por ello?

Estaba decidido a respetar el pacto de no hacer nada por entrometerse en lo que ambos llamaban la «oportunidad» del otro; pero ¿y si, cuando llegase la de ella, él no estaba de acuerdo? Quería con pasión lo mejor para Susy; pero ¿su idea de qué era lo mejor había cambiado de manera sutil e insensible después de su primer mes juntos!

Sus brazadas perezosas lo estaban llevando despacio a la orilla, pero el momento era tan exquisito que unos pocos metros antes de llegar al embarcadero se agarró a la maroma del barco de Streffy y se quedó allí flotando, siguiendo su sueño... Era una pena tener que marcharse; sin duda eso era lo que hacía que diera la vuelta a las cosas de un modo tan inútil. Venecia sería deliciosa, claro, pero nada sería tan dulce como esto. Solo tenían un año de seguridad por delante; y ya había transcurrido un mes.

A regañadientes, nadó hasta la orilla, subió a la casa y abrió una ventana del salón. Los indicios de su partida ya eran visibles. Había baúles en el vestíbulo, raquetas de tenis en las escaleras; en el rellano, Giuletta, la cocinera, rodeaba con los brazos una bolsa de viaje escurridiza que se resistía a dejar que la cerraran. Todo le producía una gélida sensación de irrealidad, como si el mes pasado hubiese sido una representación teatral y estuviesen recogiendo el decorado y guardándolo detrás de las bambalinas para hacer sitio para otra obra en la que Susy no interpretaba ningún papel.

Cuando volvió a bajar, vestido y hambriento, a la terraza donde le esperaba el café, había recobrado su acostumbrada sensación de seguridad. Susy estaba allí, fresca y alegre, con una rosa en el pecho y el sol en el pelo: tenía la cabeza inclinada sobre la guía Bradshaw, pero movió cariñosa la mano sobre las cosas del desayuno y enseguida levantó la cabeza para decir:

—Sí, creo que llegaremos a tiempo.

—¿A tiempo de qué?

—De coger el tren en Milán... siempre que salgamos en el coche a las diez en punto.

Él se quedó mirándola.

—¿En el coche? ¿Qué coche?

—Pues el de los nuevos inquilinos de Streffy. No me ha dicho cómo se llaman y el chófer dice que no sabe pronunciar su nombre. Pero, bueno, él se llama Ottaviano; me he hecho amiga suya.

Llegó anoche, y dice que no les espera en Como hasta hoy al caer la noche. Le ha encantado la idea de llevarnos a Milán.

—Dios mío... —dijo Lansing, cuando ella se calló.

Susy se levantó de la mesa entre risas.

—Tendremos que darnos prisa; pero yo me las arreglaré, si te levantas de la mesa cuanto antes y metes las últimas cosas en tu baúl.

—Sí; pero oye... ¿Tienes idea de cuánto nos va a costar?

Ella levantó las cejas alegremente.

—Pues mucho menos que los billetes de ferrocarril. Ottaviano tiene una novia en Milán y lleva seis meses sin verla. En cuanto me enteré, supe que iría de todos modos.

Era muy inteligente por su parte y él se rió. Pero ¿por qué empezaba a acobardarle la evidencia inofensiva de que ella siempre supiera cómo «arreglárselas»? «Bueno —se dijo—, tiene razón: seguro que el hombre habría ido a Milán.»

En el primer piso, camino de su vestidor, la encontró en una nube de prendas delicadas que estaba metiendo a la fuerza con destreza en un último baúl. Nunca había visto a nadie hacer el equipaje con tanta inteligencia como Susy: su manera de colocar las cosas más reacias era un símbolo de cómo conseguía encajar los hechos más discordantes en su vida.

—Cuando sea rica —decía a menudo—, lo que más voy a odiar será ver a una doncella idiota guardando las cosas en mis baúles.

Al entrar él, lo miró por encima del hombro, con el rostro ruborizado por el esfuerzo, y sacó una caja de cigarros de las profundidades.

—Cariño, métete un par de cigarros en el bolsillo, de propina para Ottaviano.

Lansing la miró perplejo.

—Pero ¿qué haces con los cigarros de Streffy?

—Meterlos en el equipaje, claro... ¿No irás a pensar que querría que se los fumarán esos?

Él le echó una mirada de sorpresa sincera.

—No sé lo que querría... pero no son nuestros.

Susy siguió mirándolo sorprendida.

—No veo por qué hay que ponerse tan solemne. Los cigarros tampoco son de Streffy... puedes estar seguro de que los consiguió por medio de algún sinvergüenza. Y nada detestaría más que ver cómo se los queda otro.

—Bobadas. Si no son de Streffy, aún son menos míos. Dámelos, por favor, cariño.

—Como quieras. Aunque me parece un desperdicio; y por supuesto los nuevos inquilinos ni siquiera llegarán a verlos... ¡Ya se encargarán de eso el jardinero y el amante de Giulietta!

Lansing dejó de mirarla y contempló las oleadas de encaje y muselina de las que emergía como una nereida sonrosada.

—¿Cuántas cajas quedan?

—Solo cuatro.

—Sácalas del equipaje, por favor.

Antes de que ella se moviera se hizo una pausa tan desafiante que Lansing tuvo tiempo de reparar en la exasperante sensación de desproporción entre su rabia y el motivo que la causaba. Y eso le irritó aún más.

Ella le dio una caja.

—Las otras están abajo en tu maleta. Está cerrada y con las correas puestas.

—Pues dame la llave.

—Podemos enviarlos desde Venecia, ¿no? Esa cerradura va muy mal: tardarás más de media hora.

—Dame la llave, por favor.

Ella se la dio.

Fue abajo y estuvo peleándose con la cerradura media hora, bajo la mirada perpleja de Giulietta y la sonrisa sardónica del chófer, que de vez en cuando le recordaba con mucha educación desde el umbral lo que tardarían en llegar a Milán. Por fin la llave giró, y Lansing, sudoroso y con las uñas rotas, sacó los cigarros y fue con ellos al salón desierto. Los pétalos de los grandes ramos de rosas doradas que habían cogido el día anterior caían sobre la tracería de mármol del suelo, pálidas camelias flotaban en las *tazze* de alabastro entre las ventanas y llevaban hasta él los olores del jardín arrastrados por la brisa del lago. La casa de Streffy nunca le había parecido tanto un nido de placeres. Lansing dejó las cajas de cigarros en una consola y corrió arriba a recoger sus últimas posesiones. Cuando volvió a bajar, su mujer, con los ojos brillantes de triunfo, estaba sentada en el vehículo prestado, con el equipaje bien colocado, y Giulietta y el jardinero le besaban la mano y lloriqueaban adioses inconsolables.

«Vete a saber qué les habrá regalado», pensó cuando subió de un salto a su lado y el coche los llevó entre los setos de los ruiseñores hacia la puerta.

IV

La villa de Charlie Strefford era como un nido en un rosal; el palacio de Nelson Vanderlyn y su mujer requería analogías más elevadas.

A Susy su inmensidad y su esplendor le parecieron opresivos en comparación. El desembarco, después de oscurecer, al pie de la escalera grande y sombría, la cena en una mesa poco iluminada debajo de un techo repleto de olímpicos, la noche fría en un rincón de un salón donde deberían haberse bailado minuetos delante de un trono contrastaban con la feliz intimidad de Como, igual que su súbita sensación de discrepancia contrastaba con la confianza mutua del día anterior.

El viaje había sido especialmente alegre: tanto Susy como Lansing tenían demasiada práctica en el arte de suavizar las cosas para no hacer un esfuerzo por ocultarse los estragos de su primer desacuerdo. Pero, invisible y oculto, el desacuerdo siguió estando allí; y la compunción por haber sido su causa reconcomía a Susy mientras, sentada en su dormitorio abovedado y cubierto de tapices, se cepillaba el pelo delante de un espejo deslustrado.

«Pensaba que me gustaba la grandiosidad, pero la escala de este sitio es ciertamente desproporcionada —pensó, mientras observaba el reflejo de una mano pálida moverse adelante y atrás en las turbias profundidades del espejo—. Y eso —continuó— que Ellie Vanderlyn apenas es unos centímetros más alta que yo; y desde luego no tiene un aspecto más digno que yo... Vete a saber si será porque esta noche me siento muy pequeña por lo que este sitio parece tan enorme.»

Le gustaba el lujo: las cosas espléndidas siempre la hacían sentir más guapa y los techos altos más arrogante; no recordaba haberse sentido agobiada antes por las evidencias de la riqueza.

Dejó el cepillo y apoyó la barbilla en las manos entrelazadas... Ni siquiera en ese momento entendía qué la había impulsado a coger los cigarros. Siempre había sido consciente del valor de sus escrúpulos heredados: sus opiniones razonadas eran más libres de lo que era habitual, pero respecto a las cosas que no se podían razonar era extrañamente tenaz. Y ¡no obstante había cogido los cigarros de Streffy! Los había cogido —sí, esa era la clave—, los había cogido para Nick, porque el deseo de complacerle, de hacer que los más pequeños detalles de su vida fuesen fáciles, agradables y lujosos, se había convertido en su absorbente preocupación. Había cometido, por él, justo una de esas pequeñas bajezas que más habría despreciado cometer por ella misma; y, puesto que él no había notado al instante la diferencia, nunca podría explicárselo.

Se puso en pie con un suspiro, se sacudió el pelo suelto y contempló la enorme estancia cubierta de frescos. La doncella le había dicho que la *signora* le había dejado una carta; y ahí estaba sobre el escritorio, con su correo y el de Nick; un grueso sobre, escrito con la caligrafía infantil de Ellie y con un llamativo «Personal» en una esquina.

«¿Qué tendrá que decir con lo que odia escribir?», pensó Susy.

Rasgó el sobre y de él cayeron cuatro o cinco cartas selladas y cerradas. Todas estaban dirigidas, con la letra de Ellie, al señor Nelson Vanderlyn; y en la esquina de cada una de ellas había escrito levemente a lápiz un número y una fecha: uno, dos, tres, cuatro... con un intervalo de una semana entre las fechas.

—Dios... —balbució Susy, al comprenderlo.

Se desplomó en una butaca que había cerca de la mesa y se quedó un buen rato mirando las cartas numeradas. Una hoja de papel escrita por Ellie había caído aleteando entre ellas, pero la dejó en el suelo; ¡sabía muy bien lo que decía! Lo sabía todo de su amiga; claro; el único que no lo sabía era el pobre Nelson. Pero jamás habría imaginado que Ellie se atrevería a utilizarla así. Era increíble... Nunca había visto nada tan vil...

La sangre acudió a su rostro y se puso en pie enfadada, casi decidida a romper las cartas y arrojarlas al fuego.

Oyó a su marido llamar a la puerta que separaba sus habitaciones y ocultó el peligroso paquete debajo del papel secante.

—Oh, vete, por favor, cariño —gritó—. Aún no he terminado de deshacer el equipaje y está todo hecho un desastre. —Cogió las cartas y los papeles de Nick, fue al otro lado de la habitación y se los lanzó por la puerta—. Ahí tienes algo para entretenerte —se rió, sonriéndole un momento desde el umbral.

Se volvió sintiéndose débil por la vergüenza. La carta de Ellie seguía en el suelo: se agachó a regañadientes para cogerla y una por una saltaron las frases esperadas.

«Una buena acción merece otra [...] Por supuesto, Nick y tú podéis quedaros todo el verano [...] No tendréis ni un solo gasto: los criados han recibido instrucciones [...] Sé un ángel y envía estas cartas [...] Es mi única oportunidad para esta época, cuando nos veamos te lo explicaré todo. Y en un mes, como mucho, volveré a recoger a Clarissa...»

Susy acercó la carta a la lámpara para asegurarse de haber leído bien. ¡A recoger a Clarissa! Entonces, ¿la hija de Ellie estaba aquí? ¿Aquí bajo el mismo techo que ellos, a su cuidado? Siguió leyendo furiosa: «Está encantada, pobrecilla, de saber que venís. Tuve que despedir a su espantosa institutriz por impertinente y, si no hubiese sido por ti, se habría quedado sola con un montón de sirvientes en quienes no confío demasiado. Así que por compasión sé buena con mi niña, y perdóname por dejarla. Ella cree que me he ido a una cura; y sabe que no debe decirle a su padre que me he ido, pues se preocuparía si pensara que estoy enferma. Puedes fiarte de ella; ya verás que es muy lista y un ángel...». Y luego al final de la página, en una posdata torcida: «Susy, cariño, si alguna vez has estado en deuda conmigo por alguna atención que te haya mostrado, no digas, por tu honor, ni una palabra de esto a nadie, ni siquiera a Nick. Sé que puedo contar con que borrarás los números».

Susy se puso en pie y echó la carta de la señora Vanderlyn al fuego; luego volvió despacio a la butaca. Allí, en el reposabrazos, estaban los cuatro sobres fatídicos; y el siguiente paso era decidir qué hacer con ellos.

Destruirlos cuanto antes le había parecido, al principio, inevitable: podría servir para salvar tanto a Ellie como a sí misma. Pero dar semejante paso obligaría a Susy a partir al día siguiente, y esto a su vez la obligaría a notificárselo a Ellie, cuya carta había escudriñado en vano en busca de una dirección. Bueno... tal vez la niñera de Clarissa supiera dónde escribir a su madre; era improbable que incluso Ellie se marchara sin tener un modo de comunicarse con su hija. En cualquier caso, no podía hacer nada esa noche: solo planear los detalles de su marcha al día

siguiente y devanarse los sesos para encontrar un sustituto a la hospitalidad que estaba rechazando. Susy no se ocultaba lo mucho que había contado con disponer de la residencia de los Vanderlyn para el verano: poder hacerlo había simplificado mucho el futuro. Conocía la generosidad de Ellie, y estaba segura de que, mientras fuesen sus invitados, sus únicos gastos serían algún que otro regalo a los criados. Y ¿cuál era la alternativa? En sus interminables conversaciones con Lansing, habían pensado tanto en los indolentes días de verano en la Laguna, en las horas de calor en la playa del Lido y en las noches de música y sueños en su amplio balcón sobre el canal de Giudecca que la idea de tener que renunciar a estos placeres y de privar a Nick de ellos la llenaba de una ira intensificada porque él le había confiado que, cuando estuviesen tranquilamente instalados en Venecia, tenía «intención de escribir». En su pecho había surgido ya la feroz resolución de la mujer del autor de defender la intimidad de su marido y facilitar sus encuentros con la Musa. ¡Era abominable, sencillamente abominable, que Ellie Vanderlyn le hubiese tendido semejante trampa!

Bueno, lo único que podía hacer era contárselo todo a Nick. El trivial incidente de los cigarros —¡qué trivial parecía ahora!— le mostraba cuál sería su postura y le transmitía parte de su inflexible energía. Le contaría toda la historia por la mañana e intentarían encontrar una salida: la fe de Susy en su capacidad de encontrar una salida era inagotable. Pero de pronto recordó el ruego con el que acababa la carta de la señora Vanderlyn: «Si alguna vez has estado en deuda conmigo por alguna atención que te haya mostrado, no digas, por tu honor, ni una palabra a Nick»...

Era, claro, justo lo que nadie tenía derecho a pedirle: si es que la palabra «derecho» podía utilizarse relacionada con este montón de despropósitos. Pero lo cierto era que, en materia de atenciones, estaba muy en deuda con Ellie; y que este era el primer pago que le había exigido su amiga. Se encontraba, de hecho, exactamente en la misma situación que cuando Ursula Gillow, con el mismo argumento, le había pedido que dejara de ver a Nick Lansing. Sí, pensó Susy; pero Nelson Vanderlyn también había sido amable con ella; y el dinero con el que Ellie había sido tan amable era de Nelson... El extraño edificio de los valores de Susy se tambaleó en sus cimientos y no supo qué era justo entre tanta inmundicia.

El alcance de su propia perplejidad la confundía. No era que no hubiese estado antes en situaciones «apuradas»; ¡de hecho, había estado en pocas que no lo fuesen en uno u otro sentido! Al considerar su pasado se extendía ante ella como una red de constantes mañas y concesiones. Pero nunca había tenido esa sensación de haber sido engañada, amordazada y maniatada. Todavía no se le había quitado el mal sabor de boca de la pequeña mezquindad de los cigarros, y ahora esta gran humillación se añadía a la herida. Desde luego, el segundo mes de su luna de miel había empezado con mal pie...

Miró el despertador de esmalte que tenía sobre la mesilla —uno de los pocos regalos de boda que había aceptado en especie— y le sorprendió que fuese tan tarde. En un momento llegaría Nick; y una sensación incómoda en la garganta la advirtió de que el puro nerviosismo y la exasperación podrían hacerle decir algo inoportuno. La vieja costumbre de estar siempre en guardia hizo que se volviera una vez más hacia el espejo. Estaba pálida y ojerosa; y, después de aumentar la impresión de cansancio con una rápida y habilidosa aplicación de cosméticos, cruzó la habitación y abrió despacio la puerta de su marido.

Él también estaba sentado al lado de la lámpara, leyendo una carta que dejó de lado al verla entrar. Su expresión era solemne y ella se dijo que sin duda debía de seguir pensando en los

cigarros.

—Estoy muy cansada, cariño, y me duele tanto la cabeza que he venido a desearte buenas noches. —Se inclinó sobre el respaldo de su butaca y le puso la mano en el hombro. Él levantó las manos para coger las de ella, pero, cuando echó la cabeza atrás para sonreírle, Susy reparó en que su mirada seguía siendo seria, casi distante. Era como si, por primera vez, un leve velo pendiera entre sus ojos y los de ella.

—Lo siento mucho: ha sido un día muy largo para ti —dijo con aire ausente, rozando sus manos con los labios.

Ella notó el temido nudo en la garganta.

—¡Nick! —estalló, apretando los brazos—, antes de que me vaya, tienes que prometerme por tu honor que sabes que jamás habría cogido esos cigarros para mí.

Por un momento se quedó mirándola y ella lo miró con idéntica solemnidad; luego la misma alegría irresistible los dominó a los dos y los remordimientos de Susy quedaron borrados por un ataque de carcajadas.

Cuando se despertó a la mañana siguiente, el sol se derramaba entre las cortinas de brocado antiguo y su reflejo en las ondas del canal dibujaba una red de escamas doradas en el techo abovedado. La doncella acababa de dejar una bandeja en una mesa de fina marquetería cerca de la cama y por detrás del borde de la bandeja Susy descubrió la carita seria de Clarissa Vanderlyn. Al ver a la niña volvieron a despertarse todas sus dudas.

Clarissa tenía solo ocho años y era menuda para su edad: su barbilla pequeña y redonda apenas llegaba a la altura del servicio de té, y sus ojos castaños claros miraron a Susy entre las tablillas del soporte para las tostadas y la rosa en el jarrón de cristal de Murano antiguo. Hacía dos años que Susy no la veía y en ese tiempo daba la impresión de haber pasado de una infancia pensativa a una total madurez de experiencia femenina. Estaba mirando con aprobación a la invitada de su madre.

—Me alegro mucho de que hayas venido —dijo con una vocecilla dulce—. Eres muy simpática. Sé que no estaré mucho contigo; pero al menos cuidarás un poco de mí, ¿verdad?

—¡Un poco! ¡Si me dices cosas tan bonitas, querré cuidarte todo el tiempo! —se rió Susy, inclinándose para acercarse a la niña a su lado.

Clarissa sonrió y se instaló cómodamente en el cobertor de seda.

—Oh, ya sé que no tengo que molestarte, porque estás recién casada; pero ¿podrías encargarte de que me den de comer a mi hora?

—¡Pobrecita! ¿Es que no lo hacen ahora?

—Cuando mi madre va a hacerse una cura, no. Los criados no siempre me obedecen. Soy muy pequeña para mi edad. Por supuesto, en unos años tendrán que hacerlo... incluso aunque no crezca mucho —añadió juiciosa. Extendió el brazo y tocó el collar de perlas que llevaba Susy al cuello—. Son pequeñas, pero buenas. Supongo que no llevas las otras cuando viajas.

—¿Las otras? ¡Eres un cielo! No tengo otras... y casi seguro nunca las tendré.

—¿No tienes otras perlas?

—No tengo más joyas.

Clarissa la miró sorprendida.

—¿De verdad? —preguntó, como si estuviese en presencia de algo sin precedentes.

—Es la triste verdad —confesó Susy—. Pero aun así creo que puedo conseguir que los

criados me obedezcan.

Este punto parecía haber perdido su interés para Clarissa, que seguía observando muy seria a su compañera. Al cabo de un rato hizo otra pregunta.

—¿Perdiste todas tus joyas cuando te divorciaste?

—¿Divorciarme...? —Susy apoyó la cabeza en las almohadas y se rió—. Pero ¿en que estás pensando? ¿No recuerdas que la última vez que nos vimos ni siquiera estaba casada?

—Sí; me acuerdo. Pero de eso hace dos años. —La niña le echó los brazos al cuello y se inclinó cariñosa hacia ella—. Entonces, ¿te vas a divorciar pronto? Prometo no contárselo a nadie si no quieres.

—¿Divorciarme? Pues ¡claro que no! ¿Cómo se te ocurre pensar eso?

—Porque pareces muy feliz —respondió con sencillez Clarissa Vanderlyn.

V

Fue una señal bastante trivial, pero Susy no la olvidó: esa primera mañana en Venecia Nick salió de casa sin pasar a verla. Se quedó en la cama hasta tarde, charlando con Clarissa y esperando que la puerta se abriera y apareciera su marido; y, cuando la niña se marchó y ella se levantó y fue a la habitación de Nick, la encontró vacía, y una nota en el tocador le informó de que había salido a enviar un telegrama.

Era típico de un amante, e incluso infantil por su parte, pensar que debía explicar su ausencia, pero ¿por qué no había entrado sin más a decírselo? Relacionó este hecho sin importancia con la sombra de preocupación que había notado en su rostro la noche anterior cuando entró en su cuarto y lo encontró absorto en una carta; y mientras se vestía continuó dándole vueltas a qué diría la carta y a si el telegrama que había corrido a enviar sería una respuesta.

Nunca lo averiguó. Cuando él volvió, apuesto y alegre como unas castañuelas, no le dio ninguna explicación; y ella tenía por costumbre no hacer preguntas improcedentes. No era solo que equiparara el celo por su propia libertad con un respeto idéntico por la de los demás, sino que llevaba demasiado tiempo navegando entre los escollos y los bancos de arena sociales para no saber lo estrecho que es el paso que conduce a la paz de espíritu, y estaba decidida a mantener su pequeña nave en el centro del canal. Pero el incidente se le quedó grabado en la memoria y adquirió una especie de significado simbólico, como un punto de inflexión en su relación con su marido. No es que fuese menos feliz, sino que ahora la consideraba, como siempre había considerado antes esas alegrías, como un islote inestable en un mar proceloso. Su felicidad presente no podía ser más completa, pero la acechaba la amenaza perpetua de todo lo que sabía que le ocultaba a Nick, y de todo lo que sospechaba que él le ocultaba a ella...

Pensaba en estas cosas una tarde, unas tres semanas después de su llegada a Venecia. Faltaba poco para el atardecer y estaba sentada sola en el balcón, observando la luz oblicua trenzar en el agua sus patrones sobre el reflejo ruborizado de los cimientos del antiguo palacio. Casi siempre estaba sola a esa hora. Nick había empezado a escribir por las tardes —había sido fiel a su palabra, igual que, por lo visto, la Musa— y había adquirido la costumbre de acompañar solo a su mujer a la caída del sol, para dar un paseo en barca por la Laguna. Ella había llevado a Clarissa, como de costumbre, al Giardino Pubblico, donde la niña, tan correcta como siempre, había «jugado» con educación e indiferencia —Clarissa se aplicaba a las diversiones de su edad como si cumpliera con una tradición pasada de moda— y después habían vuelto para su clase de música, ecos de la cual llegaban ahora desde una ventana lejana.

Susy había llegado a agradecer mucho la presencia de Clarissa. De no haber sido por la niña, su orgullo por la laboriosidad de su marido podría haber estado teñido a veces de una leve

sensación de ser dejada de lado y olvidada; y, como la laboriosidad de Nick era la justificación de que estuviesen donde estaban, y de que hubiese hecho lo que había hecho, agradecía a Clarissa que la ayudara a no sentirse tan sola. Clarissa, de hecho, representaba la otra mitad de su justificación: si Susy había contenido la lengua, se había quedado en Venecia y se escabullía una vez por semana para echar al correo una de las cartas numeradas de Ellie era tanto por la niña como por Nick. Un día en el Palazzo Vanderlyn había bastado para convencerla de la imposibilidad de abandonar a Clarissa. Su larga experiencia le había enseñado que en las casas más abarrotadas a menudo están los cuartos de juego más solitarios, y que los niños ricos están expuestos a males desconocidos en infancias menos protegidas; pero hasta el momento estas cosas habían sido para ella solo una de las partes más desagradables del gran y turbio diseño de la vida. Ahora se encontró sintiendo donde antes solo había juzgado: su precaria dicha se vio lastrada por el peso de la compasión.

Estaba pensando en estas cosas, en cómo se acercaba la fecha del regreso de Ellie Vanderlyn, y en las perspicaces verdades que reservaba para los oídos de esta señora, cuando reparó en una góndola que viraba la proa hacia las escaleras debajo del balcón. Susy se inclinó, y un caballero alto con la ropa raída miró hacia arriba al desembarcar y agitó un mohoso sombrero panamá para saludarla con alegría.

—¡Streffy! —exclamó ella con idéntica alegría; y estaba bajando por las escaleras cuando se lo encontró seguido de un gondolero cargado de maletas.

—No pasa nada, ¿no? Ellie dijo que podía venir —explicó en tono chillón y animado— y que podía instalarme en la habitación verde de siempre con los paneles de loros, porque el mobiliario está manchado con mi champú.

Susy le sonreía con el profundo placer que producía siempre su presencia entre sus amigos. Todos coincidían en que no había nadie en el mundo tan feo, desaliñado y encantador como Streffy; nadie en quien se combinaran un egoísmo tan descarado con un buen humor tan imperturbable; nadie que supiese hacerte creer mejor que era encantador contigo cuando eras tú quien era encantador con él.

Además de estas cualidades, que nadie apreciaba más que su dueño, Strefford tenía para Susy otro atractivo del cual es probable que no fuese consciente. Y es que era el único ser fijo y estable entre las figuras fluidas y cambiantes que conformaban su mundo. Susy siempre había vivido entre personas tan desnacionalizadas que los que tomabas por rusos por lo general resultaban ser estadounidenses, y los que te inclinabas a considerar de Nueva York resultaban ser originarios de Roma o Bucarest. Estas personas cosmopolitas, que vivían en países que no eran los suyos, en casas tan grandes como hoteles, o en hoteles donde los huéspedes eran tan internacionales como los camareros, se habían casado, amado y divorciado en toda la superficie de Europa, y según cualquier código que procure regular los vínculos humanos. Strefford también tenía un hogar en ese mundo, pero era solo uno de sus hogares. El otro, el hogar del que hablaba, y en el que probablemente pensaba, menos a menudo, era una casa de campo inglesa enorme y aburrida en uno de los condados del norte, donde llevaba repitiéndose generación tras generación una vida tan monótona y contenida como dispersa y llena de altibajos era la suya; y era esa casa, y todo lo que representaba incluso para sus vagabundeos y su irreverencia, lo que, al salir a relucir de vez en cuando en su conversación, o en su actitud ante algo o alguien, le daba un perfil más firme y una base más sólida que a las demás marionetas del baile. En apariencia era como todos, y siempre quería superarles en distanciamiento y capacidad de adaptación, ridiculizando los prejuicios de

los que se había liberado y a las personas de su clase, pero conservaba, bajo su relajada flexibilidad, el esqueleto de su antigua fe y de sus viejas costumbres. «Habla todos los idiomas tan bien como nosotros —había dicho una vez Susy de él—, pero al menos habla uno mejor que los demás»; y Strefford, cuando se lo contaron, se puso a reír y dijo que era una idiota pero dándole a entender que le había gustado.

Mientras subía las escaleras arrastrando los pies, con ella cogida del brazo, Susy iba pensando en esta cualidad con una nueva apreciación de su valor. Incluso ella y Lansing, a pesar de su americanismo sin mezcla, su espesa red de primos anticuados en Nueva York y en Filadelfia, se sentían tan distanciados mentalmente como los participantes de una Exposición Internacional, y como ellos se sentían en casa en cualquier parte. Si la gente reparaba a menudo en que eran estadounidenses era solo por lo bien que hablaban francés, y porque Nick era demasiado rubio para ser «extranjero» y tenía los rasgos demasiado marcados para ser inglés. Pero Charlie Strefford era inglés con toda la fuerza de una costumbre inveterada; y algo en el interior de Susy empezaba a comprender poco a poco la belleza de la costumbre.

Descansando en el balcón al que la había seguido sin detenerse a adecentarse después del viaje, Strefford se mostró muy interesado por el último capítulo de su historia, muy complacido de que hubiese ocurrido bajo su techo y divertidísimo por la firmeza con que ella se negó a dejarle ver a Nick hasta que terminase su trabajo.

—¿Escribiendo? ¡Bobadas! ¿Qué está escribiendo? Te está domando, querida; eso es lo que está haciendo: estableciendo una coartada. ¿Qué te apuestas a que está fumando y leyendo *Le Rire*[2]? Vayamos a comprobarlo.

Pero Susy fue inflexible.

—Me ha leído el primer capítulo: es maravilloso. Es una novela filosófica... un poco como *Mario*, ya sabes[3].

—¡Oh, sí... claro! —dijo Strefford, con una risa que a ella le pareció idiota.

Se ruborizó como una niña.

—Eres tonto, Streffy. Olvidas que Nick y yo no necesitamos coartadas. Nos hemos librado de toda esa hipocresía y hemos acordado que nos echaremos una mano cuando uno de los dos necesite un cambio. No nos hemos casado para mentirnos y espiarnos, ni para regañarnos el uno al otro; hemos constituido una sociedad en mutuo beneficio.

—Entiendo; eso está muy bien. Pero ¿cómo puedes estar segura de que, cuando Nick quiera un cambio, a ti te parecerá beneficioso para él?

Era justo lo que siempre había atormentado en secreto a Susy; a menudo le habría gustado saber si también atormentaba a Nick.

—Espero que tengamos suficiente sentido común... —empezó.

—Oh, claro: seguro que los dos recurriréis al sentido común cuando discutáis.

Este destello de perspicacia la desconcertó, y dijo un poco irritada:

—¿Qué harías tú si te casaras? ¡Calla, Streffy! Te prohíbo gritar así... ¡Todas las góndolas se paran a mirar!

—Y ¿qué culpa tengo yo? —Se balanceó adelante y atrás en su butaca—. «Si te casaras»... Es como si preguntaras: «Streffy, ¿qué has decidido hacer si te convirtieras de pronto en un loco furioso?».

—No he dicho eso. Si tu tío y tu primo murieran, te casarías mañana; lo sabes muy bien.

—Ahora hablas claro. —Cruzó los largos brazos y se inclinó sobre el balcón, contemplando las olas veteadas de fuego en el crepúsculo—. En ese caso diría: «Susan, cariño... Susan, gracias a la piadosa intervención de la Providencia, te has convertido en condesa de Altringham de la nobleza británica, y en baronesa Dunsterville y d'Amblay de la nobleza de Irlanda y Escocia, te agradeceré que tengas presente que eres miembro de una de las casas más antiguas del Reino Unido... y que no te descubran».

Susy se rió.

—¡Sabemos lo que significan esas advertencias! Compadezco a mi tocaya.

Él se volvió y le echó un rápido vistazo con los ojillos feos y brillantes.

—¿Hay alguna otra mujer en el mundo llamada Susan?

—Espero que sí, si el nombre es esencial. Incluso si Nick me deja, no cuentes conmigo para poner en práctica ese programa. He visto el resultado demasiado a menudo.

—Oh, bueno, por lo que sé, todo el mundo goza de buena salud en Altringham. —Se hurgó el bolsillo y sacó una pluma estilográfica, un pañuelo sucio de tinta y un paquete de cigarrillos estropeados. Encendió uno, volvió a meter los demás objetos en el bolsillo y continuó con calma —: Cuéntame cómo hiciste para arreglar las cosas con los Gillow. Ursula estaba furiosa cuando estuve en Newport el verano pasado; era justo cuando la gente empezaba a decir que ibas a casarte con Nick. Temí que intentara ponerte trabas; y luego me he enterado de que lo que te puso fue un cheque en la mano.

Susy guardó silencio. Desde la aparición de Strefford había sabido que, antes o después, le haría esta pregunta. Era curioso como un mono, y cuando decidía averiguar alguna cosa era inútil intentar distraer su atención. Después de un momento de duda, dijo:

—Coqueteé con Fred. Fue una lata, pero él se comportó con el mayor decoro.

—Seguro que sí... pobre Fred. Y ¡le metiste a Ursula el miedo en el cuerpo!

—Bueno... un poco. Luego, por suerte, llegó de Roma el joven Nerone Altineri: se presentó en Nueva York en busca de un empleo de ingeniero y Ursula obligó a Fred a contratarlo en su siderúrgica. —Volvió a hacer una pausa y luego añadió con brusquedad—: ¡Streffy! Si supieras cómo odio esas cosas. Preferiría que Nick entrase ahora y me dijera con franqueza, como sé que lo haría, que iba a marcharse con...

—¿Con Coral Hicks? —sugirió Strefford.

Ella se rió.

—¡Pobre Coral Hicks! ¿Qué te ha hecho pensar en los Hicks?

—Que los vi el otro día en Capri. Están haciendo un crucero: dijeron que se pasarían por aquí.

—¡Qué fastidio! Espero que no nos encuentren. Fueron muy amables con Nick cuando viajó a la India con ellos y son tan simples que seguro que creerían que a Nick le gustaría verlos.

Strefford apuntó la colilla de su cigarrillo hacia un turista con turbante que estaba mirando el palacio después de consultar una guía de viaje.

—¡Ah! —murmuró complacido, al ver los efectos del disparo; luego añadió—: Coral Hicks está cada vez más guapa.

—¡Ay, Streff... tú sueñas! ¡Esa chica rolliza con gafas y de tobillos gruesos! La pobre señora Hicks le decía siempre a Nick: «Cuando el señor Hicks y yo educamos a Coral suponíamos que en Europa la cultura estaba más solicitada de lo que está».

—Bueno, ya verás: la educación de esa chica no la perjudicará, cuando empiece a alternar en

sociedad. Entonces, si Nick entrara y te dijera que se marchaba...

—¡Me sentiría muy agradecida si fuese con un espantajo como Coral! Pero ¿sabes? —añadió con una sonrisa—, hemos acordado que eso no ocurra hasta después de un año.

VI

Susy encontró a Strefford, después de su primer derroche de despropósitos, insólitamente amable y sensible. El interés que demostró por su futuro y el de Nick parecía proceder no tanto de su habitual espíritu de curiosidad científica como de la simple amistad. Tuvo el privilegio de leer el primer capítulo de Nick, del cual se formó una impresión tan favorable que habló muy seriamente con Susy de la importancia de respetar las horas de trabajo de su marido; y llevó su benevolencia general hasta el extremo de mostrar un interés paternal por Clarissa Vanderlyn. Siempre era encantador con los niños, pero de un modo irregular y fatigado, celoso de su propia independencia y de la posibilidad de que pudieran aburrirle de pronto; Susy nunca le había visto abandonar estas precauciones tan completamente como con Clarissa.

—¡Pobre diablillo! ¿Quién cuida de ella cuando Nick y tú salís? ¿Me estás diciendo que Ellie despidió a la institutriz y se fue sin dejar a nadie en su lugar?

—Creo que esperaba que me ocupara yo —dijo Susy con cierta aspereza. Había momentos en los que su deber con Clarissa le resultaba muy angustioso; siempre que salía sola con Nick la obsesionaba la imagen de una figura menuda que se despedía triste desde el balcón.

—¡Ah!, eso es típico de Ellie: podrías haber imaginado que querría algo a cambio cuando te prestó esto. Pero no creo que pensara que fueses a tomártelo tan en serio.

Susy se quedó pensando.

—No creo que lo hiciera; y tal vez yo no me lo habría tomado tan en serio hace un año. Pero ya me entiendes... —dudó—: Nick es tan bueno que me ha hecho ver muchas cosas de forma diferente...

—¡Oh, déjate de la bondad de Nick! Son los efectos de la felicidad, querida. No eres más que una de esas personas con las que parece concordar.

Susy se recostó en su asiento y examinó entre las pestañas su rostro torcido e irónico.

—Y ¿qué concuerda contigo, Streffy? Nunca te he visto tan humano. Debes de haber sacado un precio exorbitante por la villa.

Strefford se puso a reír y se dio una palmada en el bolsillo de la pechera.

—De lo contrario sería idiota: tengo aquí un telegrama diciendo que la necesitan otro mes a cualquier precio.

—¡Qué suerte! Me alegro mucho. ¿Quiénes son, a propósito?

Se incorporó en la silla en la que estaba repantingado y la miró con una sonrisa.

—Otro par de idiotas enamorados como Nick y tú... Oye, antes de que me lo gaste todo, salgamos a comprarle algo bonito a Clarissa.

Los días pasaron tan deprisa y tan radiantes que, de no haber sido por su preocupación por la niña, Susy apenas habría reparado en la prolongada ausencia de su anfitriona. La señora Vanderlyn había dicho: «Cuatro semanas como mucho», y las cuatro semanas habían pasado y ni había llegado ni había escrito para explicar su retraso. De hecho, no había dado señales de vida desde su partida, dejando aparte una postal que Clarissa recibió un día después de la llegada de los Lansing, y en la que la señora Vanderlyn daba instrucciones a su hija para que fuese muy buena y no olvidara dar de comer a la mangosta. Susy reparó en que la misiva estaba sellada en Milán.

Hizo partícipe de sus aprensiones a Strefford.

—No me fío de esa niñera de ojos verdes. Se pasa el día con ese gondolero tan joven; y Clarissa es muy lista. No entiendo por qué no ha venido Ellie: tenía que llegar el lunes.

Su compañero se rió, y algo en su risa le dio a entender que probablemente sabía tanto sobre los movimientos de Ellie como ella misma, si no más. La indignación que despertaba en ella siempre ese asunto la llevó a apartar la mirada de su sonrisa tolerante. En ese momento habría dado cualquier cosa por haber podido contarle a Nick lo que había sabido la noche de su llegada, y luego haberse ido con él, adonde fuese. Pero ¡estaba Clarissa...!

Para fortalecerse contra la tentación, concentró decidida sus pensamientos en su marido. De la felicidad de Nick no había duda. Estaba claro que la adoraba, le gustaba Venecia y disfrutaba de su obra; y respecto a la calidad de esa obra el juicio de ella estaba tan seguro como su corazón. Aún dudaba de que pudiera ganarse alguna vez la vida con lo que escribía, pero ya no le cabía duda de que escribiría algo notable. El hecho mismo de que fuese una novela filosófica y no una simple novela parecía la prueba de una superioridad intrínseca. Y, si hubiese desconfiado de su propia imparcialidad, el visto bueno de Strefford habría disipado sus celos. Entre sus amigos, Strefford pasaba por una autoridad en tales cuestiones; a modo de resumen sus panegiristas siempre añadían: «Y, ya sabes, escribe». En realidad, los lectores habían recibido con frialdad las pocas páginas que había publicado; pero vivía entre esa clase de personas que confunden el gusto con el talento y se dejan impresionar por los más torpes intentos de expresión literaria; y, aunque él fingía despreciar sus opiniones, y sus propios esfuerzos, Susy sabía que no le desagradaba que se dijera de él: «¡Oh, si Streffy hubiese elegido...!».

El visto bueno de Strefford a la novela filosófica la convenció de que había valido la pena quedarse en Venecia por Nick; y de que, si Ellie volvía y se llevaba a Clarissa a St. Moritz o a Deauville, el desagradable episodio en el que se basaba su felicidad desaparecería como una nube y les dejaría disfrutar sin más.

Ellie no volvió; pero Mortimer Hicks y su familia sí, y Nick Lansing se vio asaltado por los escrúpulos que había previsto su mujer. Strefford, al volver una noche del Lido, le informó de que había reconocido el gigantesco perfil del Ibis entre las embarcaciones de placer en el puerto; y la noche siguiente, mientras los huéspedes del Palazzo Vanderlyn estaban saboreando sus helados en Florian, los Hicks asomaron por la Piazza.

Susy rogó en vano a su marido en defensa de su intimidad:

—Recuerda que estás aquí para escribir, cariño; tu deber es no dejar que nadie se entrometa. ¿Por qué no les decimos que estábamos a punto de marcharnos?

—Porque no serviría de nada: volveríamos a encontrarnos con ellos. Además, que me cuelguen si voy a darle esquinazo a los Hicks. Pasé cinco meses en el Ibis y, aunque me aburrieran de vez en cuando, la India no me aburría.

—Haremos que nos lleven a Aquilea —dijo filosóficamente Strefford; y, un momento después,

los Hicks se dirigieron hacia el indefenso trío.

Ofrecían un frente impresionante, no solo por su simple corpulencia —el señor y la señora Hicks eran ambos majestuosamente tridimensionales—, sino porque nunca salían al extranjero sin la compañía de dos secretarios personales (uno para los idiomas), el médico del señor Hicks, una señora soltera llamada Eldorada Tooker, que era prima de la señora Hicks y su estenógrafa, y por fin su hija, Coral Hicks.

Coral Hicks, la última vez que Susy se había encontrado con el grupo, era una colegiala corpulenta con gafas que iba siempre a remolque de sus padres y con un perro de agua a su estela. Ahora el perro de agua había desaparecido y era su dueña quien encabezaba la procesión. La colegiala corpulenta se había convertido en una señorita de figura si no elegante al menos compacta; unos impertinentes con un mango muy largo habían sustituido a las gafas, y a través de ellos, en lugar de una mirada hosca, la señorita Coral Hicks proyectaba en el mundo una mirada al mismo tiempo confiada y crítica. Parecía tan firme y decidida que Susy, que le cogió la medida de un solo vistazo, vio que su posición en cabeza de la procesión no era fortuita y murmuró para sus adentros: «¡Gracias a Dios no es también guapa!».

Pero, si no era guapa, iba bien vestida; y, aunque fuese demasiado culta, parecía capaz, como había dado a entender Strefford, de sobrellevar incluso una desventaja tan decisiva. En todo caso no se molestaba en disimularlo; y cuando no llevaban ni cinco minutos sentados delante de otra ronda de helados (Eldorada y los secretarios se sentaron a una mesa un poco apartada) empezó a hablar con Nick de las exploraciones en Mesopotamia.

—Una chica rara esta Coral —le dijo Nick a Susy esa noche, mientras fumaban un último cigarrillo en su balcón—. Esta tarde me ha dicho que recordaba muchas de las cosas que me había oído decir en la India. En aquel entonces me pareció que solo le interesaban los caramelos y los rompecabezas, pero por lo visto estaba escuchándolo todo y leyendo todos los libros que caían en sus manos; y le gustó tanto la arqueología oriental que el año pasado hizo un curso en Bryn Mawr. Quiere ir a Bagdad la primavera próxima, y volver por la meseta persa y el Turkestán.

Susy se rió de buena gana: estaba sentada con su mano en la de Nick, mientras la luna —suya otra vez— se alzaba con su gloria anaranjada por encima del campanario de San Giorgio.

—¡Pobre Coral! Qué aburrido... —murmuró Susy.

—¿Aburrido? ¿Por qué? Un viaje así vale tanto la pena como cualquier cosa que se me ocurra.

—¡Oh!, quería decir que es aburrido hacerlo sin ti o sin mí —se rió de nuevo, y se levantó perezosa para ir adentro. Una amplia franja de luz de luna, que dividía su cuarto en dos mitades sombrías, caía sobre la cama veneciana pintada, con su sábana doblada, su cobertor de damasco antiguo y sus almohadas con el borde de encaje. Notó el calor del brazo de Nick y alzó el rostro hacia el suyo.

Los Hicks conservaban un agradable recuerdo de la estancia de Nick en el Ibis, y Susy, conmovida por su torpe alegría al volver a verle, se alegró de que no hubiera seguido su consejo de intentar darles esquinazo. Siempre había admirado el cruel talento de Strefford para utilizar y descartar el material humano que se cruzaba en su camino, pero ahora empezó a esperar que Nick no recordara su sugerencia de imponer esa medida a los Hicks. Aunque hubiese sido menos agradable tener un gran yate a su puerta durante los largos días dorados y las noches de fuego plateado, la admiración que los Hicks sentían por Nick habría hecho que Susy los soportara de buen grado. Incluso se dio cuenta de que empezaban a gustarle, y justo por las mismas características que en otra época habrían motivado sus críticas. Susy tenía mucha práctica en

tomar afecto a personas vulgares con dinero; en esos casos sus reservas de excusas y concesiones eran inagotables: pero tenían que ser personas vulgares con éxito; lo malo era que los Hicks, según su criterio, no tenían ningún éxito. No era solo que fuesen ridículos —también lo eran, el cielo era testigo, muchos de sus rivales—, sino que eran ridículos y encima no tenían éxito. Se habían resistido a los esfuerzos de los experimentados consejeros que los habían divisado por primera vez en el horizonte y habían intentado ayudarles a ascender. Siempre se relacionaban con quien no debían, daban fiestas cuando menos procedía y gastaban millones en cosas que a nadie le interesaban lo más mínimo. Todos creían fervientemente en «movimientos» y «causas» e «ideales», y siempre iban acompañados de los exponentes de sus últimas creencias, y pidiéndote que asistieras a conferencias de mujeres ojerosas con peplos, y se hacían retratar por tipos absurdos que nunca llegaban a ponerse de moda.

En otro momento eso habría aumentado el desprecio de Susy; en esta ocasión descubrió que le gustaban los Hicks precisamente por sus defectos. Le conmovía su buena fe, su aislamiento en mitad de todos aquellos apóstoles y parásitos, su forma de ir a la deriva en un mundo ajeno e indiferente rodeados de un grupo del que Eldorada Tooker, el médico y los dos secretarios eran el círculo exterior, y el modo en que se veían a sí mismos como una especie de reencarnación colectiva de un pasado de cultura principesca simbolizada para la señora Hicks por lo que ella llamaba «la corte del Renacimiento». Eldorada, por supuesto, era su principal profetisa; pero incluso los muy «brillantes» y modernos jóvenes secretarios, el señor Beck y el señor Buttles, manifestaban una conmovedora tendencia a compartir su opinión, y decían que el señor Hicks «promovía el arte», en el espíritu de Pandolfino celebrando la munificencia de los Medici.

—Empiezo a tenerles verdadero afecto a los Hicks; creo que tendría que ser amable con ellos incluso si se quedasen en el hotel Danieli —le dijo Susy a Strefford.

—¿Incluso si el yate fuese tuyo? —respondió él; y por una vez su broma no dio en el clavo.

El Ibis los llevó, los interminables días de junio, a lo largo y ancho de esa costa encantada; visitaron las colinas Euganeas, vieron Aquilea, Pomposa y Rávena. Sus anfitriones de buena gana los habrían llevado más lejos, al otro lado del Adriático y hasta la red dorada del Egeo; pero Susy se oponía a esa infracción de las normas de Nick, y él mismo prefería concentrarse en su tarea. Lo único que hizo fue cambiar los horarios y trabajar a primera hora de la mañana para que la mayor parte de los días pudieran zarpar antes de mediodía y volver por la tarde a todo vapor hacia el leve fleco de luces de la Laguna. Su trabajo continuaba avanzando y, a medida que iba añadiendo más y más páginas, Susy percibió sin certeza pero con claridad que cada una de ellas se correspondía con una secreción oculta de energía, con la formación gradual en su interior de algo que podría acabar alterando la vida de ambos. En qué sentido no podía conjeturarlo: solo intuía que el hecho de que él hubiese elegido un trabajo y se hubiese dedicado a él, aunque solo fuese unas pocas semanas rosadas de verano, le había dado una nueva manera de decir «sí» y «no».

VII

Nick también era consciente de que en su interior obraba un nuevo fermento. Él era mejor juez del libro que estaba intentando escribir que Susy o Strefford; conocía sus debilidades, sus traiciones, su tendencia a escapársele entre los dedos justo cuando creía que lo tenía sujeto con más firmeza; pero sabía también que en el momento en que parecía haber fracasado volvía de pronto batiendo las ruidosas alas ante su rostro.

No se hacía ilusiones sobre su valor comercial y, cuando Susy hizo su alusión a *Mario*, más que animarse torció el gesto. Su libro iba a titularse *El desfile de Alejandro*. Su imaginación se había dejado seducir por la idea de retratar el avance del joven conquistador por los fabulosos paisajes de Asia: le gustaba escribir descripciones y tenía la vaga impresión de que, bajo la forma de la ficción, podría desarrollar su teoría de las influencias orientales en el arte occidental sin tener que recurrir a tanta erudición como si intentara plasmar sus ideas en un ensayo. Sabía suficiente del asunto para saber que no sabía lo suficiente para escribir sobre él; pero se consolaba pensando que *Wilhelm Meister* ha sobrevivido a muchos gruesos volúmenes de estética; y en sus momentos de desánimo se sometía a la valoración de Susy y descubría un profundo placer en su tarea.

Nunca —¡no, nunca!— había sido tan confiada e ilimitadamente feliz. Su trabajo escribiendo artículos le había acostumbrado a ser constante, y ahora la costumbre llevaba el resplandor de la inspiración. Sus anteriores empresas literarias habían sido tímidas y vacilantes: si esta crecía y se reforzaba entre sus manos, debía de ser porque las condiciones eran muy distintas. Se sentía cómodo, seguro y satisfecho; y tenía además, por primera vez desde su primera juventud, antes de la muerte de su madre, la sensación de tener a alguien a quien cuidar, alguien que era su propia preocupación, y ante quien respondía por sus actos y por sí mismo, él que nunca había sido responsable ante las personas apresuradas e indiferentes entre quienes había elegido vivir.

Susy se regía por los mismos patrones que estas personas: hablaba su idioma, aunque entendía otros; requería sus placeres, aunque no reverenciara a sus dioses. Pero, desde el momento en que se convirtió en su propiedad, Nick había elaborado en su interior la idea de que ella respondía a una profunda necesidad de veneración. Era suya, la había elegido, había ocupado su lugar en el largo linaje de mujeres Lansing que habían sido amadas, honradas y probablemente decepcionadas por hombres Lansing ya desaparecidos. No pretendía entender la lógica de eso; pero el hecho de que ella fuese su mujer le daba un propósito y una continuidad a sus impulsos dispersos, y un misterioso brillo de consagración a su tarea.

Una o dos veces, en los primeros días de su matrimonio, se había preguntado con un leve estremecimiento qué ocurriría si Susy empezara a aburrirle. Esto le había ocurrido con otras

mujeres que al principio habían despertado en él emociones de idéntica intensidad a las que le inspiraba ella. El papel que había representado en sus anteriores amoríos podría, de hecho, haberse resumido en el verso memorable: «Yo soy el cazador y la presa»,^[4] pues había dejado invariablemente de ser solo lo primero para considerarse a sí mismo lo segundo. Esta vivencia nunca había dejado de causarle un dolor muy intenso, pues su compasión por su perseguidora era apenas menos aguda que la conmiseración que sentía por sí mismo, pero, como por lo general sentía un poco más de lástima por sí mismo, siempre había acabado distanciándose de la perseguidora.

Todas estas vivencias prenatales parecían ahora totalmente inaplicables al hombre nuevo en el que se había convertido. No podía imaginar que Susy pudiera aburrirlo, ni tampoco se imaginaba intentando escapar de ella si así fuera. No podía pensar en ella como un enemigo, ni siquiera como un cómplice, puesto que los cómplices son enemigos en potencia: era alguien con quien, por algún milagro inaudito, iba a saborear alegrías por encima de las alegrías de la amistad, pero que, incluso durante esos éxtasis pasajeros, seguía siendo sencilla y firmemente su amiga.

Estos nuevos sentimientos no afectaban a su actitud general respecto a la vida: sencillamente confirmaban su fe en su «alegría» fundamental. Nunca había disfrutado más de las cosas de las que siempre había disfrutado. Una buena cena nunca le había sabido tan bien, ni un bello atardecer le había parecido tan bello; todavía disfrutaba del hecho de que apreciaba ambas cosas con idéntica intensidad. Se sentía más orgulloso que nunca de la inteligencia de Susy y de su falta de prejuicios; ahora que era suya le parecía que no podía ser más «moderna». Compartía totalmente con ella su entusiasta disfrute del presente y su ansia febril por hacerlo duradero. Sabía cuándo estaba pensando en modos de extender su oportunidad dorada, y pensaba con ella en secreto, especulando con los medios que podían idear. Agradecía que Ellie Vanderlyn siguiera ausente, y empezó a tener la esperanza de conservar el palacio para ellos lo que quedaba del verano. De ser así, tendría tiempo para acabar su libro y Susy podría obtener un pequeño interés por los cheques de la boda; y, de ese modo, su año encantado podría prolongarse a dos.

A pesar de lo avanzado de la temporada, su presencia y la de Strefford en Venecia habían atraído ya a varios miembros errantes de su grupo. Era característico de estas personas indiferentes, pero gregarias, que no fueran capaces de estar mucho tiempo separadas unas de otras sin sentir un vago desasosiego. Lansing conocía la sensación. Él mismo la había tenido en ocasiones y había ayudado a calmarla en otros. Era poco más que esa leve punzada que recuerda que es la hora del té a alguien que ha comido bien y está seguro de cenar no menos abundantemente; pero daba un propósito a quienes no lo tenían, y ayudaba a muchos espíritus dubitativos a superar la dificultad anual de elegir entre Deauville y Saint Moritz, Biarritz y Capri.

A Nick no le sorprendió saber que ese verano se estaba poniendo de moda dejarse caer por Venecia y pasar a ver a los Lansing. Streffy había empezado y su ejemplo siempre se seguía. Además, la boda de Susy seguía siendo objeto de una especulación compasiva. La gente sabía lo de los cheques y estaba interesada en comprobar cuánto les durarían. Ese año todos ayudarían a prolongar la luna de miel ofreciendo sus casas a la pareja. Antes de que pasara junio, un grupo de amigos tomaba el sol con los Lansing en el Lido.

A Nick le turbó inesperadamente su llegada. Para evitar los comentarios y las bromas dejó su libro de lado y prohibió a Susy hablar de él, asegurándole que necesitaba un descanso. Su mujer adoptó esa postura al instante y de forma exagerada, protegiéndole de la tentación de trabajar con tanto celo como antes había impedido que haraganeara; y él tuvo cuidado de no dejarle averiguar

que ese cambio de costumbres coincidía con que había llegado a un punto difícil del libro. Pero, aunque no lamentaba dejar de escribir, se descubrió inesperadamente oprimido por el peso de la ociosidad. Por primera vez, la pérdida de tiempo comunal había perdido su encanto; no porque sus compañeros fuesen menos joviales que antes, sino porque desde entonces había conocido algo inconmensurablemente mejor. Siempre se había sentido superior a las personas a las que frecuentaba habitualmente, pero ahora la diferencia era demasiado grande; en cierto sentido era una injusticia para ellos.

Se había hecho la ilusión de que Susy compartiría esta sensación; pero percibió irritado que la llegada de sus amigos la volvía más animada. Era como si el brillo interior que le había dado una nueva belleza se refractara en ella por la presencia justo de las mismas personas a las que había querido evitar al ir a Venecia.

Lansing estaba vagamente molesto; y, cuando le preguntó si le gustaba reencontrarse con sus antiguos amigos, su enfado aumentó cuando ella contestó con una risa que esperaba que los pobres no se diesen cuenta de lo mucho que la aburrían. La falta patente de sinceridad de esta respuesta fue una sorpresa para él. Sabía que en realidad Susy no estaba aburrida, y comprendía que sencillamente había adivinado sus sentimientos y los había adoptado por instinto: que en adelante pensaría siempre como él pensara. Para confirmar este temor dijo con despreocupación:

—Bueno, de todos modos da gusto volver a estar con ellos una temporada.

Y ella respondió en el acto y con idéntica convicción:

—Sí, ¿verdad? ¡No pasa el tiempo por ellos!

El miedo por el futuro volvió a hacer presa en él con frialdad. La independencia y la suficiencia de Susy habían sido sus principales atractivos; si se convertía en un eco, su delicioso dueto corría el riesgo de convertirse en el más aburrido de los diálogos, y por un momento se vio acosado por ese enigma insoluble de la vida sentimental: que te lleven la contraria es exasperante y que te den la razón monótono.

Una vez más empezó a dudar si no estaría incapacitado para el matrimonio; y solo le salvó de la desesperación el recuerdo de que el sometimiento de Susy a su estado de ánimo probablemente no fuese muy duradero. Pero ni siquiera entonces cayó en que sus aprensiones eran superfluas, puesto que su vínculo era solo temporal. Del acuerdo en el que habían basado su matrimonio no quedaba ni rastro cuando pensaba en ella; la idea de que uno pudiera renunciar al otro por el bien de ambos hacía tiempo que se había convertido en el recuerdo de un chiste viejo.

Reparó, después de una semana o dos dedicadas a las relaciones sociales, en que, de todos sus viejos amigos, los que menos le aburrían eran los Hicks. Los Hicks habían dejado el Ibis para instalarse en un piso en un enorme y ruinoso palacio cerca del Canareggio. Habían alquilado el piso a un pintor (uno de sus más recientes descubrimientos) y sobrellevaban con filosofía la ausencia de comodidades modernas a cambio de disfrutar del beneficio inestimable del «ambiente». En este lugar privilegiado se rodearon de su variopinta compañía habitual de personas calladas y estudiosas y de ruidosos exponentes de nuevas teorías, totalmente inconscientes de la disparidad entre sus invitados y convencidos de que por fin habían dado con la fuente de la sabiduría.

En los viejos tiempos, Lansing habría disfrutado de media hora de diversión, seguida de una larga tarde de aburrimiento, al ver a la señora Hicks enorme y enojada, sentada entre un profesor de arqueología de aspecto tranquilo y un compositor de cejas espesas, o del gran sacerdote de un nuevo paso de baile, mientras el señor Hicks, sonriendo por encima del ancho chaleco blanco, se

aseguraba de que el champán fluyera más que la conversación, y los jóvenes y brillantes secretarios nadaban a contracorriente de tanta profecía y erudición. Pero Lansing había sufrido un cambio. Hasta ese momento los Hicks le habían parecido más insufribles por contraste con sus propios amigos; ahora era como escapatoria a esos mismos amigos por lo que se habían vuelto no solo compasivos, sino incluso interesantes. Después de todo ya era algo estar con alguien que no consideraba que Venecia ofreciera tan solo oportunidades excepcionales para el baño y el adulterio, sino que eran conscientes de un modo confuso y reverente de estar en presencia de algo único e inefable, y estaban decididos a aprovechar al máximo semejante privilegio.

«Al fin y al cabo —se dijo un día, mientras sus ojos iban con la alegría sencilla de un convaleciente de un rostro confiado a otro—, al fin y al cabo, tienen una religión...» La frase le pareció, en el momento en que la pensó, que indicaba un nuevo elemento en su nuevo estado de ánimo, que era, en realidad, la clave de sus nuevos sentimientos por los Hicks. El confuso ardor de estos por las grandes cosas estaba emparentado con su nueva visión del universo: las personas que sentían, por muy tenuemente que fuese, la maravilla y el peso de la vida debían estar siempre más cerca de él que aquellas que solo la calculaban por el saldo que uno tenía en el banco. Supuso, al pensarlo, que a eso era a lo que se refería cuando pensaba que los Hicks tenían «una religión»...

Unos días después, su bienestar se vio turbado inesperadamente por la llegada de Fred Gillow. Lansing siempre había sentido un afecto tolerante por Gillow, un joven grandullón, silencioso y sonriente con un intenso y solemne deseo de no perderse nada que le correspondiera a alguien de su fortuna y estatus. Lansing, que siempre había vivido con intensidad sus propias y modestas aventuras, nunca había sabido hacer conjeturas; pero siempre había sospechado que el pródigo Fred no era más que un espectador bien camuflado. Ahora, por primera vez empezaba a verlo con otros ojos. Los Gillow eran, de hecho, el único punto de intranquilidad en la conciencia de Nick. Desde el principio, había hablado de ellos con Susy menos que de los demás miembros de su grupo: habían evitado tácitamente su nombre desde el día en que Susy había llegado al apartamento de Lansing a decirle que Ursula le había pedido que renunciara a él, hasta ese otro día, justo antes de la boda, en que fue a verlo gritando extasiada: «¡He aquí nuestro primer regalo de boda! ¡Un generoso cheque de parte de Fred y de Ursula!».

Lansing sabía que había gente de sobra compasiva dispuesta a contarle lo sucedido entre esas dos fechas; pero había tenido cuidado de no preguntarlo. Incluso había fingido saberlo, por lo que los amigos que ardían en deseos de contárselo se desanimaron ante la evidencia de que él sabía más que ellos; y, poco a poco, se había convencido de que así era.

Ahora comprendió que no sabía nada, y que el «¡Hola, viejo Fred!» con que Susy saludó la llegada de Gillow podía ser tanto la acostumbrada bienvenida tribal —pues todos eran «viejos» y todos tenían motes en su jerga privada— como un saludo que ocultaba una complicidad de una profundidad oculta e inescrutable.

Era evidente que Susy se había alegrado de ver a Gillow; pero en ese momento todo la alegraba y ¡siempre estaba dispuesta a demostrarlo! Eso desarmó a su marido e hizo que se avergonzara de su desasosiego. Al día siguiente de llegar Gillow se dio el sensato pero ineficaz consejo: «Tendrías que haberlo pensado antes, o tendrías que dejar de pensarlo», e inmediatamente empezó a pensar otra vez en el asunto.

Fred Gillow no pareció ser consciente de estar perturbando la paz de espíritu de nadie. Día tras días pasaba horas tumbado en la arena del Lido, con los brazos cruzados debajo de la cabeza,

escuchando los desvaríos de Streffy y observando a Susy entre los párpados soñolientos; pero no delató ningún deseo de verla a solas o de conversar aparte de los demás. Más que nunca parecía alegrarse de ser el espectador agradecido de un costoso espectáculo organizado para entretenerle. Hasta que no la oyó una mañana quejarse de que cada vez hacía más calor y había más mosquitos, no le dijo, como si llevarsen hablándolo mucho tiempo y lo hubieran decidido:

—El coto estará disponible a partir del primero de agosto. —A Nick le pareció que Susy se ruborizaba un poco y que se erguía más desafiante de lo normal después de lanzar una piedra haciendo cabrillas sobre las olas que llegaban a morir a sus pies—. Tendréis mucho menos calor en Escocia —añadió Fred, con lo que, para él, era un esfuerzo poco habitual por ser explícito.

—¿Ah, sí? —respondió Susy alegremente; y añadió con un aire de misterio e importancia, dándose la vuelta sobre los zapatos de tacón—: Nick tiene trabajo. Probablemente pasemos aquí todo el verano.

—¿Trabajo? ¡Bobadas! Os moriréis del mal olor. —Gillow miró perplejo hacia el cielo por debajo del ala inclinada del sombrero; y luego soltó como desde las profundidades de un doloroso agravio—: Pensaba que estaba decidido.

—Caramba —preguntó Nick a su mujer esa noche, mientras entraban en el fresco salón de Ellie después de cenar tarde en el Lido—, ¿pensaba Gillow que estaba decidido que íbamos a ir a su coto en agosto?

Reparó en la extrañeza de hablar de su amigo por el apellido y se ruborizó por su error.

Susy había dejado que el mantón de encaje se deslizara a sus pies; estaba delante de él en la sala apenas iluminada, esbelta y de un blanco tembloroso entre transparencias negras.

Enarcó las cejas como si tal cosa.

—Te dije hace mucho que nos había invitado a ir en agosto.

—No me dijiste que hubieses aceptado.

Ella sonrió como si hubiera dicho algo tan simple como Fred.

—¡Acepté todas las invitaciones... de todo el mundo!

¿Qué iba a decir? Era el principio mismo en el que se basaba su acuerdo. Y, si hubiese dicho: «¡Ah!, pero este caso es diferente, porque estoy celoso de Gillow», ¿qué luz habría arrojado semejante respuesta sobre su pasado? El momento de sentir celos —si es que una actitud tan anticuada pudiera ser defendible— habría sido antes de la boda, y antes de aceptar los regalos que habían ayudado a hacerla posible. Ahora le extrañaba un poco que en esos días los escrúpulos no le hubieran preocupado. Su incoherencia le irritó y aumentó su irritación contra Gillow. «¡Supongo que cree somos de su propiedad!», gruñó para sus adentros.

Se había derrumbado en una butaca y Susy, avanzando a través de los brillantes arabescos del suelo, se deslizó a su lado, apretó su cuerpo contra el de él y le susurró con los labios cerca de los suyos:

—No tenemos por qué ir a ningún sitio al que no quieras ir.

Por una vez su sumisión fue dulce y, abrazándola, susurró mientras la besaba:

—Pues no vayamos. —En la respuesta de ella a su abrazo, Nick notó la aquiescencia de todo su ser en cualquier futuro que decidiera él, siempre que les procurara momentos como ese; y, mientras se abrazaban en silencio, sus dudas y su desconfianza empezaron a parecerle una boba injusticia—. Quedémonos aquí mientras nos deje Ellie —dijo, como si las paredes en sombras y los suelos relucientes fuesen una frontera mágica en torno a su felicidad.

Ella murmuró su consentimiento y se levantó, estirando el brazo soñoliento por encima del hombro.

—Qué tarde se ha hecho... ¿Me harías el favor de desabrocharme...? ¡Oh!, hay un telegrama. —Lo cogió de la mesa, lo rasgó y leyó detenidamente lo que decía—. Es de Ellie. Llega mañana.

Se volvió hacia la ventana y salió al balcón. Nick la siguió rodeándola con el brazo. Abajo el canal se extendía en una sombra sin luna, enrejado por las pocas luces que quedaban. Unos últimos compases de música de una góndola se oían desde lejos, arrastrados por una brisa sofocante.

—La buena de Ellie. Da igual... pero ojalá todo esto fuese nuestro —suspiró Susy.

VIII

Si, después de su llegada, su palacio pareció pertenecer menos a los Lansing, no fue por culpa de la señora Vanderlyn.

Llegó haciendo gala de tanta benevolencia que, cuando por fin estuvieron a solas, a Susy le resultó imposible decirle lo que opinaba de su conducta ni siquiera bajo la luz más benévola.

—Sabía que serías un auténtico ángel, querida, porque sabía que me entenderías... sobre todo ahora —declaró, con las manos finas en las de Susy y los ojazos (tan parecidos a los de Clarissa) resplandecientes de placeres pasados y planes futuros.

La expresión de confianza fue inesperadamente desagradable para Susy Lansing, que nunca había escuchado con tanta frialdad unos elogios tan calurosos. Siempre había imaginado —como parecía suponer la señora Vanderlyn— que ser feliz hacía que fueses más tolerante con la felicidad de los demás, por muy dudosos que fuesen los elementos de los que se compusiera; y casi le avergonzó responder con tanta languidez a las efusiones de su amiga. Pero ella no deseaba confesarle su dicha a Ellie, y ¿por qué no iba Ellie a tener reticencias parecidas?

—Todo era tan perfecto... Ya lo ves, querida, estaba hecha para ser feliz —continuó la señora, como si disfrutar de una característica tan poco frecuente la señalara para disfrutar de privilegios especiales.

Susy, con cierta brusquedad, respondió que siempre había supuesto que todos lo estábamos.

—¡Oh!, no, querida: las institutrices, las suegras y las damas de compañía y esa clase de gente, no. No sabrían cómo si lo intentaran. En cambio tú y yo, querida...

—Yo no me considero nada excepcional —la interrumpió Susy. Le habría gustado añadir: «En cualquier caso, no a tu manera...», pero unos minutos antes la señora Vanderlyn le había dicho que el palacio estaba a su disposición el resto del verano y que ella misma se quedaría solo en él, ¡si la dejaban!, el tiempo justo de coger sus cosas y partir a Saint Moritz. El recuerdo de este anuncio tuvo el efecto de suavizar la ironía de Susy y de desviar su conversación a la cuestión menos peliaguda, aunque no tan absorbente, del número de vestidos de día y de noche necesarios para una temporada en Saint Moritz.

Mientras escuchaba a la señora Vanderlyn —no menos elocuente en este tema que en el otro— Susy empezó a medir el abismo entre su pasado y su presente. «Esta es la vida que llevaba antes; estas son las cosas por las que vivía», pensó, delante de las glorias extendidas del guardarropa de la señora Vanderlyn. No era que no le importase: no podía ver los encajes, las sedas y las pieles de Ellie sin imaginarse a sí misma con ellos y sin preguntarse por qué nuevo milagro de administración podía aparentar ir vestida por los mismos artistas consumados. Pero estos habían devenido intereses menores: los últimos meses le habían dado un nuevo punto de vista, y lo que

más la sorprendía y desconcertaba de Ellie era que el amor, los adornos, el bridge y las cenas le daban la impresión de estar en el mismo plano.

La revista de los vestidos duró mucho tiempo y estuvo marcada por muchas fluctuaciones en el estado de ánimo de la señora Vanderlyn, que pasó de una esperanza relativa a la desesperación por la falta total de adecuación de su vestuario. No valía la pena ir a Saint Moritz hecha un adefesio, no había tiempo de que le enviaran nada de París e, hiciera lo que hiciera, no iba a presentarse con trasnochados arreglos caseros. Pero de pronto cayó en la cuenta y dio una palmada de alegría.

—Caramba, los puede traer Nelson... ¡Me había olvidado de Nelson! Tengo el tiempo justo de enviarle un telegrama.

—¿Va a ir contigo Nelson a Saint Moritz? —preguntó sorprendida Susy.

—¡Cielos, no! Va a venir a recoger a Clarissa y a llevársela a no sé qué cura aburrida en Austria con su madre. Ha sido una suerte: tengo el tiempo justo de telegrafiarle para que me traiga las cosas. No pensaba esperarle; pero no me retrasaré más que un día o dos.

A Susy se le encogió el corazón. No tenía mucho miedo a Ellie sola, pero Ellie y Nelson juntos constituían una amenaza incalculable. Nadie podía saber qué chispa de verdad podía saltar de su colusión. Susy pensó que podía hacer frente a los dos peligros por separado y sucesivamente, pero no juntos y al mismo tiempo.

—Pero, Ellie, ¿por qué esperar a Nelson? Seguro que encontraré a alguien que vaya a Saint Moritz y que te lleve tus cosas. Es una pena arriesgarte a perder tus habitaciones.

Este argumento convenció por un momento a la señora Vanderlyn.

—Eso es cierto; dicen que los hoteles están abarrotados. ¡Querida, tú siempre tan práctica! —Estrechó a Susy contra su pecho oloroso—. Y, ¿sabes, querida?, estoy segura de que te alegrarás de librarte de mí... ¡Nick y tú! ¡Oh, no seas hipócrita y me vengas con que son tonterías! Lo entiendo... He pensado mucho en vosotros, en los dos... estas maravillosas semanas en las que los dos hemos estado solos...

Las lágrimas repentinas, que desbordaron de los preciosos ojos de Ellie, y amenazaron con mezclar los círculos azules de debajo con el carmín de al lado, llenaron a Susy de compunción.

«¡Pobrecilla... ay, pobrecilla!», pensó; y, al oír que la llamaba Nick, que la esperaba para llevarla a ver el atardecer en la Laguna como de costumbre, sintió una punzada de lástima por la engañada criatura que nunca saborearía el mayor de los gozos imaginables. «Aunque de todos modos —se dijo, mientras corría al encuentro de su marido—, me alegro de haberla convencido de no esperar a Nelson.»

Habían pasado varios días sin que Susy y Nick disfrutaran de un atardecer a solas, y entretanto ella había vuelto a apreciar la calidad superior de la sintonía que existía entre los dos. Ahora el resto de la vida le parecía poco más que un espectáculo: un alegre espectáculo que habría sido una lástima perderse, pero del que, si era necesario, podían levantarse y marcharse en cualquier momento, siempre que se fuesen juntos.

En el crepúsculo, mientras su proa se deslizaba entre palacios invertidos, y entre el olor de los jardines ocultos, se apoyó en él y murmuró, al acordarse de la reciente escena con Ellie:

—Nick, ¿me odiarías mucho si no tuviese ropa?

Su marido estaba encendiendo un cigarrillo y la cerilla iluminó la sonrisa con la que respondió:

—Pero, cariño, ¿alguna vez he dado la menor señal de...?

—¡Bobadas! Cuando una mujer dice: «sin ropa», quiere decir «sin la ropa apropiada».

Aspiró pensativo su cigarro.

—¡Ah!, has estado viendo la ropa de Ellie.

—Sí: todos esos baúles y baúles llenos hasta arriba. Y ¡está convencida de que no tiene nada para Saint Moritz!

—Por supuesto —murmuró él, complacido y soñoliento, y manifestó solo un lánguido interés por el guardarropa de la señora Vanderlyn.

—Imagínate... Ha estado a punto de esperar hasta la llegada de Nelson la semana que viene, para que pudiera traerle dos o tres baúles más de París. Pero por suerte he conseguido convencerla de que esperarle sería una tontería.

Susy notó un cambio de postura apenas perceptible del cuerpo tendido de su marido y reparó con sus tentáculos vigilantes en que abría un poco más los párpados entreabiertos.

—¿Lo has «conseguido»...? —Ella tuvo la sensación de que se detenía con ironía en la palabra—. Pero ¿por qué?

—¿Por qué...? ¿Qué?

—¿Por qué demonios ibas a evitar que Ellie esperara a Nelson, si, por una vez en su vida, quería hacerlo?

Susy, consciente de haberse ruborizado de pronto, se apartó como si el lapsus pudiera haber penetrado en el hombre de franela azul contra el que estaba apoyada.

—¡La verdad, cariño...! —murmuró; pero, con una obstinación inesperada, él renovó su «¿por qué?»—. Porque se muere de ganas de ir Saint Moritz... y le preocupa que el hotel no le guarde las habitaciones. —Susy respondió casi sin aliento.

—Ah... ya veo. —Nick hizo otra pausa—. Eres una amiga devota, ¿eh?

—¡Vaya una pregunta rara! No se me ocurre nadie de quien tenga más motivos para ser devota que de Ellie —respondió su mujer, que notó el apretón contrito en su mano.

—¡Cariño! No; yo tampoco... Ni más agradecido por habernos dejado solos en este paraíso.

La oscuridad había caído sobre las aguas y ella alzó los labios para que se encontraran con los de él cuando se agachó.

Esa noche Ellie llegó tarde a la cena y anunció que, después de mucho pensarlo, había decidido que lo más seguro era esperar a Nelson.

—Me pondría enferma si no estuviese segura de llevarme mis cosas —dijo en el tono tierno y solícito con que siempre exponía sus propias dificultades—. Al fin y al cabo, la gente que se niega todo a sí misma acaba amargada y resentida, ¿no? —argumentó quejosa, con los preciosos ojos yendo de uno a otro de sus amigos.

Strefford observó solemne que eso era lo que había minado fatalmente su propia salud; y, entre las risas que suscitó, el grupo pasó al enorme comedor abovedado.

—Oh, me da igual que te burles, Streffy, cariño —replicó su anfitriona, apretando su brazo contra el suyo; y Susy, al observar con sorpresa la rápida mirada que intercambiaron, se dijo con una aguda punzada de aprensión: «Claro, Streffy lo sabe todo; no se sorprendió al ver que Ellie no estaba cuando llegó. Y, si lo sabe, ¿qué va a impedir que Nelson lo averigüe?». Pues, cuando le daba por hacer diabluras, Strefford era menos de fiar que un niño malo.

Susy decidió al instante correr el riesgo de hablar con él y, si era necesario, de contarle incluso el secreto de las cartas. Solo revelándole la magnitud del peligro que corría podía tener la esperanza de asegurarse su silencio.

En el balcón, al final de la velada, mientras los demás escuchaban dentro las graves modulaciones de un joven compositor que había tejido sus fantasías sobre el poema *Toccata*, de Browning, Susy encontró su oportunidad. Strefford, sin que ella lo llamara, la había seguido fuera y se puso a su lado fumando en silencio.

—Oye, Streff... ¡oh! ¿Por qué íbamos tú y yo a andarnos con misterios? —empezó de pronto.

—Desde luego, pero ¿lo hacemos?

Susy miró al grupo congregado alrededor del piano.

—Misterios a propósito de Ellie... y de Nelson.

—¡Dios! ¿Ellie y Nelson? ¿Llamas a eso un misterio? Yo aplicaría antes el término a uno de esos anuncios con un millón de bombillas que adornan las avenidas en tu país.

—Bueno, sí. Pero... —Volvió a interrumpirse. ¿No le había prometido tácitamente a Ellie no decir nada?

—Susan, ¿qué pasa? —preguntó Strefford.

—No lo sé...

—Pues yo sí: te da miedo que, si Ellie y Nelson coinciden aquí, ella diga algo... poco juicioso.

—¡Oh, no lo hará! —exclamó Susy con convicción.

—Bueno, entonces... ¿quién? Confío en que esa niña sobrehumana no lo haga. Y tú y yo y Nick...

—¡Oh! —le interrumpió ella con voz entrecortada—, eso es lo malo. Nick no lo sabe... ni siquiera lo sospecha. Y si lo hiciera...

Strefford tiró el cigarro y se volvió para mirarla con atención.

—Que me cuelguen si lo entiendo. ¿Qué más nos da a nosotros?

Esta, claro, era la antigua idea que prestaba un aire de rectitud a la connivencia. Pero para Susy ya no era ningún consuelo, y dudó.

—Si Nick descubriera que lo sé...

—Dios mío... ¿no sabe que sabes? Al fin y al cabo, supongo que no es la primera vez... —ella siguió callada— que te hace una confidencia una amiga casada. ¿Es que Nick cree que has vivido, a pesar de tu tierna edad sin...? ¡Demonios! ¿Qué te ronda por la cabeza, niña?

¿Qué, la verdad, cómo aclarárselo? Y, no obstante, sintió más que nunca la necesidad de tenerlo de su parte. Una vez comprometiera su palabra, estaría segura: de lo contrario no habría límite a su capacidad de hacer daño intencionadamente.

—Mira, Streff, tú y yo sabemos que Ellie no ha ido a hacerse una cura; y que si ha obligado a prometer a la pobre Clarissa que no diría nada no es para que «papá no se preocupe» porque mamá necesita cuidar su salud. —Hizo una pausa, odiándose por la nota irónica que había intentado imprimir a sus palabras.

—¿Y...? —preguntó él, desde las profundidades de la butaca en la que estaba hundido.

—Pues que Nick no... no tiene ni idea. Si supiera que debemos el verano que hemos pasado aquí a... que yo lo supiera...

Strefford guardó silencio: ella notó su mirada perpleja a través de la oscuridad.

—¡Dios! —dijo por fin, con un leve silbido. Susy se inclinó sobre la balaustrada, con el corazón golpeando contra la barandilla de piedra.

«¿Qué queda del alma, quisiera saber...?», gemía la voz del joven compositor a través de la ventana abierta.

Strefford se sumió en otro silencio, del que solo salió cuando Susy se volvió hacia el umbral iluminado.

—Bueno, querida, quedará entre nosotros; entre tú, yo... y Clarissa —dijo con su risa áspera, levantándose para seguirla. Le cogió la mano y se la apretó un poco al volver a entrar en el salón, donde Ellie le estaba diciendo quejosa a Alfred Gillow:

—Nunca puedo oír esta canción sin que me entren ganas de llorar como un bebé.

IX

Nelson Vanderlyn, todavía con la ropa de viaje puesta, se detuvo en el umbral de su comedor y contempló la escena con comprensible complacencia.

Era un hombre bajo y rollizo, de barba entrecana, ojillos burlones y una amplia y crédula sonrisa.

Sentada a la mesa del comedor estaba su mujer, entre Charlie Strefford y Nick Lansing. Al lado de Strefford, encaramada en su sillita alta, estaba Clarissa entronizada en su belleza infantil, mientras Susy Lansing le cortaba un melocotón. El sol se colaba a través de unos anchos toldos de color naranja sobre el grupo vestido de blanco.

—¡Vaya... vaya... vaya! ¡Así que os he pillado! —gritó el feliz padre, que tenía la inveterada costumbre de dirigirse a su mujer y a sus amigos como si los hubiese sorprendido en un momento inoportuno. Acercándose por detrás, levantó a su hija por el aire, mientras un coro de «Hola, viejo Nelson» saludaba su aparición.

Hacía dos o tres años que Nick Lansing no veía al señor Vanderlyn, que ahora era el representante londinense del gran banco neoyorquino Vanderlyn & Co. y había cambiado su suntuosa casa en la Quinta Avenida por otra, aún más suntuosa, en Mayfair; y el joven miró a su anfitrión con curiosidad e interés.

El señor Vanderlyn había engordado y envejecido, pero su rostro aún conservaba su aire de optimismo un tanto cansado. Abrazó a su mujer, saludó a Susy con afecto y distribuyó cordiales apretones de mano a los dos hombres.

—Caramba —exclamó, reparando de pronto en una joyita con coral y una perla que llevaba Clarissa al cuello—. ¡Por lo visto alguien le ha regalado joyas a mi hija!

—¡Oh, ha sido Streffy... imagínate, papá! Le dije que la prefería a un libro —le explicó Clarissa con lucidez, rodeando con los brazos el cuello de su padre y mirando a Strefford con los ojos brillantes.

Los ojos del propio Nelson Vanderlyn adquirieron el aire astuto que adoptaban siempre que había cuestiones materiales de por medio.

—¿Qué, Streffy? Te he pillado, ¿eh? ¡Por mi alma, mimar así a la niña! No tenías por qué, mi querido amigo, una preciosa perla barroca... —protestó, con el tono de disculpa de un hombre rico avergonzado por un regalo demasiado costoso de un amigo que no anda muy bien de dinero.

—¿Ah, no? Y ¿por qué? ¿Porque es demasiado bueno para Clarissa o demasiado caro para mí? Por supuesto, no se te ocurriría insinuar lo primero; en cuanto a mí... he tenido una buena racha, y estoy despilfarrando el dinero con las damas.

Lansing había reparado en que Strefford siempre recurría a ese tipo de bromas cuando lo pillaban en falta y quería distraer la atención. Pero ¿por qué estaba avergonzado, de quién quería distraer la atención? Estaba claro que la protesta de Vanderlyn había sido solo formal: como la mayoría de los ricos, apenas tenía una leve idea de lo que representaba el dinero para los pobres. Pero era raro que Strefford hiciera regalos, sobre todo caros: tal vez fuese eso lo que había llamado la atención de Vanderlyn.

—¿Una buena racha? —repitió divertido.

—¡Oh!, poca cosa: me ofrecieron una renta descomunal por mi casita de Como, y me vine corriendo a derrochar mis millones con vosotros —dijo Strefford imperturbable.

La mirada de Vanderlyn enseguida demostró compasión e interés.

—¿Cuál... la de la luna de miel? —Incluyó a Nick y a Susy en su sonrisa amistosa.

—Exacto: la recompensa de la virtud. Anda, dame un cigarro, muchacho, dejé unos muy buenos en Como, mala suerte... No hace falta que te diga que Ellie no entiende nada de tabaco, y que Nick es demasiado feliz para que le importe lo que fuma —murmuró Strefford, alargando la mano hacia la cigarrera de su anfitrión.

—A mí me gustan más las joyas —murmuró Clarissa, abrazando a su padre.

Lo primero que le dijo Nelson Vanderlyn a su mujer fue que le había traído todas sus cosas; y ella se lo agradeció con el entusiasmo correspondiente. De hecho, su alegría les pareció a los presentes en clara proporción con su alegría por disponer de nuevo de sus vestidos. Pero esta sospecha no pareció empañar la felicidad del señor Vanderlyn por estar, por una vez, y por casi veinticuatro horas, bajo el mismo techo que su mujer y su hija. No ocultó su pesar por haberle prometido a su madre que iría a verla al día siguiente; y añadió con una triste mirada a Ellie:

—¡Ojalá hubiese sabido que ibais a esperarme!

Pero, como era un hombre de palabra, tanto en los negocios como en las cuestiones domésticas, ni siquiera consideró la posibilidad de decepcionar a la exigente anciana a quien debía su ser. «Mamá se interesa por tan poca gente —decía a menudo, no sin un toque de orgullo filial por semejante exclusividad materna— que tengo que pasar más tiempo con ella de lo que sería necesario si fuese un poco más sociable»; y, con sonriente resignación, dio instrucciones para que Clarissa estuviese lista para partir la tarde siguiente.

—Y entretanto —concluyó— lo pasaremos bien.

Las damas parecieron deseosas de compartir esa decisión; y acordaron que, en cuanto el señor Vanderlyn terminara un apresurado almuerzo, su mujer, Clarissa y Susy lo llevarían a tomar el té y la merienda a Torcello. Ni siquiera insinuaron que Strefford o Nick los acompañaran, o que llamasen a cualquier otro joven: como dijo Susy, Nelson quería ir a solas con su harén. Y Lansing y Strefford se quedaron contemplando la partida del feliz pachá atrincherado entre atentas beldades.

—Bueno... ¡a eso se llama estar casado! —comentó Strefford saludando a Clarissa con el sombrero de panamá abollado.

—¡Oh, no, yo no! —rió Lansing.

—Él sí. Pero ¿sabes...? —Strefford hizo una pausa y se volvió hacia su compañero—. Cuando se produzca el Brusco Despertar, no querría estar presente. Creo que habrá algún que otro plato roto.

—No me extrañaría —respondió con indiferencia Lansing. Se marchó a su cuarto y dejó que Strefford filosofara con su pipa.

Lansing siempre había sabido lo del pobre Nelson: ¿quién no lo sabía, excepto el pobre y bueno de Nelson? Antes le había parecido divertido por ser tan típico; ahora a Nick le irritaba un poco que Vanderlyn fuese tan idiota. Pero al día siguiente se marcharía, y Ellie también, y luego, durante muchas semanas maravillosas, el palacio volvería a ser propiedad de Nick y de Susy. De todas las personas que entraban y salían, ellos eran los únicos que lo apreciaban, o que sabían cómo había que vivir en él; y eso lo hacía suyo en el único sentido válido. En este sentido era fácil considerar a los Vanderlyn simples intrusos pasajeros.

Después de relegarlos a esta cómoda distancia, Lansing se encerró con su libro. Había vuelto a él con energías renovadas después de unas pocas semanas de vacaciones y estaba decidido a terminarlo deprisa. No esperaba que le proporcionase mucho dinero, pero, si tenía un éxito moderado, podría conseguir alguna reseña en una revista, en cuyo caso pensaba abandonar la arqueología por las novelas, pues solo como novelista podía contar con ganarse la vida para él y para Susy.

Al caer la tarde, dejó la pluma y salió a la calle. Le gustaba el calor cada vez mayor del verano veneciano, los tintes melocotón de las fachadas desgastadas, el esmaltado de la luz del sol sobre los canales verdes oscuros, el olor de las frutas y las flores medio podridas que espesaba el aire lúgido. ¡Qué imágenes podía idear, si se atrevía, de estar apartado con Susy en el desván de algún palacio decrepito, sobre un canal de color verde jade, con una terraza que diera a un jardín descuidado... y los cheques de los editores llegando a cómodos intervalos! ¿Por qué no iban a instalarse en Venecia si lo lograba?

Se encontró delante de la iglesia de los Scalzi, empujó la puerta forrada de cuero y deambuló por la nave, bajo el remolino de ángeles de color rosa y limón de la gran cúpula de Tiépolo. No era una iglesia en la que fuese probable toparse con turistas; pero enseguida reparó en una joven que estaba sola cerca del coro, que apuntaba con su catalejo al vórtice celestial y de vez en cuando consultaba un manual abierto.

Cuando los pasos de Lansing resonaron en el suelo, la joven se volvió y resultó ser la señorita Hicks.

—¡Ah...! ¿También a usted le gusta? Aunque está a varios siglos de sus preferencias, ¿no? —preguntó Nick, mientras se estrechaban la mano.

Ella lo miró muy seria.

—¿Por qué no iban a gustarme las cosas que se apartan de mis preferencias? —respondió; y Nick respondió con una risa que a menudo era un incentivo.

La señorita Hicks continuó mirándolo con sus ojos serios y, después de uno o dos comentarios sobre los Tiépolos, Lansing reparó en que estaba tanteando el camino para una cuestión de un interés más personal.

—Me alegra verle a solas —dijo por fin, con una brusquedad que habría parecido rara si no hubiese sido tan totalmente inconsciente. Se volvió hacia unas sillas de enea y le indicó con un gesto a Nick que se sentara a su lado—. Rara vez lo hago —añadió con la sonrisa solemne que hacía que sus facciones toscas casi parecieran hermosas, y prosiguió, sin darle tiempo a protestar —: Quería hablar con usted... para explicarle la invitación de mi padre a ir con nosotros a Persia y el Turkeistán.

—¿Explicarme?

—Sí. Encontraría usted la carta al llegar aquí, justo después de su boda, ¿no? Debió de parecerle raro, que se lo pidiéramos entonces; pero no sabíamos que se había casado.

—¡Oh!, ya me lo imaginé: fue todo muy discreto, y olvidé anunciárselo incluso a los viejos amigos.

Lansing frunció el ceño. Sus pensamientos divagaron hasta la noche en que encontró la carta de la señora Hicks en el correo esperándole en Venecia. El día estaba asociado en su imaginación con el ridículo y humillante episodio de los cigarros: los cigarros caros que Susy había querido llevarse de la villa de Strefford. Su breve intercambio de impresiones sobre el asunto había dejado el primer borrón sobre la superficie perfecta de su felicidad, y todavía sentía un incómodo rubor al recordarlo. Durante unas horas, el proyecto de vivir con Susy le había parecido insoportable; y fue justo en ese momento cuando encontró la carta de la señora Hicks con su invitación casi irresistible. ¡Si su hija supiera lo poco que había faltado para que aceptara!

—Fue una tentación terrible —dijo sonriendo.

—¿Venir con nosotros? Entonces, ¿por qué...?

—¡Oh! Ahora todo es diferente: tengo que concentrarme en escribir.

La señorita Hicks seguía inclinada hacia él con la misma mirada imperturbable.

—¿Significa eso que va a dejar su verdadero trabajo?

—Mi verdadero trabajo... ¿la arqueología? —Volvió a sonreír con una punzada de arrepentimiento—. Caramba, me temo que apenas da para vivir; y tengo que pensar en eso. —Se ruborizó de pronto, como si sospechara que la señorita Hicks podría considerar tal confesión una excusa para quién sabe qué portentosa oferta de ayuda. La munificencia de los Hicks era demasiado poco calculadora para no resultar en ocasiones opresiva. Pero al volver a mirarla reparó en que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Pensaba que era su vocación —dijo ella.

—Yo también. Pero la vida llega y cambia las cosas.

—Entiendo. Puede haber cosas... que hagan que merezca la pena dejar otras.

—¡Las hay! —exclamó Nick exultante.

Comprendió que los ojos de la señorita Hicks exigían incluso más que una afirmación tan rotunda.

—Pero su novela puede fracasar —dijo con su extraña dureza.

—Puede... Probablemente lo hará —admitió—. Pero si me parara a considerar las posibilidades...

—Y ¿no debe hacerlo, teniendo una mujer?

—¡Oh!, mi querida Coral... ¿qué edad tiene usted? ¿Menos de veinte? —preguntó poniéndole una mano fraternal sobre la suya.

Ella lo miró un momento y se levantó con torpeza de la silla.

—Nunca he sido joven... si se refiere a eso. Es una suerte, ¿verdad?, que mis padres me dieran tan buena educación. Porque, ¿sabe?, el arte es un recurso maravilloso. —Lo pronunció «RE-curso».

Él siguió mirándola con dulzura.

—No la necesitaré, ni esa ni ninguna otra, cuando llegue a ser joven, como le ocurrirá un día —le aseguró.

—¿Cuando me enamore, quiere decir? Pero ya estoy enamorada... ¡Oh, ahí vienen Eldorada y

el señor Beck! —se interrumpió con un aspaviento y señaló con el catalejo a la pareja, que acababa de aparecer al otro extremo de la nave—. Les dije que, si venían conmigo, intentarían que entendieran a Tiépolo. Porque, ¿sabe?, en nuestro país nunca hemos entendido de verdad a Tiépolo; y el señor Beck y Eldorada son los únicos que se dan cuenta. El señor Buttles es sencillamente incapaz. —Se volvió hacia Lansing y le dio la mano—. Estoy enamorada —repitió muy seria—, y esa es la razón por la que el arte me parece tan gran RE-curso.

Volvió a coger los impertinentes, abrió su manual y cruzó la iglesia para recibir a los expectantes neófitos.

Lansing la miró y dudó por un instante si el señor Beck sería el objeto de este sentimiento al parecer no correspondido; luego, con una extraña introspección, decidió de pronto que no, que no lo era. Pero entonces... pero entonces... Bueno, no valía la pena seguir semejantes conjeturas... Volvió a casa sin saber si los excursionistas habían llegado ya al Palazzo Vanderlyn.

Llegaron justo a tiempo de cenar tarde, entre bromas y risas, y en apariencia todavía encantados con la presencia de los demás. Nelson Vanderlyn sonrió a su mujer, envió a su hija a la cama con un beso y, reclinándose en el asiento ante la mesa cubierta de fruta y flores, declaró que no había pasado un día mejor en su vida. Susy pareció merecer todo su beneplácito y Lansing pensó que Ellie estaba extrañamente afectuosa con su amiga. Strefford, desde al lado de su anfitriona, miraba de vez en cuando a la joven señora Lansing, y su mirada le pareció a Nick un comentario confidencial sobre los arrebatos de Vanderlyn. Pero Strefford siempre estaba haciendo bromas privadas con la gente o sobre ella; y Lansing se irritó consigo mismo por sospechar todo el tiempo que sus mejores amigos tramaban vagas complicidades a sus expensas. «¡Si a estas alturas voy a tener celos de Streffy...!», concluyó burlándose de sí mismo con una mueca.

Desde luego, Susy estaba lo bastante encantadora para justificar las punzadas más irracionales. De adolescente había sido, en opinión de algunos, un poco demasiado flaca y angulosa; ahora a su antigua figura esbelta se había añadido un esplendor misterioso, una especie de profundidad que reflejaba las estrellas. Sus movimientos eran más lentos, menos bruscos; su boca tenía un deje ansioso, sus párpados parecían caídos por el peso de las pestañas; y luego de pronto el viejo espíritu se revelaba mediante la nueva languidez, como la acidez en el centro de una fruta dulce. Cuando su marido la miraba a través de las flores y las luces, se reía para sus adentros de la vacuidad de todo lo demás.

Vanderlyn y Clarissa se fueron a primera hora de la mañana siguiente; y la señora Vanderlyn, que iba a partir a Saint Moritz por la tarde, dedicó las últimas horas a ansiosas conferencias con su doncella y con Susy. Strefford, con Fred Gillow y los demás, había ido a nadar al Lido y Lansing aprovechó la oportunidad para volver con su libro.

El silencio de aquel lugar tan resonante fue un adelanto de la soledad venidera. A mediados de agosto todo el grupo se habría desperdigado: los Hicks partirían a un crucero por Creta y el Egeo, Fred Gillow estaría de camino a su coto, Strefford iría a ver a unos amigos a Capri hasta su visita anual a Northumberland en septiembre. Uno por uno los demás les seguirían y Lansing y Susy se quedarían solos en el gran palacio a prueba del sol, solos bajo los cielos cuajados de estrellas, solos con las grandes lunas anaranjadas —¡todavía suyas!— por encima del campanario de San Giorgio. La novela, en ese bendito silencio, se desplegaría tan armoniosa como sus sueños.

Escribió, sin reparar en las horas que pasaban, hasta que la puerta se abrió y oyó unos pasos a sus espaldas. Un momento después, dos manos le taparon los ojos, y el aire se cargó del último

nuevo perfume de la señora Vanderlyn.

—Querido... estoy a punto de irme —dijo—. Susy me ha dicho que estabas trabajando, y no he dejado que te llamara. Está con Streffy esperando para llevarme a la estación, y he subido a despedirme.

—¡Ellie, querida! —Preso de los remordimientos, Lansing apartó lo que estaba escribiendo y se levantó, pero ella lo empujó de nuevo a su asiento.

—¡No, no! Nunca me perdonaría haberte interrumpido. No tendría que haber subido; Susy no quería. Pero tenía que decírtelo, querido... tenía que agradecértelo.

Con su vestido oscuro de viaje, tan discretamente llamativo, tan descuidado y tan estudiado, con un velo que le tapaba el maquillaje y unos guantes que ocultaban sus anillos, parecía más joven, más sencilla, más natural que nunca. ¡Pobre Ellie, tan buena chica después de todo!

—¿Agradecerme? ¿Qué? ¿Que sea tan feliz aquí? —se rió él, cogiéndola de las manos.

Ella lo miró, se rió a su vez y le echó los brazos al cuello.

—Que me hayas ayudado a ser tan feliz en otra parte... ¡Susy y tú sois dos ángeles! —gritó besándole en la mejilla. Sus ojos se encontraron un segundo; luego los brazos de ella bajaron despacio y cayeron a los costados. Lansing estaba como si fuera de piedra—. ¡Oh! —balbució ella—, ¿por qué me miras así? ¿No sabías...?

Oyeron la voz chillona de Strefford en las escaleras.

—Ellie, ¿dónde demonios te has metido? Susy está en la góndola. ¡Perderás el tren!

Lansing se puso en pie y cogió a la señora Vanderly de la muñeca.

—¿Qué quieres decir? ¿De qué estás hablando?

—¡Oh!, de nada... Pero los dos habéis sido un encanto con lo de las cartas... Y también mientras ha estado aquí Nelson... ¡Nick, me haces daño en la muñeca! ¡Me tengo que ir!

Él le soltó la mano y se quedó inmóvil, mirándola marchar y escuchando el ruido de sus tacones altos mientras cruzaba la habitación y se alejaba por el pasillo resonante.

Cuando volvió a la mesa reparó en un pequeño estuche de tafílete rojo que se había caído entre sus papeles. Al caerse se había abierto, y delante de él, sobre el pálido forro de terciopelo, había un alfiler de corbata con una perla perfecta. Cogió el estuche y estaba a punto de correr detrás de la señora Vanderlyn —qué típico de ella eso de ir dejando joyas a su paso— cuando reparó en que tenía sus propias iniciales.

Soltó el estuche como si fuese un carbón encendido, y estuvo un buen rato mirando la N y la L doradas que parecían habersele grabado a fuego en la piel.

Por fin salió de su ensimismamiento y se levantó.

X

Con un suspiro de alivio, Susy se quitó los alfileres del sombrero y se tumbó en el sofá.

La ordalía que tanto había temido había pasado, y el señor y la señora Vanderlyn se habían ido cada uno por su lado. La pobre Ellie no se caracterizaba por su prudencia, y cuando la vida le sonreía tendía a expresar su gratitud con demasiada franqueza; pero, gracias a la vigilancia de Susy (y, sin duda, a la cooperación tácita de Strefford), las temibles veinticuatro horas habían pasado felizmente. Nelson Vanderlyn había partido sin una sombra de preocupación en el semblante, y aunque Ellie, cuando bajó de despedirse de Nick, le había parecido a Susy un poco menos serena de lo normal, volvió a su ser cuando descubrieron que la bolsa de tafíete rojo con su joyero había desaparecido. Antes de que la encontraran en el fondo de la góndola, llegaron a la estación y apenas hubo tiempo de meterla en su «coche-cama», desde donde la vieron hacer un gesto imperturbable de despedida a sus amigos.

—Bueno, querida, lo conseguimos —observó Strefford con un profundo suspiro mientras el expreso de Saint Moritz se alejaba.

—¡Oh! —suspiró Susy con muda complicidad; luego, como para disimular que se había delatado, añadió—: Pobrecilla, ¡le gusta tanto lo que le gusta!

—Sí... aunque sea un auténtico sinvergüenza —coincidió Strefford.

—¿Un auténtico sinvergüenza? Caramba, pensaba que...

—¿Que era aún el joven Davenant? Dios, no... Hace seis meses que no. ¿No te lo dijo...?

Susy notó que se estaba ruborizando.

—No le pregunté...

—¿Que no le preguntaste? ¡Querrás decir que no la dejaste!

—No la dejé. Y a ti tampoco —añadió con aspereza Susy, mientras él la ayudaba a subir a la góndola.

—¡Ah!, bueno: supongo que tienes razón. Eso simplifica las cosas —admitió plácidamente Strefford.

Ella no respondió y volvieron a casa meciéndose en el agua sin decir palabra.

Ahora, en el silencio de su propia habitación, Susy pensó en la distancia que había recorrido ese último año. Strefford le había leído el pensamiento con su perspicacia acostumbrada. Era verdad que en cierta época le habría parecido de lo más natural que Ellie se lo contara todo; una época en que le habría confiado sin más el nombre del sucesor del joven Davenant. Por lo visto, hasta Ellie había notado el cambio, pues, después de un primer intento por hacerle confidencias, se había contentado con vagas expresiones de gratitud, sonrisas y suspiros cómplices, y la

preciosa «sorpresa» de la pulsera de zafiros que había deslizado en la muñeca de su amiga en el momento de su abrazo de despedida.

La pulsera era muy bonita. Susy, que tenía ojo de subastador, supo al instante el valor de esas piedras convexas que se alternaban con pequeñas esmeraldas y brillantes. Le alegró tener la pulsera y le encantó el efecto que producía en su esbelta muñeca; sin embargo, incluso mientras la admiraba y se alegraba de que fuera suya, la transmutó en especie, y calculó cuántas necesidades domésticas podría sufragar con ella. Todo lo que recibía ahora le interesaba solo como algo más que ofrecer a su marido.

La puerta se abrió y entró Nick. Había anochecido y no le vio la cara; aunque algo en el tirón en el picaporte despertó sus siempre vigilantes aprensiones. Fue hacia él a toda prisa con la muñeca extendida.

—Mira, cariño... ¿no te parece todo un detalle de Ellie?

Apretó el botón de la lámpara que iluminaba su tocador y el rostro de su marido surgió extrañamente de la penumbra. Ella se quitó la pulsera y la sostuvo para que la viera.

—¡Oh! Creo que te gano —dijo con una risa; sacó un estuche de tafilete del bolsillo y lo lanzó entre las botellas de perfume.

Susy abrió mecánicamente el estuche y se quedó mirando la perla porque le asustó volver a mirar a Nick.

—¿Te la ha regalado... Ellie? —preguntó por fin.

—Sí. Me la ha regalado ella. —Se hizo una pausa—. ¿Te molestaría decirme —prosiguió en el mismo tono neutro— qué servicios nos ha pagado con tanta generosidad?

—La perla es preciosa —murmuró Susy, para ganar tiempo, mientras su cabeza daba vueltas presa de terrores inconcebibles.

—Igual que tus zafiros; aunque, vistos de cerca, mis servicios parecen haber sido más valorados que los tuyos. ¿Podrías tener la bondad de decirme cuáles han sido?

Susy echó la cabeza atrás y lo miró.

—¿Qué estás diciendo, Nick? ¿Por qué no iba Ellie a regalarnos estas cosas? ¿Olvidas que para ella es como si nosotros le regalásemos un limpiaplumas o un abotonador? ¿Qué intentas insinuar?

Tuvo que hacer un esfuerzo considerable para aguantarle la mirada mientras le hacía estas preguntas. Era evidente que había ocurrido algo entre Ellie y él: una de esas meteduras de pata imprevisibles y espantosas capaces de dar al traste con los planes más astutos; y una vez más Susy se estremeció al comprobar la fragilidad de su dicha. Pero la experiencia la ayudó a resistir. Había habido más de una ocasión en el pasado en la que todo —el todo de otra persona— había dependido de que mantuviera la cabeza fría y la mirada despejada. Habría sido raro que ahora, cuando lo que estaba en juego era su propio todo, no hubiese sabido defenderse del mismo modo.

—¿Qué? —repetió con impaciencia, mientras Lansing seguía sin decir nada.

—Eso es lo que he venido a preguntarte —replicó sosteniéndole la mirada igual que ella—. Como tú dices, no hay ningún motivo para que Ellie no nos haga regalos todo lo caros que quiera; y la perla es preciosa. Lo único que quiero saber es a cambio de qué servicios concretos nos los ha dado. Pues, a pesar de la falta de escrúpulos que caracteriza la relación de las personas civilizadas, reconocerás que hay límites; al menos hasta ahora los ha habido.

—La verdad es que no sé qué quieres decir. Supongo que Ellie quería demostrarnos que nos

estaba agradecida por haber cuidado de Clarissa.

—Pero ya nos había dado todo esto a cambio, ¿no? —insistió él, haciendo un gesto que abarcaba la preciosa habitación en sombra—. Todo el verano, si queremos.

Susy sonrió.

—Por lo visto no le ha parecido suficiente.

—¿Qué madre tan consentidora! Demuestra cuánto valora a su hija.

—¿Acaso tú no valoras a Clarissa?

—Clarissa es exquisita; pero su madre no aludió a ella al ofrecerme esta recompensa.

Susy volvió a levantar la cabeza.

—¿A quién aludió?

—A Vanderlyn —dijo Lansing.

—¿Vanderlyn? ¿Nelson?

—Sí... y a unas cartas... dijo algo de unas cartas... ¿Qué es, cariño, lo que debíamos ocultarle a Vanderlyn? Porque me gustaría saber —añadió con brusquedad— si nos ha pagado bien.

Susy guardó silencio: necesitaba tiempo para hacer acopio de fuerzas y para considerar el siguiente movimiento; su cerebro estaba sumido en tal torbellino de temor que solo pudo replicar por fin:

—¿Qué te ha dicho Ellie?

Lansing volvió a reírse.

—Te gustaría averiguarlo, ¿verdad?, para saber qué forma darle a tu explicación.

Este desprecio tuvo un efecto que él no habría sabido predecir y que la propia Susy no se había esperado.

—¡Oh, no... no nos hablemos así! —gritó; y, desplomándose al lado de la mesa del tocador, se tapó la cara con las manos.

En ese momento le pareció que lo único que tenía importancia era proteger el amor que se profesaban y la fe que tenían el uno en el otro de un daño irreparable. Estaba dispuesta a contárselo todo a Nick —quería contárselo todo— mientras tuviera la seguridad de que iba a ser comprensivo. Pero el recuerdo de la escena de los cigarros la paralizó. ¡Si pudiera hacerle comprender que nada tenía importancia con tal de que siguieran queriéndose!

La mano de Nick se posó compasiva en su hombro.

—Mi niña... no... —dijo. Sus ojos se encontraron, pero la expresión de Nick impidió que una sonrisa asomara entre las lágrimas de ella—. ¿No ves —prosiguió— que tenemos que aclarar esto?

Ella siguió mirándole a través de un prisma de lágrimas.

—No puedo... mientras estés así —balbució ella en tono infantil.

Había vuelto a acurrucarse en un rincón del sofá; pero Lansing no se sentó a su lado. Ocupó una silla que había delante, como una visita al otro lado de una elegante bandeja para el té.

—¿Te sirve así? —preguntó con una rígida sonrisa, como para complacerla.

—Nada me servirá... mientras sigas sin ser tú.

—¿Sin ser yo?

Ella negó con la cabeza fatigada.

—¿De qué sirve? Aceptas las cosas en teoría... y luego cuando ocurren...

—¿Qué cosas? ¿Qué ha ocurrido?

La dominó una súbita impaciencia. ¿Qué se había creído, después de todo...?

—Pero tú sabes lo de Ellie. En los viejos tiempos hablamos de ella a menudo —dijo.

—¿Lo de Ellie y el joven Davenant?

—El joven Davenant; o los otros...

—O los otros. Pero ¿qué nos importa eso a nosotros?

—¡Ah, eso mismo pienso yo! —gritó, levantándose con una explosión de alivio. Lansing se levantó también, pero su rostro no reaccionó iluminándose.

—Estamos al margen de todo eso; no tenemos nada que ver, ¿no? —insistió.

—Nada.

—Entonces, ¿a qué viene la gratitud de Ellie? La gratitud por lo que hemos hecho con unas cartas... y con Vanderlyn.

—¡Oh, tú no! —exclamó Susy, involuntariamente.

—¿Yo no? Entonces, ¿tú? —Se acercó y la cogió por la muñeca—. Respóndeme. ¿Te has mezclado en algún turbio asunto con Ellie? —Se hizo una pausa. A ella se le hizo imposible hablar, sujeta de un modo tan ardiente por la muñeca donde había estado la pulsera. Por fin, él la soltó y se apartó—. Responde —repitió.

—Te he dicho que fue asunto mío y no tuyo.

Él la escuchó en silencio y luego le preguntó:

—Has enviado cartas en su nombre, ¿no? ¿A quién?

—¡Oh! ¿Por qué me atormentas? Ellie no quería que Nelson supiera que había estado fuera. Me dejó las cartas para que le enviara una por semana. Las encontré aquí la noche que llegamos... Era el precio por esto. ¡Oh, Nick, di que ha valido la pena... di al menos que ha valido la pena! —imploró.

Nick se quedó inmóvil, sin responder. Con una mano dio golpecitos en la esquina de la mesita de tocador e hizo bailar la pulsera.

—¿Cuántas cartas?

—No lo sé... cuatro... cinco... ¿Qué más da?

—Y una vez a la semana, durante seis semanas...

—Sí.

—Y ¿tú aceptaste sin más?

—No: lo odiaba. Pero ¿qué podía hacer?

—¿Qué podías hacer?

—¿Cuando de esto dependía que estuviésemos juntos? ¡Ay!, Nick, ¿cómo puedes pensar que renunciaría a ti?

—¿Renunciar a mí? —repitió él.

—Bueno... ¿no depende el que estemos juntos de... lo que podamos sacarle a la gente? Y ¿no ha habido siempre alguna contrapartida? ¿Alguna vez has conseguido algo en tu vida a cambio de nada? —gritó con repentina exasperación—. Llevas viviendo entre esta gente tanto tiempo como yo; supongo que no será la primera vez que...

—Pues claro que lo es —exclamó él, ruborizándose—. Y esa es la diferencia... la diferencia

fundamental.

—¡La diferencia!

—Entre tú y yo. Nunca he hecho el trabajo sucio de nadie... y menos a cambio de favores. Supongo que debiste de adivinarlo, o no me habrías ocultado este espantoso asunto.

La sangre acudió también a las mejillas de Susy. Sí, lo había adivinado; por instinto, el día en que lo visitó en su austero alojamiento comprendió que se regía por normas más estrictas. Pero ¿cómo hacerle entender que, bajo su influencia, sus normas también se habían vuelto más estrictas y que, si no le había dicho nada, había sido tanto para no enfadarle como para ocultarse a sí misma su propia humillación?

—¿Sabías que, de haberlo sabido, no me habría quedado ni un solo día más? —continuó él.

—Sí: y ¿dónde habríamos ido entonces?

—¿Quieres decir que, de uno u otro modo, lo que llamas contrapartida es el precio de que sigamos juntos?

—Y... ¿no lo es? —balbució ella.

—Entonces será mejor que nos separemos, ¿no?

Habló en voz baja, decidido y pensativo, como si esta fuese la conclusión inevitable a la que conducía su enérgico argumento.

Susy no respondió. Por un momento, dejó de ser consciente de las causas de lo ocurrido; todo parecía haber quedado tapado con sus ruinas.

Nick fue a la mesa del tocador y se asomó por la ventana al canal oscuro y cuajado de luces. Ella miró su espalda y pensó en qué ocurriría si fuera y lo abrazara. Pero, aunque su roce hubiera podido romper el hechizo, no estaba segura de que quisiera elegir ese modo de romperlo. Debajo de su callada angustia ardía la sensación apenas consciente de haber sido tratada de forma injusta. Cuando aceptaron su extraño acuerdo, Nick sabía tan bien como ella en qué compromisos y concesiones se basaría su vida en común. Que lo hubiese olvidado le parecía tan increíble que dudó, con un nuevo sobresalto de temor, de si no estaría utilizando la desafortunada indiscreción de Ellie como excusa para liberarse de un vínculo que ya había empezado a cansarle. De pronto, levantó la cabeza con una risa.

—Al fin y al cabo... tenías razón cuando querías que fuese tu amante.

Nick se volvió hacia ella con mirada perpleja.

—¿Tú... mi amante?

A pesar de su dolor, a ella le enorgulleció descubrir que semejante posibilidad hacía mucho que se había vuelto inconcebible para él. Aun así insistió.

—Aquel día en casa de los Fulmer... ¿lo has olvidado? Cuando dijiste que sería una locura que nos casáramos.

Lansing se quedó apoyado en el alféizar de la ventana, con los ojos fijos en las volutas en mosaico del suelo.

—Tenía razón cuando dije que sería una locura que nos casáramos —replicó por fin.

Ella se puso en pie temblorosa.

—Bueno, eso tiene fácil remedio. Nuestro pacto...

—¡Oh, ese pacto...! —la interrumpió él con una risa impaciente.

—¿No me estás pidiendo que lo cumpla ahora?

—¿Porque he dicho que haríamos mejor separándonos? —Hizo una pausa—. Pero el pacto,

casi lo había olvidado, consistía en echar una mano al otro si encontraba una oportunidad mejor, ¿no? Era absurdo, claro; una broma, al menos desde mi punto de vista. Nunca querré una oportunidad mejor... ninguna otra oportunidad...

—¡Ay, Nick, ay, Nick... pero entonces...!

Estaba cerca de él, su rostro asomaba entre sus lágrimas, pero Nick la apartó.

—Habría sido muy fácil, ¿verdad? —replicó—, si hubiésemos podido separarnos sin más. Así va a ser dolorosísimo. Pero hablarlo no nos ayudará. Tenías razón hace un momento al preguntar cómo íbamos a vivir si no. Supongo que los dos somos parásitos natos, o ya hace mucho que habríamos encontrado otro modo. Pero hay cosas que yo podría soportar por mí, en caso de apuro (y probablemente, con el tiempo, habré de hacerlo), pero que no puedo dejar que tú soportes por mí... Esos cigarrillos de Como: ¿crees que no sabía que eran para mí? Igual que esto. Pues no, no puede ser...

Se interrumpió, como si le faltara el valor, y ella gimió:

—Pero tu libro... si tu libro triunfa...

—Mi pobre Susy... eso es parte del engaño. Los dos sabemos que lo que escribo nunca nos dará dinero. Y ¿cuál es la alternativa, sino más bajezas como esta? ¿Y volvernos cada vez más insensibles? Al menos, hasta ahora, me han importado ciertas cosas; no quiero seguir hasta descubrir que las doy por descontadas.

Ella alargó una mano tímida.

—Pero, cariño, tú no tendrías que... si me dejases a mí...

Nick se apartó con brusquedad.

—A ti te parece fácil, ¿no? Pues los hombres somos diferentes... —Fue hacia la mesa del tocador y miró el relojito de esmalte que había sido uno de sus regalos de boda—. Es hora de vestirse, ¿no? ¿Te importa si te dejo cenar a solas con Streffy y quienquiera que venga? Preferiría dar un largo paseo y no hablar con nadie más que conmigo mismo.

Pasó a su lado y salió a toda prisa de la habitación. Susy se quedó inmóvil, incapaz de levantar la mano para detenerle o de encontrar una última palabra para suplicarle. En la mesa de tocador desordenada brillaban los regalos de la señora Vanderlyn bajo la luz rosada de la lámpara.

Sí: los hombres eran diferentes, como él había dicho.

XI

Pero había compromisos necesarios, siempre los había habido; Nick en los viejos tiempos había sido el primero en reconocerlo... ¡Cómo se habían reído de los Perpendiculares!, los que iban por el otro lado (pues ¡era imposible ser un buen samaritano y no agacharse a hurgar en montones de vete a saber qué!). Y ahora, de pronto, Nick se había vuelto perpendicular...

Esa noche Susy, sentada a la cabecera de la mesa, vio —en los interludios entre sus veloces pensamientos— los rostros familiares y nauseabundos de las personas a quienes llamaba amigos: Strefford, Fred Gillow, un joven risueño llamado Breckenridge de su círculo de Nueva York, que siempre estaba riéndose y que había llegado ese mismo día, y el príncipe Nerone Altineri, el príncipe de Ursula, que, en ausencia de esta en una aburrida cura, había preferido con la mayor naturalidad acompañar a su marido a Venecia. Susy los miró a todos con ojos renovados y pensó en cómo sería la vida sin rostros así...

¡Ah, Nick, se había vuelto perpendicular...! Al fin y al cabo, la mayoría de la gente pasaba por la vida haciendo un número de gestos determinados, como pasos de baile aprendidos de antemano. Si el manual de baile te decía en un momento dado que tenías que ser perpendicular, tenías que serlo automáticamente... y ¡así era Nick!

—Pero, Susy —la voz extrañada de Gillow le llegó de pronto desde una inmensa distancia—, ¿qué demonios vas a hacer en este agujero asfixiante el resto del verano?

—Pregúntale a Nick, amigo —respondió por ella Strefford.

—Y, a propósito, ¿dónde se ha metido Nick... si puedo preguntarlo? —intervino Breckenridge, alzando la vista y reparando por primera vez en la ausencia de su anfitrión.

—Ha salido a cenar —dijo con locuacidad Susy. Todos se volvieron—. Con unos pesados cuya presencia no me habría atrevido a infligiros.

¡Con qué facilidad le salían las viejas mentiras!

—De esos a los que uno les dice: «¡Pasen a verme algún día!», y luego se pasa la vida evitándolos como a los buenos de los Hicks —subrayó Strefford.

Los Hicks, claro, ¡Nick estaba con los Hicks! La idea atravesó a Susy como un cuchillo y la cena sobre la que había mentado con tanta ligereza se convirtió en una verdad odiosa. Se dijo febril: «Le llamaré después de cenar... y así se sentirá muy tonto», pero entonces recordó que los Hicks, en su decorado medieval, se habían negado a tener teléfono.

La inaccesibilidad temporal de Nick —ahora que se había convencido de que estaba en casa de los Hicks— convirtió su angustia en una irritación burlona. ¡Ah, ahí era donde llevaba sus principios, sus normas, o como quiera que llamase a las nuevas reglas que había empezado a aplicar de pronto al viejo juego! Qué tonta había sido al no darse cuenta antes.

—Oh, los Hicks... Nick los adora. Va a casarse en segundas nupcias con Coral —dijo, riéndose y bromeando con experimentada frivolidad.

—¡Dios! —exclamó Gillow, mientras el príncipe exhibía la sonrisa exenta de sorpresa que Susy le acusaba de practicar cada mañana junto con sus ejercicios gimnásticos.

De pronto, Susy notó los ojos de Strefford pendientes de ella.

—¿Qué me ocurre? ¿Me he puesto demasiado colorete? —preguntó, cogiéndole del brazo cuando se levantaron de la mesa.

—No: demasiado poco. ¡Mírate! —respondió en voz baja.

—¡Oh, en estos viejos y cadavéricos espejos todo el mundo parece recién pescado en el canal!

Se soltó para dar vueltas por el largo suelo de la sala, con las manos en las caderas silbando un *ragtime*. El príncipe y el joven Breckenridge la alcanzaron y ella dio unas cuantas vueltas con este último, mientras Gillow —era su única habilidad— hacía crujir los dedos y arrastraba los pies detrás de la pareja.

Susy se desplomó en un sofá cerca de la ventana, abanicándose con un vaporoso pañuelo, y los hombres sacaron cigarrillos y llamaron a los gondoleros, que acudieron con bandejas de refrescos.

—Bueno y ¿qué más?... porque esto no es todo, ¿verdad? —preguntó Gillow, desde el diván donde yacía medio dormido con las cejas caídas. Fred Gillow, como la Naturaleza, aborrecía el vacío y para él era inconcebible que todas las horas de la existencia racional de una persona no ofreciesen un motivo para levantarse e ir a otra parte. El joven Breckenridge, que opinaba igual, y el príncipe, que deseaba hacerlo, recordaron a la concurrencia que un conocido daba un baile esa noche en el Lido.

Strefford vetó el Lido, por la sencilla razón de que acababa de volver de allí, y propuso salir a dar un paseo a pie para variar.

—¿Por qué no? ¡Qué divertido! —Susy se puso en pie al instante—. ¡Hagámosle una visita sorpresa a alguien... no sé a quién! Streffy, príncipe, ¿no se os ocurre nadie a quien pudiera incomodar especialmente nuestra llegada?

—¡Oh, la lista es demasiado larga! Salgamos y ya escogeremos a nuestra víctima por el camino —sugirió Strefford.

Susy corrió a su cuarto a buscar una capa fina y, sin cambiarse las zapatillas de satén de tacón, salió con los cuatro hombres. No había luna —¡gracias a Dios no había luna!—, pero las estrellas se alzaban tan cerca como la fruta, y fragancias secretas caían sobre ellos desde las tapias de los jardines. El corazón de Susy se llenó de recuerdos de Como.

Estuvieron deambulando sin rumbo, riéndose, demorándose y dejándose llevar por el capricho de quien no tiene qué hacer. Luego alguien propuso ir a ver más de cerca la fachada de San Giorgio Maggiore, y llamaron una góndola que los llevó entre los faroles y el tañido de las cuerdas de guitarra. Cuando volvieron a desembarcar, Gillow, siempre aburrido por el paisaje, y sobre todo por la estética de la medianoche, propuso ir a un club nocturno que había cerca, que se suponía que era muy divertido. El príncipe apoyó calurosamente su propuesta; pero después de un seco rechazo por parte de Susy volvieron a ponerse en camino, recorriendo los turbios callejones oscuros en dirección a la Piazza y a los helados de Florian. De pronto al llegar a una esquina, desconocida y al mismo tiempo familiar para ella, Susy se detuvo y miró sonriente a su alrededor.

—Pero ¿no es este el palacio de los Hicks? Y ¡todas las ventanas están iluminadas! ¡Deben de estar dando una fiesta! ¡Oh, subamos a sorprenderles!

La idea le pareció la más divertida que se le había ocurrido nunca y le extrañó que sus compañeros respondieran con tantas reticencias.

—No me parece muy divertido ir a darles una sorpresa a los Hicks —se quejó Gillow, defraudado por la falta de posibles emociones; y Strefford añadió:

—Si fuese, me sorprendería yo más que ellos.

Sin embargo, Susy insistió febrilmente:

—No lo sabéis. ¡Podría ser muy emocionante! Creo que Coral va a anunciar su compromiso... ¡su compromiso con Nick! Vamos, dame una mano, Streffy... y tú la otra, Fred. —Empezó a tararear los primeros compases de la entrada de doña Anna en *Don Giovanni*—. Qué pena no haber traído una capa negra y una máscara...

—¡Oh, con tu cara bastará! —dijo Strefford, poniéndole la mano en el brazo.

Ella se apartó, ruborizada. Breckenridge y el príncipe se habían adelantado, y Gillow, demorándose tras ellos, ya estaba a mitad de las escaleras.

—¿Mi cara? ¿Mi cara? ¿Qué le pasa a mi cara? ¿Conoces alguna razón por la que no deba ir a casa de los Hicks esta noche? —le dijo Susy con una rabia repentina.

—Ninguna; solo que, si lo haces, me aburrirás mortalmente —replicó Strefford, con serenidad.

—¡Ah, en tal caso...!

—No; vamos. Esos idiotas ya están aporreando la puerta. —La cogió de la mano y empezaron a subir las escaleras. Pero, al llegar al primer rellano, ella se detuvo, se soltó la mano y, sin decir palabra, ni pararse a pensarlo, volvió a bajar las escaleras, cruzó el enorme vestíbulo lleno de ecos y salió a la oscuridad de la calle.

Strefford la alcanzó y los dos guardaron un momento de silencio en mitad de la noche.

—Susy... ¿qué diablos te pasa?

—¿Que qué me pasa? ¿No lo ves? ¡Que estoy cansada, que me duele mucho la cabeza... y que estoy harta de todos vosotros! —Se volvió y le puso reticentemente la mano en el brazo—. Streffy, viejo amigo, no te preocupes por mí: pero, por el amor de Dios, búscame una góndola y mándame a casa.

—¿Sola?

—Sola.

A Streff siempre le había dado igual que la gente quisiera hacer cosas que para él eran incomprensibles, y Susy sabía que podía contar con su obediencia. Anduvieron en silencio hasta el siguiente canal; él llamó a una góndola que pasaba y la ayudó a subir.

—Ahora ve a divertirme —le gritó ella, mientras la embarcación pasaba por debajo del puente más cercano. Cualquier cosa, cualquier cosa, con tal de estar sola, lejos de la locura y la futilidad que sería lo único que le quedaría si Nick desapareciera de su vida...

«Aunque a lo mejor ha desaparecido ya... desaparecido para siempre», pensó al poner el pie en el umbral del palacio Vanderlyn.

La breve noche veraniega ya estaba volviéndose transparente: una brisa recién nacida agitaba la sucia superficie del agua, que lamía la antigua puerta del palacio. ¡Casi eran las dos! Sin duda Nick habría vuelto hacía tiempo. Susy subió a toda prisa los escalones, aliviada por la idea misma

de su cercanía. Sabía que cuando sus ojos y sus labios se encontraran sería imposible que nada los separara.

El gondolero que dormitaba en el embarcadero se despertó para recibirla y darle dos sobres. El primero era un telegrama para Strefford: se lo devolvió y se detuvo delante del farol que colgaba de la bóveda pintada, con el otro sobre en la mano. La letra con la que estaban escritas las señas era la de Nick.

—¿Cuándo ha dejado esto el *signore*? ¿Ha vuelto a salir?

¿Vuelto a salir? Pero el *signore* no había vuelto desde la cena: de eso el gondolero estaba seguro, pues había estado en su puesto toda la noche. Un chico había llevado la carta: un chico desconocido que se había ido sin esperar respuesta. Debió de ser una media hora después de que la *signora* saliera con sus invitados.

Susy, casi sin oírle, huyó a su habitación, y allí, al lado de la lámpara que, dos meses antes, había iluminado la fatídica carta de Ellie Vanderlyn, abrió la de Nick.

No pienses que soy duro contigo, cariño; pero tengo que resolver esto yo solo. Cuanto antes mejor, ¿no crees? Así que voy a tomar el tren expreso a Milán. Recibirás una carta de verdad en un día o dos. Ojalá supiera ahora qué decirte para demostrarte que no soy un insensible... pero no se me ocurre nada.

N. L.

No quedaba mucha noche para dormir, aunque hubiese podido disfrutar de algo parecido al sueño. La carta se le cayó de las manos, salió al balcón y se quedó allí acurrucada, con la frente apoyada en la balaustrada y el viento del amanecer agitando sus finos encajes. A través de los párpados cerrados, y de los dedos de los puños que apretaba contra ellos, notó cómo se colaba la luz, y también el avance implacable de otro día: un día sin propósito y sin significado, un día sin Nick. Por fin, bajó las manos y, mirando entre los párpados resecaos, vio un borde de fuego sobre los tejados del otro lado del Gran Canal. Se puso en pie, corrió a su cuarto, tiró de las gruesas cortinas, fue a trompicones en la oscuridad hasta el sofá y se desplomó bocabajo entre los cojines, tanteando, en busca de una noche más profunda...

Se levantó, entumecida y dolorida, y vio una cuña dorada de sol en el suelo. O sea, que había dormido —¿sería posible?—, ¡debían de ser ya las ocho o las nueve! ¡Había dormido, igual que un borracho, con esa carta en la mesa al lado del codo! ¡Ah, entonces lo recordó: había soñado que la carta era un sueño! Pero ahí estaba, inexorable; la cogió y, lenta y dolorosamente, volvió a leerla. Luego la rompió en pedazos, buscó una cerilla y, arrodillándose delante del hogar vacío, como si estuviera cumpliendo con algún rito funerario, quemó hasta el último pedazo. ¡Algún día Nick se lo agradecería!

Después de un baño, y de arreglarse a toda prisa, empezó a sentirse más joven y más esperanzada. Al fin y al cabo, Nick solo había dicho que se iba «un día o dos». Y la carta no era cruel: había ternura en ella, asomando entre las palabras secas. Sonrió un poco envarada delante del espejo, puso un poco de color en sus labios lívidos y llamó a la doncella.

—Café, Giovanna, por favor; y avisa al señor Strefford de que tengo que verle cuanto antes.

Si de verdad Nick tenía intención de estar fuera unos pocos días, podía inventar alguna explicación para su ausencia; pero su imaginación se negaba a funcionar y lo único que se le

ocurrió fue convertir a Strefford en su confidente. Sabía que podía confiar en él ante una verdadera dificultad. Su diabólica perversidad se convertía en hábil ingenio cuando sus amigos lo necesitaban.

La doncella la miró con gesto perplejo y Susy repitió la orden con cierta sequedad.

—Pero no lo despiertes a propósito —añadió, previendo el probable efecto en el humor de Strefford.

—Pero, *signora*, el caballero ya se ha ido.

—¿Ya se ha ido? —¡Strefford que nunca se levantaba antes de la hora del almuerzo!—. ¿Tan tarde es? —exclamó incrédula Susy.

—Más de las nueve. Y el caballero partió a Inglaterra en el tren de las ocho. Gervaso dijo que había recibido un telegrama. Dejó dicho que escribiría a la *signora*.

La puerta se cerró al salir la doncella y Susy se quedó mirando su imagen pintada en el espejo, como si intentase mirar fijamente a un desconocido molesto para hacerle bajar la vista. En tal caso no quedaba nadie a quien pedirle consejo... ¡solo el desdichado de Fred Gillow! Hizo una mueca al pensarlo.

Pero ¿qué habría hecho volver a Inglaterra a Strefford?

XII

A Nick Lansing lo despertó, en el tren expreso a Milán, la misma franja de luz sobre las rodillas. Bostezó, miró asqueado a sus vecinos que dormían estólidamente y se planteó por qué había decidido ir a Milán y qué demonios haría cuando llegara. Lo malo de las decisiones tajantes era que, por lo general, a la mañana siguiente se sentía uno ante un abismo...

Cuando el tren llegó a la estación de Milán, se apeó, pidió un café y después de tomárselo decidió continuar su viaje hasta Génova. Ser transportado pasivamente hacia delante posponía la acción y aturdiría el pensamiento; y, después de doce horas de frenética actividad mental, eso era justo lo que necesitaba.

Volvió a quedarse dormido, de vez en cuando despertó con nuevos pensamientos deslavazados, y luego volvió a quedarse adormilado con el traqueteo del tren. En el interior de su cabeza, continuó incesante el mismo traqueteo y chirrido de las ruedas y los engranajes. Había pensado con lucidez la primera hora después de dejar el Palazzo Vanderlyn la noche anterior; después, su cerebro se había limitado a dar vueltas infatigablemente al mismo asunto. La taza de café, en lugar de aclararle las ideas, se había limitado a acelerar su ritmo.

En Génova estuvo deambulando por las calles calurosas, compró una maleta barata y un poco de ropa interior y fue al puerto en busca de un hotelito que recordaba. Una hora después, estaba en la cafetería fumando y hojeando sin ganas los periódicos mientras esperaba la cena, cuando reparó en que un hombrecillo con gafas de cara redonda lo observaba con timidez, pero también con suma atención, desde la mesa de al lado.

—¡Caramba... Buttles! —exclamó Lansing, reconociendo con sorpresa al recalcitrante secretario que se había resistido a los esfuerzos de la señorita Hicks por convertirlo a Tiépolo.

El señor Buttles se ruborizó hasta la raíz de su escaso cabello, hizo ademán de levantarse y le dedicó una ceremoniosa reverencia. Lo primero que sintió Nick Lansing fue cierta irritación por que le molestaran en sus meditaciones solitarias; lo siguiente fue alivio al tener que posponerlas para conversar con el señor Buttles.

—No sabía que estuviese usted aquí: ¿está el yate en el puerto? —preguntó, recordando que el Ibis debía de estar a punto de desplegar las alas. El señor Buttles, en posición de firmes detrás de su silla, negó en silencio con la cabeza: por un momento pareció demasiado avergonzado para hablar—. ¡Ah...! ¿Lo han enviado de avanzadilla? Ahora lo recuerdo... Vi a la señorita Hicks en Venecia anteayer —continuó, aturdido de pensar que apenas hubieran pasado cuarenta y ocho horas desde su encuentro con Coral en los Scalzi.

El señor Buttles, en lugar de hablar, se acercó tímidamente a su mesa.

—¿Puedo sentarme un momento, señor Lansing? Gracias. No, no estoy aquí como

avanzadilla... aunque creo que el Ibis pensaba partir mañana en algún momento. —Carraspeó, se limpió las gafas con un pañuelo de seda, volvió a ponérselas en la nariz y continuó con solemnidad—: Tal vez, para aclarar cualquier posible malentendido, debería decirle que ya no trabajo para el señor Hicks.

Lansing lo miró compasivo. Era evidente que sufría mucho al comunicarle esta información, aunque su rostro impasible no se prestaba a la menor exhibición de dramatismo.

—¿De verdad? —Nick sonrió, y luego se aventuró a decir—: Espero que no sea por su objeción de conciencia a Tiépolo.

El rubor del señor Buttles se convirtió en una agonía ardiente.

—¡Ah! ¿Le habló la señorita Hicks de...? ¿Le contó...? No, señor Lansing. Confieso que tengo mis objeciones contra el arte decadente de Tiépolo, y de todos sus contemporáneos; pero, si la señorita Hicks decide rendirse por un tiempo al insano hechizo de la decadencia italiana, yo no soy quién para quejarme o criticarla. Su nivel estético e intelectual supera tanto mis humildes capacidades que sería ridículo e inapropiado... —Se interrumpió, y una vez más limpió una leve humedad de las gafas. Estaba claro que le inquietaba algo que deseaba y al mismo tiempo temía comunicarle. Pero Nick no hizo ningún esfuerzo por salvar el abismo de sus propias preocupaciones; y el señor Buttles, después de una pausa expectante, continuó—: Si me encuentra usted aquí hoy es solo porque, después de una partida un tanto brusca, me veo incapaz de despedirme de mis amigos sin echar un último vistazo al Ibis, donde he pasado tantas horas estimulantes. Pero debo rogarle —añadió muy serio— que, si ve a la señorita Hicks, o a cualquier otro del grupo, no diga nada de mi presencia en Génova. Querría —dijo con sencillez el señor Buttles— pasar de incógnito riguroso.

Lansing lo miró deferente.

—¡Ah!, pero eso no es... muy amistoso.

—No tengo otra opción, señor Lansing —dijo el exsecretario—, y confío en que sea usted discreto. La verdad es que, si estoy aquí, no es para volver a ver el Ibis, sino a la señorita Hicks: solo una vez. Usted me entenderá y comprenderá lo mucho que sufro. —Hizo otra reverencia, se alejó con los pies pequeños calzados en unas botas muy apretadas y, antes de desaparecer por las puertas acristaladas, se detuvo en el umbral para decir—: Nunca tuve la menor posibilidad.

Un destello de lástima pasó por la cabeza de Nick: ver al expeditivo y eficaz señor Buttles convertido en la triste imagen de una pasión no correspondida tenía algo de conmovedor. Y ¡qué dolorosa sorpresa para los Hicks verse privados de pronto del secretario que dominaba «las lenguas extranjeras»! El señor Beck llevaba las cuentas y se entendía con los directores de los hoteles, pero la tarea más elevada del señor Buttles era recibir en su propia lengua a los genios desconocidos que acudían en masa a ver a los Hicks, y Nick podía imaginar lo desconcertante que habría sido su partida en vísperas de su crucero a Grecia, que la señora Hicks llamaría sin duda una Odisea.

Un momento después, la visión del desesperado pretendiente de Coral se desvaneció y Nick volvió a darle vueltas a la rueda de sus propias aflicciones. La noche anterior, cuando había enviado su nota a Susy, desde un pequeño restaurante cercano al Palazzo Vanderlyn al que iban con frecuencia, lo había hecho con la firme intención de marcharse un día o dos para organizar sus ideas y pensar en su situación. Pero, en cuanto confió la carta al hijo pequeño del dueño, que era amigo de Susy, decidió esperar el regreso del muchacho. No había pedido al mensajero que aguardase una respuesta; pero Nick, conocedor de la mentalidad amistosa e inquisitiva de los

italianos, estaba casi seguro de que el chico, con la esperanza de ver a Susy, se demoraría mientras subían la carta. E imaginó a la doncella llamando a la habitación a oscuras de su mujer, y a Susy poniéndose polvos en la cara manchada por las lágrimas antes de encender la luz... ¡pobre niña insensata!

El chico había vuelto antes de lo que Nick esperaba, y no había llevado ninguna respuesta, solo la información de que la *signora* había salido: todos habían salido.

—¿Todos?

—La *signora* y los cuatro caballeros que fueron a cenar al palacio. Todos se marcharon a pie, poco después de cenar. Solo pude entregarle la nota al gondolero del embarcadero, pues la *signora* había dicho que volvería muy tarde y había enviado a la doncella a la cama; y la doncella, claro, se había ido enseguida con su *innamorato*.

—¡Ah...! —dijo Nick, poniéndole la propina al niño en la mano mientras salía del restaurante.

Susy había salido... Había salido con el grupo de siempre, como hacía cada noche en esas calurosas semanas de verano, había salido después de su conversación con Nick, como si no hubiera pasado nada, como si su mundo y el de ella no se hubiera desplomado en ruinas. ¡Ah, pobre Susy! Al fin y al cabo solo había obedecido a su instinto de supervivencia, la vieja costumbre de seguir adelante y ocultar sus problemas; a no ser que la costumbre hubiese engendrado ya la indiferencia, y se hubiese vuelto tan fácil para ella como para sus amigos pasar de la tragedia a la danza, del pesar al cine. ¿Qué quedaba del alma?, se dijo.

Su tren no partía hasta medianoche y, después de salir del restaurante, Nick recorrió los bochornosos callejones hasta que sus piernas cansadas lo llevaron ante la pérgola cubierta de hiedra de la bodega en un embarcadero cercano a la Piazzetta. Allí podría tomar un refresco hasta que fuese la hora de ir a la estación.

Eran más de las once, y estaba empezando a buscar un bote cuando una proa negra llegó ante los escalones y, entre bromas y risas, desembarcó un grupo de jóvenes con traje de fiesta. Nick, a la sombra de la hiedra, vio que solo había una mujer entre ellos, y no necesitó la farola del embarcadero para averiguar su identidad. Susy, con la cabeza descubierta, riéndose, con un chal a medio caer de los hombros desnudos y un cigarrillo entre los dedos, cogió a Strefford del brazo y se dirigió a Florian, seguida de Gillow, el príncipe y el joven Breckenridge...

Nick había revivido esta rápida escena cientos de veces en las horas pasadas en el tren y en sus vagabundeos sin rumbo por las calles de Génova. En la rueda para ardillas que era su mundo y el de Susy había que seguir adelante o abandonar y Susy, era evidente, había decidido seguir adelante. Bajo el resplandor de la farola del embarcadero había observado su rostro y había visto que la máscara de maquillaje y polvos cosméticos estaba cuidadosamente ajustada para ocultar los estragos que hubiera podido dejar la escena que se había producido entre los dos. Incluso le pareció que se había puesto un poco de atropina en los ojos.

Si quería coger el tren de medianoche, no había tiempo que perder y no había otra góndola a la vista que la que acababa de dejar su mujer. Subió de un salto y le pidió al gondolero que lo llevara a la estación. Los cojines, cuando se recostó en ellos, despidieron su perfume; y a la luz eléctrica de la estación vio a sus pies una rosa que se le había caído a su mujer del vestido. La aplastó con el tacón al desembarcar.

Así era, entonces; esa era la última imagen que tendría de ella. Pues ahora sabía que no iba a

volver; al menos no para reanudar su vida juntos. Imaginó que tendría que verla una vez más, para hablar y acordar algo para el futuro. Había sido sincero al decir que no le guardaba rencor; solo era que no podía volver a meterse en esa piel. De lo contrario, sabía que lo arrastrarían inevitablemente hacia el fondo, resbalando entre concesión y concesión...

Los ruidos de una noche calurosa de verano en el puerto de Génova habrían impedido dormir al más despreocupado; pero, aunque Nick estuvo despierto, no los oyó, pues el tumulto de su cerebro era más ensordecedor. El amanecer dispensó un alivio negativo, y cayó en un profundo sueño de puro agotamiento. Cuando despertó era casi mediodía y desde la ventana vio el bien conocido perfil del Ibis recortado contra el brillo del puerto. No temió encontrarse con sus propietarios, que sin duda haría mucho que habrían desembarcado y acudido a regiones más frescas y elegantes: extrañamente, eso pareció acentuar su soledad, su sensación de no tener a nadie en el mundo a quien recurrir. Se vistió y deambuló desconsolado en busca de algún rincón oscuro donde tomar una taza de café.

Mientras bebía su café se le fueron aclarando las ideas. Comprendió que se había comportado como un loco o un niño petulante, aunque prefirió pensar que había sido como un loco. Si Susy y él iban a separarse, no había ninguna razón para no hacerlo con decoro y discreción, como se arreglaban generalmente estas cosas entre las personas como ellos. Parecía grotesco introducir el melodrama en su pequeño mundo de sibaritas imperturbables, y tuvo la tentación de sonreírse por la incongruencia de su gesto... Pero de pronto los ojos se le llenaron de lágrimas. El futuro sin Susy era insoportable, inconcebible. ¿Por qué, al fin y al cabo, tenían que separarse? Al plantearse esta pregunta le pareció ver el suave rostro de ella al lado del suyo, y ese pequeño mohín que volvía su sonrisa tan exquisita. Bueno... volvería. Pero no con la pretensión de hablar las cosas, de llegar a un acuerdo, de liquidar su vida en común como una asociación empresarial. No... si volvía, lo haría sin condiciones, de una vez por todas y para siempre...

Pero... ¿y el futuro? ¿Y el día no muy lejano en que gastaran el último de los cheques de la boda, y vendiesen las perlas de la abuela, y solo quedase la dependencia incondicional e indisimulada de los amigos ricos, el papel de parásitos reconocidos? ¿Es que no había otra posibilidad, otro modo de organizar su vida? No... no lo había: no podía imaginarse a Susy fuera de su ambiente de ocio y lujo, ¡no podía imaginarse a ninguno de los dos viviendo una vida como la de los Fulmer, por ejemplo! Recordó la casa destartada y desordenada de New Hampshire, los criados desaliñados, la comida incomible y los niños por todas partes. ¿Cómo podía pedirle a Susy que compartiera una vida así con él? Si lo hiciese, ella probablemente tendría el sentido común de rechazarle. Su alianza se había basado en la locura de un momento de principios de verano; ahora había que saldar cuentas...

Decidió escribir. Si iban a separarse, no podía fiarse de lo que haría si la viese. Llamó a un camarero, pidió papel y pluma, y apartó a un lado una pila de periódicos sin leer que había en un rincón de la mesa donde le habían servido el café. Al hacerlo, su mirada cayó en un *Daily Mail* de dos días antes. Como pretexto para posponer la carta, cogió el periódico y echó una ojeada a la primera página. Leyó:

Trágico accidente de yate en el Solent. El conde de Altringham y su hijo el vizconde d'Amblay ahogados en una colisión nocturna. Recuperados los dos cadáveres.

Siguió leyendo. Comprendió que el accidente había ocurrido la noche antes de que él partiera de Venecia y que, a raíz de un banco de niebla en el Solent, su viejo amigo Strefford era ahora

conde de Altringham, y dueño de una de las mayores fortunas de Inglaterra. Daba vértigo pensar en su viejo y arruinado amigo Streff como el protagonista de semejante aventura. Y ¡qué ironía ese doble giro de la rueda que, en un solo día, lo había hundido a él, Nick Lansing, en la más profunda miseria, mientras elevaba al otro a las estrellas!

Volvió a ver con una precisión más intensa el descenso de Susy de la góndola en los escalones de la calle, el eco de su risa y de las bromas de Strefford, su forma de cogerle del brazo y de agarrarse a él, arrastrando a los demás tras su estela. Strefford... ¡Susy y Strefford! Más de una vez, Nick había reparado en las dulces inflexiones de la voz de su amigo cuando le hablaba, en el brillo pensativo de sus ojos lánguidos cuando se posaban en ella. En la seguridad de su alegría de casado, Nick había hecho caso omiso de esas señales. Los únicos celos que había sentido eran de Fred Gillow, por su ilimitada capacidad de satisfacer los caprichos de una mujer. Sin embargo, Nick sabía que esas ventajas materiales nunca volverían a ser suficientes para Susy. Con Strefford era distinto. Si le había gustado su compañía cuando no era, claramente, una opción; ¿no lo encontraría irresistible ahora?

Nick recordó las condiciones olvidadas de su contrato nupcial: el absurdo acuerdo que Susy y él habían jurado solemnemente. Pero ¿era tan absurdo, al fin y al cabo? Había sido idea de Susy (gracias a Dios no había sido suya); y tal vez lo hubiera dicho más en serio de lo que él había pensado. Tal vez, incluso si no se hubiese producido la ruptura, los inesperados honores de Strefford la habrían impulsado a pedirle su libertad...

Dinero, lujo, moda, placeres: eran los cuatro pilares de la existencia de Susy. Nick lo había sabido siempre, ella misma lo había reconocido, incluso en su última y espantosa conversación; y una vez él se había vanagloriado de la sinceridad de su esposa. ¿Cómo podría haber imaginado que, con tal de tener esas cosas, ella no se rebajaría con el tiempo más de lo que se había rebajado ya? Tal vez al cedérsela a Strefford estuviera salvándola. En cualquier caso, el sabor del pasado le resultaba ahora tan amargo que se sintió obligado a dar gracias a cualquier dios que hubiera puesto esa necrológica ante sus ojos...

Querida Susy [escribió]:

El destino parece haber tomado nuestro futuro en sus manos y habernos ahorrado la dificultad de desvelarlo. Si alguna vez he sido lo bastante egoísta para olvidar las condiciones en que aceptaste casarte conmigo, las he recordado en estos dos días de soledad. Me has dado lo mejor que puede tener un hombre, y nada volverá a tener mucho valor para mí. Pero, como no he podido darte lo que quieres, admito que no tengo derecho a interponerme en tu camino. Es mejor que no volvamos a deber palacios venecianos a servicios deshonestos. Veo en los periódicos que Streff puede proporcionarte ahora todos los palacios que quieras. Dale la oportunidad...y creo que sabrá aprovecharla, no se me ocurre mejor partido. Ojalá estuviese en su lugar.

Te escribiré en un par de días, cuando me aclare las ideas y pueda darte una dirección.

Nick

Añadió una línea a propósito de sus modestos fondos, metió la carta en un sobre y la dirigió a la señora de Nicholas Lansing. Al hacerlo, reparó en que era la primera vez que había escrito el nombre de casada de su mujer.

«Bueno... Dios sabe que ninguna mujer volverá a tenerlo», se prometió, mientras buscaba un

sello en su cartera.

Se puso en pie desperezándose fatigado —¡el calor era sofocante!— y se guardó la carta en el bolsillo.

«La echaré yo mismo al correo, es más seguro —pensó—. Y ¿qué demonios haré después?»

Se caló el sombrero y salió bajo el sol abrasador.

Al alejarse de la plaza donde estaba la oficina de Correos, un parasol blanco le saludó desde un coche que pasaba y Coral Hicks se asomó con la mano extendida.

—Sabía que le encontraría —dijo triunfal—. Llevo horas dando vueltas bajo este sol achicharrante, haciendo compras y buscándole. —La miró sin comprender, demasiado perplejo para plantearse incluso cómo sabía que estaba en Génova; y ella continuó, con esa especie de tímida prepotencia que siempre le hacía sentirse como el músico de una orquesta bajo una batuta magistral—. Vamos, suba, y no me deje asándome aquí ni un minuto más. —Y le gritó al chófer—: *Al porto*.

Nick Lansing se acomodó a su lado. Al hacerlo reparó en un montón de bultos que tenía a sus pies y tuvo la sensación de que sencillamente acababa de añadir uno más. Imaginó que llevaría su botín al Ibis y que lo subiría al camarote de cubierta para exhibirlo con las demás cosas. Bueno, eso le ayudaría a pasar el día... y por la noche habría llegado a alguna decisión sobre su futuro.

Tres días después de la partida de Nick, el correo llevó al Palazzo Vanderlyn tres cartas para la señora Lansing.

La primera en llegar contenía unas palabras de Strefford, garabateadas en el tren y enviadas desde Turín. En ella le contaba brevemente que lo habían llamado a casa por el espantoso accidente del que probablemente ella se habría enterado por los periódicos. Añadió que volvería a escribirle desde Inglaterra, y luego, en una posdata emborronada añadió: «Quería verte para despedirme, pero era tardísimo. Recuerdos a Nick. Escríbeme a Altringham».

Las otras cartas, que llegaron juntas por la tarde, habían sido enviadas desde Génova. Susy observó las señas y se abalanzó sobre la que tenía la letra de su marido. La mano le temblaba tanto que por un momento no pudo abrir el sobre. Cuando lo hizo, devoró la carta en un instante, y luego se sentó a pensar en la página que tenía sobre la rodilla. ¡Podía significar tantas cosas...! ¡Podía leer en ella tantas alternativas desgarradoras de indiferencia y desesperanza, de ironía y de ternura! ¿Sufría atormentado cuando la escribió, o buscaba solo atormentarla a ella? ¿Representaban sus palabras sus actuales sentimientos y quería de verdad darle a entender que consideraba su deber atenerse a la letra de su absurdo acuerdo? La había dejado con rabia e indignación, pero, como revelaba un examen más detenido, no había una sola palabra de reproche en sus breves líneas. Tal vez fuese esa la razón por la que, en el último caso, le parecían tan frías... Se estremeció y buscó el otro sobre.

La letra forzada, aunque le resultó familiar, no evocó ninguna imagen clara. Abrió el sobre y encontró una postal del Ibis, surcando un mar rizado con todo el velamen desplegado. En la parte de atrás había escrito:

Qué amable por su parte prestarnos al señor Lansing para un pequeño crucero.
Descuide, lo trataremos lo mejor que podamos.

Coral

SEGUNDA PARTE

XIII

Cuando, el invierno anterior, en Nueva York, Violet Melrose le dijo a Susy Branch: «Pero ¿por qué no vais Nick y tú a pasar la luna de miel a mi casita de Versalles? Yo me voy a China, y podríais tenerla para vosotros todo el verano», la oferta había sido lo bastante tentadora para que a los enamorados les entrase una duda.

Era una casita tan sencilla y natural, tan impregnada de la desmoralizante candidez de las grandes fortunas, que a Susy le pareció un buen sitio para dar los primeros pasos de renuncia. Pero Nick objetó que París, en esa época del año, estaría plagado de conocidos que irían a visitarlos a todas horas; y la propia experiencia de Susy la llevó a añadir que no había nada que les gustase tanto a los muy ricos como ir a comer con los muy pobres. Así que optaron por la villa de Strefford, con la salvedad (por parte de Susy) de que la casa de Violet podría venirles muy bien en otra época del año.

Estas ideas le rondaban por la cabeza mientras se dirigía a la puerta de la señora Melrose una tarde lluviosa de finales de agosto, con las maletas apiladas en el techo del coche que había cogido en la estación. Había viajado directa desde Venecia y se había detenido en Milán solo el tiempo justo para recoger una respuesta al telegrama que había enviado a la perfecta ama de llaves cuya constante presencia permitía a la señora Melrose decir: «¡Oh!, cuando me hartó de todo me voy sin más a mi chabola de Versalles y vivo de huevos revueltos».

La perfecta ama de llaves había respondido a la pregunta de Susy: «Seguro señora Melrose encantada»; y Susy, sin pensárselo dos veces, se había subido en un tren a Versalles, y ahora se encontraba bajo la fina lluvia ante el umbral guardado por esfinges del pabellón.

El paso de los meses había traído la temporada en la que la casa de la señora Melrose podía ser apropiada. A finales de agosto no había que temer la presencia de visitantes en Versalles, y, aunque las razones de Susy para buscar la soledad fuesen tan diferentes de las que había imaginado en otro tiempo, seguían siendo igual de importantes. Estar sola... ¡sola! Después de esos primeros días desprotegida en los que, ante la presencia persistente de Fred Gillow y sus adláteres, y ante el fulgor burlón de finales de verano en la Laguna, se había revuelto en su agonía como un animal atrapado en una jaula, estar sola le había parecido el único alivio, el único deseo: estar sola en alguna parte, en un decorado lo menos parecido posible a los sensuales esplendores de Venecia, bajo cielos lo más distintos posibles de su dosel azul. Si pudiera haber elegido, se habría arrastrado a algún hostel mugriento en una lluviosa ciudad del norte, donde no hubiera estado nunca y donde nadie la conociera. A falta de este lujo inasequible, aquí estaba en el umbral de una casa vacía, en un lugar desierto bajo un cielo encapotado. Se había librado de Fred Gillow, que se había ido hosco a su coto (donde ella había medio prometido ir a verle en septiembre),

mientras que el príncipe, el joven Breckenridge y los pocos supervivientes que quedaban del círculo veneciano se habían dispersado rumbo a la Engadina o a Biarritz; y ahora al menos podría aclararse las ideas, evaluar la situación y preparar la actitud con que se enfrentaría a la siguiente etapa de su carrera. ¡Gracias a Dios llovía en Versalles!

La puerta se abrió, oyó voces en el salón, y una figura lánguida y esbelta apareció en el umbral.

—¡Querida! —exclamó Violet Melrose abrazándola y haciéndola pasar a la sala perfumada y en penumbra.

—Pero ¡pensaba que te habías ido a China! —balbució Susy.

—A China... a China. —La señora Melrose la miró perdida y soñolienta, y Susy recordó su vida desorganizada y a la deriva, una vida menos planificada y más inexplicable que la de cualquiera de las demás criaturas efímeras arrastradas por los mismos vientos placenteros.

—Sí, señora, yo también lo pensaba hasta que anoche recibí un telegrama de la señora Melrose —observó la perfecta ama de llaves, que las siguió cargada con la bolsa de Susy.

La señora Melrose se apretó las sienes cavernosas con las manos débiles.

—¡Claro, claro! Tenía intención de ir a China... no, a la India... Pero he descubierto a un genio... y el Genio... ya sabes... —Incapaz de completar sus pensamientos, se desplomó en un diván cubierto de cojines, extendió un brazo y gritó—: ¡Fulmer, Fulmer! —Y mientras Susy Lansing esperaba en mitad de la sala con los ojos muy abiertos, salió un hombre de una habitación interior, aún más en penumbra, perfumada y llena de almohadones, y vio con sorpresa a Nat Fulmer, el bueno de Nat Fulmer, el de la casa de New Hampshire y la ubicua progenie, ahora delante ella con señorial desenvoltura, las manos en los bolsillos, un cigarrillo entre los labios y los pies sólidamente plantados en las insidiosas profundidades de una de las pieles de leopardo blanco de Violet Melrose.

—¡Susy! —gritó con los brazos abiertos.

Y la señora Melrose murmuró:

—Entonces, ¿no lo sabías? ¿No habías oído hablar de sus obras maestras?

A su pesar, Susy estalló en carcajadas.

—Tu genio ¿es Nat?

La señora Melrose la miró con reproche.

Fulmer se rió.

—No; soy el genio de Grace. Pero la señora Melrose ha sido nuestra providencia y...

—¿Providencia? —le interrumpió su anfitriona—. ¡No hable como si estuviese en un encuentro de oración! Hizo una exposición en Nueva York... Fue un éxito fabuloso. Ha venido al extranjero a hacer esbozos para decorar mi sala de música de Nueva York. Ursula Gillow le ha encargado decorar su casa del jardín. Y la señora Bockheimer su salón de baile. ¡Oh, Fulmer! ¿Dónde están sus bosquejos? —Se puso en pie, hurgó entre unas revistas de moda amontonadas encima de la mesa lacada y volvió a desplomarse exhausta por el esfuerzo—. Llegué hasta Brindisi. He viajado día y noche para estar aquí con él —le explicó—. Pero, querida —y extendió la mano cariñosa hacia Susy—, he olvidado preguntarte si habías tomado el té.

Una hora después, sentada a la mesa del té, Susy se sintió ya misteriosamente reabsorbida por lo que tanto tiempo había sido su elemento. Ellie Vanderlyn había llevado una bocanada de él a Venecia; pero entonces Susy se nutría de otro aire, del aire de la presencia y la personalidad de

Nick; ahora, abandonada, dejada otra vez a su suerte, volvió a notarse de pronto a merced de las influencias de las que creía haberse librado.

En el extraño torbellino social del que había huido hacía tan poco tiempo, parecía de lo más natural que una sacudida del cubilete hubiese convertido a Nat Fulmer en una celebridad, y obligado a volver a Violet Melrose desde los confines de la tierra para disfrutar de su éxito. Susy sabía que la señora Melrose pertenecía al género de los parásitos morales; pues en ese extraño mundo a veces los papeles cambiaban, y los ricos depredaban a los pobres. Allí donde había una reputación de la que aprovecharse, allí aparecía la pobre Violet, un vampiro inofensivo con perlas que buscaba solo alimentarse de la notoriedad que no podían procurarle sus millones. Cualquiera menos versado que Susy en los frívolos misterios de su pequeño mundo habría visto en Violet Melrose a una torva hechicera y en Nat Fulmer a su víctima indefensa. Susy sabía que no era así. Violet, la pobre Violet, no era ni siquiera eso. La insignificante Ellie Vanderlyn, con sus pasiones breves y triviales, y su torpe mezcla de intereses sociales y amorosos, era mujer con un propósito, una criatura que se realizaba a sí misma; pero Violet no era más que un interrogante a la deriva.

Y ¿qué decir de Fulmer? Al observar con nuevos ojos su figura rechoncha, su rostro anodino con barba y los ojos que soñaban y divagaban, y de pronto se clavaban en ti como garras, Susy creyó haber encontrado la explicación de todos sus años de esfuerzo, su indiferencia ante la falta de éxito, su indiferencia ante la pobreza, su indiferencia ante las necesidades de su cada vez más numerosa familia... Sí, por primera vez, vio que tenía una pinta lo bastante vulgar para ser un genio: tal vez lo fuese ¡aunque fuera Violet Melrose quien lo afirmara! Susy miró a Fulmer, sus ojos se cruzaron y él sonrió apenas entre la barba.

—Sí, yo lo descubrí... yo —insistía la señora Melrose, desde las profundidades del diván de terciopelo negro en el que yacía hundida como una lánguida nereida en un mar de medianoche—. No creas ni una palabra de lo que te diga Ursula Gillow de que se abalanzó sobre su *Tormenta de nieve en primavera* en un rincón oscuro de la exposición Artistas Norteamericanos: ¡estaba casi en el techo! ¡Lo colgaron casi en el techo hace menos de un año! Y, claro, Ursula jamás en su vida ha mirado más allá de la primera fila en una exposición. Y ahora afirma que... ¡Oh, por el amor de Dios, no diga que no tiene importancia, Fulmer! Así no hace más que animarla, y que la gente la crea. Cuando, en realidad, cualquiera que me hubiera visto en la exposición unos días antes de la inauguración... ¿Quién? Pues Eddy Breckenridge, por ejemplo. ¿Que estaba en Egipto? ¡Puede ser! Como si una pudiera recordar a todas las personas presentes cuando se topa con una gran obra de arte, igual que san Pablo, ¿no es cierto?, cuando se le cayeron las escamas de los ojos. Bueno... eso fue exactamente lo que me pasó ese día... Ursula, todo el mundo lo sabe, estaba en Roslyn, y no asistió a la inauguración. Y ¡Fulmer se queda tan ancho, se ríe y dice que no tiene importancia, y que cualquier día pintará otro cuadro para que yo lo descubra!

Susy había llamado al timbre con la mano temblando de ilusión: ilusión de estar sola, de estar tranquila, de mirar su situación cara a cara y de recuperarse antes de volver con los suyos. Había esperado en el umbral, acurrucada entre sus bolsas, contando los instantes hasta que se oyeron unos pasos y el picaporte giró para dejarla entrar y huir de la mirada inquisitiva del mundo exterior... Y ahora llevaba una hora en el salón de Violet, en la misma casa donde podía haber pasado su luna de miel; y nadie le había preguntado de dónde venía, o por qué estaba sola, o cual era la explicación de la tragedia escrita en su rostro desmejorado...

Así era el mundo en que vivía. Nadie preguntaba, nadie dudaba... porque nadie tenía tiempo de recordar. El viejo riesgo de la curiosidad entrometida, del cotilleo malintencionado, había

acabado: una se quedaba con su tragedia, su desastre, en las manos, porque nadie se paraba a reparar en el pequeño objeto amortajado que llevaba auestas. Cuando Susy observó a las dos personas que tenía delante, tan poco afectadas ambas por su presencia: a Violet Melrose, tan absorta en su febril búsqueda de la notoriedad, y a Fulmer, tan sumergido en el dorado mar de su éxito, se sintió como un fantasma haciendo señales inaudibles, imperceptibles, a los toscos sentidos de los vivos.

«Si quería estar sola —pensó—, no puedo estarlo más.» Había una frialdad mortal en esta seguridad. Se volvió hacia Fulmer.

—¿Y Grace?

Él le sonrió sin el menor indicio de vergüenza.

—¡Oh, está aquí, claro...! Estamos en París, con los niños. En una pensión, donde podemos pulir un poco el idioma. Pero apenas la veo, porque está tan absorta en la música como yo en la pintura; fue una gran oportunidad tanto para ella como para mí, y la está aprovechando bien, tocando el violín y escuchando a los violinistas. En fin, es un cambio considerable con respecto a New Hampshire. —La miró soñoliento, como haciendo un gran esfuerzo por arrancarse de su sueño y situarla en un borroso pasado—. ¿Recuerdas la casa? Y Nick... ¡ah! ¿Cómo está Nick? —le espetó triunfante.

—¡Oh, sí...! ¿Qué tal está el bueno de Nick? —repitió la señora Melrose.

Y Susy, con la cabeza alta y las mejillas sonrosadas, dijo en voz alta:

—De maravilla... muy bien.

—Pero ¿no está aquí? —quiso saber Fulmer.

—No. Está de viaje... en un crucero.

El interés de la señora Melrose despertó vagamente.

—¿Cón alguien interesante?

—No, no los conoces. Unos a los que conocimos... —No tuvo que continuar, pues la mirada de su anfitriona había vuelto a extraviarse.

—Y has venido a buscar ropa, ¿no, querida? No hagas caso de los que dicen que vienen las faldas anchas. He descubierto a una mujer, un genio, que te envuelve en... Su nombre es un secreto; pero iremos a verla juntas.

Susy se levantó del profundo sillón.

—¿Os importa si subo a mi habitación? Estoy muy cansada... He venido directa desde...

—Pues, claro, querida. Creo que viene gente a cenar... La señora Match te lo dirá. Tiene mucha memoria... Fulmer, ¿dónde están esos cartones de la sala de música?

Sus voces siguieron a Susy al piso de arriba, mientras, detrás de la estela perpendicular de la señora Match, subía a la habitación de paneles blancos con alegres cortinas de lino y la cama baja cubierta de más almohadones.

«Si hubiésemos venido aquí —pensó—, todo habría podido ser diferente.» Y se estremeció al pensar en los suntuosos recuerdos del Palazzo Vanderlyn y en el gran dormitorio pintado donde había encontrado su destino.

La señora Match, con la esperanza de que lo encontrara todo, y recordándole que la cena no era hasta las nueve, la encerró despacio con sus terrores.

«¿Encontrarlo todo?», Susy se repitió la frase. ¡Oh, sí, siempre lo encontraría todo: cada vez que la puerta se cerrara, y callara el ruido de las voces, sus recuerdos estarían esperándola, todos

y cada uno de ellos, esperando en silencio, con paciencia, obstinados, como los pobres en la consulta del médico, esos a quienes siempre atienden en último lugar, pero que no se desaniman ante nada, esos para quienes el tiempo no es nada, el cansancio no es nada, el hambre no es nada, los demás compromisos no son nada: que solo esperan... ¡Gracias a Dios, al fin y al cabo, que no había encontrado la casa vacía, si cada vez que volvía a su cuarto iba a encontrar sus recuerdos esperándola!

Había pasado solo una semana desde que Nick la dejó. A lo largo de esa semana, abarrotada de gente, preguntas, maletas, explicaciones, evasivas, había creído que su salvación estaba en la soledad. Ahora comprendió que no había nada para lo que estuviese tan mal preparada y equipada. ¿Cuándo, en toda su vida, había estado sola? Y ¿cómo iba a soportarlo ahora, con todos los recuerdos voraces que la asediaban?

¿Que la cena no era hasta las nueve? Y ¿qué haría hasta las nueve? Se arrodilló delante de los baúles y empezó a deshacer febrilmente el equipaje.

Gradual e imperceptiblemente, la iban cercando las sutiles influencias de su vida anterior. Mientras sacaba los vestidos arrugados recordó la enfática advertencia de Violet: «No hagas caso de los que dicen que vienen las faldas anchas». ¿Eran las suyas, tal vez, demasiado anchas? Miró su mustio vestuario, amontonado en la cama y el sofá, y comprendió que, para el gusto de Violet, y el de su círculo, esos vestidos, que a Nick le habían parecido tan originales y exquisitos, ya eran vulgares y trasnochados, aptos solo para regalárselos a un pariente pobre o a la doncella. Y Susy tendría que seguir llevándolos hasta que se cayeran a pedazos: o eso o... En fin, o eso o volver a empezar de otro modo con su antigua vida...

Se rió en voz alta del giro que habían dado sus pensamientos. ¿Vestidos? ¡Qué poco le habían importado unas pocas semanas antes! Y ahora, tal vez, volverían a ser una de las preocupaciones principales de su vida. ¿Cómo podía ser de otro modo, si volvía a su antigua dependencia de Ellie Vanderlyn, Ursula Gillow y Violet Melrose? Y aparte de eso solo tenía a los Bockheimer y a otros como ellos...

Un golpe en la puerta... ¡qué alivio! Era otra vez la señora Match, con un telegrama. ¿A quién le había dado Susy sus nuevas señas? Con el corazón acelerado abrió el sobre y leyó:

Estaré veinticuatro horas en París el viernes donde puedo verte escribe hotel Nouveau Luxe.

¡Ah, sí!, recordó: había escrito a Strefford. Y esta era su respuesta: iba a verla. Se desplomó en una silla e intentó pensar. ¿Qué le había dicho en su carta? Había sido sobre todo de pésame, claro; pero ahora recordó que había añadido en una precipitada posdata: «No puedo darle tu mensaje a Nick, porque se ha ido con los Hicks... No sé adónde, ni por cuánto tiempo. No pasa nada, claro: ese fue nuestro acuerdo».

No había querido añadir esa última frase; pero al sellar la carta a Strefford sus ojos se posaron en la de Nick, que estaba a su lado. Nada en las breves líneas de su marido la había amargado tanto como la alusión a Strefford. Parecía implicar que Nick ya había hecho sus planes, que su futuro estaba asegurado y que por tanto podía pararse a pensar en el de ella y darle una pista en la buena dirección. Una rabia inesperada la había dominado al pensarlo: donde al principio había creído ver celos ahora vio solo una fría providencia, y, con los ojos nublados por las lágrimas, había escrito la posdata a Strefford. Recordó que ni siquiera le había pedido que guardara su secreto. Bueno... al fin y al cabo, ¿qué más daba que la gente supiera ya que Nick la había dejado? Su separación no podía ocultarse mucho más tiempo, y que se supiera podría

ayudarla a afectar indiferencia.

«Fue nuestro acuerdo... nuestro acuerdo», resonaba en su cerebro al volver a leer el telegrama de Strefford. Comprendió que había hecho un hueco para este viaje apresurado solo con la esperanza de verla y se le inundaron los ojos de lágrimas. Cuanto más amargamente pensaba en Nick, más la conmovía esta prueba de la amistad de Strefford.

El reloj, para alivio suyo, le recordó que era hora de vestirse para cenar. Enseguida bajaría, charlaría con Violet y Fulmer, y con los demás invitados de Violet, que probablemente serían extravagantes y divertidos, y estarían demasiado alejados de su mundo para avergonzarla con preguntas indiscretas. Se sentaría a una mesa tenuemente iluminada, aspiraría olores delicados, comería una comida exquisita (¡en eso podía fiarse de la señora Match!) y poco a poco volvería a caer bajo el hechizo de sus antiguas amistades. Cualquier cosa, cualquier cosa con tal de no estar sola...

Se vistió incluso con más pulcritud de lo habitual, se pintó los labios con cuidado, se espolvoreó un poco de rosa en las mejillas demacradas y bajó... para encontrarse con la señora Match que subía con una bandeja.

—¡Oh, señora! Me pareció que estaba usted demasiado cansada... así que le he subido yo misma un poco de pollo.

Susy miró detrás de ella y vio por la puerta abierta que las lámparas del salón no estaban encendidas.

—Oh, no, no estoy cansada, gracias. ¡Creía que la señora Melrose esperaba a unos amigos para cenar!

—Amigos para cenar ¿hoy? —La señora Match soltó un suspiro desesperanzado. A veces, parecía decir el suspiro, su señora era una carga demasiado pesada—. No, la señora Melrose y el señor Fulmer tenían una cena en París. Se fueron hace una hora. La señora Melrose me comentó que se lo había dicho —se quejó el ama de llaves.

Susy siguió sonriendo.

—Debo de haber entendido mal. En ese caso... sí, si no le importa, creo que cenaré arriba.

XIV

Al día siguiente, se presentó a comer un montón de gente sin avisar. No pertenecían al grupo de personas exóticas e inverosímiles en el que estaba especializada ahora la señora Melrose, sino solo al grupo normal de gente elegante del que formaba parte la propia Susy, gente que conocía la divertida historia de su matrimonio sin dinero, y a quien tuvo que explicar (aunque, en realidad, nadie prestó atención a sus explicaciones) que Nick no estaba con ella, sino que se había ido a un crucero... un crucero por el Egeo con unos amigos... buscando material para su libro (este detalle se le había ocurrido por la noche).

Un encuentro así era lo que más había temido; pero, al final, le resultó bastante fácil superarlo, en comparación con las horas interminables que había pasado dando vueltas en la cama, la noche anterior, en la jaula solitaria de su cuarto. Cualquier cosa, cualquier cosa con tal de no estar sola...

Poco a poco, por la fuerza de la costumbre, se fue sintiendo en sintonía con la conversación de la mesa, interesada por las referencias a los amigos ausentes, y las alusiones a los amoríos y las disputas, los escándalos y los absurdos del año anterior. ¡Qué elegantes, indolentes y seguras de sí mismas eran las mujeres, con sus pálidos vestidos de verano! ¡Qué desenvueltos y afables parecían los hombres! Tal vez, después de todo, reflexionó Susy, ese fuese el mundo para el que estaba hecha, pues el otro, el breve paraíso de sus sueños, ya le había cerrado sus puertas doradas. Y luego, cuando estaban sentados en la terraza, después de comer, mirando las copas amarillas de los árboles del parque, una de las mujeres dijo algo —fue solo una alusión— que en los viejos tiempos Susy habría pasado por alto, pero que ahora le causó una repugnancia súbita y profunda... Se levantó y se fue lejos, lejos de todos entre los colores apagados del jardín.

Dos días después, Susy y Strefford estaban sentados en la terraza de las Tullerías sobre el Sena. Ella le había pedido que se vieran allí, con la intención de evitar los abarrotados pasillos y el salón del Nouveau Luxe, donde, incluso en la temporada supuestamente «baja», siempre había conocidos yendo de un lado a otro; y se sentaron en un banco bajo la luz desvaída del sol con las hojas descoloridas amontonadas a sus pies y nadie que compartiera su soledad excepto un obrero tullido y una mujer ojerosa que comían aburridos al otro extremo de las majestuosas vistas.

Strefford, en su reciente estado de luto, parecía extrañamente próspero y bien atendido; pero sus rasgos feos y descuidados seguían tan indisciplinados, y su sonrisa tan caprichosa, como siempre. Había tenido una relación fría, pero amistosa, con el tío pomposo y el pobre primo enfermizo cuya desaparición conjunta había transformado tan bruscamente su futuro; y era más propio de él reprimir sus sentimientos que fingir más de lo que sentía. No obstante, Susy notó un cambio por debajo de su tono jocosos de siempre. El desastre le había impresionado

profundamente; la breve estancia con los suyos y entre las grandes posesiones adquiridas de forma tan trágica habían despertado ya los viejos instintos y las asociaciones olvidadas. Susy lo escuchó pensativa, silenciada por su percepción imaginativa de la distancia que estas cosas había interpuesto entre ellos.

—Fue horrible... verlos allí a los dos, tendidos en esa horrible capilla Pugin en Altringham... sobre todo al pobre chico. Supongo que eso es lo que me tortura ahora —murmuró casi en tono de disculpa.

—¡Oh!, es más que eso... más de lo que te crees —insistió ella; pero él se echó hacia atrás.

—No, querida, no seas edificante, por favor. —Y se hurgó el bolsillo, que ya empezaba a estar abultado con sus propiedades misceláneas, en busca de un cigarrillo—. En cuanto a ti... que eres la razón por la que he venido —continuó, volviéndose hacia ella con uno de sus súbitos movimientos—. Tu carta no tenía ni pies ni cabeza.

Ella hizo una pausa para poder hablarle con voz firme.

—¿Ah, no? Será que has olvidado mi acuerdo con Nick. Él no... y me ha pedido que lo cumpla.

Strafford la miró sorprendido.

—¿Qué? ¿Ese absurdo de dejar libre al otro si alguno de los dos tenía ocasión de hacer una buena boda? —Ella respondió por señas que sí—. Y ¿de verdad te ha pedido...?

—Bueno: en la práctica sí. Se ha ido con los Hicks. Antes de partir me escribió que sería mejor que los dos considerásemos que éramos libres. Y Coral me escribió que cuidaría bien de él.

Strafford se quedó pensando, con los ojos fijos en el cigarrillo.

—Pero ¿qué demonios ha llevado a esto? No puede haber ocurrido así sin más, sin venir a cuento.

Susy se ruborizó, dudó, miró hacia otra parte. Había pensado contárselo todo a Strefford; era uno de sus motivos para querer volver a verlo y, tal vez sin ser del todo consciente, tenía la esperanza de recobrar parte de su amor propio destrozado en ese ambiente más distendido. Pero ahora veía de pronto la imposibilidad de confesarle a nadie las profundidades en las que había caído la mujer de Nick. Imaginó que su acompañante adivinaba la naturaleza de sus dudas.

—No me digas nada que no quieras, querida.

—No; sí que quiero; pero es difícil. Verás... Teníamos tan poco dinero...

—¿Sí?

—Y Nick... estaba tan ocupado con su libro, y con todo tipo de cosas bellas e importantes, que no se dio cuenta... Dejó que yo me ocupara de...

La palabra se le atragantó, al recordar cómo torcía siempre el gesto Nick al oírla. Pero Strefford no pareció enterarse y ella se apresuró a confesar con frases torpes y breves sus dificultades pecuniarias, y la incapacidad de Nick para comprender que, para seguir con la vida que llevaban, había que hacer concesiones... aceptar favores...

—¿Quieres decir pedir dinero prestado?

—Sí... bueno; eso y todo lo demás. —No: decididamente no podía contarle a Strefford el episodio de las cartas de Ellie—. Supongo que Nick sintió de pronto que no podía soportarlo —prosiguió—; y en vez de pedirme que intentara... vivir de otro modo, que me fuese con él y viviéramos como obreros, en dos habitaciones, sin criados, como yo estaba dispuesta; en fin, en vez de eso me escribió que todo había sido un error desde el principio, que no podíamos seguir

así y que más valía admitirlo; y se fue en el yate de los Hicks. La última noche que pasaste en Venecia, la noche en que no fue a cenar, había ido a Génova a su encuentro. Imagino que piensa casarse con Coral.

Strefford escuchó todo en silencio.

—Bueno... ese era el trato, ¿no? —dijo por fin.

—Sí, pero...

—Exacto: ya te lo advertí. Aún no estabas preparada para dejarlo marchar... solo eso.

Ella se puso colorada.

—Oh, Streff... ¿de verdad es solo eso?

—¿Una cuestión de tiempo? Si lo dudas, intenta pasar una temporada en esas dos habitaciones sin criados y ya me contarás después. Caramba, querida, es solo cuestión de pasar tiempo en un palacio, con un yate de vapor a la puerta y varios coches en el garaje; mira a tu alrededor y verás. ¿De verdad pensaste que nada menos que Nick y tú ibais a escapar al destino común y sobrevivir como el señor y la señora Titono[5], mientras a vuestro alrededor las pasiones eternas se hacían añicos y los estados de tu país donde se admite el divorcio seguían aumentando sus ingresos?

Susy inclinó la cabeza, con el peso de los largos años venideros oprimiéndole los hombros como plomo.

—Pero soy muy joven... La vida es larga. ¿Qué dura entonces?

—¡Ah, eres demasiado joven para creerme, si te lo dijera!; aunque eres lo bastante inteligente para entenderlo.

—¿Y qué dura entonces?

—Pues las cosas de las que todos creemos poder prescindir. Las costumbres... sobreviven a las pirámides. Las comodidades, los lujos, la despreocupación... sobre todo el poder de escapar del aburrimiento y la monotonía, de las obligaciones y la fealdad. Escogiste, instintivamente, ese poder antes de llegar a la edad adulta; y Nick también. Y la única diferencia entre los dos es que él ha tenido el sentido común de comprender antes que esas son las cosas que duran. Las necesidades básicas.

—¡No me lo creo!

—Pues claro que no: a tu edad uno no razona su propio materialismo. Y además estás mortalmente dolida porque Nick lo ha descubierto antes que tú, sin disimular su descubrimiento con frases hipócritas.

—Pero sin duda hay gente que...

—Sí... los santos, los genios y los héroes: ¡todos los fanáticos! ¿A cuál de esas categorías crees que pertenecen las personas débiles como nosotros? Y los héroes y los genios ¿acaso no tienen enormes debilidades y apetitos gigantescos?

Ella estuvo un rato sin decir nada.

—Pero, Streff, ¿cómo puedes decir estas cosas, cuando sé que sientes afecto? ¡Por mí, por ejemplo!

—¿Afecto? —Puso una mano sobre la de ella—. Pero, querida, la fugacidad de los afectos mortales es justo lo que los hace tan exquisitos. Es porque sabemos que no podemos aferrarnos a ellos, ni a los demás, ni a nada...

—¡Sí... sí... pero calla por favor! ¡Oh, no lo digas!

Se puso en pie, atragantada por las lágrimas, y él se levantó también.

—Pues, vamos, ¿dónde comemos? —dijo con una sonrisa, pasándole la mano por el brazo.

—¡Oh, no sé! En ninguna parte. Creo que me vuelvo a Versalles.

—¿Tanto te he disgustado? ¡Qué suerte la mía... cuando he venido a pedirte que te cases conmigo!

Ella se rió, pero él se había puesto serio de pronto.

—Por mi alma que hablo en serio.

—¡Querido Streff! Como si... ahora...

—¡Oh! Ahora no... lo sé. Sé que incluso con vuestros acelerados métodos de divorcio...

—No es eso. Ya te dije que no podía ser, Streff... Te lo dije hace mucho, en Venecia.

Él se encogió irónicamente de hombros.

—No es Streff quien te lo pide ahora. Streff no era un hombre casadero: solo tonteaba contigo. La oferta presente te la hace un noble con posibles y de mediana edad. Piénsalo bien, querida: pasarías fuera todos los días que quisieras y tendrías cinco lacayos. No hay ninguna prisa, claro; aunque creo que el propio Nick te lo recomendaría.

Ella se ruborizó al recordar que Nick lo había hecho; y el recuerdo hizo que la desdeñosa filosofía de Strefford le pareciera menos insoportable. ¿Por qué no iba a poder comer con él, al fin y al cabo? En los primeros días de luto había ido a París expresamente para verla, y para ofrecerle uno de los nombres más antiguos y una de las mayores fortunas de Inglaterra. Pensó en Ursula Gillow, en Ellie Vanderlyn, en Violet Melrose, en sus favores condescendientes, en sus vestidos del año pasado, en sus cheques de Navidad, y en toda esa generosidad tan fácil de ofrecer y tan difícil de aceptar. «Me divertiría pagarles con la misma moneda», murmuró con picardía algo en su interior.

No tenía intención de casarse con Strefford: ni siquiera había llegado al extremo de considerar la posibilidad de un divorcio, pero era innegable que esta súbita posibilidad de riqueza y libertad era como aire fresco para sus pulmones. Volvió a reírse, pero ahora sin amargura.

—Muy bien; comeremos juntos. Pero hoy quiero comer con Streff.

—Ah, bueno —se mostró de acuerdo su acompañante—, creo que para un *tête-à-tête* es mejor compañía.

Durante la comida en un pequeño restaurante al lado del Sena, donde ella insistió en pedir los platos más baratos porque estaba comiendo con «Streff», él volvió a adoptar su antiguo ser voluble y sociable. En un par de ocasiones, ella intentó desviar la conversación hacia su nuevo futuro, y las obligaciones e intereses que tenía por delante; pero él se encogió de hombros y cambió de tema, luego le preguntó por la abigarrada compañía en casa de Violet Melrose y sacó a colación una anécdota curiosa o perversa sobre cada una de las personas a las que nombró.

Hasta que no acabaron el café y ella miró el reloj con la vaga idea de coger el próximo tren, él no le preguntó con brusquedad:

—Pero ¿qué vas a hacer? No puedes quedarte en casa de Violet para siempre.

—¡Oh, no! —exclamó Susy con un escalofrío.

—Bueno, en tal caso... tendrás algo pensado, ¿no?

—¿Yo? —Susy dudó al verse arrastrada de nuevo a la triste realidad después del agradable interludio de la hora que habían pasado juntos.

—No puedes seguir yendo de aquí para allá indefinidamente, ¿verdad? A no ser que estés pensando en volver a tu antigua vida de una vez para siempre.

Ella enrojeció y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—No puedo hacer eso, Streff... ¡Sé que no puedo!

—Entonces, ¿qué?

Ella dudó y respondió con la cabeza gacha:

—Nick ha dicho que me volvería a escribir... dentro de unos días. Tengo que esperar...

—¡Oh, claro! No tengas prisa. —Strefford miró también el reloj—. *Garçon, l'addition!* Voy a coger el tren de vuelta esta noche, y aún tengo muchas cosas que hacer. Pero, oye, querida... cuando tomes una decisión, sea la que sea, dímelo, ¿quieres? ¡Oh! No estoy hablando de lo que más me importa; eso lo consideraremos zanjado por el momento. Pero al menos puedo serte de ayuda de otras maneras, qué diablos, hasta puedo dejarte dinero prestado. ¡Eso sí que es una novedad para nuestro paladar estragado!

—¡Ay, Streff... Streff! —acertó a balbucir ella.

Y él le insistió alegremente:

—Inténtalo, vamos, inténtalo... Te aseguro que no te cobraré intereses y que no pondré condiciones. Y prométeme que me lo dirás cuando hayas tomado una decisión.

Ella miró sus ojos entornados humorísticamente y les respondió con su sonrisa.

—¡Te lo prometo! —dijo.

XV

Esa hora con Strefford había alterado totalmente sus posibilidades. En lugar de una potencial dependencia, y de un retorno forzoso a la antigua vida de connivencias y concesiones, vio a su disposición —cuando las quisiera— la libertad, el poder y la dignidad. ¡La dignidad! Era raro el peso que esta palabra había llegado a tener para ella. Había sentido vagamente su significado, reparado en la necesidad de su presencia en lo más recóndito de su alma, incluso en los días jóvenes e inconscientes en que había creído sacrificar tan poco a las austeras divinidades. Y, desde que se convirtió en la mujer de Nick Lansing, lo reconoció conscientemente, sufrió y se angustió al verse por debajo de los criterios que le habían impuesto. Sí: casarse con Strefford le daría esa sensación de respeto por sí misma que, en un mundo como el suyo, solo podían garantizar la riqueza y una buena posición social. Si no había tenido la instrucción moral o mental para adquirir la independencia de otro modo, ¿era culpa suya que la buscara con estas condiciones?

Por supuesto, siempre quedaba la posibilidad de que Nick volviera, de que encontrase la vida sin ella tan insoportable como la encontraba ella sin él. Si eso ocurría... ¡ah, si ocurría! Ya no tendría que dejarse los ojos atisbando el futuro, disfrutaría del presente y se sumergiría en él hasta el fondo mismo del olvido. ¡Nada en la tierra tendría importancia, ni el dinero, ni la libertad, ni el orgullo, ni su preciosa dignidad moral, si volvía a estar entre los brazos de Nick!

Pero ahí tenía la gélida carta de Nick y la insolente postal de Coral Hicks para demostrarle qué escasa era la probabilidad de esa solución. Susy entendió que, ya antes de que descubriera sus manejos con Ellie Vanderlyn, Nick se había cansado en secreto, si no de su mujer, al menos de la vida que le obligaba a llevar su matrimonio. Su pasión no era lo bastante fuerte —nunca lo había sido— para compensar sus prejuicios, escrúpulos, principios o como una quisiera llamarlos. La dignidad de Susy podía arder como la yesca en la llamarada de su amor; pero la de él estaba hecha de un material menos inflamable. En su última conversación, había intuido que ella había destruido para siempre la armonía interior entre los dos.

Bueno... pues en eso estaba, y la culpa no era ni suya ni de él, sino del mundo en el que se habían criado, de su dependencia material de él y del desprecio moral que les inspiraba, del medio talento de él y de los medios principios de ella, de algo en el carácter de ambos que no era ni lo bastante fuerte para resistir ni lo bastante flexible para ceder. Consideró la cuestión en el trayecto de vuelta a Versalles, y toda esa noche insomne en su cuarto, y a la mañana siguiente, cuando la doncella entró con la bandeja del desayuno, notó la energía artificial que se siente al tomar, aunque sea a regañadientes, una decisión.

Se había dicho: «Si la semana que viene a estas alturas no he recibido carta de Nick, escribiré

a Streff», y había pasado la semana y no había recibido ninguna carta.

Habían transcurrido ya tres semanas desde que la dejara, y no había tenido más noticias suyas que la nota que le envió desde Génova. Susy había imaginado que, previendo la posibilidad de que se fuese de Venecia, la escribiría a su banco parisino. Pero, aunque se apresuró a notificar al banco sus nuevas señas, no había recibido ninguna comunicación de Nick; y sonrió con un deje de amargura por lo difícil que sin duda se le estaba haciendo escribir la carta prometida. Los primeros días, su propia papelería se había llenado de trozos de cartas que había empezado; y se dijo que, si a los dos les costaba tanto escribir, probablemente ya no les quedara nada que decirse.

Entretanto, los días en casa de la señora Melrose fueron pasando, como habían pasado en la época en que Susy Branch contaba el tiempo, bajo el techo de los ricos, entre un episodio y el siguiente de su precaria existencia. Su experiencia de tales temporadas en casa ajena era lo bastante variada para que fuese consciente del efecto que causaba en sus anfitriones; y en el caso actual sabía que Violet apenas era consciente de su presencia. Pero, aunque se limitase a tolerarla, al menos no era una molestia: si tu anfitriona se olvida de ti es que, por lo menos, no te interpones en su camino.

Violet, como de costumbre, estaba siempre fuera, pues su profunda indolencia se expresaba en una actividad desordenada. Nat Fulmer había vuelto a París; pero Susy adivinó que su benefactora estaba continuamente en su compañía y que, cuando la señora Melrose partía en su silencioso automóvil, era por lo general hacia la escena de algún nuevo encuentro entre Fulmer y las artes. En estas ocasiones a menudo se ofrecía a llevar a Susy a París, y dedicaron varias mañanas largas y frenéticas a las modistas, donde Susy notó cómo iba sucumbiendo, poco a poco, al familiar hechizo de la ropa amontonada. Parecía imposible, mientras descartaban, escogían y por fin seleccionaban las pieles, el encaje y los brocados, que nada excepto el capricho momentáneo contara a la hora de decidir si llevarse todo o nada, o que ninguna mujer valiera la pena si no contaba con los medios para tomar su decisión con independencia del coste.

Una vez a solas, y de nuevo en la calle, los vapores maléficos se disipaban, y la luz del día volvía a entrar en el alma de Susy; aunque tenía la sensación de que el antiguo veneno estaba penetrando lentamente en su organismo. Para eliminarlo, un día decidió ir a visitar a Grace Fulmer. Tenía curiosidad por saber cómo la despreocupada compañera de las horas bajas de Fulmer llevaba el peso de su prosperidad, y tuvo la impresión de que sería reconfortante ver a alguien que nunca había temido la pobreza.

El salón de la pensión mal ventilada, donde esperó mientras una doncella remolona gritaba por la casa llamando a la señora Fulmer, no causó el efecto esperado. Una cosa era que Grace tolerara semejante alojamiento cuando lo compartía con Fulmer; pero vivir allí mientras él disfrutaba del esplendor de Versalles, o iba de un castillo a una pinacoteca en el automóvil del señor Melrose, demostraba un valor que Susy no se veía capaz de emular.

—¡Querida! Sabía que vendrías a verme. —La voz alegre de Grace resonó por las escaleras; y, al cabo de un momento, estaba abrazando a Susy contra ella, tan desarreglada como siempre—. Nat no recordaba si te había dado nuestra dirección, pero la última vez que estuvo aquí prometió que lo haría. —Sujetó a Susy, sonriéndole y mirándola con ojos miopes y parpadeantes: la misma Grace con la misma dejadez, tan indiferente a su descuidada belleza como a su juventud desperdiciada, tan divertida, despistada y poco previsora que el aire bullicioso de la casa de New Hampshire pareció entrar con ella en el saloncito poco aireado.

Mientras le contaba la historia de la repentina fama de Nat y sus inesperadas consecuencias,

Susy se maravilló y soñó. ¿Serían esos largos años sin recompensa, el constante desprecio de la popularidad y la impasibilidad ante cualquier comodidad material que le había inspirado su mujer con tanta alegría el secreto de su triunfo? ¿Lo habría comprado a costa de su lozanía y de su propio talento, del «beneficio» de los niños, de todo menos de la proximidad del vínculo entre marido y mujer? Bueno... sin duda, valía la pena; pero y ¿si, ahora que habían llegado los honores y la prosperidad, se rompiera el vínculo y Grace se quedara sola entre las ruinas?

No había nada en sus palabras o en su tono de voz que sugiriera semejante posibilidad. Susy reparó en que su atuendo mal conjuntado era más costoso y de mejor corte y calidad que la ropa casera con que abrigaba su gruesa figura en la casa de New Hampshire: era evidente que estaba esforzándose por vestir a la altura de la nueva posición de Nat. Pero, sobre todo, lo estaba disfrutando, e hinchaba los pulmones hambrientos con el aire de su éxito. Desde luego, no se le había ocurrido todavía que quienes consienten en compartir el pan de la adversidad pueden querer todo el pastel de la prosperidad para ellos solos.

—¡Querida, es demasiado maravilloso! Me ha dicho que compre todas las entradas para conciertos y para la ópera que quiera; me deja llevarme a los niños conmigo. Los grandes conciertos no empiezan hasta más tarde; pero, claro, la ópera no para nunca. Y hay alguna que otra cosilla: en París hay música todas las estaciones del año. Y, más adelante, es posible que vayamos una semana a Múnich: ¡ay, Susy! —Entrelazó las manos, al borde de las lágrimas, y bebió el nuevo vino de la vida de manera casi sacramental—. ¿Recuerdas, Susy, cuando Nick y tú vinisteis a casa? ¡Nat dijo que os horrorizaría nuestro primitivismo... pero yo sabía que no! Y tenía razón, ¿a que sí? Vernos tan felices fue lo que hizo que Nick y tú os decidierais a seguir nuestro ejemplo, ¿verdad? —Brillaba al recordarlo—. Y ahora ¿qué planes tenéis? ¿Ha terminado ya Nick su libro? Supongo que tendréis que apretaros un poco el cinturón hasta que encuentre un editor. Y el niño, querida... ¿para cuándo? Si volvéis a casa pronto, te podría pasar muchas cosas de los niños.

—Siempre has sido un encanto, Grace. Pero, de momento, no tenemos planes... ni siquiera para tener un niño. Cuéntame tú los tuyos.

La señora Fulmer no deseaba otra cosa. Susy comprendió que, hasta entonces, la mayor parte de su experiencia europea había consistido en hablar de lo que iba a hacer.

—Bueno, Nat está tan ocupado haciendo turismo, visitando museos y conociendo a gente importante que no ha tenido tiempo de estar con nosotros; y, como hay tan pocos teatros abiertos y tan poca música, he aprovechado para volver a bordar. Junie me ayuda, es la mayor, ¿te acuerdas de ella? Ha crecido mucho desde la última vez que la viste. Y luego, tal vez, viajaremos. Y lo más maravilloso (o sea, aparte del reconocimiento de Nat) es no tener que estar siempre escatimando y tirando del dinero, ni renunciando a algo a cada momento. Imagínate: Nat incluso ha llegado a un acuerdo con los de la pensión, para que los niños puedan repetir de todo. Y, cuando subo a acostarme, puedo pensar en mi música, en lugar de quedarme despierta calculando cómo llegar a fin de mes. ¡Oh, Susy, es el Paraíso!

A Susy se le encogió el corazón. Había ido a ver a su amiga para que volviera a darle una lección de indiferencia a las cosas materiales, y, en vez de eso, estaba oyendo de labios de la propia Grace Fulmer la confesión reprimida de su tiranía. Después de todo, la lucha con la pobreza en la ladera de New Hampshire no había sido la ocupación fácil y sonriente que Grace y Nat habían dado a entender. Y aun así... aun así...

Susy se puso en pie de pronto y le colocó el caro sombrero que llevaba irresponsablemente

ladeado sobre la oreja izquierda.

—¿Qué le pasa? Junie me ayudó a elegirlo y, por lo general, sabe lo que hace —se quejó la señora Fulmer con impotencia.

—Es por cómo lo llevas, querida... y el lazo es demasiado grueso por arriba. Déjame un minuto, por favor. —Susy cogió el sombrero de la cabeza de su amiga y empezó a manipular el lazo—. Así es como lo llevarían Maria Guy o Suzanne... Y ahora sigue contándome de Nat...

Escuchó pensativa mientras Grace le contaba la historia del triunfo de su marido, de las reseñas en los periódicos, de lo solicitada que estaba su obra, de las discusiones entre las señoras elegantes por ver cuál de ellas lo había descubierto, y de los pedidos que le habían hecho gracias a esa rivalidad.

—Por supuesto, están furiosas unas con otras, sobre todo la señora Melrose y la señora Gillow, porque las dos pretenden haber sido las primeras en haber reparado en su *Tormenta de nieve en primavera*, cuando en realidad no fue ninguna de las dos, sino el pobre Bill Haslett, un crítico de arte a quien conocemos desde hace años, quien se topó con el cuadro y corrió a contárselo a un marchante que estaba buscando un pintor nuevo que promocionar. —Grace alzó de pronto sus ojos dulces y miopes hacia el rostro de Susy—. Pero ¿sabes?, lo más gracioso es que Nat está empezando a olvidarlo y a creer que fue la señora Melrose quien se detuvo delante de su cuadro el día de la inauguración y exclamó: «¡Esto es obra de un genio!». Es raro que le dé tanta importancia, cuando yo siempre he sabido que tenía un don... y él también. Pero todos son muy buenos con él; sobre todo la señora Melrose. Y supongo que cuando lo dice otro parece una novedad.

Susy la miró pensativa.

—Y ¿cómo te sentirías si a Nat le gustase demasiado oírsele decir a la señora Melrose? Lo bastante, en fin, para que le diera igual lo que tú sintieras o pensaras.

El rostro de su amiga se ruborizó en el acto y luego, palideció. Susy casi se arrepintió de la pregunta. Pero la señora Fulmer se la tomó con una dignidad serena.

—Querida, no llevas casada el tiempo suficiente para entender... lo que pensamos la gente como Nat y yo de estas cosas... o lo triviales que parecen en el conjunto de nuestros recuerdos.

Susy volvió a levantarse y abrazó a su amiga.

—¡Oh, Grace! —se rió con los ojos humedecidos—. ¿Cómo puedes ser tan sabia y no tener suficiente sentido común para comprarte un sombrero decente?

Le dio un rápido abrazo a la señora Fulmer y se marchó enseguida. Había aprendido su lección, al fin y al cabo; aunque no exactamente la que había ido a buscar.

La semana que se había concedido había pasado ya y seguía sin tener noticias de Nick. Se dio un día más y también ese pasó sin una carta. Decidió entonces dar el paso que hasta entonces le había impedido dar su orgullo; llamaría al banco y les pediría la dirección de Nick. Llamó, avergonzada y dubitativa; y le dijeron, después de hacer averiguaciones en el departamento de correos, que el señor Nicholas Lansing no había dejado ninguna dirección, aparte de la del Palazzo Vanderlyn, tres meses antes. Volvió a Versalles esa tarde con la clara intención de escribir a Strefford a no ser que la carta llegara con el correo de la mañana.

La mañana siguiente no trajo noticias de Nick, pero sí una nota escrita a mano por la señora Melrose: ¿podía Susy pasar lo antes posible por su cuarto para hablar con ella un momento? Susy se puso en pie de un salto, se bañó a toda prisa y llamó a la puerta de su anfitriona. La señora

Melrose estaba tumbada fumando cigarrillos y hojeando sus cartas en la inmensa cama que daba al espeso follaje del parque. Alzó la mirada con su vaga sonrisa y dijo soñolienta:

—Susy, cariño, ¿tienes pensado algún plan concreto...?, o sea, para los próximos meses.

Susy se ruborizó: conocía ese tono desde hacía mucho; y creyó entender lo que significaba.

—¿Planes, querida? Muchos... Pasado mañana tengo que irme... al coto de los Gillow, muy probablemente —se apresuró a anunciar.

En vez del alivio que había esperado ver en el rostro trágico de la señora Melrose descubrió solo una decepción inexpresiva.

—¡Oh! ¿De verdad? ¡Qué lástima! ¿Está totalmente decidido...?

—En lo que a mí concierne —respondió concisa Susy.

La señora Melrose suspiró.

—Cuánto lo siento. Verás, querida, había pensado pedirte que te quedaras aquí tranquilamente y cuidaras de los niños de Fulmer. Él y yo vamos a ir a España la semana que viene... Quiero estar allí cuando haga sus bocetos y reciba sus primeras impresiones; ¡será maravilloso presenciar el momento en que él y Velázquez se conozcan! —Se interrumpió, perdida en ese éxtasis futuro—. Y, verás, como Grace Fulmer ha insistido en acompañarnos...

—¡Ah, entiendo!

—En fin, están los cinco niños... Son un problema —suspiró su benefactora—. Si estuvieras disponible, querida, ya me entiendes, mientras Nick esté fuera con sus amigos, yo podría compensártelo...

—Es muy amable por tu parte, Violet; pero ya ves que no lo estoy.

—¡Oh, qué alivio poder decirlo, alegre, firme e incluso sinceramente! ¡Cuidar de los niños de los Fulmer nada menos! —Susy recordó cómo había huido de ellos con Nick aquella tarde otoñal en New Hampshire. La oferta le ofreció un ilustrativo atisbo del modo en que, a medida que pasaran los años y ella perdiera su lozanía, sería utilizada cada vez más como algo aprovechable, un recurso provisional, una redactora de notas, alguien a quien encargarle los recados, una institutriz para cuidar de los niños o una dama de compañía. Recordó a varias señoras de edad a las que conocía, pensionistas de su propio grupo, que todavía llevaban su atuendo, adoptaban sus poses y hablaban su jerga, pero que hacía mucho que habían sido relegadas a estos oficios de hormiga esclava. Por nada en el mundo sería una de ellas.

La señora Melrose arrugó el gesto y miró a Susy con la perplejidad quejosa de quien tiene muchos millones y no entiende que no todo se puede comprar.

—Pero no entiendo por qué no puedes cambiar de planes —murmuró con suave insistencia.

—Bueno... —Susy hizo una pausa y esbozó una sonrisa para sus adentros—. Es que no depende solo de mí.

El ceño de la señora Melrose se nubló. Era evidente que la imprevista complicación de la presencia de la señora Fulmer en el viaje había puesto a prueba sus nervios y que este nuevo obstáculo en su camino perturbaba su fe en el orden divino de las cosas.

—¿Tus planes no dependen solo de ti? ¿No dejarás que Ursula Gillow te diga qué tienes que hacer...? Tengo el colgante de jade; el que dijiste que te gustaba el otro día... Si no tienen dónde dejar a los niños, los Fulmer no vendrán conmigo; todo el plan se vendrá abajo. Susy, querida, siempre has sido demasiado generosa; detesto verte sacrificada en aras de Ursula.

Susy siguió sonriendo. En otra época le habría alegrado añadir el colgante de jade a la

colección enriquecida ya con los zafiros de Ellie Vanderlyn; más recientemente, la oferta le habría parecido un insulto a sus nuevos principios. Pero el hecho mismo de que, si quisiera, podría estar totalmente fuera del alcance de semejantes sobornos, le permitía mirarlos con tolerancia. ¡Oh, qué bendita libertad moral proporcionaba la riqueza! Recordó la exclamación incontrolable de la señora Fulmer: «Y ¡lo más maravilloso es no tener que estar siempre escatimando y tirando del dinero, ni renunciando a algo a cada momento!». Sí; solo así podía decirse que tu alma era tuya. Saberlo le permitió a Susy tener la elegancia de responder amistosamente:

—Si pudiera ayudarte, Violet, no necesitaría un regalo para convencerme. Y, como bien dices, no hay razón para que me sacrifique en aras de Ursula... ni de nadie. Pero resulta —hizo una pausa y se lanzó al vacío— que me voy a Inglaterra porque he prometido ver a un amigo.

Esa noche escribió a Strefford.

XVI

Tendido debajo de un toldo en la cubierta del Ibis, Nick Lansing contempló un momento cómo desaparecían los acantilados de Malta y volvió a sumergirse en su libro.

Llevaba casi tres semanas tomando drogas en el Ibis. Las drogas que había consumido eran de dos tipos: visiones de paisajes fugaces, que se alzaban del mar azul para volver a desvanecerse en él, y visiones de estudio de los volúmenes que se amontonaban día y noche a su lado. Por primera vez en varios meses tenía al alcance una verdadera biblioteca, justo la biblioteca erudita y al mismo tiempo miscelánea que anhelaba su espíritu inquieto e impaciente. Era consciente de que los libros que leía, como las escenas fugitivas que contemplaba, eran solo una forma de calmante: los engullía con el ansia del enfermo que busca solo acallar el dolor y embotar la memoria. Pero empezaban a producir en él una torpeza moral que no era del todo desagradable, que, de hecho, comparada con el agudo dolor de los primeros días, resultaba casi placentera. Era justo la droga que necesitaba.

Probablemente no haya nada sobre lo que el hombre medio tenga opiniones más claras que sobre la inutilidad de escribir una carta que resulta difícil escribir. En las líneas que le había enviado a Susy desde Génova, Nick le había dicho que volvería a tener noticias suyas al cabo de unos pocos días, pero, cuando pasaron esos pocos días y empezó a pensar en ponerse manos a la obra, encontró cincuenta razones para dejarlo para más adelante.

Si hubiese tenido algún motivo práctico para escribirle, habría sido distinto; no habría podido soportar ni veinticuatro horas la idea de que Susy tuviese problemas de dinero. Pero eso estaba resuelto desde hacía tiempo. Desde el principio, ella se había encargado de administrar la modesta fortuna de ambos. Cuando se casaron, Nick le transfirió los escasos ingresos que le abonaba, sin demasiada regularidad, el agente encargado de gestionar desde hacía años las menguantes propiedades de la familia: fue el único regalo de boda que pudo hacerle. Y, por supuesto, habían depositado todos los cheques de la boda a su nombre. Así que no había razones «económicas» para comunicarse con ella; y, cuando pensaba en razones de otra índole, la simple idea le paralizaba.

Los primeros días se reprochó semejante inercia; luego empezó a buscar razones para justificarla. Al fin y al cabo, esperar era lo mejor que podía hacer por el bien de ambos. Había dejado a Susy porque no soportaba las condiciones en las que había descubierto que estaba basada su vida en común; y así se lo había hecho saber. ¿Qué más quedaba por decir?

Nada ha cambiado en sus respectivas situaciones; si volvían a juntarse, solo podía ser para seguir con la misma vida que antes; y eso, a medida que pasaban los días, le parecía cada vez más imposible. Aún no había llegado al punto de considerar una separación definitiva; pero, cada vez

que sus pensamientos se remontaban a su vida pasada, descartaba todo intento de retomarla. Mientras continuara ese estado de ánimo no parecía haber nada que añadir a la carta que había escrito ya, excepto tal vez que estaba de crucero con los Hicks. Y no veía ninguna razón apremiante para contarle eso.

No había dado a los Hicks ninguna pista sobre su situación. Cuando, quince días antes, Coral Hicks lo había recogido en las hirvientes calles de Génova y lo había llevado al Ibis, él pensó solo en una cena fría y tal vez en una travesía a la luz de la luna. Luego, en respuesta a su amistosa insistencia, les confesó que no había estado bien y que se había marchado para cambiar de aires unos días, y eso lo dejó sin excusas ante su propuesta de cambiar de aires a bordo del Ibis. Estaban a punto de partir a Córcega y Cerdeña, y desde allí a Sicilia: podría tomar el tren en Nápoles y estar de vuelta en Venecia en diez días.

Diez días de tregua: la tentación fue irresistible. Y los amables y campechanos Hicks le eran verdaderamente simpáticos. Su opulencia transpiraba honradez y espontaneidad, como si los adornos de su vida actual exhalaran todavía la fragancia de sus praderas nativas. Solo estar con esa gente era como un baño purificador. Cuando el yate arribó a Nápoles aceptó, ya que eran tan amables, acompañarlos también a Sicilia. Y cuando el mayordomo principal, que iba a desembarcar en Nápoles por última vez antes de zarpar, le dijo: «¿Alguna carta para el correo, señor?», él respondió, igual que en todas las escalas anteriores: «No, gracias, ninguna».

Ahora iban rumbo a Rodas y a Creta: a Creta, donde no había estado nunca, y donde tan a menudo había querido ir. A pesar de lo avanzado de la estación, el tiempo seguía siendo milagrosamente bueno, las olas cortas danzaban a su paso bajo un cielo sin una nube y la robusta proa del Ibis apenas temblaba mientras volaba sobre sus crestas.

A bordo del yate solo iban sus anfitriones y su hija, por supuesto acompañados por Eldorada Tooker y el señor Beck. Un eminente arqueólogo, que iba a recibirlos en Nápoles había teleografiado excusándose en el último momento; y Nick reparó en que, aunque la señora Hicks no paraba de disculparse por la ausencia del gran hombre, Coral se limitaba a sonreír y a no decir nada.

De hecho, el señor y la señora Hicks nunca eran tan agradables cuando uno los tenía para él solo. Acompañado, el señor Hicks corría el riesgo de parecer más hospitalario de la cuenta, y la señora Hicks confundía fechas y nombres con el deseo de abarcar toda la cultura en su conversación. Pero a solas con Nick, su antiguo compañero de viajes, brillaban con su sencillez natal, y el señor Hicks hablaba con sensatez de inversiones, y la señora Hicks recordaba sus primeros días de casada en Apex City, cuando, al ver su nueva casa en Aeschylus Avenue, lo primero que pensó fue: «¿Cómo diablos voy a hacer que limpien todas esas ventanas?».

La pérdida del señor Buttles había sido un contratiempo tan grande para ellos como había imaginado Nick: el señor Beck jamás podría soñar con sustituirle. Aparte de su misterioso don para las lenguas y de su capacidad casi sobrehumana para saber cómo escribir cartas a personas eminentes, y con qué palabras concluir las, tenía nociones de arqueología y de cultura general con las que la señora Hicks se había acostumbrado a contar, pues su propia memoria, ¡ay!, no satisfacía la variedad de sus intereses.

Su hija tal vez habría podido ayudarla; pero la señorita Hicks no era de las que cuidan a sus padres como una madre. Era muy amable con ellos, pero dejaba, por así decirlo, que se las arreglaran como pudieran, mientras ella seguía su propio camino de formación. Un lúgubre celo por el conocimiento colmaba la imaginación de aquella extraña joven: parecía interesada solo por

las nuevas oportunidades de seguir acumulando saberes. Eran unos saberes iluminados por poca imaginación y aún menos poesía; pero, bien catalogados y pulcramente clasificados en su gran y frío cerebro, estaban siempre tan disponibles como los volúmenes de una biblioteca pública bien actualizada.

Para Nick había algo relajante en esta lúcida curiosidad intelectual. Por encima de todas las cosas quería apartarse del sentimiento, de la seducción, de los estados de ánimo, de los impulsos y de las brillantes contradicciones que era Susy. Susy no era una gran lectora: sus saberes era limitados, y se había criado entre gente que temía las ideas como si fuesen una enfermedad contagiosa. Pero, sobre todo en los primeros días, cada vez que Nick había puesto un libro en sus manos, o le había leído un poema, su viva inteligencia había arrojado al instante una nueva luz sobre el asunto, penetrado hasta sus profundidades y extraído de ellos lo que quiera que le perteneciera. ¡Qué lástima que esa exquisita perspicacia, esa discriminación intuitiva, se hubiese malgastado en su mayor parte leyendo el pensamiento de gente vulgar, y sacando provecho de ella, que se hubiese desperdiciado, desde la infancia, en todas las espantosas complejidades de sus «manejos»!

Y la belleza visible... ¡cuánto le interesaba eso también! No lo habría dicho, o más bien no había estado seguro, hasta el día en que, camino de París, la llevó al Louvre y los dos se detuvieron delante de la pequeña *Crucifixión* de Mantegna. Nick no miró el cuadro, ni esperó a ver qué impresión le causaba a Susy. Sus inclinaciones momentáneas eran Correggio y Fragonard, la risa de la *Lección de música* y los osados placeres paganos de la *Antiope*; entonces reparó en que no estaba a su lado y, cuando fue adonde se encontraba, olvidada de él y de todo, vio el brillo de ese cielo trágico en su rostro, el labio tembloroso, las lágrimas en las pestañas. Esa era Susy...

Cerró el libro y miró de reojo el perfil de Coral Hicks, apoyado en los cojines de la tumbona que había a su lado. Había algo duro y estimulante en sus rasgos bruscos y primitivos, en la proyección de las cejas negras que casi se juntaban sobre la nariz gruesa y recta, y en el vello negro apenas visible del labio superior. Algún milagro de la fuerza de voluntad, combinada con todos los artificios que la riqueza puede comprar, había transformado a la joven gruesa y cetrina que él recordaba en esta joven dominante, casi guapa a veces, indiscutiblemente guapa a su manera autoritaria. Observando las líneas arrogantes de su perfil recortado contra el mar azul, recordó, con un estremecimiento agradable para su vanidad, que en dos ocasiones —bajo la cúpula de los Scalzi y en las calles de Génova— había visto esos mismos rasgos ablandarse al verlo llegar, volverse femeninos, implorantes y casi humildes. Esa era Coral...

De pronto ella dijo sin volverse hacia él:

—No ha recibido ni una sola carta desde que subió a bordo.

Él la miró, sorprendido:

—No... ¡gracias a Dios! —se rió.

—Y tampoco ha escrito ninguna —continuó ella en su tono duro y estadístico.

—No —volvió a coincidir, con la misma risa.

—Eso quiere decir que de verdad es usted libre...

—¿Libre?

Nick vio que la mejilla que tenía al lado se ruborizaba.

—Bueno, que de verdad está usted de vacaciones, sin ataduras.

Después de una pausa, él replicó:

—No, no tengo muchas ataduras.

—¿Y su libro?

—¡Oh, mi libro...! —Se interrumpió y se quedó pensando. Había metido *El desfile de Alejandro* en la bolsa de viaje la noche de su marcha de Venecia; pero desde entonces no había vuelto a mirarlo. Comprimidas en sus páginas había demasiadas ilusiones y recuerdos; y sabía justo en qué página había notado la presencia de Ellie Vanderlyn inclinándose detrás de él, había olido su perfume y la había oído decir sin aliento: «Tenía que agradeceréte».

—Mi libro está parado —dijo con impaciencia, irritado con la falta de tacto de la señorita Hicks. Hete aquí a una chica que no se esforzaba en hablar con delicadeza...

—Sí; eso pensaba —prosiguió tranquilamente, y él la miró sorprendido. ¿Qué otras cosas pensaba?, le habría gustado saber. Nunca la había creído capaz de llegar lo bastante lejos fuera de su grueso caparazón de autosuficiencia para penetrar en los sentimientos ajenos.

—Lo cierto es —prosiguió, avergonzado— que supongo que estaba insistiendo demasiado en él; probablemente por eso sentí la necesidad de cambiar. No soy más que un principiante.

Ella continuó con su implacable interrogatorio.

—Pero más adelante seguirá usted con él, ¿no?

—¡Oh!, no lo sé. —Hizo una pausa, miró la cubierta reluciente y el agua no menos reluciente—. He estado soñando despierto. Creo que dejaré el libro y buscaré un trabajo que me dé de comer. Para dedicarse a la literatura que me gusta hace falta tener los ingresos garantizados.

Enseguida se enfadó consigo mismo por haber hablado. Hasta ese momento en su relación con los Hicks había evitado con sumo cuidado la menor alusión que pudiera hacerle notar la pesada mano de su generosidad. Pero las semanas ociosas de aplazamiento de sus decisiones lo habían debilitado y había cedido a la tentación de poner en palabras sus vagas intenciones. Tal vez eso le ayudara a hacerlas más claras.

Con gran alivio por su parte, la señorita Hicks no respondió enseguida; y, cuando habló, lo hizo con voz más dulce y con una duda desacostumbrada.

—Sería una lástima que, con dones como los suyos, no encontrase algún empleo que le dejara tiempo suficiente para hacer su verdadero trabajo...

Él se encogió irónicamente de hombros.

—Sí... lo malo es que hay unos cuantos como yo buscando justo ese empleo.

El tono de Coral se volvió más profesional.

—Sé que es difícil de encontrar... casi imposible. Pero lo que querría saber es si lo aceptaría, en caso de que alguien se lo ofreciera... —Volvió un poco la cabeza y sus miradas se encontraron. Por un instante a él lo dominó un terror puro; pero, antes de que tuviera tiempo de afrontarlo, ella continuó en el mismo tono despreocupado—: Me refiero al puesto del señor Buttles. Mis padres necesitan tener alguien en quien poder confiar. Ya sabe que es un trabajo muy fácil... Estoy segura de que el salario le parecería suficiente.

Nick tomó aliento aliviado. Por un momento, los ojos de Coral lo habían mirado igual que en los Scalzi... y apreciaba demasiado a la joven para querer despertar esa mirada. Pero el puesto del señor Buttles... ¿por qué no?

—¡Pobre Buttles! —murmuró, para ganar tiempo.

—¡Oh! —dijo ella—. No encontrará los mismos motivos que él para renunciar al trabajo. Era un mártir de sus convicciones artísticas. —Nick la miró de reojo, dudando. Al fin y al cabo ella

no sabía que había visto al señor Buttles en Génova, ni las confidencias que le había hecho; tal vez ni siquiera supiera nada de su pasión no correspondida. En cualquier caso, su rostro siguió impertérrito—. ¿Por qué no se lo piensa... al menos unos meses? ¿Hasta después de nuestra expedición a Mesopotamia? —le insistió, un poco sin aliento.

—Es muy amable, pero no sé si...

Ella se levantó con uno de sus bruscos movimientos.

—No hace falta que responda enseguida. Tómese un tiempo para pensarlo. Mi padre me ha pedido que se lo preguntase —añadió.

Él reparó en lo inapropiado de su respuesta.

—Me tienta muchísimo, claro. Pero en cualquier caso debo esperar... unas cartas. De hecho, tendré que enviar un telegrama desde Rodas para que me las envíen. Había cortado con todo, hasta con las cartas, unas semanas.

—¡Ah! Está usted cansado —murmuró ella, echándole una mirada de reojo mientras se daba la vuelta.

Desde Rodas, Nick Lansing telegrafió a su banco de París que le enviaran las cartas a Candia; pero cuando el Ibis llegó a Candia, y subieron el correo a bordo, el grueso sobre que le entregaron no llevaba ninguna carta de Susy.

¿Por qué iba a hacerlo, si él no le había escrito aún?

No le había escrito, cierto: pero al enviar sus señas al banco sabía que le había dado la oportunidad de contactar con él si quería. Y ella no había dado señales de vida.

A última hora de la tarde, cuando volvieron a bordo del yate, después de su primera expedición, vio un paquete de periódicos en la mesa de la camareta de cubierta. Nick cogió uno de los periódicos londinenses y su mirada recorrió ausente las notas de sociedad.

Leyó:

Entre los visitantes esperados la próxima semana en el castillo de Ruan (alquilado toda la temporada por el señor Frederick J. Gillow de Nueva York) están el príncipe Altineri de Roma, el conde de Altringham y la señora de Nicholas Lansing, que llegó a Londres la semana pasada desde París.

Nick tiró el periódico. Hacía justo un mes que se había ido del Palazzo Vanderlyn y había subido al expreso nocturno a Milán. Un mes entero... y Susy no le había escrito. Solo un mes... y ¡Susy y Strefford ya estaban juntos!

XVII

Susy había decidido esperar a Strefford en Londres.

El nuevo lord Altringham estaba con su familia en el norte y, aunque a su llegada ella había encontrado un telegrama diciéndole que la vería en la ciudad a la semana siguiente, todavía tenían que pasar varios días.

Londres era un desierto; la lluvia caía sin cesar y, sola en el destartalado hotel familiar que, incluso fuera de temporada, era lo mejor que podía permitirse, se quedó por fin cara a cara consigo misma.

Desde el momento en que Violet Melrose vio frustrado su plan con los niños de los Fulmer, su interés por Susy decayó visiblemente. A menudo, en los viejos tiempos, Susy Branch había notado el mismo cambio brusco de temperatura en la actitud de la anfitriona del momento; y a menudo — muy a menudo— había cedido, y realizado el servicio pedido, antes que arriesgarse a sufrir las consecuencias de su alejamiento. Al menos, gracias a Dios, ya no tendría que volver a rebajarse a eso.

Pero, mientras llenaba a toda prisa sus baúles en Versalles, reunía una propina suficiente para la señora Match y se despedía de Violet (que, al ver a su huésped encaminarse hacia la estación, se volvió de pronto cariñosa y afectuosa), y mientras pasaba por la conocida pantomima de la despedida forzosa, se despertó en ella una repugnancia tan profunda por esa vida de acuerdos y apaños provisionales que, si en ese momento Nick se hubiese presentado con los brazos abiertos, no estaba segura de haber tenido valor para volver a ellos.

La sed de independencia se volvió más intensa en la soledad londinense. Independencia con comodidades, claro. ¡Oh, su odioso e inútil amor por la belleza...! Qué maldición había sido siempre para ella, y qué bendición habría podido ser de haber tenido los medios materiales para satisfacerlo y expresarlo. Lo único que, en cambio, le inspiraba era un odio morboso a esa espantosa habitación de hotel inundada de luz amarilla y lluviosa, al olor a hollín y a col que se colaba por la ventana, a las burbujas en el empapelado, a los ramos de flores de cera cubiertas de polvo debajo de globos de cristal y a la luz eléctrica preparada para que, al encender la débil bombilla que colgaba en mitad del techo, se apagara la bombilla aún más débil que había al lado de la cama.

¡En qué mundo tan falso había vivido con Nick los pocos meses que habían pasado juntos! ¿Qué derecho habían tenido ninguno de los dos a esos decorados exquisitos de la vida ociosa: la casa blanca y alargada oculta entre las camelias y los cipreses al borde del lago, o los grandes salones en Giudecca con el brillo del canal jugando siempre sobre los techos cubiertos de frescos? Sin embargo, había llegado a imaginar que esos sitios les pertenecían de verdad, que

seguirían viviendo siempre, ingenua e irreprochablemente en el marco de la riqueza ajena... ¡Esa, de nuevo, era la maldición de su amor por la belleza, su forma de encariñarse siempre con ella como si le perteneciera!

Pues bien, el despertar tenía que llegar por fuerza, y tal vez fuese mejor que hubiese llegado tan pronto. En todo caso, era inútil dejar que sus pensamientos vagaran por ese paraíso de los tontos. Pero, mientras contaba los días que faltaban hasta que llegara Strefford, ¿en qué otra cosa podía pensar?

¿En su futuro y en el de él?

Pero ¡si ya se sabía ese futuro de memoria! No había pasado su vida entre los ricos y los elegantes sin aprenderse hasta el último detalle de los ornamentos de un matrimonio rico y elegante. Hacía mucho que había calculado cuántos vestidos de noche, cuántos vestidos de tarde y cuánta lencería de encaje serían necesarios para completar el vestuario de la futura condesa de Altringham. Incluso había decidido a qué modista le encargaría su capa de chinchilla, pues pensaba tener una, que le llegara hasta los pies y fuese más suave y voluminosa y extravagantemente suntuosa que la de Violet o la de Ursula... por no hablar de los zorros plateados y las martas cibellinas... ni de las joyas de los Altringham.

Se lo sabía todo de memoria; siempre lo había sabido. Todo formaba parte del equipo de la vida de elegancia: no tenía nada de nuevo. Lo que sí que había sido nuevo para ella era ese breve intervalo con Nick: una vida sin duda irreal por su decorado, pero muy real en esencia: la única realidad que había conocido jamás. Al volver la vista atrás, veía cuánto le había dado, además del brillo dorado de su felicidad y el súbito florecimiento de una alegría sensual en cuerpo y alma. Sí: también se había producido ese florecimiento, doloroso, como los dolores del parto, de algo más grave, más fuerte, más lleno de poder futuro, algo en lo que apenas había reparado en el primer éxtasis, pero que siempre volvía y se apoderaba de su alma sosegada cuando cesaba el éxtasis: la sensación profunda e inquietante de algo que le habían enseñado Nick y el amor pero que iba incluso más allá del amor y más allá de Nick.

Sus nervios estaban atormentados por un rumor incesante, el rumor de la lluvia en los cristales sucios y el olor a col y a carbón que se colaba por debajo de la puerta cuando cerraba la ventana. Ese nauseabundo aperitivo de la comida que pronto servirían abajo era más de lo que podía soportar. Llevaba consigo la imagen de la húmeda y oscura cafetería de abajo, de la alfombra de Esmirna cubierta de hollín, de la lluvia en la claraboya, de las camareras apáticas sirviendo la comida que sabía como si también le hubiese llovido encima. En realidad no había motivo alguno para permitir que semejantes miserias materiales agravasen su abatimiento...

Se incorporó de un salto, se puso el sombrero y la chaqueta, pidió un taxi y fue a la sucursal londinense del hotel Nouveau Luxe. Era solo la una y estaba segura de que podría comer algo, pues, aunque Londres estaba vacío, ese gran establecimiento no lo estaba. No lo estaba nunca. Los voluptuosos pasillos alfombrados de terciopelo, el enorme comedor perfumado y repleto de flores, siempre estaban animados con las idas y venidas sin rumbo de personas adineradas, personas muy ocupadas que, como no tenían nada que hacer, proseguían eternamente su misión inexorable de un confín al otro del mundo.

¡Oh, qué monotonía la de esas caras: las caras que siempre reconocías, tanto si conocías a las personas a quienes pertenecían como si no! Al verlas la embargó una nueva sensación de asco: vaciló, dio media vuelta y huyó. Pero en el umbral se tropezó con otra figura aún más familiar: la de una señora con perlas y pieles de marta extravagantes, que se apeaba de un vehículo

extravagante, como los automóviles de los anuncios en las revistas, esas arcas enormes en las que bellezas enjoradas y jóvenes esbeltas se paraban a contemplar los picos nevados desde una cumbre alpina.

Era Ursula Gillow —la buena de Ursula Gillow, camino de Escocia— y las dos se echaron los brazos al cuello. Resultó que Ursula, retenida hasta la noche siguiente por un retraso de la modista, tampoco tenía otra cosa que hacer más que matar el tiempo, y pronto las dos estaban sonriéndose mutuamente entre los exquisitos preliminares de una comida que el camarero jefe pidió en tono autoritario a la señora Gillow que dejase «en sus manos», como de costumbre.

Ursula estaba de buen humor. No ocurría a menudo; pero, cuando sucedía, su benevolencia no conocía límites.

Al igual que la señora Melrose, al igual, de hecho, que toda su tribu, estaba demasiado pendiente de sus propios asuntos para conceder más que un pensamiento pasajero a los de ninguna otra persona; pero le encantó encontrarse con Susy, pues, como a los demás vagabundos de su clase, le alegraba encontrarse con otros vagabundos, a no ser que el encuentro interfiriese con placeres más escogidos. No estar solo era lo más urgente; y Ursula, que llevaba cuarenta y ocho horas sola en Londres, de inmediato le arrancó a su amiga la promesa de que pasarían el resto del día juntas. Pero, una vez acordado, su imaginación volvió a sus propios asuntos, y vertió sus confidencias a Susy entre una sucesión de platos que pusieron de manifiesto la perspicacia del camarero jefe.

Las confidencias de Ursula siempre eran iguales, aunque, por lo general, cada vez eran sobre una persona diferente. Demolía y reconstruía su vida sentimental con la misma frecuencia e impetuosidad con la que cambiaba de modista, limpiaba los salones, encargaba un coche nuevo, alteraba el engarce de sus joyas o renovaba el decorado general de su vida. Susy supo de antemano lo que iba a contarle; pero escucharlo mientras tomaba un café perfecto, con un cigarrillo perfumado como el ámbar entre los dedos, era más agradable que comer cordero frío sola en un comedor mohoso. El contraste era tan tranquilizador que incluso empezó a sentir un lánguido interés por el relato de su amiga.

Después de la comida, subieron juntas al coche y empezaron un recorrido sistemático por las tiendas del West End: peleteros, joyeros y vendedores de muebles. Nada podía ser tan diferente de las largas y dubitativas sesiones de Violet Melrose ante las cosas que creía que quería hasta que llegaba el momento de decidirse. Ursula se abalanzaba sobre las pieles de zorro plateado y la laca antigua con tanta rapidez y decisión como sobre los objetos de su sentimentalismo excesivo: sabía en el acto lo que quería y lo valoraba más en cuanto era suyo.

—Y ahora... no sé si podrías ayudarme a elegir un piano de cola —sugirió mientras el último anticuario las acompañaba a la puerta.

—¿Un piano?

—Sí, para Ruan. Voy a enviar uno para Grace Fulmer. Va a venir a quedarse... ¿no te lo he contado? Quiero que la gente la oiga. Quiero que dé conciertos en Londres. Querida, es un genio...

—Un genio... ¡Grace! —balbució Susy—. Pensaba que el genio era Nat...

—Nat... ¿Nat Fulmer? —Ursula se rió con desprecio—. ¡Ah, claro... has estado en casa de esa tonta de Violet! La pobre ha perdido la cabeza con Nat... Es lamentable. Por supuesto, tiene talento: me di cuenta mucho antes de que Violet hubiera oído hablar de él. Caramba, el día de la inauguración de la exposición Artistas Norteamericanos, el invierno pasado, me detuve delante de

su *Tormenta de nieve en primavera*(en la que nadie se había fijado hasta entonces), y le dije al príncipe, que estaba conmigo: «Este hombre tiene talento». Pero genio... ¡la que es un genio es su mujer! ¿Nunca has oído a Grace tocar el violín? La pobre Violet, como de costumbre, se equivoca. Le he encargado a Fulmer que decore la casa del jardín, sin duda Violet te lo habrá contado, porque quería ayudarle. Pero Grace es mi descubrimiento, y estoy decidida a darla a conocer, y a que todo el mundo entienda que de los dos el genio es ella. Le he dicho que tiene que venir a Ruan, y traer consigo al mejor pianista acompañante que pueda encontrar. Ya sabes que al pobre Nerone le aburre muchísimo la caza, aunque, por supuesto, sale con los cazadores. Y si nouviésemos un poco de arte por la noche... ¡Ay, Susy! ¿Vas a decirme que no sabes de pianos? ¡Pensaba que te gustaba mucho la música!

—Y me gusta; pero sin entender nada. —«Igual que nos gustan las cosas que valen la pena a todos los de nuestro estúpido grupo», añadió para sus adentros, pues evidentemente era innecesario comunicarle a Ursula tal opinión—. Pero ¿estás segura de que va a venir Grace? —preguntó en voz alta.

—Claro. ¿Por qué no iba a venir? Ayer le mandé un telegrama. Le voy a dar mil dólares y todos los gastos pagados.

Hasta que no estuvieron en un salón de té de Piccadilly, la señora Gillow no empezó a manifestar interés por los planes de su acompañante. La idea de perder a Susy se le hizo de pronto insoportable. El príncipe, que no entendía por qué razón iba a tener que quedarse en Londres fuera de temporada, estaba ya en Ruan, y Ursula no imaginaba pasar la tarde y todo el día siguiente sola.

—Pero ¿qué haces en la ciudad, querida? No recuerdo si te lo he preguntado —dijo apoyando los codos sobre la mesita del té mientras encendía un cigarrillo con el de Susy.

Susy dudó. Había previsto que llegaría el momento en el que tendría que dar alguna explicación; y ¿por qué no empezar contándoselo a Ursula?

Contándole ¿qué?

A la señora Gillow su silencio le pareció una especie de reproche, y continuó compungida:

—¿Y Nick? ¿Nick está contigo? ¿Qué tal está? Pensaba que estabais aún en Venecia con Ellie Vanderlyn.

—Estuvimos unas semanas. —Procuró que su voz sonase más tranquila—. Fue precioso. Pero ahora estamos otra vez cada uno por nuestra cuenta... durante un tiempo.

La señora Gillow le echó una mirada más inquisitiva que antes.

—¡Ah! Entonces, ¿estás sola aquí?

—Sí: Nick está de crucero con unos amigos en el Mediterráneo.

La mirada superficial de Ursula se volvió singularmente más profunda.

—Pero, Susy, querida, entonces, si estás sola... y sin nada que hacer de momento.

Susy sonrió.

—Bueno, no estoy segura.

—Pero, lo estás, querida, ¡tienes que venir a Ruan! Sé que Fred te lo pidió, ¿no es así? Y me dijo que tanto tú como Nick habíais declinado. Se enfadó mucho por que no vinierais; pero supongo que fue porque Nick tenía otros planes. Ahora no podríamos alojarlo, porque no hay sitio para otro cazador; pero, ya que no está, y no tienes nada que hacer, ya sabes, querida, que nos encantaría que vinieses. Fred se alegraría mucho, muchísimo, a ti no te molestan demasiado los coqueteos de Fred, ¿no? Y me serías de gran ayuda... ¡si es que eso puede servir de argumento!

Con esa casona llena de hombres, la gente que irá a cenar cada noche, Fred que solo piensa en la caza, y Nerone que la detesta y la ridiculiza, no me quedará ni un minuto para ocuparme de que esté de buen humor... ¡Oh, Susy querida, no digas que no, deja que llame para reservar un billete de tren para mañana por la noche!

Susy se recostó en el asiento y dejó que la ceniza de su cigarrillo se alargara. ¡Qué familiar, qué odiosamente familiar, era esa petición! Ursula sentía la acuciante necesidad de que alguien coqueteara con Fred unas semanas... y aquí tenía justo a la persona que necesitaba. Susy se estremeció al pensarlo. Nunca había pensado en ir de verdad a Ruan. Solo había utilizado el coto como pretexto cuando Violet Melrose la había echado con tanta amabilidad. Antes que hacer lo que le pedía Ursula, le pediría prestados unos cientos de libras a Strefford, como había propuesto, y luego buscaría una ocupación temporal hasta que...

¿Hasta que se convirtiera en lady Altringham? Bueno, tal vez. En cualquier caso no volvería a ser la esclava de Ursula.

Negó con la cabeza y esbozó una leve sonrisa.

—Lo siento mucho, Ursula, por supuesto me encantaría complacerte...

La mirada de la señora Gillow se volvió recriminatoria.

—Pensaba que lo harías... —murmuró. Susy la miró a los ojos, vio una larga lista de favores concedidos y comprendió que Ursula no era una mujer que olvidara cuál de las dos estaba obligada con la otra.

Susy dudó: recordó las semanas de éxtasis que había pasado gracias al cheque de boda de los Gillow y le dolió parecer desagradecida.

—Si pudiera, Ursula... pero la verdad... no estoy libre en este momento. —Hizo una pausa, y luego tomó una brusca decisión—. Lo cierto es que estoy esperando aquí para ver a Strefford.

—Strefford, ¿lord Altringham? —Ursula la miró admirada—. ¡Ah!, sí... ahora lo recuerdo. Eras muy amigos, ¿no? —Su atención distraída se concentró... ¡Si Susy estaba esperando para ver a lord Altringham... uno de los hombres más ricos de Inglaterra! De pronto, abrió su bolso de malla de oro y sacó una agenda en miniatura—. Pero espera un momento... Sí, ¡es la semana que viene! ¡Sabía que la semana que viene venía a Ruan! Pero, cariño, eso lo arregla todo. Envíale un telegrama cuanto antes, ven conmigo mañana y lo verás allí en lugar de en este desierto desagradable y húmedo... ¡Ay, Susy, si supieras lo difícil que es para mí la vida en Escocia con Fred y el príncipe, no me dirías que no!

Susy siguió dudando; pero, a fin de cuentas, si de verdad Strefford iba a ir a Ruan, ¿por qué no verle allí en un sitio agradable y con tiempo de sobra, en lugar de pasar un día espantoso con él vagando por las calles empapadas de Londres, o gritándole entre el estrépito de la orquesta del restaurante? Sabía que no era probable que retrasara su visita a Ruan para quedarse en Londres: esas concesiones no eran típicas de él, y era probable que ahora que podía hacer lo que le viniera en gana lo fuesen menos que nunca.

Por primera vez comprendió lo diferente que se había vuelto el destino de Strefford. Ahora, claro, todos sus días y horas estaban organizados de antemano: recibía cientos de invitaciones, tenía oportunidades constantes, no tenía mas que escoger... Y ¡las mujeres! No se había parado a pensar antes en las mujeres. Todas las jóvenes de Inglaterra querrían casarse con él, por no hablar de las propias compatriotas de Susy. Y también estaban las mujeres casadas, que eran aún más temibles. Streff podría, por un tiempo, escapar al matrimonio; aunque Susy podía adivinar el poder de persuasión, la presión familiar, todas las influencias tradicionales que él había

ridiculizado tan a menudo, pero de las que ella sabía que no se había desembarazado del todo... Sí, esas mujeres calladas e invisibles de Altringham —la viuda de su tío, su madre, las hermanas solteronas— no era imposible que, con tacto y paciencia —y las mujeres más necias saben tener tacto y paciencia en esas ocasiones—, acabaran convenciéndole de que era su deber, podrían poner justo a la joven belleza adecuada en su camino... Pero entretanto, ahora, de pronto, estaban las mujeres casadas. ¡Ah, ellas no esperarían, sin duda estarían ya tendiendo sus trampas! Susy se estremeció al pensarlo. Sabía demasiado bien cómo se hacía. Había seguido, con demasiada frecuencia, las sinuosidades de esas aproximaciones. No es que en esta época fuesen muy sinuosas: más a menudo era un ataque directo cuando llegaba la ocasión; pero conocía todas las malas artes y los trucos que llevaban a eso. Los conocía, ¡oh!, cómo los conocía... aunque con Streff, gracias a Dios, ¡nunca había necesitado ponerlos en práctica! Su amor estaba ahí si lo quería: ¿no sería una locura rechazarlo?

Tal vez; aunque en ese punto su imaginación seguía dudando. Pero, en cualquier caso, vio que, decididamente, sería mejor ceder a la presión de Ursula: mejor verlo en Ruan, en un ambiente agradable, donde tendría tiempo de orientarse, de observar qué peligros le amenazaban, y decidir si, al fin y a la postre, su misión era salvarlo de las demás mujeres.

—Bueno, en tal caso, Ursula...

—¡Oh, eres un ángel! ¡Cuánto me alegro! Iremos a la oficina de Correos más cercana y enviaremos el telegrama nosotras mismas. —Al subir al automóvil, la señora Gillow cogió a Suzy del brazo con una presión implorante—. Y dejarás que Fred coquettee un poco contigo, ¿verdad, querida?

XVIII

—No entiendo —dijo muy seria Ellie Vanderlyn— por qué no anuncias tu compromiso antes de divorciarte. Te aseguro que es lo que hace ahora la gente... ¡Es mucho más seguro!

La señora Vanderlyn, de regreso de Saint Moritz a Inglaterra, se había detenido en París para renovar el mermado guardarropa que, solo dos meses antes, había llenado tantos baúles hasta reventar. Otras señoras, que venían de todos los puntos del globo con el mismo propósito, se disputaban con ella las *suites* Louis XVI del Nouveau Luxe, las mesas con velas rosas del restaurante, las horas de prueba en la modista; y precisamente por lo numerosas que eran, y por la lucha febril por comprar las mismas cosas a la vez, estaban todas nerviosas, contentas y a sus anchas. Era el momento más trascendental del año: el momento cumbre de la «temporada de las modistas».

La señora Vanderlyn se había encontrado con Susy Lansing en uno de los desfiles de la Rue de la Paix, donde filas de señoras desvanecidas de calor y emoción pasaban horas extasiadas mientras unas apariciones espectrales con vestidos increíbles se tambaleaban incesantemente ante ellas con los pies doloridos.

Distraída de los regios esplendores de una capa de chinchilla porque otra señora también la estaba examinando, la señora Vanderlyn se volvió sorprendida al ver a Susy con la cabeza inclinada con aire crítico sobre las pieles.

—¡Susy! ¡No tenía ni idea de que estuvieses aquí! Vi en los periódicos que estabas con los Gillow. —Se dieron los consabidos abrazos; luego la señora Vanderlyn, sin perder de vista esa capa sin igual, mientras desaparecía entre las maniqués que se alejaban, le preguntó con brusquedad—: ¿Estás comprando para Ursula? Si vas a encargarle esa capa, querría saberlo.

Susy sonrió, e hizo una pausa antes de responder. Mientras duró la pausa reparó en todos los detalles exquisitos de la presencia siempre juvenil de Ellie Vanderlyn, desde el tocado de plumas hasta el arco perfecto de los zapatos de charol. Por fin, dijo en voz baja:

—No... hoy estoy comprando para mí.

—¿Para ti? ¿Para ti? —repitió la señora Vanderlyn con una mirada incrédula.

—Sí, para variar —reconoció con calma Susy.

—Pero la capa... digo la capa de chinchilla, la que está forrada de armiño...

—Sí; es preciosa, ¿verdad? Pero antes de decidirme quiero mirar en otros sitios.

¡Ay, cuántas veces había oído a sus amigas decir esa frase! Y ¡qué divertido era ahora ver la sorpresa de Ellie al oír cómo ella la decía en el mismo tono de desdén y hastío! Susy se estaba volviendo cada vez más dependiente de estas diversiones; sin ellas los días, pese a lo ocupados

que estaban, habrían pasado muy despacio. Sin embargo, aún le divertía ir a las grandes modistas, ver pasar a las modelos y que sus amigas la viesan examinando con displicencia los vestidos más caros del desfile. Sabía que había corrido el rumor de que iba a divorciarse y de que lord Altringham sentía «adoración» por ella. Ella no confirmó ni negó la información: tan solo se dejó arrastrar lujosamente por su empuje. Aunque habían pasado ya tres meses desde que Nick se fuera del Palazzo Vanderlyn, ella aún no le había escrito... y él tampoco a ella.

Entretanto, a pesar de todas sus actividades, los días pasaban cada vez más despacio, y las emociones con las que había contado ya no la emocionaban. Strefford era suyo: sabía que se casaría con ella en cuanto fuese libre. Habían pasado diez días juntos en Ruan, y se habían ido juntos en coche al sur, deteniéndose por el camino para ver Altringham, de donde, en ese momento, sus parientes se habían ausentado.

En Altringham se habían separado; y, después de una o dos visitas más en Inglaterra, ella había vuelto a París, donde él estaba a punto de ir a verla. Después de pasar unas horas en Altringham, Susy había comprendido que él la esperaría cuanto fuera necesario: el temor a «otras mujeres» había dejado de preocuparla. Pero, tal vez por esa misma razón, el futuro parecía menos emocionante de lo que había esperado. A veces pensaba que lo que la había abrumado era ver la enorme mansión: era demasiado enorme, demasiado venerable, demasiado parecida a un monumento construido con tradiciones territoriales y obligaciones antiguas. Tal vez hubiesen vivido demasiado tiempo en ella mujeres demasiado serias y concienzudas: por alguna razón no podía imaginarla invadida por el bridge, las deudas y el adulterio. Y, sin embargo, así habría de ser, claro... Apenas podía imaginarse a Strefford o a sí misma continuando la vida de duras responsabilidades en el condado, las fiestas aburridas, las obligaciones laboriosas, las visitas semanales a la iglesia y la presidencia de los comités locales... ¡Qué pena que no pudieran venderla y comprarse una casita al lado del Támesis!

De todos modos, no lamentaba que se supiera que Altringham sería suyo cuando ella quisiera. A veces dudaba de si Nick lo sabría... de si le habrían llegado los rumores. De ser así, debía agradecerse a su propia carta. Le había indicado qué camino seguir; y ella lo estaba siguiendo.

Por un momento, el encuentro con Ellie Vanderlyn le había causado una gran sobresalto; había esperado no volver a ver a Ellie. Pero ahora que estaban cara a cara Susy comprendió lo embotada que estaba su sensibilidad. En un momento se había acostumbrado a Ellie, igual que se estaba acostumbrando a todo el mundo y a todo en su antigua vida. ¿De qué servía tanto escándalo? Salieron de la modista juntas y, después de una absorbente sesión en una sombrerería nueva, estaban tomando el té en el salón de Ellie en el Nouveau Luxe.

Ellie, con su insistencia de niña malcriada, había vuelto a la cuestión de la capa de chinchilla. Era la única que había visto que le gustara y, como no le quedaba ningún abrigo de piel, tenía cierta prisa... pero, claro, si Susy había elegido ese modelo para una amiga...

Susy, apoyada en los almohadones observó a través de los párpados entornados el rostro pequeño y delicadamente descansado de la señora Vanderlyn, que tenía la misma expresión de impaciencia infantil que cuando hablaba del joven Davenant del momento. Una vez más, Susy reparó en que, en la agitada existencia de Ellie, todos los intereses parecían estar en el mismo plano.

—Pobrecilla, temblando de frío —respondió riéndose—, por supuesto que tendrás un bonita capa para el invierno, yo encontraré otra.

—¡Oh, querida! ¿Lo harás? Por supuesto, quien te la hubiese encargado no tiene por qué

enterarse...

—¡Ah!, me temo que no puedes consolarte con eso. Ya te he dicho que la había encargado para mí. —Susy hizo una pausa para saborear plenamente la mirada de perplejidad de Ellie; luego su diversión se contuvo por un cambio indefinible en la expresión de su amiga.

—¡Oh, querida! ¿De verdad? No sabía que hubiese alguien...

Susy se ruborizó hasta la raíz del cabello. La dominó una humillación espantosa. ¡Que Ellie se atreviera a pensar eso de ella... que nadie se atreviera a pensarlo!

—¿Alguien que me compra capas de chinchilla? ¡Gracias! —estalló—. Supongo que tendría que alegrarme de que la idea no se te haya ocurrido enseguida. Al menos ha habido un momento de duda... —Se puso en pie riéndose otra vez y empezó a deambular por el salón. En el espejo de encima de la chimenea vio su rostro acalorado e irritado y la mirada desconcertada de la señora Vanderlyn. Se volvió hacia su amiga—. Supongo que todo el mundo pensará lo mismo que tú; así que será mejor que me explique. —Hizo una pausa, y tomó aliento rápidamente—. Nick y yo vamos a separarnos: de hecho, nos hemos separado. Está decidido que todo ha sido una equivocación. Probablemente se case pronto... y yo también.

Soltó la confesión casi sin aliento, con el temor nervioso de dejar que Ellie Vanderlyn pensara un instante más que había otra explicación posible. No había querido ser tan explícita; pero una vez pronunciadas las palabras no lo lamentó. Por supuesto, la gente no tardaría en extrañarse de que estuviese sola por el mundo; y, puesto que era la elección de Nick, ¿por qué no iba a decirlo? Al recordar la angustia ardiente de esas últimas horas en Venecia, se preguntó qué posible consideración le debía al hombre que la había humillado de ese modo.

Ellie Vanderlyn la miró atónita:

—¿Tú? Nick y tú... ¿vais a separaros? —De pronto pareció comprender—. ¡Ah...! Entonces supongo que por eso me devolvió el alfiler.

—¿El alfiler? —preguntó Susy, que al principio no lo recordó.

—El modesto alfiler de corbata que le regalé antes de partir de Venecia. Me lo devolvió casi en el acto, con una nota muy rara... solo decía: «En realidad, no me lo he ganado». No entendí por qué no quería el alfiler. Pero ahora supongo que fue porque él y tú os habíais peleado; aunque, la verdad, aun así, no entiendo por qué se enfadó conmigo...

Susy se ruborizó al instante. Nick le había devuelto el alfiler... ¡el alfiler fatídico! Y ella se había quedado la pulsera —la había guardado fuera de la vista y se encogía al ver el paquetito o cuando su mano lo rozaba al hacer y deshacer el equipaje—, pero no se le había pasado por la cabeza devolverla, no, ¡ni una sola vez! ¿Quién de los dos, le habría gustado saber, había obrado mejor? ¿No era un desprecio indirecto a ella que Nick le devolviera el regalo a la pobre y perpleja Ellie? O ¿era más bien otra prueba de su mayor sensibilidad moral...? Y ¿cómo saberlo en el desconcertante mundo en que vivían?

—No fue porque nos peleáramos; no nos hemos peleado —le dijo en voz baja, impulsada por el súbito deseo de defender su intimidad y la de Nick, de proteger de toda mirada la última y amarga hora que pasaron juntos—. Sencillamente decidimos que nuestro experimento era imposible... para dos pobres.

—¡Ah, bueno...! Por supuesto todos pensamos lo mismo en aquel momento. Y ahora algún otro quiere casarse contigo y estabas eligiendo la capa para tu ajuar —exclamó Ellie extasiada e incrédula; luego rodeó con sus brazos los hombros encogidos de Susy—. ¡Eres una chica con suerte! ¡Una joven muy, muy lista! Pero ¿quién puede ser?

Y fue entonces cuando Susy, por primera vez, pronunció el nombre de lord Altringham.

—¿Streff... Streff? ¿Estás diciendo que el bueno de Streff quiere casarse contigo? —A medida que la noticia fue abriéndose paso en su imaginación, Ellie se volvió ditirámica—. Pero, querida, ¡qué suerte tan milagrosa! Por supuesto, siempre supe que estaba loco por ti: recuerdo que Fred Davenant lo decía... y hasta Nelson, que nunca se entera de nada, se percató en Venecia... Pero entonces era muy diferente. A nadie se le habría ocurrido casarse con él entonces; mientras que ahora, por supuesto, todas lo están intentando. ¡Oh, Susy, haz lo que hazas, no dejes pasar esta oportunidad! No imaginas las conjuras e intrigas que habrá para conseguirlo... por todas partes, hasta donde menos lo sospeches. No sabes de qué horrores son capaces las mujeres... ¡incluso las niñas! —La recorrió un escalofrío al pensarlo y sujetó las muñecas de Susy con dedos vehementes—. Pero no entiendo, querida, por qué no anuncias tu compromiso antes de divorciarte. Te aseguro que es lo que hace ahora la gente... ¡Es mucho más seguro!

Susy la miró, extrañada. Ni una palabra de compasión por la ruina de su breve felicidad, ¡ni siquiera un ápice de curiosidad por las causas! Sin duda, Ellie Vanderlyn, como todos los demás amigos de Susy, hacía mucho que había dado «por descontada» la brevedad de su sueño, y tal vez hubiese planeado una secuela antes de que ella misma hubiese visto cómo se desvanecía. Con Nick había pasado la mayor parte de las pocas semanas que habían estado bajo el techo de Ellie Vanderlyn; pero para Ellie, era evidente, eso importaba poco más que su propia escapada, en la misma época, con el sustituto del joven Davenant: el «sinvergüenza» cuyo nombre no había llegado a pronunciar Strefford. Lo único que se le había ocurrido decirle a su amiga era que Susy debía asegurar su premio, su increíble premio. Y en eso al menos Ellie demostró un frío desinterés que se alzaba por encima de la sonriente perfidia de la mayoría de su clase. Al menos su consejo era sincero; y tal vez fuese inteligente. ¿Por qué no iba Susy a dejar que todos supieran que pensaba casarse con Strefford en cuanto resolviera las «formalidades»?

No respondió enseguida a la pregunta de la señora Vanderlyn, que la repitió y añadió con impaciencia:

—No te entiendo; si Nick está de acuerdo...

—¡Oh! Él está de acuerdo —dijo Susy.

—Y ¿qué más quieres? ¡Ay, Susy, si te limitases a seguir mi ejemplo!

—¿Tu ejemplo? —Susy hizo una pausa, sopesó la palabra y se sorprendió al ver el azoramiento, cargado de soberbia y al mismo tiempo de arrepentimiento, de la expresión de su amiga—. ¿Tu ejemplo? —repitió—. Caramba, Ellie, ¿qué quieres decir? ¿No estarás pensando en separarte del pobre Nelson?

La señora Vanderlyn respondió a su gesto de reproche con una mirada cristalina.

—Dios sabe que no quiero... ¡pobrecillo Nelson! Te aseguro que detesto la idea. Es siempre tan bueno con Clarissa... y estamos acostumbrados el uno al otro. Pero ¿qué puedo hacer? Algie es tan rico, tan espantosamente rico, que tengo que estar siempre vigilando para apartar de él a las demás mujeres... y es agotador.

—¿Algie?

Las preciosas cejas de la señora Vanderlyn se alzaron:

—Algie: Algie Bockheimer. ¿No lo sabías? Creo que me contó que habías cenado con sus padres. No hay nadie en el mundo tan rico como los Bockheimer; y Algie es su único hijo. Sí, fue con él... con él con quien fui tan feliz la primavera pasada... y ahora tengo un miedo mortal de

perderlo. ¡Te aseguro que no hay otra manera de conservarlos cuando son tan ricos!

Susy se puso en pie. La recorrió un leve escalofrío. Recordó haber visto a Algie Bockheimer en una de las primeras cenas que dieron sus padres en su recién inaugurada mansión de la Quinta Avenida. Recordó su vestimenta demasiado pulcra y su rostro pequeño, brillante y furtivo. Miró a Ellie Vanderlyn con súbito desprecio.

—Creo que eres abominable —exclamó.

El rostro menudo y perfecto de la otra se descompuso.

—¿A-bo-minable? ¿A-bo-mi-nable? ¡Susy!

—¡Sí... con Nelson... y con Clarissa... y vuestro pasado en común... y todo el dinero imaginable... y ese hombre! Abominable.

Ellie se puso en pie temblando: no estaba acostumbrada a las escenas, que descomponían sus pensamientos tanto como su semblante.

—Eres muy cruel, Susy... tan cruel y tan espantosa que apenas sé cómo responderte —balbució—. Pero no sabes lo que estás diciendo. ¡Como si alguien pudiera tener todo el dinero imaginable! —Se enjugó con cuidado con el pañuelo los ojos pintados de negro, se miró en el espejo y añadió con magnanimidad—: Pero intentaré olvidar lo que has dicho.

XIX

La misma rebeldía que había sentido de joven, el mismo rechazo asqueado de los valores e ideales de todos los que la rodeaban y que la habían empujado a su absurdo matrimonio con Nick, se inflamó ahora en el seno de Susy Lansing.

¿Cómo podía volver a ese mundo? ¿Cómo repetir su visión de la vida y plegarse a sus juicios? ¡Ay! Solo casándose según sus valores podía escapar a semejante sometimiento. Tal vez la misma idea hubiese movido a Nick: tal vez había entendido antes que ella que para conseguir la libertad moral ambos tenían que estar por encima de las preocupaciones materiales. Tal vez...

Su conversación con Ellie Vanderlyn había dejado a Susy tan angustiada y humillada que casi vaciló al pensar en ver a Altringham al día siguiente. Sabía que él iba a París para oír su respuesta definitiva; esperaría cuanto fuese necesario siempre que ella consintiera en dar los pasos necesarios para iniciar el divorcio. Estaba alojada en un modesto hotel del *faubourg* Saint Germain, y una vez más había rechazado su propuesta de almorzar en el Nouveau Luxe, o en algún restaurante elegante de los bulevares. Como la vez anterior, había insistido en ir a un sitio apartado cerca de los jardines de Luxemburgo, donde los precios eran lo bastante moderados para su propio presupuesto.

—No entiendo —objetó Strefford, mientras iban desde la puerta del hotel hacia aquel oscuro refugio— por qué insistes en darme mala comida y en privarme de la satisfacción de que me vean contigo. ¿Por qué tenemos que ser tan espantosamente clandestinos? ¿Acaso no sabe ya la gente a estas alturas que vamos a casarnos?

Susy hizo una pequeña mueca: se preguntó si la palabra sonaría siempre tan artificial en sus labios.

—No —dijo con una risa—, por ahora solo creen que me regalas perlas y capas de chinchilla. Él frunció el ceño de buen humor.

—Y lo haría encantado... en este mismo instante. ¿No crees que harías mejor aprovechándote? No quiero insistir... pero preveo que soy demasiado rico para no acabar volviéndome agarrado.

Ella se encogió levemente de hombros.

—Ahora mismo no hay nada que deteste más que las perlas y la chinchilla, o cualquier otra cosa en el mundo que sea cara y envidiable...

De pronto, se interrumpió y se ruborizó al darse cuenta de que había dicho exactamente lo que dirían todas las mujeres que estaban intentando cazarlo (excepto las más inteligentes), de que sin duda él sospecharía que estaba representando la convencional comedia del desinterés, y de que nada era tan improbable que lo engañara o halagara como algo así.

Los ojos brillantes de Strefford recorrieron con curiosidad su rostro, y ella prosiguió, respondiendo con una sonrisa.

—Pero, aun así, no creas que si... decidiera... sería solo por *tes beaux yeux*.^[6]

Él se rió, de manera un poco seca, pensó Susy.

—No —dijo—. No creo probable que eso vuelva a ocurrirme.

—¡Oh, Streff.. —balbució compungida ella. Era raro... En otro tiempo Susy había sabido exactamente qué decirle al hombre del momento, fuese quien fuese, y fuese cual fuese la conversación requerida; incluso, en los días difíciles anteriores a su matrimonio, había recitado con elocuencia el sentimentalismo de candilejas que sumía al pobre Fred Gillow en aquella beatitud sin palabras. Pero luego había hablado la lengua del verdadero amor, visto con sus ojos y abrazado con sus manos; y ahora las otras artes le fallaban, y era consciente de estar metiendo la pata y andando a tientas como una principiante bajo el escrutinio irónico de Strefford.

Habían llegado a su oscuro destino y él abrió la puerta y se asomó.

—Está abarrotado... ni una mesa libre. Y ¡hace un calor sofocante! ¿Dónde vamos? A lo mejor pueden darnos una sala para nosotros... —sugirió.

Ella aceptó, y les condujeron por una escalera de caracol hasta una buhardilla de techo bajo iluminada por el montante de una ventana muy alta, cuyos cristales inferiores daban luz al piso de abajo. Strefford abrió la ventana y Susy, dejando la capa en el diván, se asomó al balcón mientras él pedía la comida.

En realidad se alegró de que estuvieran los dos solos. Aunque estuviera tan segura de Strefford, le parecía poco generoso por su parte seguir teniéndolo en ascuas. Había llegado el momento de tener una conversación decisiva, y en el abarrotado salón de abajo habría sido imposible.

Strefford, cuando el camarero les llevó el primer plato y los dejó solos, no hizo ningún esfuerzo por llevar la conversación a cuestiones personales. Se puso a hablar, en cambio, de las cosas que siempre le resultaban más agradables: los humores e ironías de la comedia humana, ofrecidos por su propio círculo. Sus comentarios maliciosos siempre habían divertido a Susy por los astutos destellos de filosofía que iluminaban los ridículos comportamientos sociales que tantas veces habían presenciado. Era, de hecho, la única persona que conocía (con la excepción de Nick) que participaba en el espectáculo y al mismo tiempo estaba fuera de él; y le sorprendió, a medida que fue avanzando la conversación, verse tan poco interesada por los chismes y tan poco divertida por sus comentarios.

Con un íntimo encogimiento de desánimo, se dijo que probablemente nada volvería a divertirla; luego, mientras escuchaba, empezó a entender que su decepción emanaba del hecho de que Strefford, en realidad, no podía vivir sin esa gente a la que tenía tan calada y a la que satirizaba, y que los escándalos más bien vulgares que contaba le interesaban tanto como sus propias consideraciones subidas de tono; y le dio miedo pensar que el núcleo interior de la lujosamente adornada vida de la condesa de Altringham pudiera ser un lugar tan pobre y de techo tan bajo como el cuartito en el que estaban codo con codo y tan lejanos al mismo tiempo.

Si Strefford no podía vivir sin esta gente, tampoco podían Nick y ella, pero ¡por qué motivos tan diferentes! Y, si hubiesen dispuesto de las oportunidades de Strefford, ¡qué mundo habrían creado para ellos! Imaginar estas cosas era inútil, y volvió de ellas al presente. Al final, como lady Altringham tendría el poder de crear ese mundo que Nick y ella habían soñado: la única diferencia era que tendría que crearlo sola. Bueno, esta era probablemente la ley de las cosas.

Toda la felicidad humana estaba condicionada y circunscrita así, y la suya, sin duda, debía ser solitaria, pues las cosas materiales no le bastaban, aunque dependiera de ellas como nunca lo había hecho, por ejemplo, Grace Fulmer. No obstante, incluso Grace Fulmer había sucumbido a la oferta de Ursula y había llegado a Ruan un día antes de que se fuese Susy, en lugar de ir a España con su marido y Violet Melrose. Pero Grace se estaba sacrificando por sus hijos y daba la sensación de que, al renunciar a su libertad, no estaba sacrificando ni una pizca de sí misma. En eso radicaba toda la diferencia...

—¡Cómo te aburro! —oyó Susy exclamar a Strefford. Vio que no le había estado escuchando: ecos perdidos de nombres de lugares y personas: Violet Melrose, Ursula, el príncipe Altineri y varios otros de su mismo círculo y convicciones, habían llamado en vano a su cerebro atrincherado; ¿qué le había estado contando de ellos? Se volvió hacia él y sus ojos se cruzaron; los de él estaban llenos de una ironía melancólica—. Susy, chica, ¿qué te ocurre?

Ella se dominó.

—Estaba pensando, Streff, justo ahora, cuando he dicho lo de que odiaba oír hablar de perlas y de chinchilla, en lo imposible que era que me creyeras; de hecho, en el error que había cometido al decirlo.

Él sonrió.

—¿Porque muchas mujeres dirían que es muy poco original?

Ella se rió de pura alegría ante su perspicacia. «Va a ser más fácil de lo que había imaginado», pensó. En voz alta respondió:

—¡Ay, Streff... siempre acabas descubriéndome! ¿Dónde podré esconderme de ti?

—¿Dónde? —repitió él, poniendo su mano levemente sobre la suya—. En mi corazón, me temo.

A pesar de la risa, el tono de Strefford la conmovió: algo borró la burla de su respuesta, hizo que ella se tragara el «¿Qué? ¡Una tarjeta de San Valentín!» que iba a decir y comprendiese de pronto que, si él tenía miedo, ella también. Pero al mismo tiempo la conmovió, y dudó casi con entusiasmo de que ninguna otra mujer hubiese captado esa profunda inflexión en su voz aguda. Nunca le había gustado tanto como en ese momento; y se dijo a sí misma, con una extraña sensación de distanciamiento, como si estuviera observando sin aliento las vacilaciones de alguien a quien anhelaba convencer pero sin atreverse: «¡Ahora... AHORA, si habla, le diré que sí!».

No habló; pero de pronto, y tan sorprendentemente para ella como si acabara de caer de una esfera cuyos habitantes tuviesen otros métodos de expresar su simpatía, la rodeó con el brazo, inclinó sobre la suya su cara fea, angulosa y tierna...

Fue un roce levísimo: al cabo de un instante volvió a estar libre. Pero algo en su interior siguió resistiéndose boquiabierto mucho después de que su brazo y sus labios se apartaran, y él procediera, con una desenvoltura demasiado estudiada, a encender un cigarrillo y a endulzar su café.

La había besado... Bueno, era natural: ¿por qué no? No era la primera vez que la besaban. Era cierto que no asociaba normalmente a Streff con esas demostraciones; pero no podía excusar así su sorpresa, pues ya en Venecia había empezado a notar que la miraba de forma diferente y evitaba su mano cuando antes la había buscado.

No debería haberse sorprendido; ni un beso debería haber sido tan turbador. Incidentes así

habían caracterizado la carrera de Susy Branch: había habido, en particular, en tiempos lejanos y olvidados, los abrazos fuertes pero torpes de Fred Gillow. Bueno... nada de eso había parecido tener más importancia que el crujido de una hoja en un paseo por el bosque. Todo había sido puramente epidérmico, efímero, parte de la «actividad» trivial y aceptada de la comedia social. Pero este beso de Strefford había sido igual que el de Nick bajo los pinos de New Hampshire, el día en que decidieron su destino. Era un beso con un futuro dentro: como un anillo amablemente depositado en su alma. Ahora, en la espantosa pausa que siguió, mientras Strefford toqueteaba su pitillera y daba vueltas a la cucharilla en su taza, Susy recordó lo que había visto a través del círculo del beso de Nick: esa distancia azul e ilimitada que era al mismo tiempo el paisaje que tenía delante y el futuro en su alma...

Tal vez fuese eso lo que los ojos entornados de Strefford estaban viendo ahora, esa misma distancia ilimitada que ella había perdido para siempre... Tal vez se estaba diciendo a sí mismo, igual que se lo había dicho ella cuando sus labios se separaron de los de Nick: «Cada vez que nos besemos volveré a verlo todo»... Mientras que lo único que había sentido ella era un agónico retraimiento ante la proximidad de Strefford y una visión más intensa de la sórdida buhardilla en la que se encontraban, y de ellos mismos, más distantes el uno del otro que si el beso hubiese sido un empujón que los hubiera separado...

El momento se prolongó y ninguno salía de su aturdimiento. ¿Cuánto duró? ¿Cuánto hacía que había pensado: «Va a ser más fácil de lo que había imaginado»? De pronto notó la extraña sonrisa de Strefford y vio en sus ojos un brillo, no de reproche, ni de decepción, sino de profundo y angustiado entendimiento. ¡En lugar de estar enfadado o dolido, había visto, había entendido, sentía lástima por ella!

Impulsivamente, ella puso su mano en la de él y los dos siguieron en silencio un rato. Luego él se levantó y cogió la capa de Susy del diván.

—¡Vámonos! Tengo invitaciones para una visita privada a la exposición de Reynolds en el Petit Palais. Hay algunos retratos de Altringham. Puede que te divierta.

En el taxi ella tuvo tiempo, mientras charlaban, de dominarse y de volver a adoptar su habitual desenvoltura amistosa. Había sido muy considerado, tratándose de alguien que siempre buscaba su propia satisfacción por encima de todo y sin disimulos; y, si su consideración era solo un modo indirecto de buscar esa satisfacción, eso demostraba lo mucho que la quería, lo necesaria que se había vuelto para su felicidad. La sensación de poder era innegablemente placentera; más placentera aún era la de que alguien la necesitaba de verdad, de que la felicidad del hombre que tenía a su lado dependía de que ella dijera sí o no. Se dejó arrastrar por esa sensación y olvidó el intervalo abismal de su caricia, o al menos se dijo que con el tiempo lo olvidaría, que en realidad no tenía nada de malo que la besara alguien que le gustaba tanto como Streff...

Había adivinado enseguida por qué la iba a llevar a ver los Reynolds. El París artístico y elegante había descubierto hacia poco el arte inglés del siglo XVIII. Las principales colecciones de Inglaterra habían prestado sus mejores exponentes de la obra del gran pintor de retratos y la visita privada al Petit Palais iba a ser el acontecimiento social de la tarde. Todo el mundo —todo el mundo de Strefford y de Susy— estaría allí; y estas, como ella sabía, eran las ocasiones que revivían el intermitente interés de Strefford por el arte. En realidad las exposiciones le gustaban tanto como las carreras, siempre que pudiera ver a gente. ¡Con Nick habría sido muy diferente! Nick odiaba las inauguraciones, las ceremonias y la estética mundana en general; él habría esperado a que se hubiese pasado la moda y habría ido secretamente con Susy a ver los cuadros

una mañana cuando tuvieran la sala para ellos solos.

Pero Susy adivinó que había otra razón para la propuesta de Strefford. Aún no se había dejado ver con él en público, entre los de su propio círculo: ahora había decidido que lo hiciera, y Susy sabía por qué. Lo había humillado; él lo había entendido y la había perdonado. Pero aún seguía tratándolo como siempre había tratado al Strefford de antes, Charlie Strefford, el bueno e insignificante Streff siempre sin un céntimo; y quería demostrarle, aunque fuese de manera informal y habilidosa, que el hombre que la había pedido en matrimonio ya no era Strefford, sino lord Altringham.

Ya en la puerta el saludo del embajador de su país señaló todo lo que había cambiado: lo siguieron, allí donde iba, exclamaciones de bienvenida de los gobernantes del mundo en que se movían. Todo el mundo lo bastante rico, o con los títulos suficientes, o lo bastante listo o lo suficientemente tonto para haberse abierto paso en la ciudadela social estaba allí, saludando y ondeando la bandera desde las murallas; y para todos ellos lord Altringham se había convertido en una figura relevante. En su lento progreso entre la densa masa de personas importantes que avanzaban hasta los cuadros por los que tanto valía la pena pelear, nunca se apartó del lado de Susy, ni impidió que se sintiera parte de su avance triunfal. Ella oyó pronunciar su nombre:

—Lansing... una tal señora Lansing... estadounidense... ¿Susy Lansing? Sí, claro... ¿La recuerdas? ¿En Newport, en Saint Moritz? Exacto... ¿Ya se ha divorciado? Eso dicen... ¡Susy, querida! No tenía ni idea de que estuvieses aquí... ¡y lord Altringham! Me ha olvidado, lo sé, lord Altringham... Sí, el año pasado, en El Cairo... o en Newport... o en Escocia... Susy, querida, ¿cuándo traerás a lord Altringham a cenar? Cualquier noche que los dos estéis libres, prepararé...

«Los dos»: ¡ya se habían convertido en «los dos»!

—¡Ah!, Mira, ahí hay uno... de mi bisabuela —le explicó Strefford, dando un último empujón que los llevó a la primera fila, delante de un gran retrato aislado que, por la pura majestuosidad de la presentación, se sentaba en su gran marco tallado y dorado como en un trono por encima de los demás cuadros.

Susy leyó en la cartela que había abajo: «La honorable Diana Lefanu, decimoquinta condesa de Altringham» y oyó decir a Strefford:

—¿Te acuerdas? Lo tenemos donde viste el hueco encima de la repisa de la chimenea, en el salón Vandyke. Cuentan que Reynolds estipuló que debían ponerlo con los Vandykes.

Nunca le había oído hablar de sus posesiones, ya fuesen ancestrales o solo materiales, con esa voz tan plena y complacida: la voz de un rico. Vio que ya estaba empezando a notar la influencia del ambiente, que se alegraba de que el retrato de una condesa de Altringham ocupara el lugar central del principal salón de la exposición, de que la muchedumbre se agolpara más ante él que ante cualquiera de los otros cuadros, y de estar allí con Susy, dejando que ella notara y que los demás adivinaran que, el día en que ella quisiera, podría llevar el mismo nombre que su antepasada del cuadro.

De vuelta al hotel, Strefford no hizo ninguna otra alusión a su futuro; charlaron como viejos amigos en sus respectivos sitios del taxi. Pero, cuando el coche se detuvo en su puerta, él dijo:

—¡Mala suerte! Pasado mañana tengo que volver a Inglaterra. ¿Por qué no cenas conmigo esta noche en el Nouveau Luxe? Tengo que recibir al embajador y a lady Ascot, con su hija pequeña y mi vieja tía Dunes, la duquesa viuda, que está aquí escondiéndose de sus acreedores; pero intentaré invitar a dos o tres hombres divertidos para animar un poco la cosa. Luego podemos ir a un cabaret si te aburres. A no ser que te divierta más ir a bailar.

Ella entendió que había decidido apresurar su partida, antes que demorarse en la incertidumbre; también recordó haber oído decir que la hija pequeña de los Ascot, lady Joan Senechal, era una de las jóvenes más guapas de la temporada; y recordó la cordialidad casi exagerada del saludo del embajador en la visita privada.

—Pues ¡claro que iré, Streff, querido! —exclamó, haciendo un esfuerzo por parecer alegre que resultó creíble a sus propios oídos y vino acompañado por la súbita iluminación de su rostro.

Se despidió desde las escaleras, diciéndose, mientras lo miraba: «Esta noche me llevará a casa y le diré que sí, y luego volverá a besarme. Pero la próxima vez no será tan desagradable».

Entró en el hotel, miró mecánicamente el buzón vacío debajo de su llave y subió por las escaleras con las mismas imágenes en la cabeza. «Sí, le daré el sí esta noche —se repitió con firmeza, con la mano en el picaporte de la habitación—. A no ser, claro, que haya llegado una carta...» Nunca entraba en el hotel sin imaginar que la carta que no había encontrado abajo la habían subido ya.

Al abrir la puerta, encendió la luz y fue a la mesa donde a veces la esperaba la correspondencia.

No había ninguna carta; solo los periódicos de la mañana, todavía sin leer, y, al recorrer sin ganas la columna de la crónica de sociedad, leyó: «Después de un largo crucero por el Egeo y el mar Negro a bordo de su yate de vapor Ibis, el señor y la señora Hicks y su hija se han instalado en el Nouveau Luxe de Roma. Han tenido el honor de recibir a cenar al príncipe reinante de Teutoburgo-Waldhain, a su madre, la princesa viuda, y a su séquito. Entre los invitados a conocer a sus altezas serenísimas estaban los embajadores de Francia y España, la duquesa de Vichy, el príncipe y la princesa Bagnidilucca, lady Penelope Pantiles... —la mirada de Susy recorrió impaciente la larga lista de títulos— y el señor Nicholas Lansing de Nueva York, que ha estado de crucero con el señor y la señora Hicks en el Ibis los últimos meses».

XX

Los Hicks estaban en Roma; no, como en ocasiones anteriores, en una de las anticuadas hosterías de la Piazza di Spagna o la Porta del Popolo, donde habían desafiado alegremente la fiebre y se habían nutrido de color local, sino instalados, con toda la ostentación de unos filisteos millonarios, bajo los techos del *piano nobile* de uno de los altísimos «palacios», donde, como declaraba sin avergonzarse la señora Hicks, podían «confiar en las cañerías» y «tener el privilegio de contemplar los jardines de la reina madre».

Fueron estas palabras, pronunciadas con radiante aplomo en la cena, rodeada por la nobleza cosmopolita de la Ciudad Eterna, las que revelaron de pronto a Lansing el profundo cambio sufrido por los Hicks.

Al considerar los cuatro meses transcurridos desde que subiera tan inesperadamente a bordo del Ibis en Génova, veía que el cambio, al principio insidioso e inadvertido, databa del día malhadado en que los Hicks se habían encontrado en sus viajes con un príncipe reinante.

Hasta entonces habían estado a prueba de tales peligros: tanto el señor como la señora Hicks habían afirmado a menudo que la aristocracia del intelecto era la única que les interesaba. Pero, en este caso, el príncipe poseía un intelecto, además de unos cuantos kilómetros cuadrados de territorio y uno de los uniformes de mariscal de campo más bonitos que jamás vistió un guerrero regio. No obstante, el príncipe no era ningún guerrero; era un hombre encorvado, pacífico y con gafas, y la señora Hicks solo llegó a ver el uniforme gracias al regalo de una fotografía de cuerpo entero en un marco de la calle Bond, con «Anastasius» escrito oblicuamente sobre las piernas. El príncipe —y ahí radicaba la perdición de los Hicks— era arqueólogo: un arqueólogo concienzudo, inquisitivo y meticuloso. Su salud delicada (eso insinuaba su séquito) le impedía pasar una parte del año en su frío y neblinoso principado; y en compañía de su madre, la activa y entusiasta princesa viuda, vagaba de una orilla del Mediterráneo a otra, ayudando aquí a la exhumación de unas momias ptolemaicas y allí a la excavación de unos templos délficos o de unas basílicas norteafricanas. El principio del invierno normalmente empujaba al príncipe y a su madre a Roma o a Niza, a no ser que las obligaciones familiares los llamaran a Berlín, a Viena o a Madrid; pues una gran relación con las principales casas reales de Europa los obligaba, como decía la princesa madre, a estar siempre enterrando o casando a algún primo. En otros momentos rara vez se les veía en el glacial ambiente de la corte y preferían a los palacios reales otros más modernos como los que ocupaban en ese momento los Hicks.

Sí: el príncipe y su madre (lo reconocían alegremente) disfrutaban en los hoteles palaciegos; y, como no podían permitirse el lujo de habitarlos, les gustaba que sus amigos los invitaran a cenar en ellos siempre que fuese posible, «o incluso a tomar el té, querida —confesaba riéndose la

princesa—, me gustan tanto los bollos con mantequilla; y Anastasius apenas me da de comer en el desierto».

El encuentro con estas altezas ambulantes había sido fatídico —Lansing se daba cuenta ahora — para los principios de la señora Hicks. Había conocido a muchos grandes arqueólogos, pero nunca a uno tan simpático como el príncipe, y sobre todo nunca a ninguno que hubiera dejado un trono para acampar en el desierto y vivir en unas tumbas libias. Y le parecía infinitamente conmovedor que dos seres tan dotados, que se quejaban cuando tenían que ir a «casar a un primo» en el palacio de Saint James o de Madrid, y regresar a toda prisa al lejano lugar donde, hablando metafóricamente, la pala y el pico se les habían caído de las reales manos, no pudieran permitirse las comodidades de un hotel moderno y disfrutaran «como niños» cuando los invitaban a los otros «palacios» a comer bollos con mantequilla y ver bailar el tango.

Sencillamente no soportaba pensar en sus privaciones; y tampoco, después de un tiempo, el señor Hicks, a quien el príncipe le parecía más democrático que nadie a quien hubiera conocido en Apex City, y estaba inmensamente interesado por el hecho de que sus gafas se las hubiera hecho el mismo óptico.

Pero eran sobre todo las tendencias artísticas del príncipe y de su madre las que habían conquistado a los Hicks. Era fascinante pensar que, entre la chusma vulgar y maleducada de las diversas familias reales que invadían Europa, de Biarritz a Engadina, jugando, bailando el tango y sacándoles el dinero a unos plebeyos no menos vulgares, ellos, los discretos y modestos Hicks, hubiesen tenido la suerte de conocer a esta cultivada pareja, que ridiculizaba amablemente como ellos a sus frívolos parientes y cuyos gustos eran exactamente los de esas personas excéntricas, poco fiables y a veces endeudadas que hasta entonces habían representado la vida elegante para los Hicks.

Ahora por fin la señora Hicks vio la posibilidad de ser al mismo tiempo artística y disfrutar del lujo, de rendirse a las alegrías de las cañerías modernas y, al mismo tiempo, tener conversaciones al nivel más elevado.

—Si la pobre princesa quiere cenar en el Nouveau Luxe, ¿por qué no íbamos a darle ese gusto? —preguntaba sonriente la señora Hicks—; lo de que le gusten los bollos con mantequilla como a una niña, como ella dice, me parece encantador.

Coral Hicks no se unió a este coro; pero aceptó, con su curioso aire de imparcialidad, el cambio en el modo de vida de sus padres, y por primera vez (tal como observó Nick) se ocupó del atuendo de su madre, con el efecto de que la figura de la señora Hicks se volvió más firme, sus prendas más sobrias en colorido y más finas en material; a fin de que, si alguien reparaba en el parecido de la hija con la madre, la conclusión no fuese tan turbadora.

Lansing no pudo sino reparar en que tales precauciones eran muy necesarias por los valores tan diferentes de la sociedad en la que se movían ahora los Hicks. Pues era un hecho curioso que la admisión en el círculo del príncipe y su madre, que afirmaban continuamente ser los parias, los marginados, los bohemios entre las cabezas coronadas, implicaba, no obstante, no solo vivir en hoteles palaciegos, sino relacionarse con aquellos que los frecuentaban. El edecán del príncipe — un joven agradable de maneras desenvueltas— había insinuado muy sonriente que sus altezas, aunque fuesen tan democráticos y poco ceremoniosos, tenían la costumbre de inspeccionar de antemano los nombres de las personas a quienes sus anfitriones querían invitar para acompañarles; y Lansing reparó en que las listas de la señora Hicks, una vez «enviadas», solían volver aumentadas con la adición de numerosos invitados ricos y con título. Sus altezas nunca

tachaban ningún nombre; recibían con entusiasmo y curiosidad a los amigos más extraños e inexplicables de los Hicks, y como mucho dejaban a algunos para otro día con la excusa de que sería más «agradable» conocerlos en una ocasión más íntima; pero, invariablemente, añadían a la lista a algunos de sus propios amigos, con la generosa insinuación de que querían que estos (aunque socialmente estuviesen tan bien relacionados) tuvieran el «inmenso privilegio» de conocer a los Hicks. Y así resultó que, cuando las tormentas de octubre hicieron necesario amarrar el Ibis, los Hicks, al volver a encontrar en Roma a los augustos viajeros de quienes se habían despedido el mes anterior en Atenas, también vieron aumentada su lista de visitas por todo el mundo elegante de la capital.

Era cierto, y Lansing no lo había pasado por alto, que la princesa madre adoraba el arte prehistórico, la música rusa y los cuadros de Gauguin y de Matisse, pero también adoraba con una radiante falta de perspectiva las perlas grandes y los motores potentes, el té de caravana y las cañerías modernas, los cigarrillos perfumados y los escándalos de sociedad; y su hijo, aunque en apariencia menos sensible a estas formas de lujo, adoraba a su madre y estaba encantado de complacer sus inclinaciones sin que le costara nada.

—La pobre mamá —observaba— es tan valiente siempre que dormimos al raso en el desierto...

El sonriente edecán, que le explicó todas estas cosas a Lansing, añadió con una sonrisa aún mayor que el príncipe y su madre tenían obligaciones, ya fuesen sociales o familiares, con la mayoría de las personas con título a quienes pedían a los Hicks que invitaran.

—Y sus altezas —añadió— consideran que el modo más halagador de corresponder a la hospitalidad de sus amigos es ofrecerles esa oportunidad intelectual.

La mesa a la que se sentaron los amigos de sus altezas la noche en cuestión fue, desde el punto de vista numérico, una de las mayores oportunidades intelectuales que les habían ofrecido hasta entonces. Había treinta invitados en torno a la mesa adornada con flores, de la que Eldorada y el señor Beck habían sido excluidos con la excusa de que a la princesa madre le gustaban las fiestas íntimas y rogaba a sus anfitriones que nunca fuesen más de treinta a cenar. Al menos esa fue la razón que dio la señora Hicks a sus fieles seguidores; aunque Lansing había observado que, en los últimos tiempos, la misma mano habilidosa que había rehecho el círculo social de los Hicks se las arreglaba, por lo general, para excluir de él la tímida presencia de los dos secretarios. Su ostracismo le resultaba aún más desagradable porque, en los últimos tres meses, había ocupado el lugar del señor Buttles, y él mismo era su compañero asalariado. Pero, puesto que había aceptado el puesto, su deber evidente era ocuparlo según las necesidades de sus patronos; e incluso Eldorada y el señor Beck reconocían que, como decía sin rencor Eldorada, «tenía algunos de los maravillosos dones sociales del señor Buttles».

Durante el crucero, su tarea no le había resultado desagradable. Se alegraba de tener una obligación clara, por trivial que fuese, se sentía más independiente como secretario de los Hicks que como su invitado preferido y el generoso cheque que le entregaba el señor Hicks el primero de cada mes renovaba el cada vez más lánguido respeto que sentía por sí mismo.

Se consideraba absurdamente bien pagado, pero eso era asunto de los Hicks; y no veía nada humillante en estar al servicio de personas que le gustaban y a las que respetaba. Pero desde el momento del fatídico encuentro con los príncipes errantes, su situación había cambiado tanto como la de sus jefes. Dejó de ser, para el señor y la señora Hicks, un ayudante útil y estimable, al mismo nivel que Eldorada y el señor Beck, y pasó a ser un activo social de valor insospechado, a

la altura del señor Buttles en su capacidad de comprender los misterios de la etiqueta extranjera, y por encima de él en el arte del atractivo personal. Los Hicks descubrieron que Nick Lansing ya conocía a casi todos los amigos ricos y aristocráticos de la princesa madre. Muchos lo saludaron con entusiásticos «el bueno de Nick» y estaba casi tan familiarizado como el edecán de su alteza con todas esas ramificaciones secretas de amor y odio que hacían que dar una cena fuese más una ciencia en Roma que en Apex City.

El señor Hicks, al principio, se había perdido en este laberinto de escándalos subterráneos, celos y rivalidades; y al encontrar la mano de Lansing a su alcance se había aferrado a ella con conmovedora tenacidad. Pero, si el valor del joven había aumentado para sus jefes, para sí mismo había disminuido. Estaba condenado a interpretar un papel para el que no se había presentado, y le parecía más degradante cuando le pagaban con billetes de banco que cuando su retribución consistía solo en buenas cenas y alojamientos lujosos. La primera vez que el sonriente edecán lo miró a raíz de un desliz verbal de la señora Hicks, Nick se había puesto colorado como un tomate y se había ido a la cama jurando que dejaría su empleo al día siguiente.

Desde entonces habían pasado dos meses y seguía siendo el secretario pagado. Había conseguido dar a entender al edecán que no tenía suficiente sentido del humor para que valiera la pena intercambiar miradas con él, pero eso no había bastado para devolverle el respeto por sí mismo, y la noche en cuestión, mientras contemplaba la larga mesa, se dijo por centésima vez que a la mañana siguiente dejaría su empleo.

Pero ¿cuál era la alternativa? La alternativa, por lo visto, era Coral Hicks. Miró el amplio círculo de comensales, empezando por el rostro fino y alargado de la princesa madre, con sus ojillos curiosos tan altos como las ventanas de un desván debajo de un tejado de pelo rizado y un frontón de diamantes sucios; pasó por las máscaras vacuas y sobrealimentadas o elegantemente demacradas de las damas siguientes; y por fin vislumbró, entre las orquídeas bifurcadas a lo lejos, a la señorita Hicks.

Comparada con los demás, pensó, tenía una sorprendente nobleza. Sus rasgos serios le daban un parecido a un viejo monumento en una calle de hoteles palaciegos; y se maravilló de la misteriosa ley que había sacado este rostro arcaico de Apex City para dar a la sociedad más antigua de Europa ese aspecto de variopinta modernidad.

Lansing reparó en que el edecán, que era su vecino de mesa, también estaba mirando a la señorita Hicks. Su expresión era seria e incluso pensativa; pero, cuando sus ojos se cruzaron con los de Lansing, volvió a esbozar su sonrisa oficial.

—Estaba admirando a la hija de nuestra anfitriona. Que no lleve joyas es... ejem... una inspiración—observó en el tono confidencial que Lansing había llegado a temer.

—¡Oh!, la señorita Hicks es muy inspiradora—respondió con sequedad, y el edecán hizo una reverencia admirado, como si las inspiraciones fuesen más raras que las perlas, y sin duda en su ambiente lo eran.

—No me cabe duda de que sabe estar a la altura de cualquier situación—dijo; y luego cambió de tema con una de sus transiciones automáticas.

Después de cenar, al lado de una de las ventanas del salón, sorprendió a Nick al volver sobre el mismo asunto, y esta vez sin considerar necesario esbozar su sonrisa. Su rostro siguió serio, aunque sus modales fueron estudiados e informales.

—En la cena he estado admirando el imperturbable sentido del decoro de la señorita Hicks. Sus amigos imaginarán casi cualquier futuro para ella, por muy elevado que sea.

Lansing dudó y controló su enfado. Decididamente quería saber qué le rondaba por la cabeza a su acompañante.

—¿Qué quiere decir con eso de elevado? —preguntó con una sonrisa levemente divertida.

—Bueno... igual a su maravillosa capacidad de brillar en público.

Lansing siguió sonriendo.

—La cuestión es, supongo, si su deseo de brillar iguala a esa capacidad.

El edecán lo miró sin pestañear.

—Entonces, ¿no es ambiciosa?

—Al contrario; creo que es enormemente ambiciosa.

—¿Enormemente? —El edecán pareció intentar medir esa ambición—. Pero no, sin duda, más allá de... más allá de lo que podemos ofrecer. —Sus ojos completaron la frase; y fue el turno de Lansing de mirarlo sin pestañear. El edecán sostuvo su mirada—. Sí. —Sus ojos brillaron, mientras los labios estaban exánimes—. La princesa madre la admira mucho.

Pero, en ese momento, un gesto con el abanico de la señora Hicks los apartó a toda prisa de la ventana.

—El profesor Darchivio había prometido explicarnos la diferencia entre los motivos sasánidas y bizantinos en el arte carolingio, pero el director del hotel ha enviado a avisarnos de que han llegado los bailarines criollos de París, y su alteza quiere bajar al salón de baile a verlos... Está segura de que el profesor sabrá entenderlo...

—Y de que querrá acompañarnos, claro —añadió irresistible la princesa.

La breve conversación de Lansing en la ventana del Nouveau Luxe le había levantado las escamas de los ojos. Innumerables rincones oscuros de su memoria se habían iluminado gracias a esa rápida mirada del edecán: cosas que había oído, cosas que había pasado por alto, sonrisas, insinuaciones, cordialidades, rumores sobre la improbabilidad de que el príncipe fundara una familia, sugerencias de la urgente necesidad de sanear las maltrechas arcas de Teutoburgo...

La señorita Hicks, por fuerza, había acompañado a sus padres y a sus principescos invitados al salón de baile; pero, como ella no bailaba, y tampoco estaba muy interesada en ver bailar a otros, se quedó aparte del grupo, absorbida en una conversación arqueológica con el perplejo pero sonriente sabio que debía haber ilustrado a los invitados sobre la diferencia entre los adornos sasánidas y bizantinos.

Lansing, también apartado, había escogido un lugar desde donde observar a la joven: tenía un aspecto diferente desde que la veía como el centro de estos cabos sueltos de intriga. Sí; decididamente se estaba volviendo más guapa; o al menos había aprendido a aprovechar su línea en lugar de intentar disimularla. Mientras sujetaba el antejo para observar distraída a los bailarines, él apreció la belleza de su brazo y la despreocupada seguridad de su gesto. Coral Hicks no era nerviosa ni quisquillosa; y no le sorprendió que, al menos desde el punto de vista estético, la princesa madre hubiera reparado en sus posibilidades.

Nick Lansing se pasó toda la noche sentado y considerando su futuro. Conocía lo bastante la sociedad con la que se habían mezclado los Hicks para adivinar que, muy pronto, la insinuación del edecán reaparecería en forma de una propuesta directa. El propio Lansing —por ser la única persona en el entorno de los Hicks con quien se podía tratar de forma comprensible— sería probablemente el encargado de dar el siguiente paso en las negociaciones: le pedirían, como diría

el edecán, que «tanteara el terreno». Estaba claro que la política del Estado de Teutoburgo era ofrecer a la señorita Hicks, además de la mano de su soberano, la oportunidad de sanear sus arcas.

¿Qué haría la joven? Lansing no tenía ni idea; aunque intuía oscuramente que su actitud dependería en gran parte de la suya. Y sabía tanto cuál iba a ser esta como lo había sabido la noche en que, cuatro meses antes, había salido del cuarto de su mujer en Venecia para tomar el expreso de medianoche para Génova.

Todo su pasado y, por encima de todo, la tendencia, de la que se había enorgullecido una vez, de vivir en el presente y aprovechar las oportunidades que le ofreciera le hacían ahora más difícil actuar. Empezó a comprender que nunca, ni siquiera en las relaciones más íntimas de la vida, veía más allá de su placer inmediato. Le había parecido bien entregarse con intensidad a la plenitud del momento en lugar de apresurarlo en persecución de algo más, o de otra cosa, como hacían los demasiado escrupulosos o los poco imaginativos, a quienes siempre había compadecido e incluido en la misma categoría. Hasta que no unió su vida a la de Susy no empezó a sentir que había un futuro que quería asegurar y moldear según sus propias necesidades y propósitos, hasta que, por una sustitución imperceptible, ese futuro se había convertido en su verdadero presente, en un momento en el tiempo que todo lo absorbía.

Ahora el momento se había roto y él no sabía cómo reconstruirlo. Nunca había pensado en juntar pedazos rotos: se sentía como un hombre cuya casa ha sido destruida por un terremoto y que, por falta de mano de obra, se ve obligado por primera vez a empuñar la llana y a cargar ladrillos. Sencillamente no sabía por dónde empezar.

La fuerza de voluntad, comprendió, no era algo que uno pudiera adquirir de pronto por decreto. Debía construirse de manera imperceptible y laboriosa a partir de una sucesión de pequeños esfuerzos para plantearse metas definidas, enfrentándose a las dificultades diarias en vez de eludirlas hábilmente o trasladar la carga a otros. La fabricación de la sustancia llamada carácter era un proceso tan lento y arduo como la construcción de las pirámides; y, al igual que esos espantosos edificios, servía sobre todo para alojar en ella a tus descendientes, cuando ellos también fuesen polvo. Pero el instinto de las pirámides era el que había hecho el mundo, el que había hecho al hombre, y hecho que sus placeres fugitivos perduraran como frescos descoloridos en muros imperecederos...

XXI

Al volver de la cena en el Nouveau Luxe, los acontecimientos habían seguido el curso previsto por Susy.

Le había prometido a Strefford que buscaría consejo legal sobre su divorcio y él la había besado; prometérselo había sido más fácil de lo que había previsto y el beso menos difícil de recibir.

Había ido a la cena temblando de humillación después de haberse enterado de que su marido seguía con los Hicks. Aunque siempre había estado moralmente convencida de que así era, descubrirlo había sido un golpe y, por primera vez, midió el abismo que había entre temer una cosa y saberla. No era raro que no hubiese escrito. Un marido moderno no tenía por qué: le bastaba con dejar que el tiempo y los periódicos dieran a conocer sus intenciones. Susy imaginó a Nick diciéndose, como le había dicho a veces, cuando ella le recordaba que tenía que responder a una carta: «Hay muchas maneras de responder a una carta: y escribir no es la mía».

Bueno... lo había hecho a su manera y ella había recibido la respuesta. Por un minuto, mientras dejaba a un lado el periódico, la rodeó la oscuridad, y tuvo la sensación de estar cayendo en la misma insondable desesperación que en su espantosa vigilia en el Palazzo Vanderlyn. Pero estaba harta de tanta desesperación: su cuerpo saludable y sus nervios la rechazaban por instinto. La ola había pasado y estaba esforzándose irresistiblemente por volver a la luz, la vida y la juventud. ¡Él no la quería! Bueno, pues ¡intentaría no quererlo ella a él! Tenía a mano los viejos trucos: el carmín para los labios lívidos, la atropina para los ojos borrosos, el vestido nuevo sobre la cama... pensó en Strefford y en sus invitados que la esperaban y en las conclusiones que los comensales del Nouveau Luxe sacarían al verlos juntos. Gracias a Dios, nadie diría: «¡Pobrecita Susy! ¿Sabías que Nick la ha dejado?». Lo que dirían sería: «¡Pobre Nick! Sí, supongo que ella habrá sentido dejarlo; pero Altringham está loco por casarse con ella, y ¿qué podía hacer?».

Y, una vez más, los acontecimientos siguieron el curso que ella había previsto. Al verla en la mesa de lord Altringham, con los Ascot y la vieja duquesa de Dunes, los espectadores interesados no pudieron considerar la cena más que como la confirmación de los rumores de boda. Como decía Ellie, la gente hoy no esperaba a terminar con los fatigosos trámites del divorcio para anunciar su compromiso. En los últimos tiempos la propia Ellie, pródigamente cubierta de perlas y armiños, había flotado con Algie Bockheimer a su estela, y se había sentado en conspicuo *tête-à-tête*, asintiendo con la cabeza y demostrando su comprensión a Susy. En todos los ojos veía aprobación: ¡qué emocionante, parecían decir todos, que Susy Lansing lo haya logrado! Cuando la fiesta, después de la cena, pasó del comedor al salón, advirtió, en las sonrisas y los apretones de

mano que la rodearon, la insinuación apenas disimulada de las felicitaciones oficiales; y Violet Melrose, sentada con Fulmer en un rincón, la llevó aparte con un gesto lánguido envuelto en jade para susurrarle con ternura:

—Muy inteligente, querida, no haberte puesto ninguna joya.

En los ojos de todas las mujeres vio reflejado el brillo de las alhajas que podría llevar cuando quisiera: era como si su brillo le llegara desde el banco lejano donde estaban guardadas en la caja fuerte de Altringham. ¡Qué tonta había sido al pensar que Strefford creería que no le importaban!

La mujer del embajador, una persona perpendicular e inexpresiva, había sido un poco menos afable con Susy de lo que habría sido de desear, pero la explicación era lady Joan —la joven era muy guapa, alarmantemente guapa—: probablemente todo el mundo en la sala lo había adivinado. La vieja duquesa de Dunes estuvo encantadora. Se parecía a Strefford con peluca y perlas falsas (Susy estaba segura de que eran tan falsas como sus dientes); y su cordialidad fue tan expresiva que a la futura novia le costó más explicársela que la frialdad de lady Ascot, hasta que oyó a la anciana susurrarle a su sobrino cuando pasaban al salón:

—Streff, cariño, cuando tengas un minuto y puedas pasarte por mi pensión, estoy segura de que podrías explicarme en dos palabras qué tengo que hacer para calmar a esos espantosos prestamistas... Y ¡trae a tu exquisita estadounidense a verme...! No, Joan Senechal es demasiado guapa para mi gusto... Insípida...

Sí: todo volvía a tener un sabor dulce en sus labios. Unos pocos días después, empezó a dudar de por qué las muestras de cariño de Strefford podían haberle parecido tan alarmantes. Desde luego, no era pródigo en ellas; pero cuando la tocaba e incluso cuando la besaba ya no parecía tener importancia. Una falta de sensaciones casi completa había sustituido piadosamente a la primera agitación descontrolada de sus nervios.

Y lo mismo ocurriría, sin duda, con todo lo demás en su nueva vida. Si no le causaba ninguna reacción aguda, ya fuese de dolor o de placer, la falta misma de sensaciones equivaldría a la paz. Y, entretanto, estaba saboreando lo que había empezado a sospechar que era la máxima dicha de la mayoría de las mujeres que conocía: días abarrotados de compromisos, la excitación de las multitudes elegantes, la emoción de comprar una joya, una chuchería, o un «modelo» nuevo que quería tu mejor amiga, o de ser invitada a una representación privada, o a alguna diversión exclusiva, a la que tu mejor amiga no había podido asistir. Ahora no había nada que no pudiera comprar, ningún sitio al que no pudiera ir: solo tenía que escoger y triunfar. Y, por un tiempo, la emoción superficial de su vida le procuró la ilusión del placer.

Strefford, como ella había imaginado, había pospuesto su regreso a Inglaterra, y ahora llevaban casi tres semanas juntos en su nueva, y casi admitida, relación. Ella había imaginado que, finalmente, la parte más fácil sería estar con Strefford: que su antigua amistad ayudaría a borrar la sensación de extrañeza. Pero, aunque se había acostumbrado enseguida a sus caricias, seguía pareciéndole curiosamente poco familiar: a veces ni siquiera estaba segura de estar hablándole al Strefford de siempre. No era que su manera de ver hubiese cambiado, sino que lo ocupaban y absorbían otras cosas. Disfrutaba de todos los detalles de su elevada posición; y, aunque seguía burlándose de sus privilegios y obligaciones, lo hacía con una risa celosa.

Le divertía mucho, por ejemplo, que lo adularan las mismas personas que antes lo censuraban, y sentar a la misma mesa a personas que tenían que disimular su irritación por que los hubiera invitado por miedo a que no los invitara sin más. Igual de divertido era favorecer por capricho a

los aburridos y trasnochados en ocasiones en que los brillantes y los de mala fama esperaban su atención. Le encantaba, por ejemplo, invitar a la vieja duquesa de Dunes y a Violet Melrose a cenar con el párroco de Altringham, cuando iba camino de Suiza a pasar un mes de vacaciones, y observar la expresión de la mujer del párroco mientras la duquesa contaba sus últimas dificultades con los corredores de apuestas y los prestamistas, o Violet proclamaba el derecho del Amor y del Genio a disfrutar de todo aquello que siempre había sido patrimonio exclusivo de la Respetabilidad y el Aburrimiento.

Susy debía admitir que sus propias diversiones no eran mucho más elevadas; pero ella tenía que contentarse a falta de algo mejor, mientras que a Strefford, que podía tener lo que quisiera, le bastaba con esos triunfos.

En cierto sentido, a pesar de sus triunfos y sus oportunidades, parecía haber encogido. El Strefford de antes había sido sin duda una persona de más altura, y ella dudaba de si la prosperidad material sería siempre el principio de la osificación. Strefford había sido mucho más divertido cuando vivía de su ingenio. A veces, ahora, cuando intentaba hablar de política, o imponer su opinión sobre una cuestión de interés público, a ella le sorprendían sus limitaciones. Antes, cuando no estaba seguro del terreno que pisaba, soslayaba las dificultades con una locuacidad disparatada o con una ironía desenvuelta; ahora era aburrido, y a veces casi pomposo. Susy reparó también, por primera vez, en que no siempre oía con claridad cuando varias personas hablaban al mismo tiempo, o cuando estaba en el teatro; y empezó a tener la costumbre de repetir una y otra vez: «¿Habla no sé quién poco claro o es que me estoy quedando sordo?», lo cual a ella le sacaba de quicio porque insinuaba una correspondiente debilidad mental.

Estas ideas no siempre le preocupaban. La corriente de actividad ociosa en la que ambos se movían era su elemento igual que el de él; y la marea nunca había sido tan rápida ni las olas tan pujantes. En su relación con ella no podía tener más tacto ni ser más considerado. Ella notaba que aún recordaba su asustado intercambio de miradas después del primer beso; y reparar en este pequeño resorte oculto de la imaginación a veces bastaba para saciar la sed de Susy.

Ella siempre había tenido una puntillosidad casi masculina a la hora de cumplir su palabra, y, después de prometerle a Strefford que daría los pasos necesarios para divorciarse, los había dado. Una repentina reticencia le impidió pedir consejo a amigas como Ellie Vanderlyn, de quienes sabía que estaban en plenas negociaciones, y lo único que se le ocurrió fue consultar a un joven abogado estadounidense que ejercía en París, con quien pensó que podría hablar más fácilmente porque no era de Nueva York, y probablemente no conocería su historia.

Ignoraba hasta tal punto el procedimiento que le sorprendió y alivió que apenas le hiciera preguntas personales; aunque le extrañó enterarse de que el divorcio no podía conseguirse ni en Nueva York ni en París, basándose solo en el abandono o en la incompatibilidad.

—Pensaba que hoy... si la gente prefería separarse... podía arreglarse siempre —balbució, maravillada por su propio desconocimiento, después de todas las rupturas conyugales que había presenciado.

El joven abogado sonrió y se ruborizó un poco. Estaba claro que su encantadora cliente le intimidaba por su elegancia, y aún más por su falta de experiencia.

—Se puede... casi siempre —admitió—; y sobre todo si... como supongo que es el caso... su marido también desea...

—¡Oh, desde luego! —exclamó ella, humillada de pronto por tener que admitirlo.

—Bien, en tal caso... ¿puedo sugerir que, para zanjar la cuestión, lo mejor sería que le

escribiese?

Ella se apartó un poco. Nunca se le había ocurrido que los abogados no pudieran arreglárselas sin su intervención.

—Escribirle... pero ¿para qué?

—Bueno, para expresarle su deseo... de recuperar su libertad... Lo demás, supongo —dijo el joven abogado—, puede dejarse en manos del señor Lansing.

Ella no supo exactamente a qué se refería y estaba demasiado turbada por la idea de tener que comunicarse con Nick para pensar en ninguna otra cosa. ¿Cómo iba a escribir una carta así? Y ¿cómo iba confesarle al abogado que no tenía el valor de hacerlo? Le diría, claro, que volviese a casa y se reconciliaran. Ella dudó perpleja.

—¿No sería mejor —sugirió— que la carta llegase de... de su bufete?

Él se quedó pensando educadamente.

—En general, no. Si, como he creído entender, es necesario un acuerdo amistoso, para obtener las pruebas necesarias, me parece más aconsejable que le envíe usted unas líneas proponiéndole un encuentro.

—¿Un encuentro? ¿Es necesario que nos veamos? —Le avergonzaba que aquel joven de la sonrisa cauta, que debía de estar perplejo por su falta de entendimiento infantil, notara su turbación, pero no pudo controlar el tono quebrado de su voz—. ¡Oh!, por favor, escríbale... ¡Yo no puedo! Y ¡tampoco puedo verle! ¡Oh! ¿No puede usted arreglarlo por mí? —imploró.

Entonces vio que hasta entonces había pensado que el divorcio era algo que una iba a comprar —o encargar— a una tienda: algo concreto y portátil, que podía pagarse con el dinero de Strefford, y que no requería ninguna participación personal. ¡El abogado debía de pensar que era una tonta! Irguiéndose, se levantó del asiento.

—Mí marido y yo no queremos volver a vernos... Estoy segura de que sería inútil... y muy doloroso.

—Usted lo sabe mejor que yo, claro. Pero, en cualquier caso, una carta suya, una carta amistosa, parece más aconsejable... en vista de la aparente falta de pruebas...

—Está bien; le escribiré —aceptó, y se marchó a toda prisa, casi sin oír la advertencia que le hizo el abogado al despedirse de que se quedara con una copia de la carta.

Esa noche le escribió. En último extremo le habría resultado imposible si, en el teatro, el joven Breckenridge no hubiera asomado la cabeza en su palco. Acababa de volver de Roma, donde había cenado con los Hicks («un espectáculo fantástico... Están verdaderamente *lancés*[7] ... No los reconocerías»), y había visto a Lansing, de quien dijo que iba a casarse con Coral «en cuanto arreglara las cosas».

—Tenías razón, ¿eh, Susy? —se rió—, esa noche en Venecia el verano pasado, cuando todos pensábamos que bromeabas sobre lo de su compromiso. ¡Qué lástima que frustraras nuestra visita sorpresa a los Hicks y enviaras a Streff a buscarnos justo cuando íbamos a entrar! ¿Te acuerdas?

Dijo lo de «Streff» como de pasada, igual que siempre, pero con una mirada de soslayo a su anfitrión; y lord Altringham, inclinándose hacia Susy, preguntó con frialdad:

—¿Estaba hablando de mí, Breckenridge? No he oído lo que ha dicho. ¿Habla poco claro o es que me estoy quedando sordo?

Después de eso le pareció fácil en comparación, cuando Strefford la dejó en su hotel, ir al piso de arriba y escribir. Anotó a toda prisa la fecha y la dirección, y luego se detuvo; pero de

pronto recordó la risa de Breckenridge y las palabras fluyeron.

Querido Nick:

Dejaste Venecia en julio y no he vuelto a saber de ti desde la nota en la que me decías que te marchabas unos días y que pronto tendría noticias tuyas.

Sigues sin escribir y han pasado cinco meses desde que me dejaste. Eso significa, supongo, que quieres recuperar tu libertad y concederme a mí la mía. ¿No sería más considerado, en tal caso, decírmelo? Seguir como estamos ahora es lo peor que podemos hacer. No sé cómo expresar estas cosas, pero, puesto que no parece dispuesto a escribirme, tal vez prefieras enviar tu respuesta al señor Frederic Spearman, el abogado estadounidense de aquí. Su dirección es Boulevard Haussman, 100. Espero...

Se interrumpió en la última palabra. «Espero.» ¿Qué esperaba para él o para ella? Desearle lo mejor parecería una burla... y antes prefería que su carta sonara amarga que insensible. Quería terminarla más que ninguna otra cosa. Tener que reescribir siquiera esas pocas líneas sería una tortura. Así que dejó «Espero» y añadió sencillamente: «saber pronto lo que hayas decidido».

Volvió a leerla y se estremeció. Ni una palabra del pasado... ni una sola alusión a ese misterioso entrelazado de sus vidas que los había cobijado a uno en el otro como a la flor en su capullo. ¿Qué sitio tenían esos recuerdos en una carta así? Había tenido la sensación de querer ocultar a ese otro Nick en su seno, y con él a la otra Susy, la Susy que él había imaginado que era un día... Ninguno de los dos parecía tener nada que ver con lo que pasaba ahora.

Terminada la carta, observó el sobre cerrado hasta que su presencia en la habitación se volvió insoportable, y comprendió que tenía que romperlo o echarlo al correo cuanto antes. Fue al vestíbulo de hotel dormido y sobornó al recepcionista nocturno para que llevara la carta a la oficina de Correos más próxima, aunque él objetó que, a esas horas, no ganaría ningún tiempo.

—La quiero fuera de la casa —insistió ella; y esperó muy seria con su batín al lado del mostrador hasta que él volvió de hacer el recado.

Al volver a la habitación, le impresionó ver el escritorio desordenado; y recordó la advertencia del abogado de que se quedara con una copia de la carta. ¡Una copia para archivarla con los documentos en «Lansing contra Lansing»! Se echó a reír al pensarlo. ¿De qué estarían hechos los abogados? ¿Es que no se había dado cuenta, solo con ver su mirada y oír su voz, de que nunca, en toda su vida, olvidaría una palabra de esa carta... de que, noche tras noche, se quedaría en la cama, como estaba esa noche, contemplando horas enteras la oscuridad, mientras una voz en su cerebro repetía monótona: «Querido Nick, me dejaste en julio...» y seguiría así, palabra tras palabra, hasta la última sílaba fatídica?

XXII

Strefford iba a partir a Inglaterra.

Después de asegurarse de que Susy había dado el primer paso para liberarse, la consideró su prometida y no vio motivos para seguir con tantos misterios. Ella entendió su impaciencia por decidir sus planes: lo protegerían de la formidable amenaza de las mujeres casaderas y harían que, como él decía, la gente dejara de entrometerse. Ahora que empezaba a pasarse la novedad de su situación, su indolencia natural volvió a reafirmarse y no había nada que temiera más que tener que estar en guardia contra los innumerables planes que quienes le apreciaban estaban siempre trazando para él. A veces Susy imaginaba que si iba a casarse con ella era solo porque hacerlo equivalía a seguir la línea de menor resistencia.

—Casarte conmigo es la forma más fácil de no casarte con las demás —se rió ella un día en que él le insistió, en una silenciosa avenida del Bois de Boulogne, en acordar varios preliminares—. Creo que no soy más que una protección para ti.

Un extraño brillo pasó por detrás de sus ojos y al instante Susy adivinó lo que estaba pensando: «Y ¿qué otra cosa soy yo para ti?».

Ella cambió de color y él respondió, riéndose también:

—Bueno, lo eres, ¡gracias a Dios!

Susy sopesó sus palabras y luego preguntó:

—Y, entretanto, ¿cómo vas a defenderte otro año más?

—¡Ah! De eso tendrás que ocuparte tú; tendrás que alquilar una casita en Londres. Tienes que cuidar de mí, ya sabes.

Ella estuvo a punto de replicar: «¡Oh, si solo me quieres por eso!»... Pero eso era exactamente lo que quería evitar a toda costa en su conversación y su pensamiento. No podía preguntarle cuánto la quería sin exponerse a que él le hiciera la misma pregunta; y eso la aterraba. De hecho, aunque Strefford no era un pretendiente muy ardoroso —ya fuese por tacto, por temperamento o quizá solo por su inveterada costumbre de menospreciar y reducir a la nada cualquier posible sentimiento o convicción—, ella sabía que la quería todo lo que podía querer a alguien. Si el elemento de la costumbre era una gran parte de sus sentimientos, si le gustaba, sobre todo, porque estaba acostumbrado a ella y conocía sus opiniones, sus debilidades y sus concesiones, sabía que era improbable que le aburriera y estaba casi seguro de que le divertiría; estos ingredientes, aunque no fuesen muy ardientes, eran probablemente los que mantendrían sus sentimientos por ella a una temperatura agradable. Susy había probado los trópicos y quería un tiempo más estable; pero la idea de tener que avivar la llama durante un año entero no podía parecerle más deprimente. Sin embargo, eso era justo lo que no podía decir. El largo período a

prueba, durante el cual, como sabía, tendría que divertirlo, protegerle, sostenerle y apartar a las demás mujeres, era una parte necesaria de su situación. Estaba segura de que, como habría dicho el joven Breckenridge, podría «lograrlo», pero no quería pensar en eso. Habría preferido marcharse, a cualquier sitio, y no volver a ver a Strefford hasta que se casaran. Pero eso tampoco se atrevió a decírselo.

—¿Una casita en Londres? —dudó.

—Bueno, supongo que necesitarás un techo sobre tu cabeza.

—Supongo que sí.

Él se sentó a su lado.

—Si te gusto lo bastante para vivir en Altringham un día, ¿no dejarás que entretanto te proporcione una cosa más pequeña y más cómoda?

Ella siguió dudando. Sabía que la alternativa era vivir de Ursula Gillow, de Violet Melrose o de alguna otra de sus amigas ricas, cualquiera de las cuales estaría dispuesta a ofrecer su más suntuosa hospitalidad a la futura lady Altringham. Semejante solución, a la larga, no sería menos humillante para su orgullo, ni menos destructiva para su independencia que la casita de Altringham. Pero aun así contemporizó.

—Iré a Londres en diciembre y me quedaré una temporada con varias personas... Luego podemos pensarlo.

—Muy bien; como quieras. —Era evidente que consideraba ridículas sus dudas, pero estaba demasiado contento por el inicio de los trámites del divorcio para dejar que le enfriara su respuesta—. Y, oye, cariño, ¿no podría regalarte algún anillo?

—¿Un anillo? —Susy se ruborizó al oír su propuesta—. ¿Para qué, Streff, cariño? Con todas esas joyas guardadas en Londres...

—¡Oh! Temo que te parezcan anticuadas. Y, qué diablos, ¿por qué no iba a regalarte algo nuevo? Ayer me encontré con Ellie y con Bockheimer, en la Rue de la Paix, eligiendo zafiros. ¿Te gustan los zafiros, o las esmeraldas? ¿O prefieres solo un diamante? He visto uno enorme... Me gustaría regalártelo.

¡Ellie y Bockheimer! ¡Cuánto odiaba la conjunción de sus nombres! Su caso siempre le parecía una caricatura del suyo, y sentía un resentimiento irracional contra Ellie por haber elegido la misma época para separarse y volver a juntarse.

—¡Preferiría que no hablaras de ellos, Streff... como si fuesen igual que nosotros! No soporto estar en la misma habitación que Ellie Vanderlyn.

—¿Eh? ¿Qué pasa? ¿Lo dices porque ha abandonado a Clarissa?

—No solo por eso... No sabes... No puedo contártelo...

Se estremeció al recordarlo y se levantó inquieta del banco donde estaban sentados.

Strefford se encogió de hombros con desinterés.

—Bueno, cariño, no esperarás que esté de acuerdo contigo; al fin y al cabo, es a Ellie a quien le debo la suerte de haber estado tanto tiempo a solas contigo en Venecia. Si ella y Algie no hubiesen prolongado su luna de miel en la villa...

Se detuvo bruscamente y miró a Susy. Ella fue consciente de que hasta la última gota de sangre había desaparecido de su rostro. Notó cómo se retiraba de su corazón y fluía de ella como si le hubiesen cortado todas las arterias, hasta que le pareció que lo único que quedaba de vida en su interior era un punto de dolor irreductible.

—¿Ellie... en tu villa? ¿Qué quieres decir? ¿Eran Ellie y Bockheimer los que...?

Strefford siguió mirándola sin pestañear.

—¿No lo sabías?

—¿Los que llegaron después de Nick y yo...? —insistió ella.

—¿Crees que de lo contrario os habría echado? Ese espantoso Bockheimer me cubrió de oro. Bueno, es una ventaja: ¡ya nunca tendré que volver a alquilar la villa! Me gusta mucho, y creo que de vez en cuando podremos ir a pasar un par de días... Susy, ¿qué te ocurre? —exclamó.

Ella le devolvió la mirada, pero sin verle. Todo se movía y daba vueltas ante sus ojos.

—Entonces, ¿estaba allí mientras yo echaba al correo todas esas cartas...?

—¿Cartas... qué cartas? ¿Por qué pareces tan disgustada?

Ella siguió pensando en voz alta, como si él no hubiera hablado.

—¿Ellie y Algie Bockheimer llegaron allí el mismo día en que nos fuimos Nick y yo?

—Supongo. Pensé que ella te lo había contado. Ellie siempre le cuenta todo a todo el mundo.

—Creo que me lo habría dicho... pero no la dejé.

—Bueno, cariño, entonces no es culpa mía, ¿no? Aunque la verdad es que no entiendo...

Pero Susy, todavía ciega a todo excepto a la danza de chispas borrosas ante sus ojos, insistió como si no le hubiese oído.

—Entonces, ¡fue su coche el que nos llevó a Milán! ¡El coche de Algie Bockheimer!

No sabía por qué, pero eso le pareció el incidente más humillante de todo el odioso asunto. Recordó las reticencias de Nick a utilizar el coche... Recordó su mirada cuando ella se jactó de haberlo «conseguido». Las náuseas le formaron un nudo en la garganta.

Strefford se echó a reír.

—¿Le cogiste prestado el coche? ¿Sin saber de quién era?

—¿Cómo iba a saberlo? Convencí al chófer... a cambio de una propina... Fue para ahorrarnos el billete de tren a Milán... En Italia el suplemento por exceso de equipaje es carísimo...

—¡La buena de Susy! ¡Bien hecho! Ya te imagino...

—¡Ay, qué espanto... qué espanto! —gimió.

—¿Espanto? ¿Qué es lo que es un espanto?

—Pues que no veas... que no sientas... —empezó impetuosa; y luego se detuvo. ¿Cómo podía explicarle que lo que le repugnaba no era tanto que les hubiera alquilado a esas dos personas la casa cuando Nick y ella se marcharon, por más que imaginarlos en la casa secreta, y bajo los plátanos de sombra de la terraza dejaba un rastro de baba en sus horas mejores? No, no era eso lo que más le repugnaba, sino el hecho de que Strefford, mientras disfrutaba de los lujos de la casa de Nelson Vanderlyn, hubiese sido cómplice de los líos amorosos de Ellie Vanderlyn y los hubiese cobijado —a cambio de un buen precio— bajo su propio techo. El reproche tembló en sus labios, pero recordó el papel que había representado ella en aquel desdichado asunto, la imposibilidad de confesárselo a Strefford, y de revelarle que Nick la había dejado por esa misma razón. No tenía que descubrirlo pudiera rebajarla ante él: los problemas morales le traían sin cuidado y se habría reído de su confesión, y habría despreciado a Nick en su nuevo papel de moralista. Pero eso era justo lo que Susy no podía soportar: que nadie arrojara la menor sombra de duda sobre la autenticidad de los valores de Nick, o llegase a saber lo muy por debajo de ellos que había caído ella.

Guardó silencio y Strefford, al cabo de un rato, la acercó amablemente al asiento que tenía al

lado.

—Susy, por mi alma que no sé adónde quieres ir a parar. ¿Estás enfadada conmigo... o contigo misma? Y ¿a santo de qué? ¡Estás disgustada porque le alquilé la villa a una pareja que no estaba casada! Pero ¡qué demonios, pagaban bien, y de algún modo tenía que ganarme la vida! No todos los días se tropieza uno con una pareja nupcial...

Ella miró su rostro confundido e incrédulo. ¡Pobre Streff! No, no era con él con quien estaba enfadada. ¿Por qué iba a estarlo? Ni siquiera esa malhadada revelación le había contado nada sobre él que no supiera ya. Sencillamente había puesto de manifiesto una vez más la auténtica manera de ver las cosas de la gente entre la que vivía y le había mostrado que, a pesar de las diferencias superficiales, él pensaba como ellos, juzgaba como ellos y era tan ciego como ellos... igual que esperarían que lo hiciera ella si volvía a formar parte de su grupo. ¿De qué servía que la fortuna te colocara por encima de esos apañes y compromisos, si seguías permitiéndolos en el fondo de tu corazón? Y ella tendría que... hacerse el eco del tono general, endurecerse como los demás, y poco a poco llegaría a sorprenderse de sus reparos, igual que se sorprendía ahora sinceramente Strefford. Se sintió como si estuviese a punto de perder algún tesoro recién encontrado, un tesoro precioso solo para ella, pero comparado con el cual todo lo que él le ofrecía no valía nada, el triunfo de su orgullo no valía nada y la seguridad de su futuro no valía nada.

—¿Qué te ocurre, Susy? —preguntó él con la misma amabilidad confundida.

¡Ay, qué soledad no poder hacérselo comprender nunca! Ya se había sentido bastante sola cuando la espada flamígera de la indignación de Nick la expulsó de su Paraíso; pero había encontrado una dicha cruel en el dolor. Nick no le había abierto los ojos ante nuevas verdades, pero había vuelto a despertar en ella algo que había yacido inconsciente durante años de indiferencia acumulada. Y ese despertar no la había abandonado desde entonces, y en cierto sentido la había protegido de la soledad más absoluta porque era un secreto que compartía con Nick, un regalo que le debía a Nick, y que, al abandonarla, no pudo arrebatarse. Era casi, sintió de pronto, como si la hubiera dejado encinta.

—Mi niña —dijo Strefford, mirando resignado el reloj—, sabes que cenamos en la embajada...

—¿En la embajada? —Lo miró vagamente; luego lo recordó. Sí, esa noche cenaban en casa de los Ascot, con el primo de Strefford, el duque de Dunes, y su mujer, la hermosa, intachable y joven duquesa; con la anciana duquesa viuda, aficionada al juego, y a quien su hijo y su nuera habían ido a ver desde Inglaterra; y con otros invitados ingleses y franceses de tanta alcurnia como los Dunes. Susy sabía que su inclusión en esa cena no podía significar más que una cosa: era su reconocimiento definitivo como la futura esposa de Altringham. Era «la pequeña estadounidense» con quien había que contar al invitarlo a él, incluso en las ocasiones ceremoniales. La familia la había aceptado; la embajada no podía sino seguir su ejemplo.

—Es tarde, cariño; y antes tengo que ver a alguien por un asunto de negocios —le recordó Strefford con paciencia.

—¡Oh, Streff... no puedo, no puedo! —Las palabras le salieron sin saber lo que estaba diciendo—. No puedo ir contigo... no puedo ir a la embajada. No puedo seguir así... —Alzó los ojos hacia los suyos en una súplica desesperada—. ¡Entiéndeme... por favor, entiéndeme! —gimió, consciente, mientras lo decía, de la imposibilidad de lo que le pedía.

El rostro de Strefford había palidecido y se había endurecido poco a poco. De cetrino había

pasado a un blanco sucio, y se le habían marcado unas arrugas de obstinación entre las cejas irónicas y alrededor de la boca débil y risueña.

—¿Entender? ¿Qué quieres que entienda? —se rió—. ¿Que ya estás intentando dejarme?

Ella se encogió al oír el desdeñoso «ya», pero al instante recordó que era lo único que podía esperar que dijera, puesto que sencillamente no podía entender que estaba huyendo de él.

—¡Ay, Streff... si supiera cómo decírtelo!

—Lo importante no es el cómo. ¿Es eso lo que estás intentando decir? —Ella bajó la cabeza y vio las hojas muertas dando vueltas en el sendero, movidas por una súbita racha de viento invernal—. La razón —continuó él, aclarándose la garganta con una sonrisa rígida— para mí no es tan importante como los hechos.

Susy se puso en pie, sufriendo por el dolor de Streff. Pero, aun así, pensó, él había recordado la cena en la embajada. Esta idea le dio valor para continuar.

—No funcionaría, Streff. No soy una persona capaz de hacerte feliz.

—¡Oh! Eso deja que lo decida yo, ¿quieres?

—No, no puedo. Porque yo también sería infeliz.

Él dio una patada a las hojas que pasaban empujadas por el viento.

—Has tardado mucho en darte cuenta.

Ella reparó en que la reciente conciencia de su propia importancia le estaba haciendo sufrir incluso más que su afecto herido; y eso volvió a infundirle valor.

—Si he tardado mucho, mayor razón para no prolongarlo más. Si cometiera un error serías tú quien sufriría por él...

—Gracias —dijo él—, por tanta solicitud.

Susy lo miró con impotencia, dominada por la desesperante sensación de la inaccesibilidad que se abría entre ambos. Luego recordó que Nick, durante su última conversación, le había parecido igual de inaccesible y pensó si las almas humanas no se convertirían inevitablemente en manchas borrosas cada vez que intentaban acercarse demasiado. Le habría gustado decirle eso a Streff... pero tampoco lo habría entendido. Volvió a envolverla la sensación de soledad y buscó a tientas en vano una palabra que pudiera hacer mella en él.

—Deja que vuelva sola a casa, ¿quieres? —le pidió.

—¿Sola?

Ella asintió con la cabeza.

—Mañana... mañana...

Él intentó sonreír valientemente.

—¡Al demonio con mañana! Pase lo que pase no impedirá que te acompañe a casa.

Miró hacia el taxi que les esperaba al final de la calle vacía.

—No, por favor. Tienes prisa; coge el taxi. Me apetece mucho dar un paseo sola... por las calles, mientras se encienden las farolas...

Él le puso la mano en el brazo.

—Oye, cariño, ¿no estarás enferma?

—No; no lo estoy. Pero puedes decir que lo estoy, esta noche en la embajada.

La soltó y se apartó.

—¡Vaya, muy bien! —respondió con frialdad; y ella entendió por su tono que el nudo se había

cortado y que en ese momento casi la odiaba. Dio media vuelta y se alejó a toda prisa por la avenida vacía, huyendo de él, y sabiendo que, mientras huía, aún seguía allí, mirándola, herido, humillado, sin entender. La culpa no era suya ni de él...

XXIII

Mientras huía hacia las luces de las calles, un aliento de libertad pareció soplarle en la cara. Se había quitado de encima las hipocresías acumuladas en los últimos meses como si fuesen una carga fatigosa: volvía a ser ella, la Susy de Nick y de nadie más. Aceleró el paso mirando fijamente con los ojos brillantes y perplejos las majestuosas fachadas del barrio de La Muette, las perspectivas de los árboles sin hojas, el brillo de los escaparates que mostraban todas las cosas que ya nunca podría volver a comprar...

En una avenida llena de tiendas se detuvo ante el escaparate de un sombrerero y se dijo: «¿Por qué no iba a poder ganarme la vida adornando sombreros?». Se cruzó con unas jóvenes obreras que salieron por una puerta y se desperdigaron para coger tranvías y ómnibus; y contempló con interés reciente sus rostros cansados e independientes. «¿Por qué no iba a poder ganarme la vida igual que ellas?», pensó. Un poco más allá se cruzó con una hermana de la Caridad que avanzaba con pasos cortos y delicados, la mirada anónima y serena, y las manos ocultas en las anchas mangas. Susy la miró y pensó: «¿Por qué no iba a poder meterme a monja, dejar de preocuparme por el dinero y pasearme por ahí con una cofia ayudando a los pobres?».

Todos esos desconocidos a los que sonreía al cruzárselos, y a los que miraba con envidia al pasar, no tenían las necesidades que la esclavizaban, y no habrían sabido de qué les hablaba si les hubiese dicho el dinero que necesitaba para sus vestidos, para los cigarrillos, para jugar al bridge, para los taxis y las propinas, y para pagar toda suerte de extras, y que en ese momento tendría que estar apresurándose a ir a cenar a la embajada británica, donde su derecho permanente a disfrutar de tales lujos iba a reconocerse y ratificarse solemnemente.

La artificialidad e irrealidad de su vida la abrumó como un vapor sofocante. Se detuvo en la esquina, respirando entre jadeos como si acabara de correr una carrera. Luego, despacio y sin rumbo, echó a andar por una calle de pequeñas casas particulares con húmedos jardines que conducía a la Avenue du Bois. Se sentó en un banco. No muy lejos, el Arc de Triomphe alzaba su augusta mole, y detrás un río de luces fluía hacia París, y la agitación de los latidos de la ciudad perturbaba su paz interior. Pero no por mucho tiempo. Le pareció estar contemplándolo todo desde el otro lado de la tumba; y cuando se levantó y deambuló por los Champs Élysées, medio vacíos en la pausa entre el atardecer y la cena, sintió como si la reluciente avenida se hubiese convertido en el Campo de Sombras de donde toma su nombre y ella fuera un fantasma entre fantasmas.

A mitad del camino a casa, la embargó un agotamiento fruto de la soledad, y se sentó al pie de los árboles que hay cerca del Rond Point. Las colas de coches y vehículos empezaban a animar las avenidas convergentes, avanzando, cruzándose, acercándose y alejándose unos de otros en una maraña de ansiosa búsqueda de placeres. Vislumbró el brillo de las joyas en las pecheras de las

camisas y los ojos duros y aburridos que asomaban entre las oscuras oleadas de pieles y terciopelos. Le parecía oír lo que las parejas se decían, imaginó los salones, los restaurantes, los salones de baile a los que se dirigían, la rutina sin descanso que las empujaba, mientras el Tiempo, esa aspiradora vieja, las arrastraba con el polvo de las ruedas de los coches. Y una vez más la soledad se desvaneció en una sensación de liberación...

En la esquina de la Place de la Concorde se detuvo al reconocer a un hombre vestido de fiesta que estaba pidiendo un taxi. Sus ojos se encontraron y Nelson Vanderlyn se acercó. Era el último hombre al que le apetecía ver y retrocedió involuntariamente. ¿Qué sabía, qué había adivinado, de su complicidad en los amoríos de su mujer? Sin duda Ellie se lo habría soltado ya a esas alturas; era tan probable que le hiciera confidencias a Nelson como a cualquier otra persona, ahora que tenía el premio Bockheimer garantizado.

—¡Vaya, vaya... te pillé! Me alegro de verte, Susy querida. —Ella encontró su mano cordialmente apretada en la de Vanderlyn, y su rostro redondo y rosado inclinado hacia ella con la misma urbanidad de siempre. ¿Es que nada tenía importancia en este mundo del que huía, nadie amaba, odiaba o recordaba?—. No tenía ni idea de que estuvieses en París... Yo acabo de llegar —continuó Vanderlyn, visiblemente complacido por el encuentro—. Oye, no estarás libre para animar un poco a un soltero solitario, ¿verdad? ¿No? ¿Sí? ¡Vaya, menuda suerte! ¿Adónde podemos ir? A uno de esos sitios de baile, ¿no? A mí también me gusta dar unas vueltas por la pista, de vez en cuando. ¡Hay que seguir el ritmo de los tiempos! ¡Eh, taxi! Aquí... Te llevaré a casa y esperaré mientras te pones tus galas. Hay tiempo de sobra. —Mientras la acompañaba al vehículo, ella reparó en que tenía una cojera gotosa y la seguía con dificultad.

—Mejor voy tal como estoy, Nelson, no me apetece bailar. Vayamos a cenar a uno de esos restaurantes llenos de humo que hay cerca de la Place de la Bourse.

Pareció sorprendido pero aliviado por la sugerencia y los dos se pusieron en marcha. En Bauge's encontraron una mesa tranquila en un rincón, apartada de los demás comensales y, mientras Vanderlyn se ajustaba los quevedos para ver la carta, Susy le echó una larga mirada. Iba vestido con más pulcritud de la habitual, y detectó por el reloj de pulsera extraplano y los botones del chaleco caros y discretos un intento de elegancia totalmente nuevo. Su rostro había sufrido el mismo cambio: su familiar expresión de cansado optimismo se había, por así decirlo, acicalado para estar a la altura de la vestimenta, como si una especie de cosmético moral lo hubiera hecho más sonrosado, más brillante y más energético sin rejuvenecerlo en realidad. Había echado un fino velo de animación sobre su rostro igual que los mechones brillantes de pelo estaban hábilmente peinados sobre su calvicie.

—¡Aquí! ¡La carta de vinos, camarero! ¿Qué champán quieres, Susy? —Escogió meticulosamente el mejor que encontró en la bodega y se quejó un poco del carácter burgués de los platos—. Una comida excelente, sin duda, pero un poco simple, ¿no te parece? Bueno, qué más da... Es un cambio respecto a la cocina del Luxe. Una nueva sensación... me encanta vivir nuevas sensaciones, y ¿a ti, querida? —Volvió a llenar las copas de champán, pasó un brazo por encima del respaldo del asiento y le sonrió con neblinosa benevolencia.

A medida que fluyó el champán, empezaron a fluir también sus confidencias.

—Supongo que sabrás para qué he venido... ¿lo del divorcio? Queremos arreglarlo con discreción y sin revuelo, y, por supuesto, París es el mejor sitio para eso. Vive y deja vivir; sin preguntas. Nada de periódicos sensacionalistas. Este es un gran país. ¡Nada de hipocresías... aquí sí que entienden la vida!

Susy lo miró y escuchó. Recordó que todos habían pensado que Nelson pondría el grito en el cielo cuando se enterase. Siempre le habían gustado las anécdotas truculentas sobre esposas infieles, y la fórmula misma de su eterna exclamación —«Te pillé, ¿eh?»— parecía insinuar una constante preocupación por tales ideas. Pero ahora era evidente que, como suele decirse, se había «tragado el sapo» como los demás. Ningún estallido indignado lo había alzado momentáneamente sobre su altura normal: seguía siendo un hombrecillo entre otros hombrecillos, y las ansias por reconstruir su vida con su viejo optimismo risueño le recordaron a Susy la industriosa paciencia de una hormiga al rehacer el hormiguero destruido.

—¡Esta libertad es una gran cosa! ¡Hoy todo es diferente! ¿Por qué no iba a serlo también el matrimonio? Se puede romper el acuerdo cuando se quiera, solo los curas quieren que sigamos atados el uno al otro de por vida porque un día entramos dando tumbos en una iglesia y dijimos «sí». No, no... demasiado fácil. Eso ha quedado atrás. La ciencia y todos esos nuevos descubrimientos... Yo digo que los diez mandamientos se hicieron para el hombre y no el hombre para los mandamientos; y, además, ¡en ellos no se dice nada del divorcio! Eso le digo a mi pobre madre, que todo lo basa en la Biblia. Encuéntrame un sitio donde diga: «No interpondrás una demanda de divorcio». Ella se enfada, pobrecilla; porque no lo encuentra; y no entiende cómo se les pudo olvidar... Creo que a Moisés se le olvidó porque conocía mejor la naturaleza humana que esos lacrimosos curas modernos. Aunque tampoco se han molestado mucho en investigar; pero me da igual. Vive y deja vivir, ¿eh, Susy? ¿No tenemos todos derecho a tener nuestras afinidades? He oído que tú vas a seguir nuestro ejemplo. Una idea excelente: no me importa decirte que me lo vi venir el verano pasado en Venecia. ¡Te pillé, por así decirlo! El viejo Nelson no es tan ciego como cree la gente. ¡Vamos, descorchemos otra botella a la salud de Streff y de la señora Streff!

Ella sujetó la mano con la que estaba llamando al *sommelier*. Este Nelson acalorado y locuaz la conmovía más que una figura más heroica.

—No más champán, por favor, Nelson. Además —añadió de pronto—, no es cierto.

Él la miró con fijeza.

—¿No es verdad que vayas a casarte con Altringham?

—No.

—Dios, entonces, ¿por qué has dejado a Nick? ¿No tienes una afinidad, querida?

Ella se puso a reír y negó con la cabeza.

—¿Me estás diciendo que fue cosa de Nick?

—No lo sé. Hablemos de ti, Nelson. Me alegra verte tan animado. Pensé que...

Él la interrumpió enseguida.

—¿Pensabas que organizaría un escándalo... que le pegaría un tiro a alguien? Lo sé... muchos lo pensaron. —Se retorció el bigote, evidentemente contento de su reputación—. Bueno, tal vez estuviera furioso un par de días... pero antes que nada soy un filósofo. Antes de dedicarme a la banca hice y perdí dos fortunas en el Oeste. Y ¿cómo las rehíce? Pues disparándole a alguien no; ni siquiera a mí mismo. Me apreté el cinturón y volví a empezar desde el principio. Eso es lo que hice... y es lo mismo que voy a hacer ahora. Empezar desde el principio. —Su voz pasó de la jactancia a un deje de tristeza melancólica, el aspecto de despreocupación forzada cayó de su rostro como una máscara, y por un instante vio al hombre de verdad, viejo, acabado, solo. Sí, eso era: estaba solo, desesperadamente solo, zozobrando en ese profundo mar de soledad en el que cualquier presencia del pasado era como un madero al que aferrarse. Fuese lo que fuese que supiera o adivinara del papel que había desempeñado ella en su desastre, no fue la insensibilidad

lo que le hizo saludarla con una afabilidad tan compasiva, sino la misma sensación de pequeñez, insignificancia y aislamiento que pendía perpetuamente como una niebla fría sobre su propio horizonte. De pronto, también ella se sintió vieja... vieja e indeciblemente cansada.

—Me ha alegrado verte, Nelson, pero ahora tengo que volver a casa.

Él no puso ninguna objeción, pidió la cuenta, volvió a adoptar su aire de preocupación mientras repartía generosas propinas entre los camareros y salió detrás de ella para pedir un taxi.

Viajaron en silencio. Susy pensó: «¿Y Clarissa?», pero no se atrevió a preguntar. Vanderlyn encendió un cigarrillo, tarareó una tonada de baile y miró por la ventana. De pronto, ella notó su mano en la suya.

—Susy... ¿la ves alguna vez?

—¿Que si veo... a Ellie? —Él asintió con la cabeza, sin mirarla—. No mucho... a veces...

—Si la ves, por el amor de Dios, dile que soy feliz... feliz como un rey... Dile que viste tú misma que era... —Su voz se quebró con un gemido—. Que me parta un rayo si... si alguna vez dejo que sea infeliz por mi causa, si puedo impedirlo...

El cigarrillo se le cayó de los dedos y con un sollozo se tapó la cara.

—¡Ay, pobre Nelson... pobre Nelson! —suspiró Susy. Mientras el taxi traqueteaba por la Place du Carrousel y cruzaba el puente, él siguió a su lado tapándose la cara. Por fin, sacó un pañuelo perfumado, se secó los ojos con él y buscó a tientas otro cigarrillo.

—¡Estoy bien! Díselo, ¿quieres, Susy? Hay cosas de los viejos tiempos que no creo que pueda olvidar; pero hacen que sienta afecto por ella, no enfado. No sabía que sería así, pero es... Y ahora que te lo he dicho estoy estupendamente y puedes contárselo... Oye, Susy... —La cogió del brazo cuando el taxi se detuvo para dejarla en el hotel—. Dile que lo entiendo, ¿quieres? Prefiero que sepa que...

—Se lo diré, Nelson —prometió ella; y subió sola las escaleras hacia su deprimente habitación.

Lo que más temía Susy era que Strefford, al volver a casa al día siguiente, considerase su conversación de la noche anterior fruto de un «ataque de nervios» y se la tomara a broma. Sin duda, podría ser que estuviera demasiado ofendido por su comportamiento para intentar verla enseguida; pero su actitud moderna y desenvuelta respecto a la conducta y las convicciones lo hacían improbable. Tenía la impresión de que lo que más le habría molestado sería que hubiese renunciado con tan pocas ceremonias a la cena en la embajada.

Pero, a fin de cuentas, ¿por qué iba ella a volver a verle? Había tenido suficientes explicaciones esos meses para aprender que rara vez explican nada. Si la otra persona no lo entendía a la primera, incluso al primer vistazo, las elucidaciones subsiguientes servían solo para aumentar la oscuridad. Y, por encima de todo, ella quería —sobre todo después de la hora que había pasado con Nelson Vanderlyn— seguir libre, distante, conservar el dominio de su ser precariamente recobrado. Se sentó y escribió a Strefford, y la carta fue apenas un poco menos dolorosa de escribir que la que le había enviado a Nick. No porque sus sentimientos estuvieran comprometidos del mismo modo; sino porque, a medida que se fue afirmando la decisión de dejar a Strefford, recordaba únicamente su bondad, su paciencia, su buen humor y todas las demás cualidades que siempre le habían gustado en él; y porque se avergonzaba de las dudas que debían de causarle tanto dolor y humillación. Sí: sobre todo humillación. Sabía que lo que tenía que decirle heriría su orgullo, planteara como plantease su renuncia; y la pluma vaciló odiando su tarea. Luego recordó las palabras de Vanderlyn sobre su mujer: «Hay cosas de los viejos tiempos

que no creo que pueda olvidar». Y una frase de Grace Fulmer en la que apenas había reparado entonces: «No llevas casada el tiempo suficiente para entender lo triviales que parecen estas cosas en el conjunto de nuestros recuerdos».

Ahí tenía a dos personas que se habían internado más que ella en el laberinto del matrimonio y que habían atravesado algunos de sus pasajes más espinosos; y, no obstante, ambas, una conscientemente y la otra sin darse cuenta del todo, daban fe del hecho misterioso que estaba empezando a entender ella: que la influencia de un matrimonio basado en la comprensión mutua es demasiado profunda para no revelarse incluso en el momento de la huida y la negación.

«La verdadera razón es que no eres Nick» era lo que le habría dicho a Strefford si hubiera osado decirle la pura verdad; aunque sabía que, escribiera lo que escribiese, él era demasiado inteligente para no comprenderlo.

«Creerá que es porque sigo enamorada de Nick... y a lo mejor lo estoy. Pero aunque lo estuviera, la diferencia no parece radicar ahí, finalmente, sino en algo más profundo, en cosas que hemos compartido y que parecen destinadas a sobrevivir al amor, o a transformarlo en algo diferente.» Si pudiera haber albergado la esperanza de conseguir que Strefford entendiera eso, escribir la carta habría sido más fácil... pero sabía justo en qué punto su imaginación fracasaría, en qué inferencias obvias y superficiales se apoyaría.

«¡Pobre Streff... pobre de mí!», pensó mientras sellaba la carta.

Después de enviarla, la embargó una sensación de vacío. Había conseguido apartar de su imaginación todas las vanas vacilaciones, las dudas, las vueltas sobre sí misma: su cuerpo saludable las rechazaba de forma natural. Pero le habían dejado un extraño vacío en el que sus pensamientos entrechocaban como debían de hacer, supuso, en los primeros instantes después de la muerte... antes de que una se acostumbrase. Acostumbrarse a estar muerta: esta parecía que iba a ser su próxima ocupación. Y se sentía tan neófita: ¡se sentía tan espantosamente viva! ¿Cómo habían aprendido los demás a aguantar sin vivir? Nelson... bueno, él todavía estaba agonizando; y probablemente no acabaría de entender, ni sería capaz de comunicar, la lección cuando la hubiese aprendido. En cambio, Grace Fulmer... de pronto recordó que Grace estaba en París, y salió a buscarla.

XXIV

Nick Lansing había dado un largo paseo por la Campagna. Rara vez tenía tiempo para él, porque tanto el señor como la señora Hicks se estaban volviendo cada vez más aficionados a imponer súbitas e imperiosas exigencias sobre su tiempo; pero en esta ocasión se había escabullido sin más después de comer, había cogido el tranvía a la Porta Salaria y había deambulado desde allí en dirección del Ponte Nomentano.

Quería escaparse y pensar; pero ahora que lo había hecho resultaba tan poco fructífero como todo lo que había tocado desde que se marchó de Venecia. Pensar... pensar ¿en qué? Su futuro le parecía una cuestión insignificante desde que, dos meses antes, había recibido las pocas líneas en las que Susy le pedía su libertad.

La carta había sido un golpe —aunque se creía preparado para él—, pero también había sido, en otro sentido, un alivio, puesto que, ahora que por fin las circunstancias le habían obligado a escribir a su mujer, también le dijeron qué decir. Y lo había dicho con la mayor brevedad y sencillez posibles, respondiéndole que no pondría obstáculos a su liberación, que estaba a disposición de su abogado para responder a cualquier otra cuestión... y que nunca olvidaría sus días juntos, o dejaría de bendecirla por ellos.

Nada más. Le envió la dirección de su banquero romano y esperó otra carta; pero no llegó ninguna. Probablemente, las «formalidades», fuesen las que fuesen, tardaran más de lo que había supuesto; y, como no tenía ninguna prisa por recobrar su propia libertad, no intentó averiguar la causa del retraso. Desde ese momento, no obstante, se consideró prácticamente libre, y dejó, por la misma razón, de interesarse por su futuro. Su vida parecía tan aburrida como la de un convaleciente los primeros días después de que remita la fiebre.

De lo único de lo que estaba seguro era de que no iba a seguir al servicio de los Hicks: cuando dejaran Roma para ir a Asia Central no tenía intención de acompañarles. El papel de sucesor del señor Buttles se le estaba haciendo cada vez más insoportable, por las mismas razones por las que probablemente le había resultado más provechoso al señor Buttles. Que el señor y la señora Hicks lo trataran como un oráculo a sueldo, una propiedad exhibida y acariciada, era de mucho peor gusto de lo que habría imaginado que pudiera ser cualquier relación con esas amables personas. Y, puesto que sus aspiraciones se habían vuelto francamente sociales, encontró su tarea, aunque más fácil, mucho menos agradable que los primeros meses que había pasado con ellos. Prefería explicarle pacientemente, por centésima vez, a la señora Hicks que «sasánida» y «sarraceno» no eran términos intercambiables que desenmarañan para ella la genealogía de sus invitados con título, y recordarle, cuando ofrecía sus cenas, que los duques eran de rango más alto que los príncipes. No... el trabajo era decididamente intolerable; y tendría que buscar otro medio

de ganarse la vida. Pero no había salido a pensar en eso. Sabía que no pasaría hambre; incluso había vuelto a creer en su libro. En lo que quería pensar era en Susy... o más bien, solo podía pensar en Susy, pensara en lo que pensara.

Una y otra vez, imaginaba haber firmado una tregua con el pasado: había llegado a un acuerdo, el acuerdo de la derrota y el fracaso con ese brillante enemigo llamado felicidad. Y, en realidad, había llegado al punto de saber con claridad que nunca podría volver al tipo de vida en el que se había embarcado con Susy. La tragedia de su relación había sido que quererla había despertado en él unos ideales a cuya altura ella nunca podría estar. Se había enamorado de ella porque era, como él, divertida, sin prejuicios y desencantada; y no podía dejar de amarla si no dejaba de ser esas cosas. De ese círculo no había salida, y en él daba vueltas desesperado.

Si no hubiera oído los insistentes rumores de que iba a volver a casarse con lord Altringham, podría haber intentado volver a verla; pero, consciente del peligro y de lo inútil de un encuentro, se alegraba, en general, de tener una razón para evitarlo. Ese, al menos, suponía sinceramente que era su estado de ánimo, hasta que se encontró, como en esa ocasión, libre para continuar su pensamiento hasta el final. Este final, invariablemente, era Susy; no el montón de cualidades y defectos en el que su espíritu crítico había intentado clasificarla, sino la imagen suave y borrosa de su identidad, su personalidad, sus ojos, su pelo, su boca, su risa, su forma de hablar y sus gestos, que eran tan profunda y exclusivamente suyos, y al mismo tiempo tan misteriosamente independientes de lo que podía hacer, decir y pensar en circunstancias cruciales. Recordaba que una vez le había dicho: «Al fin y al cabo... tenías razón cuando querías que fuese tu amante», y la mirada indignada e incrédula con que había reaccionado él. Pero en estas horas era la imagen palpable de ella la que tenía más próxima, hasta que, como ocurría invariablemente, la visión describía un círculo completo y al notarla en el interior de su pecho deseaba tenerla también en su alma.

Bueno, esos amores que lo englobaban todo eran la más rara de las vivencias humanas; sonrió por su presunción de no querer a otra. Fatigado, se volvió y emprendió la vuelta a casa bajo el crepúsculo invernal...

En la puerta del hotel se encontró con el edecán del príncipe de Teutoburgo. Llevaban varios días sin verse y Nick tuvo la vaga sensación de que, si los planes matrimoniales del príncipe adoptaban una forma definida, no era probable, después de todo, que fuese él elegido para exponerlos. Había notado, de vez en cuando, cierta frialdad desconfiada en la mirada cordial de la princesa madre, y había decidido que tal vez sospechara que era un obstáculo para las aspiraciones de su hijo. No tenía intención de interpretar ese papel, pero no lamentaba dar esa impresión; pues le tenía un afecto sincero a Coral Hicks, y le deseaba un destino más humano que el de convertirse en la consorte del príncipe Anastasius.

Esa noche, no obstante, le sorprendió la chispeante alacridad del saludo del edecán. Fuese cual fuese la nube que había pendido entre ambos se había levantado: el clan de Teutoburgo, por una u otra razón, ya no le temía ni desconfiaba de él. Notó el cambio por una simple presión de la mano y un breve intercambio de palabras, pues el edecán seguía con prisas a una viuda bien conocida del viejo mundo romano a quien ayudó a subir a un enorme coche de caballos con una corona en la puerta que parecía sacado, con propósitos ceremoniales, de un museo de vehículos históricos. Y Lansing pensó en el acto que esta señora era la persona elegida para poner la oferta del príncipe a los pies de la señorita Hicks.

El descubrimiento le picó; y, en vez de ir directo a su habitación, fue al salón de la señora

Hicks.

El salón estaba vacío, pero quedaban restos de té en el aire y un enorme ramo de rosas rígidas en la mesa de centro. Al ir a darse la vuelta, Eldorada Tooker entró de pronto ruborizada y llorosa.

—¡Oh, señor Lansing! Le hemos buscado por todas partes.

—¿A mí?

—Sí. Sobre todo Coral... quiere verle. Quiere que vaya a su salón.

Lo llevó por la antecámara y el pasillo hasta la *suite* separada que ocupaba la señorita Hicks. En el umbral Eldorada balbució emocionada.

—Verá que está preciosa... —Y se marchó con un sollozo mientras él entraba.

Coral Hicks nunca había sido preciosa, pero sin duda estaba más guapa. Tal vez fuese el largo vestido de terciopelo que, silueteado contra la pantalla de la lámpara, hacía que su sólida figura pareciera más esbelta, o tal vez el leve rubor en las mejillas morenas: sobre ella pendía un esplendor de feminidad que no hizo ningún esfuerzo por disimular. De hecho, una de sus originalidades era que siempre mostraba muy seria y valerosa el estado de ánimo en que se encontraba.

—¡Está usted espléndida! —dijo Nick, sonriéndole.

Ella echó la cabeza atrás y lo miró a los ojos.

—Ese va a ser mi próximo empleo.

—¿Estar espléndida?

—Sí.

—¿Y llevar una corona?

—Y llevar una corona...

Siguieron mirándose sin hablar. A Nick se le encogió el corazón de lástima y perplejidad.

—Oh, Coral... ¿no estará decidido?

Ella lo miró un último y penetrante momento; luego apartó la mirada.

—Nunca tardo mucho en decidirme.

Él dudó, atragantado con impulsos contradictorios y temeroso de formular ninguno de ellos para que no los malinterpretara o le hicieran daño.

—¿Por qué no me lo ha dicho? —preguntó sin convicción; y enseguida reparó en su torpeza. Ella se sentó y lo miró por debajo de las amenazadoras pestañas: ¿se había fijado él alguna vez en el espesor de sus pestañas?

—¿Habría cambiado algo si se lo hubiese dicho?

—¿Cambiado algo...?

—Siéntese a mi lado —le ordenó ella—. Quiero hablar con usted. Puede decirme cualquier cosa que hubiera querido decir antes. Aún no me he casado: aún soy libre.

—¿No ha dado una respuesta?

—Da igual si la he dado.

La respuesta le asustó al pensar en lo que todavía esperaba de él y en lo que él era incapaz de darle.

—¿Significa eso que ha dicho que sí? —insistió Nick para ganar tiempo.

—Sí o no... es lo de menos. Algo tenía que responder. Lo que quiero es su consejo.

—¿En el último momento posible?

—O después. —Hizo una pausa—. ¿Qué debo hacer? —preguntó, con un súbito deje de indefensión.

Él la miró igual de indefenso. No podía decir: «Pregúntese a usted misma... pregunte a sus padres». Ella despreciaría tan frágiles hipocresías. Su «¿Qué debo hacer?» significaba «¿Qué va a hacer usted?» y él lo sabía, y sabía que ella lo sabía.

—No soy la persona ideal para dar consejos matrimoniales a nadie —empezó Nick, con una sonrisa forzada—; pero tenía una idea muy diferente para usted.

—¿Qué tipo de idea? —La joven era implacable.

—Pues solo eso que la gente llama felicidad.

—La gente... ¡ya ve que ni usted mismo cree en ella! Pues yo tampoco... al menos de ese modo.

Él se quedó pensando.

—Creo en intentar conseguirla... aunque la mejor parte sea intentarlo.

—Bueno, lo he intentado y he fracasado. Y tengo veintidós años, y nunca he sido joven. Supongo que no tengo suficiente imaginación. —Tomó aliento profundamente—. Ahora quiero algo diferente. —Dio la impresión de estar buscando la palabra—. Quiero ser... prominente —anunció.

—¿Prominente?

Ella se ruborizó.

—¡Ah! Sonríe... Cree usted que es ridículo: para usted no tiene valor. Eso es porque siempre ha tenido esas cosas. Pero yo no. Sé de dónde salió mi padre, y yo quiero alzarme igual de alto que él... más alto. No, no tengo mucha imaginación. Siempre me han gustado los hechos. Y creo que me gustará ser princesa: escoger a la gente con la que me relaciono, y estar por encima de todos esos nobles europeos ante los que se inclinan mi padre y mi madre aunque sepan que les desprecian. Usted puede estar por encima de esas personas simplemente siendo usted; usted sabe cómo. Pero yo necesito una plataforma... un rascacielos. Mi padre y mi madre se mataron a trabajar para proporcionarme una educación. Ellos pensaban que la educación era lo más importante; pero, como los tres tenemos inteligencias mediocres, nos ha llevado a relacionarnos con gente mediocre. ¿Es que cree que no me doy cuenta de toda esa ciencia de pacotilla, ese arte de pacotilla y ese todo de pacotilla del que estamos rodeados? Por eso quiero comprar un sitio en lo alto, donde sea lo bastante poderosa para rodearme de las personas que quiera, de personas grandes, de las personas indicadas, y para ayudarles quiero promover la cultura, igual que esas mujeres del Renacimiento de las que se pasa usted el día hablando. Quiero hacerlo por Apex City, ¿lo entiende? Y también por mi padre y mi madre. Quiero todos esos títulos tallados en mi tumba. ¡Al fin y al cabo, son hechos! No se ría de mí... —Se interrumpió con una de sus torpes sonrisas y se apartó de él para ir al otro extremo de la habitación.

Nick se sentó a mirarla con una curiosa sensación de admiración. Su áspero positivismo era como un tónico para su desánimo, y pensó: «¡Qué lástima!».

En voz alta dijo:

—No tengo la impresión de estar riéndome de usted. Es una gran mujer.

—Entonces seré una gran princesa.

—¡Oh... pero podría haber sido usted algo mucho más grande!

El rostro de Coral volvió a encenderse.

—No diga eso.

Él se puso en pie involuntariamente y se acercó a ella.

—¿Por qué?

—Porque es usted el único hombre con quien imagino esa otra clase de grandeza.

Le conmovió, le conmovió inesperadamente. Llegó hasta el punto de decirse: «Dios mío, si no fuese tan espantosamente rica...» y de ceder por un instante a la convincente imagen de todo lo que los dos podrían hacer con esas mismas riquezas que tanto temía. No había, en definitiva, nada mezquino en sus ideales; eran duros y materialistas, en consonancia con su persona sólida y primitiva, pero tenían cierta lúgubre nobleza. Y, cuando dijo lo de «esa otra clase de grandeza», Nick supo que sabía de lo que hablaba y que no lo estaba diciendo solo para obligarle a comprometerse. No había ni pizca de mañas en ella, solo las que destilaba su sinceridad.

—¿La otra clase de grandeza? —repitió.

—Bueno, ¿no es eso lo que ha dicho que era la felicidad? Yo quería ser feliz... pero no se puede elegir.

Nick se acercó.

—No, no se puede elegir. Y ¿cómo va a darle la felicidad alguien que no la tiene? —Le cogió las manos y notó lo grandes, musculosas y voluntariosas que eran, incluso mientras se fundían con sus palmas—. Mi pobre Coral, ¿de qué puedo servirle yo? Lo que usted necesita es que la quieran.

Ella se apartó y le dedicó una de sus miradas directas e intensas.

—No —respondió con valentía—, solo querer.

TERCERA PARTE

XXV

Susy Lansing volvió sola bajo la persistente llovizna de una mañana invernal parisina desde la escuela en la que acababa de dejar a los cuatro Fulmer mayores a la casita de Passy donde, los dos últimos meses, había vivido con ellos.

Llevaba unas botas que no estaban hechas a medida, un impermeable viejo y un sombrero del año anterior, pero nada de eso le importaba, aunque no la enorgulleciera particularmente. Lo cierto es que estaba demasiado ocupada para pararse a pensarlo. Desde que aceptó cuidar de los hijos de los Fulmer, mientras sus padres estaban en Italia, había tenido que pasar por un aprendizaje tan duro de la maternidad que hasta el último minuto de las horas que pasaba en vela estaba lleno de cosas que debía hacer cuanto antes y de otras que debía recordar hacer después. Había solo cinco Fulmer, pero a veces eran como un ejército con estandartes, y su poder de automultiplicación solo lo igualaba la forma en que podían empequeñecerse, desaparecer, volverse mudos y convertirse por así decirlo en una única cabeza castaña inclinada sobre un libro en algún rincón de la casa donde a nadie se le habría ocurrido buscarlos y que, por supuesto, ya fuese el cuarto de la criada en el último piso o el armario de la bodega donde guardaban los baúles, habían elegido precisamente por eso.

Unos meses antes, estos cambios de la ubicuidad a la invisibilidad le habrían parecido a Susy una de las características más enloquecedoras entre muchas otras no calculadas para favorecer el descanso. Pero ahora lo veía de otro modo. Se había interesado por sus pupilos, y la búsqueda de una clave para entender sus métodos, ya fuesen tribales o individuales, era tan emocionante como el argumento de una novela policíaca.

Lo que más le interesó de aquel emocionante asunto fue descubrir que en efecto tenían un método. Estas pequeñas criaturas, empujadas a la experiencia por las olas de la agitada vida de sus padres, se las habían arreglado para establecer un rudo sistema de autogobierno. Junie, la mayor (la que elegía ya los sombreros de su madre e intentaba poner orden en su guardarropa), era la jefa de Estado reconocida. A los doce años sabía muchas cosas que su madre nunca había llegado a aprender del todo, y que Susy, su madre temporal, jamás había adivinado: hablaba con autoridad de todas las cuestiones vitales, desde el aceite de ricino hasta la ropa interior de franela, del reparto justo de los sellos y las canicas hasta el número de raciones de arroz con leche o mermelada al que tenía derecho cada niño.

Su veredicto era inapelable; aunque cada uno de sus súbditos giraba en su propia órbita de independencia, según leyes que Junie reconocía y respetaba, y la interpretación de esta misteriosa carta de derechos y privilegios no había estado exenta de dificultades para Susy.

Aparte de esto, había que enfrentarse a dificultades materiales. Los seis, y la agotada criada

que cocinaba y trabajaba para todos, tenían solo un escuálido presupuesto para vivir; y, como observó Junie, a juzgar por cómo desaparecían los zapatos, cualquiera habría dicho que los niños se los comían. Desde luego, comían mucho, y sobre todo cosas caras y nutritivas. Tenían una opinión muy clara sobre la cantidad y la calidad de su comida, y eran capaces de conjurarse en rebelión cuando el servicio de restauración de Susy estaba por debajo de sus expectativas. Todo eso hacía que su vida fuese apresurada y azacanada, pero nunca aburrida o deprimente, que era lo que ella más había temido.

No era, admitía para sus adentros, que la compañía de los niños Fulmer hubiese despertado en ella ninguna pasión abstracta por los jóvenes. Sabía —lo había sabido desde el primer beso que le dio Nick— que amaría a cualquier niño suyo y de ella; y había querido a la pobre Clarissa Vanderlyn con una solicitud triste y cohibida. Pero estos pequeños y jóvenes Fulmer le gustaban mucho, y por razones que cada vez estaban más claras para ella. En primer lugar, todos eran inteligentes; y su inteligencia se había alimentado solo con cosas que valían la pena. Por inadecuada que hubiese sido la educación proporcionada por Grace Fulmer a su cada vez más numerosa tribu, no habían oído nunca nada aburrido ni trivial: buena música, buenos libros y buena conversación habían sido su sustento diario, y si a veces gritaban, pateaban y hacían ruido como niños que no hubiesen gozado de tales privilegios, en otros brillaban con la luz de la poesía y hablaban con la voz de la sabiduría.

Este había sido el descubrimiento de Susy: por primera vez estaba entre unas inteligencias que habían despertado solo a la belleza. Grace y Nat Fulmer se las habían arreglado para apartar de su casita incómoda y abarrotada las envidias, las admiraciones vulgares y los descontentos viles; por encima de todo el estrépito y la confusión se habían cernido las grandes imágenes de la belleza, como esas figuras ancestrales que tenían en un estante las familias romanas más pobres.

No, la tarea que había emprendido a falta de otra mejor no le inspiraba a Susy la sensación de una vocación perdida: había comprendido que la «maternidad» a gran escala nunca sería su ocupación. Más bien le daba, en cierto modo extraño, la impresión de que era ella la cuidada, de estar dando los primeros pasos en la vida de los valores inmateriales que habían empezado a parecerle mucho más sustanciales que ningún otro que hubiese conocido.

El día que había ido a ver a Grace Fulmer en busca de consejo y consuelo apenas había adivinado que llegarían a ella de este modo. Había encontrado a su amiga, más distraída que nunca y al mismo tiempo entusiasta, surcando las grandes y alborotadas olas de su vida con la facilidad de un anfibio. Grace era probablemente la única persona entre las amigas de Susy que podría haber entendido por qué no se decidía a casarse con Altringham; pero en ese momento estaba demasiado absorbida por sus propios problemas para prestar demasiada atención a los de su amiga y, según su costumbre, enseguida se desahogó contándole sus dificultades.

Nat no estaba consiguiendo lo que había esperado de su oportunidad europea. ¡Oh!, también era artista y sabía que tenía que haber épocas de barbecho, que la fuerza de las nuevas impresiones rara vez producía resultados inmediatos. Ya contaba con eso. Pero su experiencia pasada con los estados de ánimo de Nat la había enseñado a saber cuándo estaba asimilando y cuándo las impresiones fructificaban en él. Y ahora no lo estaban haciendo, y él lo sabía tan bien como ella. Demasiadas prisas, demasiadas emociones y halagos estériles... ¿La señora Melrose? Bueno, sí, por un tiempo... El viaje a España había sido una escapada amorosa, sin duda. Grace lo dijo con calma, pero sus rasgos se endurecieron: había sufrido, ay, horriblemente, porque se hubiese ido a España sin ella. Pero no había podido, por los niños, permitirse perder la enorme

suma que le había dado Ursula Gillow por esos quince días en Ruan. Y su manera de tocar había gustado, y había conducido, en el camino de vuelta, a dos o tres conciertos provechosos en casas particulares londinenses. La sociedad elegante había organizado «cierto revuelo» con ella y eso había sorprendido y complacido a Nat, y le había dado una nueva importancia a sus ojos.

—Estaba empezando a olvidar que yo no era solo una niñera, y ha sido bueno que lo haya recordado... pero lo mejor es que, con lo que he ganado, podemos irnos los dos tres meses a Sicilia y al sur de Italia. Sabes que sé arreglármelas... y, a solas conmigo, Nat se pondrá a trabajar, a observar, a sentir y a empaparse de las cosas. Es la única manera. La señora Melrose quiere llevárselo, volver a pagarle todos los gastos, pero no lo hará. Los pagaré yo. —Sus mejillas gastadas se ruborizaron triunfantes—. Y ya verás qué maravillas saldrán de eso... El único problema son los niños. Junie está de acuerdo en que no podemos llevárnoslos... —Entonces le había explicado su idea. Si Susy no sabía qué hacer y estaba sin dinero, ¿por qué no se ocupaba de los niños mientras sus padres estaban en Italia? Serían tres meses como mucho... Grace podía prometerle que no sería más. No podrían pagarle gran cosa, claro, pero al menos tendría casa y comida—. Y hasta puede que acabe siendo interesante... seguro que sí —concluyó la madre, con su incontenible optimismo a la altura de la ocasión, mientras Susy la miraba con una sonrisa dubitativa.

¡Cuidar tres meses de cinco Fulmer! La idea la asustaba. Si hubiesen sido solo Junie y Geordie, la mayor y el más pequeño, tal vez habría dudado menos. Pero también estaban Nat, el segundo, cuya bocina los había empujado a Nick y a ella a escabullirse a la ladera de la montaña aquel día fatídico en la casa de New Hampshire, y los gemelos, Jack y Peggy, de quien conservaba recuerdos casi igual de inquietantes. Gobernar a esta tribu de salvajes sería un trabajo más difícil que intentar cautivar a Clarissa Vanderlyn con sus placeres de señorita, y se habría negado en el acto, igual que se había negado una vez antes, si la única alternativa posible no le hubiese parecido mucho menos tolerable, y si Junie, a quien habían llamado para pedir su consejo, no hubiese dicho allí, menuda, sencilla y competente, con su calmada vocecilla de adulta:

—Oh, sí, estoy segura de que la señora Lansing y yo nos apañaremos mientras estéis fuera... sobre todo si lee bien en voz alta.

¡Si leía bien en voz alta! La condición había encantado a Susy. Jamás había conocido niños a quienes les gustara que les leyeran en voz alta; recordaba con un escalofrío sus intentos por interesar a Clarissa en algo que no fuesen la moda y los chismes, y el tono en que la niña había dicho a su padre al mostrarle la baratija de Strefford: «Le dije que la prefería a un libro».

Y ¡hete aquí unos niños que aceptaban quedarse tres meses sin sus padres, a condición de que los dejaran con un buen lector!

—Muy bien... ¡lo haré! Pero ¿qué querréis que os lea? —preguntó alegremente; y Junie respondió, después de una de sus pausas sobrias y reflexivas—: A los pequeños les gusta casi cualquier cosa; pero a Nat y a mí nos gusta sobre todo la poesía, porque, si la leemos nosotros, a menudo pronunciamos mal las palabras difíciles y suena fatal.

—¡Oh!, espero saber pronunciarlas bien —murmuró Susy, abrumada por su humildad y falta de confianza en sí misma.

En apariencia así debió de ser; pues la lectura fue un éxito, e incluso Geordie y los gemelos, una vez se acostumbraron a ella, parecían preferir una sonora página de *Enrique V*, o las escenas de las hadas de *El sueño de una noche de verano*, a su propia literatura más especializada, aunque a veces también tenía que ofrecérsela.

De hecho, no había tregua en su vida con los Fulmer; pero sus conmociones le parecían a Susy menos carentes de sentido, y por tanto menos fatigosas, que las que caracterizaban la existencia de personas como Altringham, Ursula Gillow, Ellie Vanderlyn y su séquito; y la casita ruidosa e incómoda de Passy estaba empezando a saludarla como un hogar cuando volvía después de sus caminatas para llevar a los niños a clase. En cualquier caso, tenía la sensación de hacer algo útil e incluso necesario, y de estar ganándose la vida, aunque fuese a una escala tan modesta; y, cuando los niños estaban tranquilos, y pedían libros o música (o incluso, en una ocasión, con la sorprendente instigación de Junie, una visita colectiva al Louvre, donde reconocieron los cuadros más improbables, y los dos mayores emitieron extraordinarios juicios técnicos, y llamaron la atención de sus acompañantes sobre detalles en los que no habían reparado), en estas ocasiones, Susy tenía la inesperada sensación de volver a su breve vida con Nick, o incluso más lejos y más profundamente a esas visiones de la propia infancia de Nick sobre la que los frívolos años posteriores habían amontonado su polvo.

Era curioso pensar que, si hubiesen seguido juntos, y ella hubiera tenido un niño —la idea se le ocurría a menudo, en sus horas de insomnio, cuando miraba al pequeño Geordie, en la cuna al lado de su cama—, su vida habría sido muy parecida a la que llevaba ahora, una vida sin importancia y desconocida para el mundo exterior, pero ¡qué importante, profunda y poblada para ellos!

En esos momentos no podía soportar la idea de renunciar a esa relación mística con la vida que había perdido. A pesar de la precipitación y la fatiga de sus días, de la pobreza y de todas las incomodidades, y de las horas en que los niños eran tan «horribles» como cualquier otro niño, y contestaban con una conspiración de rostros hostiles a todas sus órdenes; a pesar de todo esto no quería renunciar, y había decidido, cuando volvieran sus padres, pedirles volver con ellos a Estados Unidos. Tal vez, si continuaba el éxito de Nat y Grace podía trabajar en su música, necesitaran una especie de institutriz-acompañante. En cualquier caso no imaginaba un futuro menos desagradable.

No había enviado al señor Spearman la respuesta de Nick. En el tiempo transcurrido desde que le escribió y luego recibió su respuesta ella había roto con Strefford, así que no tenía sentido buscar su libertad. Si Nick quería la suya, sabía que no tenía más que pedirla; y su silencio, a medida que pasaron las semanas, despertó en ella una vaga esperanza. La esperanza ardió con fuerza cuando leyó en los periódicos una vaga pero evidentemente «inspirada» alusión a la posibilidad de una alianza entre su alteza serenísima el príncipe reinante de Teutoburgo-Waldhain y la señorita Coral Hicks de Apex City; pero se redujo a cenizas cuando, unos días después, su mirada cayó sobre un párrafo en el que el señor y la señora Mortimer Hicks «querían hacer constar» que no había nada de cierto en la noticia.

Basándose en ambas afirmaciones Susy alzó una torre de esperanza tras otra, febriles edificios demolidos o reconstruidos por cualquier insinuación casual del mundo exterior en la que el nombre de Nick apareciera con el de los Hicks. Y, no obstante, a medida que pasaban los días y no tenía noticias ni de él ni de su abogado, su bandera seguía ondeando en esas temblorosas estructuras.

Aparte del cuidado de los niños había poco con lo que distraerse de tan insistentes cavilaciones. A veces torcía el gesto al pensar en la facilidad con que sus amigos elegantes la habían perdido de vista. La perpetua e inane agitación de sus días, la febril planificación del invierno, los viajes a la Riviera o a St. Moritz, a Egipto o a Nueva York no dejaban tiempo para

buscar a los desaparecidos o esperar a los rezagados. ¿Se habrían enterado de que había roto su «compromiso» (¡cómo odiaba esa palabra!) con Strefford y se habría corrido la voz de que volvía a ser un pobre parásito, con el que contar cuando hacía falta y al que olvidar entretanto? No lo sabía, aunque imaginaba que el recién desarrollado orgullo de Strefford le impediría revelar a nadie lo sucedido. Hasta varios días después de su precipitada huida, no había dado señales de vida; y, aunque Susy quiso escribirle y pedirle que la perdonara, no supo encontrar las palabras. Por fin fue él quien escribió: una nota breve, desde Altringham, típica de todo lo mejor del antiguo Strefford. Había ido a Altringham, le dijo, para pensar con calma en su última conversación e intentar entender lo que había querido darle a entender ella. Tenía que admitir que no lo entendía; pero eso, suponía, era la causa misma de su ofensa. Fuese lo que fuese que hubiera hecho para disgustarla, lo lamentaba; pero le pedía que, en vista de su insuperable ignorancia, no considerase esa ofensa la causa de una ruptura definitiva. Había descubierto que la posibilidad de que lo fuese le haría aún más infeliz de lo que había previsto; como ella sabía, su propia felicidad había sido siempre su primer objetivo en la vida, y por tanto le rogaba que suspendiera por un tiempo su decisión. Pensaba ir a París al cabo de dos meses y antes de llegar le escribiría para volver a verla.

La carta la conmovió, pero no la hizo vacilar. Se limitó a responderle que le conmovía su bondad y que le encantaría verle si volvía a París; aunque debía advertirle de que no había cambiado su decisión y de que no creía que obligarla a intentarlo fuese a promover su felicidad.

Él no respondió y ya no hubo nada que impidiera que los pensamientos de Susy siguieran girando en torno a sus esperanzas y temores más íntimos.

La tarde lluviosa en cuestión, mientras iba a casa desde el *cours*[8] (adonde tenía que volver a las seis) se había dicho a sí misma que hacía dos meses del día en que Nick se había enterado de que ella estaba dispuesta a concederle su libertad y que, después de tanto tiempo, no era probable que él diese ningún paso más. La idea la llenó de un vago éxtasis. Había tenido que fijar una fecha arbitraria como fin de sus preocupaciones, había fijado esa y hete aquí que estaba justificada. ¿Qué otra cosa podía significar su silencio sino que él también...?

En la mesa del vestíbulo encontró un sobre mecanografiado con el matasellos de París. Lo abrió sin fijarse demasiado y vio que el membrete de la carta llevaba la dirección del despacho del señor Spearman. Las palabras que había debajo giraron ante sus ojos: «Nos ha notificado que queda a su disposición [...] llevar a cabo sus deseos [...] llegada a París [...] fijar una cita con sus abogados»...

Nick... ¡era de Nick de quien hablaban esas palabras! ¡Era su regreso a París lo que se describía de ese modo tan ridículo! Se desplomó en el banco que había al lado del chorreante paragüero con la mirada fija y perdida. ¡Al fin se había producido... el golpe en el que ahora veía que en realidad no había creído nunca! Y, no obstante, ¡había imaginado estar preparada para él, lo había esperado, estaba planeando ya su vida futura basándose en él: una vida impersonal al servicio de los niños de otros, cuando, en realidad, debajo de esa fina superficie de abnegación y aceptación, todas las antiguas esperanzas habían estado ardiendo sin llamas entre las cenizas! ¿De qué servían la autodisciplina, la filosofía y la experiencia, si el ser rebelde que se escondía debajo de ellas podía consumirlas como la yesca?

Intentó dominarse, entender lo sucedido. Nick iba a ir a París, ¡no para verla a ella, sino para consultar a su abogado! Significaba, claro, que se había decidido a reclamar su libertad; y que, si había dado este paso definitivo, después de más de seis meses de inacción y de aparente

indiferencia, podía ser solo porque había ocurrido algo imprevisto y decisivo. Febrilmente, recompuso los retazos dispersos de los cotilleos y los párrafos de periódicos que le habían llegado en los últimos meses. Era evidente que el proyecto de la boda de la señorita Hicks con el príncipe de Teutoburgo-Waldhain se había frustrado en el último momento; y se había frustrado porque quería casarse con Nick. El anuncio de su llegada a París y la publicación del desmentido formal por parte del señor y la señora Hicks del compromiso de su hija eran demasiada coincidencia para admitir cualquier otra deducción. Susy intentó comprender la realidad de estos hechos reunidos, imaginar sus efectos reales y tangibles. Pensó en Coral Hicks adoptando el nombre de señora de Nick Lansing —¡su nombre, el de Susy!—, entrando en los salones seguida de Nick y siendo recibida alegremente por las mismas personas que, unos meses antes, habían dado la bienvenida a Susy con idéntico afecto. A pesar del creciente desagrado de Nick por la vida social, y de la actitud de superioridad intelectual de Coral, su riqueza los arrastraría sin remedio de vuelta al mundo con el que Nick estaba ligado por todos sus hábitos y contactos. Y, sin duda, le divertiría volver a ese mundo ofreciendo su hospitalidad, desempeñar el papel de anfitrión allí donde tantas veces había sido un invitado; igual que Susy había imaginado que la divertiría reingresar en él como lady Altringham... Pero, por mucho que lo intentaba, ahora que la realidad estaba tan cerca, no podía concebirla o relacionarla consigo misma. La simple yuxtaposición de los dos nombres —Coral y Nick— que había asociado en broma tantas veces en los viejos tiempos enturbiaba ahora su cerebro.

Siguió inmóvil con impotencia al lado de la mesa del vestíbulo, mientras las lágrimas le corrían por las mejillas. La aparición de la criada la sacó de su ensimismamiento. Su pupilo más joven, Geordie, llevaba uno o dos días con fiebre; ya estaba mejor, pero seguía confinado al cuarto de los niños, había oído a Susy abrir la puerta y no entendía por qué no había ido directa a verle. Empezó a manifestar su indignación con una serie de atroces aullidos, y Susy, sacada de su trance, soltó el abrigo y el paraguas y corrió al piso de arriba.

—¡Ay, ese niño! —gimió.

Bajo el techo de los Fulmer había poco tiempo o espacio para los pesares personales. De la mañana a la noche había siempre alguna exigencia de atención inmediata; y Susy empezaba a ver cómo, en las casas pequeñas, los niños desempeñan un papel menos novelesco pero no menos útil que el que se les asigna en la literatura, por el sencillo procedimiento de no dejar a sus padres tiempo para entretenerse con quejas irremediables. Aunque su propio aprendizaje de la vida familiar hubiera sido tan breve, había adquirido ya el don del rápido reajuste mental, y, mientras se apresuraba a subir al cuarto de los niños, una docena de dilemas sobre la fiebre, la dieta y las medicinas disiparon sus preocupaciones personales.

Semejante reajuste era, por supuesto, solo momentáneo; pero cada vez que ocurría parecía darle más temple y un temperamento más flexible. «¡Qué niña era hace seis meses!», pensó, sorprendida de que la influencia de Nick y la tragedia de su separación la hubiesen ayudado menos a madurar que estas pocas semanas en una casa llena de niños.

Calmar a Geordie no era fácil, pues hacía mucho que había aprendido a utilizar sus reivindicaciones como pretexto para tenerla a sus órdenes con un continuo suministro de historias, canciones y juegos. «Más te valdría no indisponerte con Geordie —le había advertido al principio la astuta Junie— porque tiene muy buena memoria, y no te dejará en paz hasta que le hayas contado todos los cuentos de hadas que conozcas.»

Pero en esta ocasión, nada más verla, la indignación de Geordie se terminó. Aún estaba en la

puerta, compungida, humillada y exprimiéndose el aturdido cerebro en busca de sus historias favoritas, cuando notó, por cómo relajó la boca y por la súbita serenidad de sus ojos, que iba a darle la deliciosa, pero no del todo tranquilizadora, sorpresa de ser un buen niño.

Pensativo, observó su rostro mientras ella se arrodillaba al lado de la cuna; luego alargó un dedo y lo apretó contra su mejilla cubierta de lágrimas.

—La pobre Susy también tiene pupa —dijo, tendiéndole los brazos; y, cuando ella lo abrazó, añadió filosófico—: Cuéntale una historia nueva a Geordie y se te pasará.

XXVI

Nick Lansing llegó a París dos días después de que su abogado anunciara su llegada al señor Spearman.

Había dejado Roma con el claro propósito de obtener su libertad y la de Susy; y, aunque no estaba comprometido con Coral Hicks, no le había ocultado el propósito de su viaje. En vano había intentado despertar en sí mismo el menor interés por el futuro. Su imaginación no podía ir más allá de la necesidad de alcanzar un punto definitivo en su relación con Susy. Pero le había conmovido la confesión de Coral, y la razón le decía que probablemente serían felices juntos, con una felicidad moderada basada en gustos comunes y en la multiplicación de oportunidades. A su regreso a Roma pensaba pedirle que se casara con él; y sabía que ella lo sabía. De hecho, si no se lo había dicho antes de marcharse no era por escapar a su destino, ni por tenerla más tiempo sobre ascuas, sino solo por la extraña apatía que le había embargado desde que recibió la carta de Susy. En sus incesantes cavilaciones había disfrazado esta apatía de una discreción que le impedía comprometer el futuro de Coral antes de haber garantizado el suyo. Pero en realidad sabía que el futuro de Coral estaba ya comprometido con el suyo: en Roma le había parecido natural e incluso inevitable.

En París, se convirtió al instante en la mayor de las irrealidades. No porque París no fuese Roma, ni porque fuese París; sino porque, oculta en alguna parte de ese enorme laberinto, estaba la mitad olvidada de sí mismo que era Susy... Semanas, meses, su imaginación había estado saturada de Susy: nunca había parecido más insistentemente cerca de él que a medida que se prolongaba la separación, y que la reconciliación se hacía menos probable. Era como si una enfermedad que llevara mucho tiempo incubando se hubiese declarado al fin y se hubiera vuelto aguda, envolviéndolo en la túnica de Neso de sus recuerdos.[9] Había momentos en los que, al recordarlos, sus abrazos le parecían mecánicos y accidentales comparados con esta profunda y deliberada impresión de su alma en la suya.

Pero ahora, de pronto, todo se había vuelto diferente. Ahora que estaba en el mismo sitio que ella, y que podía encontrársela en cualquier momento, mirarla a los ojos, oír su voz, evitar su mano... el fantasma con el que había estado viviendo volvió a retirarse a las sombras y, por primera vez desde su separación, le pareció estar de verdad en su presencia. Lo comprendió la mañana de su llegada, al ver desde la ventana del hotel una calle por la que tal vez podía pasar ella ese mismo día, y la extensión ilimitada de tejados apiñados, bajo uno de los cuales estaba en ese momento. La brusquedad de la transición le sorprendió; no había imaginado que la pura proximidad geográfica fuese a causarle ese nudo en la garganta. ¿Cómo sería entonces si entrara en ese momento en la habitación?

¡Gracias a Dios eso no tenía por qué ocurrir! Conocía lo bastante las leyes de divorcio francesas para saber que no sería necesario ver a su mujer; y, con un poco de suerte, y algunas precauciones, incluso podría no tener que verla siquiera de lejos. No pensaba quedarse en París más que unos pocos días; y en ese tiempo sería fácil —conociendo como conocía sus gustos y los de Altringham— evitar los sitios donde era más probable encontrársela. No sabía dónde vivía, pero imaginaba que estaría con la señora Melrose, o alguna otra amiga rica, o tal vez alojada, en vista de su futura fortuna, en el Nouveau Luxe, o en un bonito piso de su propiedad. ¡Seguro que Susy —¡ay, qué dolor!— habría sabido «arreglárselas»!

La primera visita fue a sus abogados; y, mientras andaba por las calles conocidas, cada rostro, cada figura lejana le parecía la de ella. La obsesión era insoportable. No duraría, claro; pero entretanto tenía la vulnerable sensación de ser un fugitivo en una pesadilla, que nota que es la única criatura visible en mitad de una multitud fantasmal y acechante. El ojo de la metrópolis parecía pendiente de él con una mirada inmensa e inamovible.

En el abogado le dijeron que, como primer paso hacia la libertad, debía tener un domicilio en París. Por supuesto, conocía esa necesidad: había visto a demasiados amigos pasar por el tribunal de divorcios en uno u otro país para no estar familiarizado con el procedimiento. Pero el caso tenía un aspecto diferente cuando intentaba relacionarlo con Susy y con él: era como si la personalidad de Susy fuese un medio a través del cual los acontecimientos adoptaran un color que lo transfigurara todo. Encontró el «domicilio» ese mismo día: un *rez-de-chaussée*^[10] con un mobiliario chabacano y claramente destinado a usos muy distintos. Y, cuando se sentó allí, después de que el conserje saliera discretamente con el pago del primer trimestre en el bolsillo, miró aquel sitio vulgar y ostentoso y se echó a reír al pensar en lo que sería para la ley: un hogar, y ¡un hogar profanado por sus propios actos! El hogar en el que Susy y él habían construido su precaria dicha, y la habían visto derrumbarse por el toque brutal de su infidelidad y su crueldad: pues le habían dicho que tenía que ser cruel con ella además de infiel. Contempló las paredes con los fotograbados sentimentales, los brillantes «desnudos» de bronce, las pieles de animales comidas por la polilla y la cama con la colcha vulgar; y una vez más la irrealidad, la imposibilidad, de todo lo que le ocurría se coló como una droga en sus venas.

Para espabilarse, se levantó, echó la llave de aquella espantosa habitación y volvió al despacho de su abogado. Sabía que, en el árido ambiente del bufete, el acto de dar la dirección del piso devolvería una especie de realidad a esa transacción fantasmal. Y observó con sorpresa al abogado escribir a lápiz con aire prosaico el nombre y el número de la calle en uno de los papeles de una carpeta en la que habían puesto su nombre con letra elaborada.

Al despedirse, se le ocurrió preguntar dónde estaba viviendo Susy. Al menos imaginó que se le acababa de ocurrir, y que lo preguntaba solo como medida de precaución, para saber qué barrio de París evitar; pero en realidad la pregunta llevaba en sus labios desde el momento en que entró en la oficina y rondándole por la cabeza desde que salió de la estación de ferrocarril esa mañana. El hecho de no saber dónde vivía había convertido París en un lugar incomprensible y sin sentido, tan inútil como la esfera de un enorme reloj que hubiera perdido la manecilla de las horas.

La dirección en Passy le sorprendió: había imaginado que estaría en algún sitio cerca de los Champs Elysees o la Place de l'Étoile. Pero probablemente la señora Melrose o Ellie Vanderlyn hubiesen alquilado una casa en Passy. Bueno, era un alivio saber que estaba tan lejos. No se le había perdido nada en esa región casi de las afueras, pasado el Trocadero, y había muchas menos posibilidades de encontrársela que si hubiese vivido en el centro de París.

Se pasó el día deambulando, evitando los barrios elegantes, las calles donde los coches particulares brillaban de cinco en fondo, y siluetas emplumadas y con pieles salían de ellos rumbo a los salones de té, las galerías de arte y las joyerías. Sin duda, Susy debía de estar participando en escenas así: más esbelta, más elegante, más viva que las demás imágenes de barro, pero imitando sus gestos, hablando su jerga, moviendo la mano entre las mismas perlas y pieles de marta. Cruzó el Sena, por los muelles hasta la Cité, por el laberinto del viejo París, las grandes cúpulas grises de St. Eustache, el enjambre de calles del Marais. Contempló los monumentos, se entretuvo delante de los escaparates, se sentó en las plazas y en los muelles, observó a la gente regatear, discutir, coquetear, pelear, a las obreras pasar cogidas del brazo, a los mendigos implorar en los puentes, a los indigentes disfrutar del tibio sol invernal, a las madres de luto llevar corriendo a los niños a la escuela y a los paseantes hacer su fatigosa ronda delante de los cafés.

Fue pasando el día. Al caer la tarde empezó a asustarle su soledad, y pensó en cenar en el Nouveau Luxe, o algún otro restaurante elegante donde seguro que se encontraría con alguien, y lo llevarían al teatro, a una sala de fiestas o a un salón de baile. Cualquiera cosa, cualquiera, con tal de escapar del giro enloquecedor de sus pensamientos. Sintió el mismo temor a la soledad que hacía unos meses en Génova... Aunque se encontrase con Susy y con Altringham, ¿qué más daba? Mejor acabar cuanto antes. Hacía mucho que la gente había dejado de tomarse el divorcio como una tragedia: parejas que se estaban separando cenaban juntas hasta el último día, y luego iban de visita a casa de uno y otro, felices de saber que sus segundos matrimonios habían creado dos nuevos centros de diversión. Sin embargo, la mayoría de las parejas que se lo tomaban tan filosóficamente habían tenido sin duda su momento de encantamiento, de fe en la inmortalidad del amor; mientras que Susy y él se habían limitado a firmar un contrato de negocios en beneficio mutuo. Esto daba un último toque de incongruencia a sus agonías y sus arrebatos, y le daba un aire tan grotesco y pasado de moda como el del protagonista de una novela romántica.

Se levantó de un banco en el que había estado descansando en los jardines de Luxemburgo y paró un taxi. Había caído el crepúsculo y quería volver a su hotel, descansar y luego salir a cenar. Sin embargo, le dio las señas de Susy al taxista y se instaló en el coche, descansando las dos manos sobre el mango del paraguas y mirando al frente sin moverse como si cumpliera con un deber fatigoso y necesario antes de ocuparse de cosas más importantes.

«Es lo más fácil», se oyó decir.

En la esquina —la esquina de ella— mandó parar al taxi y se quedó inmóvil mientras lo veía partir. Era una calle corta e indefinida, mucho más alejada de lo que había imaginado, que se perdía a lo lejos en una oscura confusión de vallas publicitarias tapadas por los árboles. Estaba empezando a lloviznar y ya era de noche en este barrio mal iluminado de las afueras. Lansing anduvo por la calle vacía. Las casas estaban a unos metros unas de otras, con unos arbustos con las ramas peladas en medio y una verja que las separaba de la acera. Al principio, no pudo distinguir su número; pero luego, al llegar a una farola, vio que la pequeña y sucia fachada que iluminaba era justo la que buscaba. El hallazgo le sorprendió. Había imaginado que, como ocurría con frecuencia en los barrios de Passy y La Muette, la calle llevaría a un majestuoso palacete, construido sobre algún resto de casa de campo antigua cubierta de hiedra. El último capricho de los acaudalados era establecerse en estas afueras de París donde aún había espacio para el verdor; y había imaginado a Susy detrás de una fachada con pilastras, con luces que iluminaran la hierba reluciente hasta una verja con esculturas. Lo que vio, en cambio, fue una casa con seis

ventanas apiñada entre otras parecidas, con la colada aleteando entre los arbustos. El arco de luz caía irónicamente sobre la fachada, que tenía el aire envejecido de una obrera fatigada; y Lansing, al inclinarse contra la reja de enfrente, intentó en vano encajar la imagen que tenía de Susy con ese sitio tan humilde.

La explicación más probable era que su abogado se hubiese equivocado de dirección; no solo de número, sino de calle. Sacó el trozo de papel y estaba cruzando para leerlo debajo de la farola cuando un recadero salió de la oscuridad y fue hacia la casa. Nick se apartó, y el muchacho abrió la verja, subió los escalones y tiró de la campanilla.

Casi al instante se abrió la puerta; y ahí estaba Susy: la luz la iluminaba de pleno a ella y a un niño con un pijama de cuadros rojos apoyado en el hombro. Detrás de ellos el espacio era oscuro, o estaba tan poco iluminado que formaba un fondo negro contra su vívida figura. Susy miró al recadero sin sorprenderse, recogió el paquete y, cuando se marchó, se quedó un momento en la puerta contemplando la calle vacía.

Ese momento, al que la observaba, le pareció más rápido que un relámpago y tan largo como una vida. Ahí la tenía, a tiro de piedra, pero totalmente inconsciente de su presencia: su Susy, la Susy de antes, y al mismo tiempo una Susy nueva, curiosamente transformada, casi transfigurada, por la nueva actitud en la que la contemplaba.

En el primer sobresalto de la impresión, Nick olvidó cuánto le sorprendía que estuviera en ese sitio, olvidó plantearse de quién sería esa casa, o de quién era el niño soñoliento que llevaba en brazos. Por un instante, Susy destacó entre la negrura que tenía detrás, y a través del velo de la noche invernal, fue algo aparte, una visión incondicionada, la imagen eterna de la mujer y el niño; y en ese instante todo en el interior de Nick cambió y se renovó. Sus ojos seguían absorbiéndola, encontrando de nuevo las curvas familiares de su cuerpo ligero, reparando en la delgadez del brazo que sostenía al niño, en la inclinación del hombro donde se apoyaba, en el gesto pensativo con que ella apoyaba la mejilla en la suya incluso al mirar a lo lejos; luego retrocedió, la puerta se cerró y la farola volvió a iluminar la nada.

—Pero ¡es mía! —gritó Nick, con el feroz triunfo de la recuperación...

Sus ojos estaban tan inundados de ella que los cerró para retener su imagen. Esta le acompañó, al principio, como un cuadro completo; luego se deshizo poco a poco en sus componentes, el niño se desvaneció, la casa se desvaneció y quedó solo Susy, su propia Susy, solo su Susy, aunque cambiada, cansada, templada —incluso envejecida— con las sombras de debajo de los pómulos más marcadas, el ceño fruncido, la articulación de la muñeca más prominente. No era así como su memoria la había evocado, y recordó con una punzada de remordimiento que algo en su físico, su vestido, su gesto cansado y abatido, sugería pobreza, dependencia, y parecía convertirla en parte de la casa desvencijada donde, al principio, su presencia había parecido tan incongruente.

«Pero ¡parece pobre!», pensó con el corazón en un puño. Y enseguida se le ocurrió que debía de estar viviendo con los hijos de los Fulmer mientras sus padres viajaban por Italia. Le habían llegado rumores del rápido ascenso de Nat Fulmer y había oído que hacía poco que habían visto a la pareja en Nápoles y en Palermo. Nadie había pronunciado el nombre de Susy y apenas sabía por qué había llegado a esta conclusión salvo tal vez porque le parecía natural que, si Susy tenía dificultades, recurriera a su vieja amiga Grace.

Pero ¿por qué iba a tener dificultades? ¿Qué dificultades? ¿Qué podría haber ocurrido que hubiese frustrado su carrera triunfal?

—¡Eso es lo que voy a averiguar! —exclamó.

Su corazón latía con un tumulto de nuevas esperanzas y viejos recuerdos. La imagen de su mujer, con ese porte y esa actitud tan alejados del mundo en el que la imaginaba reabsorbida, cambió en un fogonazo su propia relación con la vida y arrojó una niebla de irrealidad sobre todo lo que había querido pensar que era más sólido y tangible. Ahora solo le parecían sustanciales los adoquines de la calle, la fachada de la casa que la ocultaba, la campanilla que le parecía notar entre los dedos. Dio algunos pasos y estaba ya cerca del umbral cuando un coche particular dobló la esquina y el brillo gemelo de los faros alfombró de oro la calle mojada hasta la puerta de Susy.

Lansing volvió a refugiarse en la oscuridad mientras el automóvil se acercaba a la casa. Un hombre se apeó y la luz cayó sobre la figura de Strefford arrastrando los pies, sus gestos perezosos y desgarrados tan inconfundibles como siempre bajo el abrigo de piel y los nuevos indicios de prosperidad.

Lansing, inmóvil, no despegaba los ojos de la puerta. Strefford llamó y esperó. ¿Volvería Susy? Tal vez hubiese salido antes solo porque lo estaba esperando...

Pero no, al cabo de un rato apareció una criada —la criada para todo de una casa ajetreada— y al instante se apartó para dejar pasar al visitante. Lansing estaba seguro de que no habían cruzado palabra: ni una pregunta por parte de lord Altringham, ni una respuesta por parte de la criada. No cabía duda de que le esperaban.

La puerta se cerró y apareció una luz detrás de los postigos de la ventana de al lado. La criada había conducido al visitante al salón y había encendido la luz. Arriba, entretanto, Susy estaba pasándose los hábiles dedos por el pelo despeinado y pintándose con carmín los labios lívidos. ¡Ay, cómo conocía Lansing hasta el último movimiento de ese rito familiar, desde el ceño fruncido y hasta el mohín con el labio inferior! Le embargó una sensación de malestar físico mientras la sucesión de gestos recordados pasó por delante de sus ojos... ¿Y el otro? ¡El otro, dentro de la casa, tal vez estuviera sonriendo en ese mismo instante al recordar la misma escena!

Al pensarlo, Lansing se alejó internándose en la noche.

XXVII

Susy y lord Altringham se sentaron en el saloncito, separados por una mesa con una lámpara humeante y cubierta de libros escolares.

Al cabo de media hora, la criada, a la que habían enviado a recoger a los niños de clase, volvería con su rebaño; y, en cualquier momento, los gritos imperiosos de Geordie reclamarían a su esclava en el cuarto de los niños. En el escaso tiempo del que disponían, los dos se quedaron visiblemente sin saber qué decir.

Strefford, al entrar, había echado un rápido vistazo al feo salón, con el piano cubierto de partituras, los juguetes de los niños encima del sofá, los ramos de hierba seca y las mariposas empaladas al lado del reloj de bronce. Luego se volvió a Susy y le preguntó sin más:

—¿Qué demonios haces aquí?

Ella no intentó explicárselo; desde el primer momento, había entendido la imposibilidad de hacerlo. Y no quería delatar su secreto deseo de volver con Nick, ahora que sabía que había dado pasos claros para recuperar su libertad. Por miedo a que Strefford se hubiese enterado y se lo anunciara, acompañado de la noticia del próximo matrimonio de Nick, y por sí, al ver cómo se confirmaban sus temores, ella perdía el control de sí misma, prefirió decir en un tono que procuró que sonara indiferente:

—Los «procedimientos», o comoquiera que los llamen los abogados, han empezado ya. Mientras estén en marcha quiero estar sola... no sé por qué...

Strefford, al oírla, la miró con atención.

—¡Ah! —murmuró; y sus labios se contrajeron para esbozar su vieja sonrisa burlona—. Y, hablando de procedimientos —prosiguió con despreocupación—. ¿Cómo irán los de Ellie? Hoy la he visto con Vanderlyn y Bockheimer comiendo muy contentos en Larue.

Susy se ruborizó hasta la raíz del cabello. Recordó su trágica tarde con Nelson Vanderlyn, apenas dos meses antes, y pensó para sus adentros: «Con el tiempo, supongo, Nick y yo»...

En voz alta dijo:

—No entiendo que Nelson y Ellie quieran volver a verse. Y ¡menos en un restaurante!

Strefford siguió sonriendo.

—Querida, eres incorregiblemente anticuada. ¿Por qué iban dos personas que se han hecho el mayor favor posible, al quitarse mutuamente de en medio en el momento oportuno, a comportarse como enemigos jurados para siempre? Es demasiado absurdo; es un disparate demasiado flagrante. Por mucho que nuestra generación haya fracasado en otras cosas, se ha librado de tales disparates, y con eso basta para inmortalizarla. Me atrevo a decir que Nelson y Ellie nunca se

habían gustado tanto como hoy. Hace veinte años, habrían temido admitirlo, pero ¿por qué no iban a hacerlo hoy?

Susy miró a Strefford, consciente de que por debajo de sus palabras estaba el dolor de la decepción que le había causado; y consciente al mismo tiempo de que ese mismo dolor no era la emoción profunda y sobrecogedora que él tal vez habría querido que fuese, sino una punzada parecida a otra docena; y que incluso mientras la sentía anticipaba el día en que dejaría de notarla. Y pensó para sus adentros que esta certeza del olvido debía de ser más amarga que cualquier certeza de dolor.

Se había hecho un silencio. Él lo interrumpió levantándose del asiento y diciendo mientras se encogía de hombros:

—Acabarás obligándome a casarme con Joan Senechal.

Susy sonrió.

—Bueno, y ¿por qué no? Es encantadora.

—Sí; pero me aburrirá.

—¡Pobre Streff! Yo también te aburriría...

—Tal vez. Pero no tan pronto... —Sonrió sardónicamente—. Habría más margen. —Pareció esperar a que ella dijera algo—. Y ¿qué demonios vas a hacer? —concluyó, mientras ella seguía en silencio.

—¡Oh, Streff, no podría casarme contigo por una razón así! —murmuró por fin.

—Pues cástate conmigo y encuentra una razón después.

Los labios de ella esbozaron un no y, todavía en silencio, extendió la mano para despedirse. Él la apretó y luego se fue; pero al llegar al umbral se detuvo y la miró con tristeza.

La mirada la conmovió y añadió atropellada:

—La única razón que encuentro me impulsa a no casarme contigo. Aún no me siento lo bastante descasada.

—¿Lo bastante descasada? Pensaba que Nick estaba haciendo todo lo posible para que te lo sintieras.

—Sí. Pero incluso aunque él haya... a veces creo que da igual.

Él siguió mirándola con curiosidad y la mayor seriedad que ella había visto jamás en su rostro despreocupado.

—Querida, eso es lo que siento por ti —dijo sin más al volverse para marcharse.

Esa noche, después de acostar a los niños, Susy se quedó hasta tarde en el triste saloncito. No pensaba en Strefford, sino en Nick. Iba a ir a París... Tal vez hubiese llegado ya. La idea de que pudieran estar en la misma ciudad en ese mismo instante sin que ella lo supiera era tan extraña y dolorosa que sintió cómo se rebelaba con violencia toda su juventud fuerte y amante de la alegría. ¿Por qué iba a seguir sufriendo de un modo tan insoportable, tan abyecto, tan desdichado? ¿Si pudiera verlo, oír su voz, incluso repetir las palabras crueles y humillantes que había pronunciado aquel espantoso día en Venecia, sería mejor que este vacío, esta exclusión total y definitiva de su vida! Había sido cruel con ella, de una crueldad inimaginable: duro, arrogante, injusto, y, tal vez, a propósito, porque ya quería ser libre. Pero estaba dispuesta a afrontar incluso esa posibilidad, a humillarse aún más de lo que la había humillado él: estaba dispuesta a hacer cualquier cosa, con tal de poder volver a verle.

Apoyó la cabeza dolorida en las manos y siguió pensando. ¿Hacer cualquier cosa? Pero ¿qué podía hacer? Nada que le hiriera, que entorpeciera su libertad o que fuese contra el espíritu de su acuerdo: a eso estaba más decidida que nunca. Había hecho un trato y pensaba cumplirlo, no por ninguna razón abstracta, sino sencillamente porque le quería así. Sí... pero volver a verle ¡solo una vez!

De pronto recordó lo que Strefford había dicho de Nelson Vanderlyn y su mujer: «¿Por qué iban dos personas que se han hecho el mejor favor posible, al quitarse mutuamente de en medio en el momento oportuno, a comportarse como enemigos jurados para siempre?». Si al ofrecerle a Nick su libertad ella le había hecho ese favor, tal vez él ya no la odiara, y ya no le importara verla... En todo caso, ¿por qué no iba a escribirle basada en ese supuesto, escribirle con un espíritu de sencilla amistad, sugiriéndole que se viesen y «arreglaran las cosas»? La prosaica expresión «arreglar las cosas» (¡cuánto la odiaba!) le demostraría que no tenía ningún designio secreto sobre su libertad; y, además, él era demasiado moderno y estaba demasiado libre de prejuicios, demasiado libre de eso que Strefford había llamado disparates, para no entender y aceptar su propuesta. Tal vez al final Strefford tuviera razón; haber despojado de hipocresía las relaciones humanas era un gran hallazgo, aunque tantas cosas exquisitas parecieran haberse desgarrado al mismo tiempo...

Subió corriendo a su cuarto, garabateó una nota y corrió con ella entre la lluvia y la oscuridad hasta el buzón de la esquina. Al volver por la calle vacía tuvo la extraña sensación de que no estaba vacía: de que tal vez Nick estuviese ya allí, cerca de ella en la noche, a punto de seguirla hasta la puerta, de entrar con ella en la casa, de subir con ella a la habitación como antes. ¡Era raro lo mucho que lo había acercado escribirle esa notita!

En el dormitorio, Geordie dormía, todo sonrosado en su cuna de barrotes, y ella apagó la vela y se desvistió sin ruido por miedo a despertarle.

Nick Lansing, al día siguiente, recibió la carta de Susy, enviada a su hotel desde la oficina del abogado.

La leyó con cuidado, dos o tres veces, sopesando y examinando detenidamente las cautas palabras. Le proponía que se viesen para «arreglar las cosas». ¿Qué cosas? Y ¿por qué iba a acceder él a semejante petición? ¿Qué secreto propósito la habría empujado? Era espantoso que en esos tiempos, al pensar en Susy, siempre sospechara de algún motivo oculto, se pusiera en guardia ante una tortuosa maquinación. ¿Cómo diablos pensaría «arreglárselas» ahora?

Hacía unas horas, al verla, toda su dureza se había derretido, y se había acusado de cruel, de injusto y de todos los pecados relacionados con el orgullo; pero la aparición de Strefford a esas horas de la noche, tan evidentemente esperado y bienvenido, había hecho retroceder la creciente marea de ternura.

Sin embargo, al fin y al cabo, ¿qué tenía de raro? Nada había cambiado en la situación de cada uno. Él había dejado a su mujer, deliberadamente y por razones que ninguna vivencia posterior había conseguido modificar. Ella había aceptado en apariencia su decisión y la había utilizado, como estaba en su derecho a hacer, para garantizar su propio futuro.

En todo esto, ¿qué había para llorar o darse golpes de pecho entre dos personas que se preciaban de mirar los hechos a la cara, y de aprovecharlos lo mejor posible, sin quejas vanas? Él había estado en lo cierto al pensar que su matrimonio había sido un acto de locura. Los encantos de Susy habían cegado su buen juicio, y habían tenido su año —su año de locura— o al menos

menos dos o tres meses de un año. Pero su primera intuición había sido acertada; y ahora los dos debían pagar por esa locura. Los hados rara vez olvidan los tratos que se hacen con ellos, ni olvidan reclamar los intereses. ¿Por qué no, entonces, ahora que había llegado el momento, pagar con elegancia y recordar del episodio solo lo que había hecho que pareciera que valía tanto la pena?

Envío un telegrama a la señora de Nicholas Lansing diciéndole que iría a verla por la tarde a las cuatro. «Así tendremos tiempo —pensó fríamente— para “arreglar las cosas”, como ella dice, sin que coincida con la visita vespertina de Strefford.»

XXVIII

La nota de su marido decía sin más: «Hoy a las cuatro en punto. N. L.».

Susy analizó las palabras todo el día en una agonía de deseo, intentando leer en ellas arrepentimiento, emoción, recuerdos, algún eco del tumulto que se agitaba en su propio seno. Pero ella había firmado «Susy» y él «N. L.». Eso parecía abrir un abismo entre los dos. Después de todo, ella estaba libre y él no. Tal vez, en vista de la situación, su nada convencional petición de un encuentro solo hubiese aumentado la distancia entre ambos.

Se sentó en el saloncito y el reloj marcó los minutos. No quería mirar por la ventana: podía traer mala suerte. Y le pareció que un millar de espíritus invisibles, daimones maléficos y benéficos, se agolpaban en torno a ella, espionando sus pensamientos, contando los latidos de su corazón, dispuestos a abalanzarse al menor síntoma de excesiva confianza y convertirla en burla. ¡Oh, qué no habría dado por un altar donde depositarles ofrendas propiciatorias! Pero ¿cuáles podrían resultarles más dulces que sus latidos silenciados y sus lágrimas reprimidas?

Sonó la campanilla y se levantó como si un resorte la hubiese hecho ponerse en pie. En el espejo entre las hierbas secas su rostro parecía alargado, lívido e inanimado. ¡Ay, si la encontraba demasiado cambiada...! Si tuviese tiempo de subir a ponerse un poco de colorete...

La puerta se abrió; se cerró a su espalda: ahí estaba.

Dijo:

—¿Querías verme?

Ella respondió:

—Sí.

Y su corazón pareció dejar de latir.

Al principio ella no pudo identificar qué cambio misterioso se había obrado en él y por qué al mirarlo le pareció un desconocido; luego reparó en que su voz sonaba como siempre que hablaba con otras personas; y se dijo, con un mórbido estremecimiento de lucidez, que ella se había convertido en «otra persona» para él.

Se produjo una pausa mortal; luego le preguntó con voz entrecortada sin saber lo que decía:

—Nick... ¿quieres sentarte?

Él respondió: «Gracias», pero no pareció haberla oído, pues siguió de pie, sin moverse, con media habitación entre los dos. Y, poco a poco, a ella la abrumó la inutilidad y lo desesperado de su presencia. Parecía haberse levantado un muro de granito entre uno y otro. Tuvo la sensación de que la ocultaba de él, como si esos ojos nuevos y distantes estuvieran contemplando el muro y no a ella. De pronto se dijo: «Sufre más que yo, porque le doy lástima y le asusta decirme que se va a

casar».

La idea le picó el orgullo, levantó una mano y lo miró a los ojos con una sonrisa.

—¿No crees —dijo— que es más sensato... con todos los cambios que han ocurrido en nuestra vida... que nos veamos así como amigos? Quería decirte que no tienes por qué... sentirte infeliz por mi causa.

Él se ruborizó intensamente.

—¡Oh, lo sé... ya lo sé...! —afirmó con atropellamiento; y añadió con fingida animación—: Pero gracias por decírmelo.

—No hay nada —continuó ella— que haga que vernos así nos resulte vergonzoso o doloroso, cuando ambos hemos encontrado... —Se interrumpió y le tendió la mano—. He oído lo de Coral y tú —se interrumpió.

Nick se limitó a tocar su mano con dedos fríos y a soltarla.

—Gracias —dijo por tercera vez.

—¿No quieres sentarte?

Se sentó.

—¿No crees —prosiguió Susy— que esta nueva forma de... vernos como amigos... y de hablar las cosas sin rencor... es mucho más agradable y más sensata?

Él sonrió.

—Eres muy amable al pensar así.

—¡Oh, es que lo pienso de verdad! —Se detuvo en seco, sin saber qué quería decir a continuación, ni por qué había perdido de pronto el hilo de su discurso.

En la pausa lo oyó toser y carraspear un poco.

—Deja que te diga entonces —empezó Nick— que yo también me alegro mucho de que tu futuro esté tan plenamente garantizado.

Ella volvió a mirar su rostro impenetrable, en el que no se movía ni un músculo.

—Sí: lo hace todo... más fácil para ti, ¿no?

—Espero que para ti también. —Nick hizo una pausa y luego prosiguió—: También quiero decirte que entiendo perfectamente...

—¡Oh! —lo interrumpió ella—, yo también; en fin, tu punto de vista.

Volvieron a guardar silencio.

—Nick, ¿por qué no podemos ser amigos, amigos de verdad? ¿No sería más fácil? —le dijo por fin con los labios apretados.

—¿Más fácil...?

—Bueno, para hablar las cosas... los acuerdos. Supongo que habrá acuerdos que hacer, ¿no?

—Supongo —dudó él—. Estoy haciendo lo que me dicen... Solo sigo instrucciones. Por lo visto, es bastante fácil. Daré los pasos necesarios...

Ella se ruborizó un poco y contuvo un suspiro.

—Los pasos necesarios: ¿cuáles son? Todo lo que dicen los abogados es muy confuso... Aún no he entendido... cómo se hace.

—¿Por mi parte? ¡Oh, es muy sencillo! —Hizo una pausa y añadió en un tono de trabajosa desenvoltura—: Mañana iré a Fontainebleau...

Susy lo miró sin entender.

—¿A Fontainebleau...?

Su perplejidad le arrancó a Nick su primera sonrisa franca.

—Bueno... he elegido Fontainebleau... No sé por qué... tal vez porque nunca hemos estado allí juntos.

Ella lo entendió de pronto y la sangre acudió a su rostro. Se levantó sin saber lo que hacía, con un nudo en la garganta.

—Qué grotesco... ¡No puede ser más repugnante!

Nick se encogió un poco de hombros.

—Yo no he hecho las leyes...

—Pero ¿no es estúpido y degradante que esas cosas sean necesarias cuando dos personas quieren separarse? —Volvió a interrumpirse, silenciada por ese fatídico «quieren separarse...».

Él pareció no querer demorarse más en las obligaciones legales implicadas.

—Aún no me has dicho —insinuó— por qué estás viviendo aquí.

—Aquí... ¿con los niños de los Fulmer? —Se animó, esforzándose por captar su tono más alegre—. Llevo unas semanas haciendo de institutriz para ellos, mientras Nat y Grace están en Sicilia. No dijo: «Porque he roto con Strefford». En cierto modo, ayudaba un poco a su orgullo herido ocultarle el secreto de su precaria independencia.

Él la miró maravillado.

—¿Sola con esa criada estulta? Pero ¿cuántos son? ¿Cinco? ¡Dios mío! —Miró sin verlo el reloj y luego volvió otra vez la mirada hacia la de Susy—. Yo habría dicho que un montón de niños te sacarían de quicio.

—No, estos niños no. Son muy buenos conmigo.

—¡Ah! Bueno, supongo que no será mucho ni por mucho tiempo. —Volvió a recorrer la salita con la mirada y sus ojos ausentes parecieron reducirla a sus tristes elementos constitutivos, y añadió, con un evidente esfuerzo por darle conversación—: Me han dicho que a los Fulmer no les está yendo muy bien desde que tuvo éxito. ¿Es verdad que él va a casarse con Violet Melrose?

La sangre acudió al rostro de Susy.

—¡Oh, no, no! Grace y él están viajando juntos ahora mismo.

—¡Ah! No lo sabía. La gente habla... —Era evidente que la cuestión le avergonzaba y que lamentaba haberla sacado a relucir.

—Algunas cosas que dice la gente son ciertas. Pero a Grace no le molesta. Dice que se pertenecen el uno al otro. Cree que no pueden evitarlo, después de todo lo que han pasado juntos.

—¡La buena de Grace!

Se había levantado de la silla y esta vez ella no hizo ningún esfuerzo por detenerle. Parecía haber recobrado la compostura, y a Susy le pareció doloroso, casi humillante, que Nick hubiese hablado con esa frivolidad de su excursión a Fontainebleau por la mañana... En fin, los hombres eran diferentes, se dijo; recordó que ya había pensado eso de Nick.

Estuvo a punto de gritar: «Pero ¡espera... espera! ¡Al final no voy a casarme con Strefford!», pero creyó que sería como apelar a su compasión, a su indulgencia; y no era eso lo que quería. Nunca podría olvidar que la había dejado porque no había sido capaz de perdonarle que se las «arreglara» y por nada en el mundo habría dejado que pensara que el encuentro se había planeado con ese propósito.

«Si no ve que soy diferente, a pesar de las apariencias... y que nunca he sido lo que me dijo

aquel día; si en todos estos meses no se ha dado cuenta, ¿para qué intentarlo ahora? —pensó. Y luego, sus pensamientos se aceleraron—: Tal vez él también esté sufriendo, creo que lo está, y, si no por él, al menos sufre por mí. Pero, si está comprometido con Coral, ¿qué puede hacer? ¿Qué pensaría de mí si intentara obligarle a incumplir su palabra?»

Pues ahí lo tenía, al hombre que iba a ir «mañana a Fontainebleau», ¡que llamaba a eso dar «los pasos necesarios»! ¡Que era capaz de sonreír mientras hacía una observación así como si tal cosa! Un mundo parecía separarlos ya: era como si la despedida hubiese terminado. Todas las palabras, los gritos, los argumentos que batían sus ruidosas alas dentro de ella volvieron a caer en el silencio. El único pensamiento que quedó fue: «¿Cuánto más tiempo piensa quedarse ahí de pie?».

Puede que él leyera la pregunta en su rostro, porque abandonó la contemplación ensimismada de las cortinas de la ventana y dijo:

—¿No hay nada más?

—¿Nada más?

—Bueno, había cosas que arreglar...

Susy se ruborizó, al recordar el pretexto que había utilizado para llamarle.

—¡Ah! —vaciló—. No sabía... pensaba que podría haber... Pero supongo que los abogados...

Notó el alivio en el rostro contraído de Nick.

—Exacto. Siempre he pensado que era mejor dejarlo en sus manos. Te aseguro —por un momento la sonrisa volvió a tensar sus labios— que no haré nada por entorpecer un arreglo rápido.

Susy, inmóvil, tenía la sensación de estar convirtiéndose en piedra. Él parecía estar ya muy lejos, como una figura desvaneciéndose en una perspectiva lejana.

—Pues... adiós —le oyó decir desde el otro extremo de la sala.

—¡Oh..., adiós! —titubeó, como si no hubiese tenido la palabra preparada y se sintiera aliviada de que la dijera él.

Nick volvió a detenerse en el umbral, volvió a mirarla y empezó a hablar.

—He... —dijo; luego repitió—: Adiós. —Como para asegurarse de que no había olvidado decirlo; y la puerta se cerró a su espalda.

Se acabó; Susy había tenido su última oportunidad y la había perdido. Ahora, pasara lo que pasara, aquello por lo que había vivido y que tanto había anhelado ya no sucedería nunca. Él había venido y ella lo había dejado marchar otra vez...

¿Cómo había sucedido? ¿Podría explicárselo alguna vez? ¿Cómo era posible que ella, tan fértil en estrategias, tan ducha en artes femeninas, se hubiera quedado sin saber qué hacer ni qué decir, como una colegiala que se atraganta ante su primer amor? Si se había ido, para no volver, la culpa era suya y solo suya. ¿Qué había hecho para conmovirlo, para detenerlo, para que su corazón latiera y la cabeza le diera vueltas igual que a ella? La espantaba su propia ineptitud, su pétreo inexpresividad...

Y de pronto se llevó las manos a la frente y exclamó:

—Pero ¡esto es amor! ¡Esto debe ser amor!

Lo había amado antes, se dijo; pues ¿cómo si no iba a llamar al impulso que la había empujado hacia él, le había enseñado cómo superar los escrúpulos de Nick y lo había arrastrado

con ella en su loca aventura? Bueno, si eso era amor, era tan grande y profundo que el otro sentimiento parecía solo la danza de su sangre al son de...

Pero ¡no! El amor de verdad, el amor inmenso, el amor que cantaban los poetas y por el que vivían y morían los seres privilegiados y torturados, ese amor tenía su propia expresividad superior y el dominio seguro de sus medios. Las frívolas artes de la coquetería no estaban más lejos de él que el azoramiento de la joven inexperta. El amor grande era inteligente, fuerte, poderoso, como el genio, como cualquier otra forma dominante de poder humano. Se conocía a sí mismo y lo que quería, y sabía cómo conseguir sus fines.

Entonces el suyo no era un amor inmenso, sino solo el amor humano humilde, normal y corriente. Y le había venido tan de repente, de un modo tan abrumador, con un rostro tan serio y un roce tan asombroso que se había quedado petrificada, humillada ante sus ojos, al comprender que lo que había tomado otras veces por amor no eran más que placeres primaverales y el sabor de la juventud.

«Pero ¿cómo podía saberlo? Y ¡ahora es demasiado tarde!», se lamentó.

XXIX

Los habitantes de la casita de Passy se levantaban pronto por necesidad; pero, cuando Susy saltó de la cama a la mañana siguiente, nadie se había despertado y faltaba casi una hora para que sonara el despertador de la criada.

Por un momento, Susy se asomó desde la oscuridad de su cuarto a la aún mayor oscuridad de la noche. Una fría llovizna le cayó en el rostro, se puso a temblar y se apartó. Luego encendió una vela y la cubrió para no despertar al niño, se puso el batín y abrió la puerta. En el umbral se detuvo un momento para mirar el reloj. ¡Solo las cinco y media! Pensó compungida en la falta de delicadeza que iba a ser interrumpir el sueño de Junie Fulmer; pero semejantes escrúpulos no pesaban una onza comparados con sus propósitos. La pobre Junie tendría que dormir un poco más el domingo, nada más.

Susy se escabulló por el pasillo, abrió una puerta e iluminó el rostro de la niña.

—¡Junie! ¡Cariño, tienes que despertarte!

Junie yacía en el abandono del sueño juvenil, pero al oír su nombre se incorporó con la celeridad de un adulto acostumbrado al peso de las obligaciones domésticas.

—¿Quién es? —preguntó, con un pie fuera ya de la cama.

—¡Oh, Junie, cariño, no... a los niños no les pasa nada... ni a ellos ni a nadie! —balbució Susy, de rodillas al lado de su cama.

A la luz de las velas, vio nublarse con reproche el ceño preocupado de la muchacha.

—¡Oh, Susy! Entonces, ¿por qué...? ¡Estaba soñando que íbamos todos en un coche por Roma con papá y mamá!

—Lo siento mucho, cariño. ¡Qué sueño tan bonito! Soy una desconsiderada por interrumpirlo...

Notó el creciente escrutinio de la niña.

—Si no le pasa nada malo a nadie, ¿por qué lloras, Susy? ¿Te pasa algo a ti? ¿Qué ha ocurrido?

—¿Estoy llorando? —Susy se incorporó y se sentó sobre la colcha—. Sí, es a mí. Por eso he tenido que molestarte.

—¡Oh, Susy! ¿Qué te ocurre? —Los brazos de Junie la rodearon en un instante y Susy los sujetó con los dedos ardientes.

—¡Junie, escucha! Tengo que irme cuanto antes... Tengo que dejaros solos todo el día. Puede que no vuelva hasta muy tarde, a última hora de la noche; no lo sé. Le prometí a tu madre que no os dejaría solos; pero tengo que...

Junie miró su rostro agitado con los ojos ya despiertos del todo.

—Sabes que no se lo diré a nadie, so tonta —dijo como si tal cosa.

Susy la abrazó.

—¡Junie, Junie, cariño! No quería decir eso. Puedes decírselo... debes decírselo. Yo misma escribiré a tu madre. Lo que me preocupa es la idea de tener que irme todo el día fuera de París, cuando Geordie tose un poco todavía y no tiene a nadie que cuide de él más que esa tonta de Angèle mientras tú estás fuera... y que tengas que llevarlos a todos a la escuela. Pero Junie, Junie, ¡tengo que hacerlo! —sollozó, abrazando aún con más fuerza a la niña.

Junie Fulmer, con su entendimiento extrañamente maduro de la situación, y al parecer de cualquier situación que el destino pudiera poner en su camino, se quedó inmóvil un instante entre los brazos de Susy. Luego se soltó las muñecas con un hábil giro y, recostándose otra vez en la almohada, dijo juiciosa:

—Si sigues cuidando de los niños de otros, nunca tendrás tu propia familia.

Esta observación arrancó una risa a Susy a pesar del torbellino en que se encontraba.

—¡Oh, mi propia familia...! Tal como me porto con la tuya, no me la merezco.

Junie siguió mirándola.

—Querida, un cambio te sentará bien: lo necesitas —dijo.

Susy se levantó con un suspiro risueño.

—¡No estoy tan segura! Pero, en cualquier caso, lo necesito. Pero ¡estoy angustiada... y ni siquiera puedo dejarte unas señas!

Junie parecía seguir considerando la cuestión.

—¿No puedes decirme siquiera adónde vas? —se aventuró a decir, como si no estuviese muy segura de la delicadeza de su pregunta.

—Pues... no, no creo; no hasta que vuelva. Además, aunque pudiera no te sería de mucha utilidad, porque no podría darte las señas exactas. No sé dónde será.

—Pero ¿qué más da, si vas a volver esta noche?

—Pues ¡claro que voy a volver! ¿Cómo puedes pensar que se me ocurriría dejaros solos más de un día?

—¡Oh! No me daría miedo... no mucho, con el atizador y la pistola de agua de Nat —la corrigió Junie, todavía juiciosa.

Susy volvió a abrazarla con vehemencia y luego se dedicó a cuestiones más prácticas. Le explicó que, si era posible, quería coger el tren de las ocho treinta en la Gare de Lyon, y que no había un momento que perder si tenía que vestir y dar el desayuno a los niños, y escribir instrucciones para Junie y Angèle, antes de ir corriendo al metro.

Mientras bañaba a Geordie y se vestía ella misma, no pudo sino extrañarse de la extrema preocupación que tenía por sus pupilos. Recordó con una punzada cuántas veces había abandonado a Clarissa Vanderlyn un día entero, incluso dos o tres: pobrecilla Clarissa, de quien sabía que estaba tan desprotegida, tan expuesta a las malas influencias. Su propia y codiciosa felicidad la había absorbido de tal modo que no había prestado atención a la niña más que intermitentemente; pero ahora, sintió, ningún pesar, por muy desolador que fuese, ninguna felicidad, ni la más acaparadora, volvería a aislarla jamás de ellos.

Y, además, ¡estos niños eran tan diferentes! La exquisita Clarissa era ya la víctima predestinada de su ambiente: su alma floreciente estaba separada de la de Susy por la misma

barrera de incompreensión que la separaba a ella de la señora Vanderlyn. Clarissa no tenía nada que enseñarle a Susy mas que el horror de sus propios, inflexibles y pequeños apetitos; mientras que la compañía de los ruidosos y discutidores hijos de los Fulmer había sido una escuela de sabiduría y abnegación.

Mientras aplicaba el cepillo del pelo a la reluciente cabeza de Geordie y el pañuelo a su nariz mucosa, la impresión de cuánto le debía la sobrecogió hasta tal punto que interrumpió el proceso para abrazarlo contra su pecho.

—Si prometes que te vas a portar bien todo el día, te contaré un cuento precioso cuando vuelva esta noche —negoció con él; y Geordie, siempre astuto, regateó:

—Antes de prometértelo, quiero saber qué cuento es.

Por fin todo estuvo en orden. Junie fue instruida, y Angèle apabullada, con la minuciosidad de las instrucciones de Susy que, con un impermeable y un par de gruesos zapatos, bajó los escalones e hizo una pausa para saludar con la mano a la pirámide de cabezas que la añoraba ya desde una de las ventanas de arriba.

Apenas había amanecido, y todavía llovía, cuando se volvió hacia la calle deprimente. Como de costumbre, estaba vacía; pero en la esquina distinguió un taxi vacilante, con unas maletas apiladas al lado del conductor. Tal vez fuese algún viajero madrugador, que acabara de llegar, y que dejase el vehículo a tiempo de que lo ocupara ella, evitándole así la caminata hasta el metro y el subsiguiente viaje de pie, pues era la hora en que los obreros iban al trabajo. Susy apresuró el paso hacia el vehículo, que, superadas las dudas, empezaba a moverse hacia ella. Al verlo, se detuvo para ver dónde dejaría su carga. Entonces el taxi se detuvo también y la carga se depositó delante de ella en la forma de Nick Lansing.

Los dos se quedaron mirándose fijamente a través de la lluvia hasta que Nick le espetó:

—¿Adónde vas? He venido a buscarte.

—¿A buscarme? ¿A buscarme? —repitió ella. Al lado del taxista había visto de pronto la vieja maleta de la que su marido la había obligado a sacar los cigarros de Strefford cuando estaban a punto de irse de Como; y todo lo que había ocurrido desde entonces pareció alejarse y desaparecer en el color y el rapto de este recuerdo.

—A buscarte; sí. Claro. —Pronunció las palabras en tono perentorio, casi como si fuesen una orden—. ¿Adónde ibas? —repitió. Sin responder, ella se volvió hacia la casa. Nick la siguió y el taxi cargado cerró la procesión—. ¿Qué haces en la calle con este tiempo y sin paraguas? —continuó, en el mismo tono severo, mientras alargaba el suyo para protegerla de la lluvia.

—¡Oh!, es que el paraguas de Junie está hecho jirones y he tenido que prestarle el mío, porque iba a pasar el día fuera.

Dijo estas palabras como si estuviera en trance.

—¿El día fuera? ¿A estas horas? ¿Dónde?

Estaban en los escalones de la entrada y ella buscó con un gesto mecánico las llaves, abrió la puerta y lo acompañó a la sala de estar. No la habían ordenado desde la noche anterior. Los libros escolares de los niños seguían desperdigados por la mesa y el sofá, y la chimenea vacía estaba gris de ceniza. Se volvió hacia Nick en la luz pálida.

—Iba a verte —balbució—, iba a seguirte a Fontainebleau, si era necesario, para decirte... para impedir que...

Él repitió en el mismo tono agresivo:

—Decirme ¿qué? Impedirme ¿qué?

—Decirte que tiene que haber otro modo... alguna forma decorosa... de separarnos... sin ese espanto, ese espanto de que vayas con una mujer...

Él la miró y luego se echó a reír. La sangre acudió al rostro de Susy. Había captado un eco familiar en su risa y se ofendió. ¿Qué derecho tenía él, en un momento así, a reírse como antes?

—Lo siento; pero me temo que no hay otra manera. Solo una —se corrigió.

Ella levantó la cabeza con brusquedad.

—¿Y bien?

—Que seas tú esa mujer... ¡Oh, cariño! —Se había desprendido de la sonrisa burlona, y la tenía a su lado, con sus manos en las suyas—. ¿No ves que los dos hemos sentido lo mismo y al mismo tiempo? Has pasado la noche despierta pensándolo, ¿verdad? Yo también. Cada vez que el reloj daba las horas, me decía: «Ella también lo ha oído». Y me levanté antes del alba, empaqueté mis cosas, porque no quiero volver a poner el pie en ese espantoso hotel donde he vivido un infierno estos tres últimos días. Y me juré que me iría con una mujer en el primer tren que pudiera coger... y eso pienso hacer, cariño.

Susy estaba aturdida. Sí, aturdida: ¡eso era lo peor! La violencia de la reacción había sido demasiado grande y apenas podía entender lo que le estaba diciendo. Reparó, en cambio, en que la borla de la persiana estaba otra vez arrancada (¡oh, esos niños!), y dudó de si el equipaje de Nick estaría a salvo en el taxi. Contaban cada cosa...

Volvió a oír su voz.

—¡Susy, escucha! —le estaba suplicando—. Tienes que darte cuenta de que no puede ser. Estamos casados... ¿No es eso lo único que importa? Ya lo sé: me he portado como un bruto: ¡un puñetero asno arrogante! ¡No podrías desear que le diesen a este asno una tunda peor que la que le he dado yo! Pero eso no es lo importante. Lo importante es que estamos casados... Casados... ¿No significa algo para ti? ¿Algo... inexorable? Para mí, sí. No soñé que sería... de esa manera. Pero lo único que puedo decir es que supongo que la gente que no lo siente es que no está casada de verdad... y es mejor que se separen; mucho mejor. Pero nosotros...

Ella balbució entre las lágrimas:

—Eso mismo es lo que sentía yo... Es lo que le dije a Streff...

Nick se abalanzó sobre ella y la abrazó.

—¡Cariño, cariño! ¿Se lo dijiste?

—Sí —jadeó Susy—. Por eso estoy viviendo aquí. —Hizo una pausa—. Y ¿tú se lo has dicho a Coral?

—No... no se lo he dicho...

—¡Oh, Nick! Pero ¿entonces...?

Él volvió a abrazarla contra su pecho, ofendido.

—Entonces, ¿qué? ¿Qué quieres decir? ¿Qué diferencia hay?

—Pero si le dijiste que ibas a casarte con ella...

Quisiéramo o no, de su voz se desprendían ecos plateados.

—¿Casarme con ella? ¿Casarme con ella? —repitió él—. Pero ¿cómo? ¿Qué significa el matrimonio? Si significa algo, eres... ¡tú! Y no puedo pedirle a Coral Hicks que venga sin más a vivir conmigo, ¿verdad?

Entre risas y lágrimas, Susy se apoyó contra su pecho y las manos de él recorrieron su pelo.

Estuvieron callados un rato; luego él volvió a empezar:

—Tú misma lo dijiste ayer.

Ella regresó de distancias luminosas.

—¿Ayer?

—Sí: que Grace Fulmer cree que no se puede separar a dos personas que han pasado por muchas vicisitudes.

—¡Ah, que las han pasado juntos...! No son las vicisitudes, sino haberlas pasado juntos —le interrumpió.

—Juntos... ¡eso es! —Se aferró a sus palabras como si acabasen de acuñarlas para expresar lo que sentía y su imaginación pudiera descansar sin más preocupaciones.

Sonó el timbre de la puerta y los dos se sobresaltaron. Por la ventana vieron al taxista que preguntaba con gestos por el destino del equipaje.

—Quiere saber si tiene que dejarlo aquí —se rió Susy.

—¡No... no! Te vienes conmigo —afirmó su marido.

—¿Contigo? —Ella volvió a reírse por lo absurdo de la idea.

—Pues claro: ahora mismo. ¿Qué imaginabas? ¿Que me marcharía sin ti? Sube y haz las maletas —le ordenó.

—¿Mis cosas? ¿Mis cosas? Pero ¡no puedo dejar a los niños!

Él la miró fijamente, entre indignado y divertido.

—¿Que no puedes dejar a los niños? ¡Tonterías! Pero si acabas de decir que ibas a seguirme a Fontainebleau...

Ella volvió a ruborizarse, esta vez de forma conmovedora.

—No sabía lo que hacía... Tenía que encontrarte... pero habría vuelto esta noche, pasara lo que pasara.

—¿Pasara lo que pasara? —Susy asintió con la cabeza y le devolvió decidida la mirada—. No; pero de verdad...

—De verdad, no puedo dejar a los niños hasta que vuelvan Nat y Grace. Se lo prometí.

—Sí; pero entonces no sabías que... ¿Por qué diablos no puede cuidarlos la niñera?

—La única niñera soy yo.

—¡Dios mío!

—Pero solo son dos semanas más —imploró ella.

—¡Dos semanas! ¿Sabes cuánto tiempo llevo sin ti? —La sujetó por las muñecas y la acercó contra su pecho—. Ven conmigo al menos dos días... ¡Susy! —le suplicó.

—¡Oh —gritó ella—, es la primera vez que dices mi nombre!

—Pues ¡Susy, Susy... mi Susy... Susy! Y tú solo has dicho el mío una vez.

—¡Nick! —suspiró ella en paz, como si la palabra fuese una semilla mágica de la que brotaran enormes ramas que los envolvieran.

—Bueno, Susy, sé razonable. ¡Ven!

—Razonable... ¡oh, razonable! —sollozó ella entre las risas.

—Pues ¡irrazonable entonces! ¡Mejor aún!

Ella se soltó y se apartó con dulzura.

—Nick, juré que no los abandonaría y no puedo hacerlo. No es solo mi promesa a su madre...

Es lo que han significado para mí. Tú no sabes... no imaginas las cosas que me han enseñado. A ratos son muy traviesos, porque son muy listos; pero cuando se portan bien son las personas más sabias que conozco. —Hizo una pausa y la iluminó una súbita inspiración—. Pero ¿por qué no nos los llevamos? —exclamó.

Los brazos de su marido se soltaron y se quedó confundido.

—¿Que nos los llevemos?

—¿Por qué no?

—¿A los cinco?

—Pues claro... no podría separarlos. Y Junie y Nat nos ayudarán a cuidar de los pequeños.

—¿Que nos ayudarán! —gimió.

—¡Oh, ya lo verás; no te molestarán! Tú déjamelos a mí; me las arreglaré... —La palabra la detuvo en seco y un rubor agónico la cubrió desde el cuello a la frente. Sus ojos se cruzaron; y, sin una palabra, él se inclinó y puso con dulzura los labios sobre la mancha roja de su cuello.

—Nick —suspiró ella, con las manos entre las suyas.

—Pero esos niños...

En lugar de responder, ella le preguntó:

—¿Adónde vamos?

A Nick se le iluminó el rostro.

—A cualquier sitio, cariño, que tú elijas.

—Pues... ¡elijo Fontainebleau! —respondió exultante Susy.

—¡Yo también! Pero no podemos llevar a todos esos niños a un hotel en Fontainebleau, ¿no? —le preguntó él con timidez—. Verás, cariño, solo los gastos...

Los ojos de ella ya iban muy por delante.

—Los gastos no serán muchos. Acabo de recordar que Angèle, la criada, tiene una hermana que es cocinera en una bonita pensión que en esta época del año estará casi vacía. Estoy segura de que puedo arreg... solucionarlo con facilidad —respondió Susy, a punto de tropezarse con la palabra fatídica—. Y ¡piensa en lo divertido que será para ellos! Hoy es viernes, que se salten las clases de la tarde y se queden en el campo hasta el lunes. ¡Los pobrecillos hace meses que no salen de París! Y ¡seguro que el cambio de aires le curará la tos a Geordie...! Geordie es el pequeño —explicó sorprendida, incluso en el arrebató de la reconciliación, de estar tan preocupada por el bienestar de los Fulmer.

Sabía que su marido también lo estaba; pero, en vez de prolongar la discusión, él le preguntó sin más:

—¿Es el que tenías en brazos anteanoche cuando abriste la puerta?

—¿Cuándo abrí la puerta anteanoche? —repitió ella.

—A un recadero con un paquete.

—¡Oh! —sollozó ella—. ¿Estabas ahí? Me viste.

Nick la abrazó y las corrientes fluyeron entre los dos, cálidas y plenas como en la noche de su luna de miel en Como.

Susy se puso a cargo de todo y dispuso las tropas. Pagó el taxi, dejaron el equipaje de Nick en el vestíbulo y llamaron a los niños, que acababan de bajar a desayunar, para comunicarles la noticia.

Era evidente que, a pesar de lo acostumbrados que estaban a las sorpresas, la presencia de Nick les desconcertó. Pero cuando, entre risas y besos, les aclararon su identidad y su derecho a estar donde estaba, Junie resolvió la cuestión preguntando tan práctica como siempre:

—Entonces supongo que podemos hablar con Susy de usted...

Y enseguida los cinco empezaron a pensar en sus inminentes vacaciones.

Desde ese instante, la casita se convirtió en el centro de un torbellino. Placeres tan imprevistos, y de tanta magnitud, eran raros en la experiencia de los pequeños Fulmer, y, de no haber sido por la firme influencia de Junie, los pupilos de Susy se habrían desmadrado. Pero Nick, basándose en su hombría compartida, animó al joven Nat a celebrarlo con su bocina (la misma que había torturado los ecos de New Hampshire) y a reafirmar su autoridad sobre los pequeños; y por fin un plan empezó a cobrar forma a partir del caos, y cada niño encajó en él igual que una pieza en un puzzle.

Susy, navegando en el remolino con la misma firmeza de siempre, notó no obstante cierto fondo de inquietud. No había tenido tiempo de hablar de dinero con Nick; y con el poco que tenían no podía, obviamente, ser una cuestión de demasiada importancia. Pero era una razón añadida para que estuviese secretamente asustada de su intrépida resolución de no separarse de sus pupilos. Una luna de miel de tres días con cinco niños por compañía —y más tratándose de unos niños con el apetito de los Fulmer— saldría cara por fuerza; y mientras preparaba los detalles, los enviaba al colegio y organizaba los indescriptibles receptáculos que había en la casa para llevar el equipaje, sus pensamientos no dejaban de dar vueltas al problema financiero familiar.

Sí... era cruel hacer que levantara la odiosa cabeza, incluso entre las ramas cubiertas de brotes de su nueva primavera; pero ahí estaba la eterna serpiente del Edén, a la que había que sobornar, alimentar o adormilar con cualquier bocado que pudiera implorar, tomar prestado o robar. Y se dijo que ese era el precio que el destino pensaba cobrarse a cambio de su dicha, y estuvo más segura que nunca de que valía la pena. Solo que ¿cómo conciliarlo con sus nuevos principios?

Con el equipaje de los niños sin hacer, la comida sin preparar y la necesidad de telefonar a la pensión de Fontainebleau, no había mucho tiempo que perder en casuísticas morales; y Susy se preguntó con cierta ironía si la crónica falta de tiempo para vencer las dificultades económicas no habría sido la causa principal de sus anteriores errores. Tampoco tenía tiempo ahora; no tenía tiempo, en suma, para hacer nada que no fuese seguir adelante con la tempestad de planes y preparativos, en el curso de la cual mandó a Nick a comprar a la charcutería unas cosas para el almuerzo y a llamar por teléfono a Fontainebleau.

En cuanto se marchó —y después de verle doblar la esquina— también ella se vistió, se metió en el bolsillo un paquetito que guardaba en el neceser y partió corriendo en dirección contraria.

XXX

Hicieron falta dos taxis hasta los topes para transportar a la familia de Nicholas Lansing a la estación en su segunda luna de miel. En el primero viajaban Nick, Susy y el equipaje de todos (también la bocina de Nat, como concesión en el último momento, y porque hasta entonces se había abstenido de tocarla); y en el segundo los cinco Fulmer, la criada, que en el último momento se había negado a que la dejaran sola, una jaula llena de canarios y un gatito huérfano que tenía siniestros designios para todos ellos; todos los cuales habían tenido que llevarse porque, si la criada les acompañaba, no quedaría nadie para cuidar de ellos.

Al llegar a la esquina, Susy se soltó de los brazos de Nick y detuvo la procesión mientras ella corría hasta el segundo coche para cerciorarse de que la criada había cogido la llave de la casa. Resultó, claro, que no la había cogido, aunque Junie sí lo había hecho; tras lo cual la caravana volvió a ponerse en marcha, y llegó a la estación justo cuando el tren estaba a punto de partir; y allí, por el milagroso buen natural del revisor, los metieron a todos en un compartimento vacío: sin duda, como observó Susy, porque los ferroviarios siempre reconocían a una pareja recién casada y la trataban con amabilidad.

Los niños, custodiados por Junie, al principio prometieron observar una bondad sobrehumana; pero enseguida sus sentimientos se desbordaron, y no hubo manera de calmarlos hasta que llegaron al acuerdo de que Nat tocaría la bocina al llegar a una estación, los gemelos gritarían los nombres de las estaciones y Geordie, con los canarios y el gatito, fingiría cambiar de tren.

Por suerte, había pocas paradas; pero la emoción del viaje, combinada con los bombones repartidos con excesiva indulgencia por Nick, embargaron a Geordie de una repentina tristeza que Susy solo pudo calmar contándole cuentos hasta que llegaron a Fontainebleau.

El día era cálido, con suaves rayos de luz del sol sobre las hojas marchitas; y, cuando dejaron el equipaje y a los animales en la pensión, Susy confesó que había prometido a los niños dar un paseo por el bosque y después tomar unos bollos en una cafetería. Nick aceptó plácidamente, y, hasta después de declinar el día, y de consumir muchos bollos, la procesión no emprendió el camino calle debajo de la pensión, encabezada por Nick con Geordie dormido entre sus brazos, y los demás abrazados a Susy, y enmudecidos por el cansancio y la comida.

Habían decidido que, puesto que la criada era parte del grupo, podían confiarle a los niños por la noche, y ellos dos se instalarían en un hotel vecino. Nick se había hecho la ilusión de trasladar allí sus posesiones cuando volvieran de la cafetería; pero Susy, claramente sorprendida por la idea, le recordó que antes tenía que dar de cenar y acostar a sus pupilos. Le sugirió que llevara las maletas al hotel y prometió ir con él en cuanto Geordie se quedara dormido.

Susy tardó mucho en llegar, pero esperarla fue muy dulce, incluso en la sala de lectura vacía y

mal caldeada por una hosca estufa; y, después de echar un vistazo al correo matutino que se había echado al bolsillo al salir de París, se sumió en un estado de beatitud soñolienta. Era absurdo, pero no le inspiró la sensación de irrealidad que había hecho de su primera aventura un simple sueño dorado; y se sentó a esperar con la seguridad de alguien en quien los hábitos queridos han echado raíces profundas. En este estado de ánimo incluso la presencia de los cinco hijos de los Fulmer parecía una consecuencia natural y necesaria de todo lo demás; y, cuando por fin apareció Susy, un poco pálida y cansada, con el aire introspectivo con que vuelven las madres ajetreadas del cuarto de los niños, eso también le pareció natural y necesario, y parte del nuevo orden de las cosas.

Fueron a cenar a un restaurante barato; luego, en la húmeda noche de diciembre, volvieron al hotel bajo un cielo cubierto de nubes de lluvia. Parecían habérselo dicho todo el uno al otro, y al mismo tiempo apenas haber empezado a decir lo que tenían que decir; y, a cada paso que daban, sus pies cansados arrastraban una enorme dicha.

En el hotel casi habían apagado ya todas las luces; y se abrieron paso a tientas hasta la habitación en el tercer piso que era la única que Susy había considerado suficientemente barata. Un rayo de luz de la farola se coló a través de las ventanas sin postigos; y, cuando Nick reavivó el fuego, acercaron las sillas y estuvieron un rato sentados en la oscuridad.

El silencio era tan dulce que Nick no se decidía a interrumpirlo; no hacerlo le daba a su espíritu inquieto una sensación de permanencia, de disponer por fin de tiempo ilimitado por delante para saborear la felicidad y dejar que la dulzura corriera a través de él. Pero por fin se animó a decir:

—Es raro cómo coinciden las cosas. He recibido una pequeña buena noticia en una de las cartas que llegaron esta mañana.

Susy se tomó el anuncio con serenidad.

—Bueno, claro —comentó, como si fuese totalmente evidente que ese día estaba concebido para la alegría y que quienes lo habían traído no podían pasarlo por alto.

—Sí —continuó él con un estremecimiento disculpable de orgullo—. En el cruceo escribí un par de artículos sobre Creta... Bueno, solo unas impresiones del viaje, claro; no podía hacer más. Pero el director de la *New Review* los ha aceptado y me ha pedido más. Y ¡aquí está su cheque! Ya ves que podrías haber dejado que nos instaláramos en la habitación de abajo con las cortinas rosas. Y además me da nuevas esperanzas para mi libro.

Había esperado un estallido de éxtasis, y tal vez cierta reafirmación de la fe conyugal en el glorioso futuro que le esperaba a *El desfile de Alejandro*; y, muy por debajo de la felicidad del enamorado, el autor notó una leve punzada de vanidad despreciada cuando Susy, poniéndose en pie, exclamó voraz y sin más preámbulos:

—¡Ay, Nick, Nick... déjame ver cuánto te han pagado!

Él agitó el cheque delante de ella a la luz de la chimenea.

—Un par de cientos, ¡granuja mercenaria!

—¡Ah, ah...! —balbució ella, como si la buena noticia casi fuese demasiado para sus nervios tensos; y luego le sorprendió cayendo de rodillas al suelo y enterrando la cara contra sus rodillas.

—Susy, mi Susy —susurró él, poniéndole una mano en el hombro tembloroso—. ¿Qué te pasa, cariño? ¿No estarás llorando?

—¡Ay, Nick, Nick!... ¿doscientos? ¿Doscientos dólares? Entonces tengo que decírtelo...

¡ahora, cuanto antes!

Le recorrió un vago escalofrío e, involuntariamente, apartó la mano de la figura agachada.

—¿Ahora? ¿Por qué ahora? —protestó—. ¿Qué más da ahora... sea lo que sea?

—Pero tiene importancia... ¡tiene más importancia de la que crees! —Se irguió, todavía de rodillas ante él, y alzó la cabeza de modo que la luz de la chimenea convirtió su pelo en un halo rojizo—. ¡Ay, Nick, la pulsera! La pulsera de Ellie... no se la devolví —balbució.

Él sintió cómo se encogía entre las manos con que ella se agarraba a sus rodillas. Por un instante no recordó a qué se refería; pero la alusión a Ellie Vanderlyn cayó entre ellos como una sombra helada. ¡Qué idiota incorregible había sido al pensar que podrían desprenderse de esos recuerdos o dejar de ser esclavos de semejante pasado!

—¿La pulsera? ¡Ah, sí! —dijo, comprendiendo de pronto y notando que un escalofrío trepaba hasta sus labios.

—Sí, la pulsera... ¡Ay, Nick! Pensé devolverla enseguida; de verdad... de verdad; pero el día que te fuiste olvidé todo lo demás. Y, cuando, varias semanas después, la encontré en el fondo de mi maleta, creí que todo había terminado entre tú y yo, y había vuelto a ver a Ellie, y se portó bien conmigo y ¿cómo habría podido? —Él no habría podido encontrar una respuesta aunque su vida hubiera dependido de ello, y Susy continuó—: Así que esta mañana, cuando vi que te asustaban los gastos de traer a los niños con nosotros, y comprendí que no podía dejarlos y que tampoco podía dejarte a ti, recordé la pulsera; y te envié a llamar por teléfono mientras yo iba a una pequeña joyería que hay al volver la esquina y la empeñé para que no tuvieses que pagar lo de los niños... Pero ahora, cariño, si tienes ese dinero, podré ir a desempeñarla enseguida, ¿verdad?, y devolvérsela. —Lo abrazó y él la abrazó a ella sin saber si las lágrimas que notaba eran suyas o propias; pero, mientras la abrazaba, Susy añadió, con un irresistible destello de su antigua ironía —: Aunque Ellie no lo entenderá. Jamás ha podido entender por qué le devolviste el alfiler de corbata.

Siguió apoyada contra él, con la cabeza en sus rodillas, como había hecho en la terraza de Como la última noche de su luna de miel. Había dejado de hablar, y él también guardó silencio, mientras le pasaba la mano por el pelo. Al primer raptó habían seguido sentimientos más sosegados. Su confesión había roto el orgullo gélido del corazón de Nick y lo había hecho bajar humillado a tierra; pero también había despertado cosas olvidadas, recuerdos y escrúpulos apartados en el primer arrebato de la reconciliación. Ahora comprendió que estarían siempre juntos. El impulso que los había unido, a pesar de la razón, a pesar casi de ellos mismos, esa profunda necesidad instintiva que tenían el uno del otro, no permitiría que volvieran a separarse. Pero, mientras tanto, pensó en Strefford, pensó en Coral Hicks. Había sido un cobarde con Coral, y Susy había sido sincera y valiente con Strefford. Sin embargo, él pensaba en Coral con ternura, con compunción, con remordimiento; y estaba casi seguro de que Susy se había quitado ya a Strefford del todo de la cabeza.

Era el viejo contraste entre las dos maneras de amar, la del hombre y la de la mujer; y al cabo de un momento a Nick le pareció natural que Susy, desde el mismo momento en que se habían vuelto a ver, no sintiera lástima ni arrepentimiento y que para ella fuera como si Strefford nunca hubiese existido. Al final, había algo providencial en tales disposiciones.

Se agachó aún más hacia ella, apretó la cabeza soñolienta entre sus manos y susurró:

—Despierta: es hora de ir a la cama.

Susy se levantó; pero, cuando fue a encender la luz, Nick la cogió de la mano y la llevó a la

ventana. Se apoyaron en el alféizar en la oscuridad, y a través de las nubes, de las que empezaban a caer ya algunas gotas, la luna que, alzándose laboriosa, flotaba en un hueco en el cielo, derramó su atribulada gloria sobre ellos, y volvió a ocultarse.

ALBA

Alba es un sello editorial que desde 1993 lleva recuperando grandes clásicos de la literatura universal (Alba Clásica y Alba Clásica Maior) en nuevas traducciones y cuidadas ediciones. Presta asimismo atención al ensayo histórico y literario en su colección Trayectos, donde también se publican diarios y libros de memorias.

En el campo del teatro y el cine, merecen una especial mención la colección Artes Escénicas, dedicada a la formación de actores y profesionales en general del teatro, y la colección Fuera de Campo, con textos de formación en todos los ámbitos cinematográficos. También destacan sus Guías del escritor destinadas a aficionados y profesionales de la escritura. Por todo ello le fue concedido en 2010 el Premio Nacional a la Mejor Labor Editorial. En 2012 incorporó a su catálogo dos nuevas colecciones de literatura, Contemporánea (dedicada a la ficción de hoy) y Rara Avis (clásicos raros y no canónicos del siglo xx), e inició una línea de infantil/ilustrado con la publicación de una serie de libros disco, a los que pronto seguirían nuevas colecciones como Pequeña & Grande, Pequeños Grandes Gestos y Cuentos Vintage. En el año 2018 ha lanzado una nueva colección de poesía.

Consulta www.albaeditorial.es

Alba Editorial, S.L.U.

Baixada de Sant Miquel, 1 bajos

08002 Barcelona

T. 93 415 29 29

info@albaeditorial.es

NOTAS

[1] Planta noble. *[Esta nota, como las siguientes, es del traductor.]*

[2] Semanario satírico francés publicado entre 1894 y 1971.

[3] Alusión a la novela filosófica *Mario, el epicúreo* (1885), de Walter Pater.

[4] Verso del poema «To Cupid», publicado en el libro *Poems on Several Occasions* (1689), de Charles Cotton, poeta y traductor de Montaigne al inglés.

[5] En la mitología griega, Titono era un mortal de gran belleza de quien se enamoró la diosa Eos, que pidió a Zeus que lo hiciera inmortal. No obstante, la diosa olvidó pedir también que se mantuviera eternamente joven, por lo que Titono fue envejeciendo hasta convertirse en cigarra. El poeta inglés Alfred Tennyson escribió un poema titulado *Tithonus* (1850) basado en el mito.

[6] Tus bonitos ojos.

[7] Lanzados.

[8] Curso.

[9] En la mitología griega, la túnica envenenada que Deyanira, engañada por el centauro Neso, regaló a Heracles y que causó la muerte del héroe quemándole la piel.

[10] Planta baja.